ELIO ARISTIDES

DISCURSOS

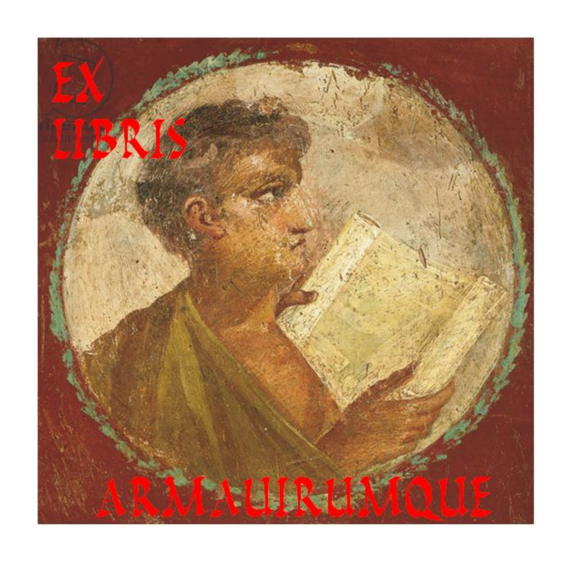
IV

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JUAN MANUEL CORTÉS COPETE



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 238



Asesor para la sección griega: Carlos García Gual.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por Ricarda Cantarero Sánchez.

Depósito Legal: M. 12688-1997.

ISBN 84-249-1846-0. Obra completa.
ISBN 84-249-1860-6. Tomo IV.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1997.

XVII

PRIMER DISCURSO DE ESMIRNA

INTRODUCCIÓN

Los discursos XVII al XXI de Elio Aristides constituyen un grupo bien definido dentro de lo que se podría considerar su obra política. Son discursos que tienen como tema fundamental su ciudad, Esmirna [1], aunque de diversas maneras y bajo puntos de vista diversos. Son obras, además, que poseen un profundo sentido institucional: a diferencia de la mayoría de los trabajos conservados del sofista, no son ejercicios retóricos u obras destinadas a sostener disputas con otros practicantes de la profesión, sino que están directamente vinculados con las distintas esferas de poder, ya sea municipal, provincial o imperial.

El primero de éstos, el Discurso de Esmirna I, es un discurso que pese a su sencillez y brevedad no deja de plantear algunas dificultades importantes. Siendo un discurso dirigido a una autoridad que se dispone a visitar Esmirna, la obra

[1] Aristides nació en un distrito rural que en 124 se convirtió en la ciudad de Hadriani por iniciativa imperial; C. Behr, *Aelius Aristides and the Sacred Tales*, Amsterdam, A. M. Hakkert, 1968, págs. 1-4. No obstante, el sofista poseyó desde el momento de su nacimiento la ciudadanía de Esmirna y siempre consideró que ésta era su ciudad, cf. L 73; U. Wilamowitz, «Der Rhetor Aristeides», *Sitzungsberichte der preussischen Akad. der Wissenschaften* 28 (1925), 334.

se aleja de lo que los cánones describen como un *prosphōnētikós,* una arenga de bienvenida [2]. En ella no aparece el elogio del destinatario que las reglas exigen, sino que el autor se limita a hacer un «retrato» de la ciudad con la clara intención de animar y excitar el deseo no sólo de visitarla sino de permanecer en ella algún tiempo. Así, tras una brevísima introducción de carácter histórico en la que se reflejan las tres etapas mitológicas de la fundación de la ciudad, y el recuerdo de la celebración de la Nave Sagrada durante la festividad de las Dionisias, el autor realiza un recorrido por la ciudad y sus alrededores a través del que se recuerdan las bellezas extraordinarias que Esmirna posee.

Como prácticamente para todas la obras de Aristides, proponer una fecha de composición es algo realmente complicado y aventurado. La razón principal en este caso, además de la ausencia de cualquier referencia cronológica clara dentro del discurso [3], reside en la incertidumbre que rodea al destinatario.

A. Boulanger se inclinaba a creer que éste no era otro que Marco Aurelio y su hijo Cómodo [4]. Los dos emperadores, tras la revuelta de Avidio Casio, realizaron un viaje por Oriente que los llevó a Cilicia, Antioquía, Egipto, Esmirna, Éfeso y Atenas [5]. Así, el discurso no sería otra cosa que una

[2] Menandro el Rétor, 415-418; D. A. Russel, N. G. Nilson, *Menander Rhetor,* 1981, págs. 327-330.

[3] La única posible indicación está en § 10 donde dice que es demasiado trabajo incluso para un anciano. No obstante, no permite un acercamiento preciso a la cuestión.

[4] A. Boulanger, *Aelius Aristide et la sophistique dans la province d'Asie au IIe siècle de notre ère*, París, 1923, págs. 384-387.

[5] El viaje, con el detalle de las etapas, aparece descrito en M. L. Astarita, *Avidio Cassio*, Roma, 1983.

carta enviada posiblemente a Antioquía o a Alejandría por el sofista a requerimiento de las autoridades de la ciudad para convencer al emperador de la conveniencia de visitar Esmirna. Por tanto la fecha de la obra no podría ser otra que el año 176 [6]. El interés de Esmirna por recibir a Marco Aurelio es comprensible si se tiene en cuenta lo que las visitas imperiales significaban para el prestigio y el orgullo de la comunidad [7]. La ausencia de menciones directas al emperador, mientras que lo natural sería lo contrario [8], podría encontrar explicación en la tardanza con la que el sofista acabó presentándose ante el emperador cuando éste estuvo en la ciudad [9].

No obstante, el investigador francés no pudo dar por absolutamente cierta su posibilidad, y tuvo que admitir que quizás sólo estuviera dirigida la obra a un gobernador de la provincia [10]. Esta es la opción elegida por C. Behr, que sigue la opinión de K. Turzewitsch y que U. Wilamowitz recogió [11]. El argumento fundamental para esta posibilidad es la relación que existe entre XVII y otra obra posterior, XXI, que también recibe el mismo título. Según se deja entrever, el destinatario de esta obra es el hijo de otro personaje que con an-

---

[6] C. J. Cadoux, *Ancient Smyrna. A History of the City from the earliest Times to 324 A.D.*, Oxford, 1938.

[7] S. MacCormack, «Change and Continuity in Late Antiquity: The Ceremony of the Adventus», *Historia 21* (1972), 721-52.

[8] No obstante, en § 13 se indica la buena disposición de la ciudad para aquellos que hayan decidido vivir verdaderamente la filosofía. Esto podría entenderse como una referencia indirecta a Marco Aurelio.

[9] Filóstrato, *Vidas de los sofistas* 582-583. F. Gascó, «The Meeting between Aelius Aristides and Marcus Aurelius in Smyrna» *Amer. Journ. Philo.* 110 (1989), 471-478.

[10] Lo hace siguiendo la propuesta de E. Rohde, «Die asianische Rhetorik und die zweite Sophistik», *Rheinische Museum* 41 (1886), 170-190.

[11] C. Behr, *Aelius Aristides...* págs. 91-92. U. Wilamowitz, «Der Rhetor Aristeides», 352.

terioridad fue saludado por el sofista, casi con toda seguridad el mismo al que XVII estaba destinado [12]. Puesto que con dificultad el destinatario de XXI puede ser Cómodo, el de XVII es muy difícil que sea M. Aurelio. Ante esta conclusión sólo queda admitir que XVII y XXI fueron dirigidos a sendos gobernadores de la Provincia de Asia, que fueron padre e hijo. Por otra parte, el intento de identificación del primero de ellos con P. Cluvio Máximo Paulino, y el establecimiento de la fecha en 157, no es sino pura conjetura. Hasta que los fastos provinciales no se establezcan con seguridad no se podrá comprobar la veracidad de esta suposición, es decir, si existe padre e hijo que ocuparan el cargo en las condiciones requeridas, y en su caso, el establecimiento de la fecha de composición.

La edición que se ha seguido para la traducción de esta obra, como para todas las restantes de este volumen, es la de B. Keil [13], la mejor disponible hasta ahora pero claramente insuficiente. Se han tomado algunas variantes de C. Behr [14], que en su traducción ofrece algunas correcciones de la edición citada, y de la más antigua de W. Dindorf [15].

	Edición de B. Keil	Lectura Adoptada
6	ἐν τῷ ὄρει † κατὰ τῶν θεῶν	ἐν τῷ ὄρει κατὰ τὸν θεὸν Wilamowitz

[12] Para todo ello véase la introducción a XXI.

[13] *Aelii Aristidis Smyrnaei quae supersunt omnia*, ed. B. Keil, vol. II: *Orationes XVII-LIII*, Berlín, 1958 (= 1898).

[14] *P. Aelius Aristides The Complete Works*, volume II. *Orations XVII-LIII* [trad. al inglés por C. Behr], Leiden, E. J. Brill, 1981.

[15] *Aristides*, vol. I, ed. por W. Dindorf, Hildesheim, 1964 (= Leipzig 1829).

	Edición de B. Keil	Lectura Adoptada
7	[καθάπερ οἱ τῆς χειρὸς ἔχοντες]	καθάπερ οἱ τῆς χειρὸς ἔχοντες, Behr
11	[καὶ στενωποὶ ἀντ' ἀγορῶν]	καὶ στενωποὶ ἀντ' ἀγορῶν, Behr
14	πρϊὼν... μέχρι θαλάττης	πρϊὼν μέχρι θαλάττης, Dindorf y Behr
14	πρὸς δὲ ταῖς ἐκβολαῖς † βῶβρυχε	πρὸς δὲ ταῖς ἐκβολαῖς βώβρυχε, Behr
15	καὶ † οὐκ ἐπὶ τοῦ ξηροῦ	καὶ οὐκ ἐπὶ τοῦ ξηροῦ, Behr
16	ἐν ὥραις καὶ κρήναις	ἐν πηγαῖς καὶ κρήναις, Keil en aparato
17	ἐν τέλει... καὶ προελθόντι	ἐν τέλει. καὶ προελθόντι, Behr

XVII. PRIMER DISCURSO DE ESMIRNA

El discurso no debe componerse de igual manera cuando se dedica a esta ciudad y cuando se dedica a las demás: pues éstas no podrían mostrar tanto cuanto se dijera de ellas, mientras que nosotros no podríamos decir cuánto puede ésta mostrar. Pero la obligación debe ser cumplida escrupulosamente conforme a la ley, puesto que también éstos lo ordenan [1]. Quizás en esta peculiaridad haya una ventaja para la ciudad, y para el orador casi ningún peligro. Pues éste, mientras más bello se presenta el espectáculo, tanto más parece sufrir, como es natural, por no estar a la altura de las circunstancias, de manera que, a la vez, será refutado y encontrará una excusa en los argumentos de su propia refutación. Por otra parte, a la ciudad se le añade gloria si no sólo se apoya en la presentación de tantos y tan grandes monumentos que puede mostrar, sino también en los discursos sobre su herencia patria. 1

La fortuna de nuestra ciudad no es reciente, sino que data de nuestros antepasados, y la ciudad ha sido para sí misma como una colonia y una metrópoli. Esta es la tercera ciu- 2

[1] Posiblemente el discurso fue escrito por mandato de los magistrados de la ciudad. C. J. Cadoux, *Ancient Smyrna...*, pág. 278.

dad desde que se fundó la originaria [2], pues, de la misma manera que las esculturas y los discursos compuestos con esmero se arreglan por segundas y terceras manos, así también era necesario que la ciudad fundada por una tercera mano alcanzase la más perfecta belleza. Y esta misma ciudad, que se ha renovado a sí misma como se cuenta del ave sagrada [3], ha 3 llegado a ser la más antigua y la más nueva. La ciudad más antigua fue fundada en el Sipilo [4], donde se dice [5] que están los lechos de los dioses y los lugares donde danzan los Curetes alrededor de la madre de Zeus [6]. Desde el principio, tan querida fue para los dioses, que los poetas [7] dicen que los dioses se reúnen con los héroes en ella cuando realizan un banquete juntos. Las ninfas recibieron aquella primera ciudad, y ahora está bajo el agua, sumergida en el lago según se 4 dice [8]. Después de aquélla, una segunda ciudad fue fundada a los pies del Sipilo [9], a lo largo del malecón de la costa; es-

[2] Las tres fundaciones de Esmirna se atribuyen a Tántalo o a Pélope la primera, a Teseo la segunda, y a Alejandro Magno la tercera. Cf. XXI 3-4, 10.

[3] El ave Fénix; cf. OVIDIO, *Metamorfosis* XV 460-78.

[4] Grupo de montañas al este de la ciudad. CADOUX, *Ancient Smyrna...*, págs. 4-6. Esta primera ciudad fue fundada por Teseo.

[5] HOMERO, *Ilíada* XXIV 615.

[6] Los Curetes ejecutaban armados ruidosas danzas para que el llanto de Zeus no llegara a Cronos. La versión más difundida de la leyenda lo sitúa en Creta. A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica*, 2ª ed., Madrid, Gredos, 1982, pág. 52.

[7] PÍNDARO, *Olímpica* I 37.

[8] La ciudad se sumergió en el Nauloco, al norte del golfo de Esmirna, tras ser destruida por el rey lidio Aliates en el 588 a.C. aproximadamente; cf. HERÓDOTO, I 16; PAUSANIAS, VII 5, 1; C. J. CADOUX, *Ancient Smyrna...* págs. 83-85.

[9] Esta segunda fundación no aparece recogida en XX 20, donde sólo se recuerdan las fundaciones de Teseo y Alejandro Magno.

taba situada en medio de la antigua y la moderna, y ahora se ha convertido en la antigua si se la compara con ésta última. Esta segunda ciudad fue como un ejercicio de la fundación definitiva que se realizó con otras figuras de inferior calidad [10]. Pues levantada en su tercer estrato, como los poetas lo llaman [11], la ciudad se ha dispuesto en esta apariencia única.

Su pueblo más antiguo es autóctono de aquí. Y cuando 5 tuvo que recibir colonos, también los recibió de aquellos que en el otro continente eran autóctonos [12], y la ciudad se unió por medio de un lazo divino con los griegos de Europa, pues tanto ofreció como recibió colonos: ofreció a los peloponesios su héroe epónimo [13] y el derecho a sentirse orgullosos de su título, y recibió de Atenas, según reza la leyenda, a los Erecteidas tras la guerra contra las amazonas y, posteriormente, a los demás que vinieron después [14]. Como herencia

---

[10] PLATÓN, *Político* 286A.

[11] PÍNDARO, *Pítica* III 43. Esta fundación es atribuida a Alejandro (PAUSANIAS, VII 5, 1-3), pero ESTRABÓN, XIV 37, más correctamente, atribuye la tercera ciudad a Antígono y especialmente a Lisímaco en el 290 a.C. Este último habría realizado un sueño de Alejandro; cf. ARISTIDES XIX 4; C. J. CADOUX, *Ancient Smyrna...* págs. 94-95, 100.

[12] Los atenienses que vinieron con Teseo. La autoctonía de los habitantes de Atenas es un tema repetido también por el propio ARISTIDES, I 25-34 y 328; cf. N. LORAUX, *L'invention d'Athènes*, Paris, 1981, págs. 150-2.

[13] Pélope, el hijo de Tántalo, cf. XXI 3. Después de haber vencido en carrera a Enómao, se casa con su hija y se hace con el reino dando su nombre al territorio; cf. C. J. CADOUX, *Ancient Smyrna...* pág. 36; A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica,* págs. 190-194.

[14] Esta unión entre los griegos de ambos continentes, y con Atenas como vertebradora de la misma, no era sólo una unión sentimental sino que contaba con las instituciones del Panhelenion; cf. A. J. SPAWFORTH, S. WALKER, «The World of the Panhellenion I. Athens and Eleusis», *Journ. Roman Stud.* 75 (1985), 78-104.

de su metrópoli disfrutó tanto de los lujos de la vida diaria [15] como del valor en las situaciones de guerra, que hace que luchar sea más ventajoso para ella que para las demás ciudades, de tal manera que también esta actitud ha sido llamada por algunos poetas «el carácter esmirneo» [16]. Una única prueba bastará, cuyo recuerdo también vas a ver —pues las primeras horas de la primavera te han convocado aquí—: en las dionisias [17], la trirreme sagrada es transportada en derre- 6 dor del ágora en honor a Dioniso. Esta ceremonia es un símbolo de cómo una vez los quiotas navegaron contra la ciudad para capturarla cuando estaba deshabitada, ya que los hombres estaban lejos, en la montaña, durante una celebración religiosa. Y cuando fueron vistos por los hombres que ya descendían del monte, no sólo fracasaron en su intento sino que además perdieron las naves. Entonces los esmirnotas bailaron una danza guerrera en honor a Dioniso y celebraron 7 los ritos báquicos sobre los cadáveres de los quiotas [18]. Y éste es un aderezo de las hazañas de la ciudad, y sirve de botón de muestra de las otras que es necesario pasar por alto: de ahí que haya sido divulgado por muchos. Se podrían citar también muchas otras contiendas de la ciudad; y de cierto un trabajo que requeriría mucho tiempo libre es contar los últi-

[15] Tucídides, I 6, 3.

[16] Píndaro, frag. 204.

[17] También llamadas Antesterias. Polemón y sus descendientes tenían el privilegio de conducir esta trirreme; cf. Filóstrato, *Vidas de los sofistas* 530-531. C. J. Cadoux, *Ancient Smyrna...*, págs. 208-209.

[18] Quizás fuese un acontecimiento real durante la guerra entre Ptolomeo III y Seleuco II en 244. C. J. Cadoux, *Ancient Smyrna...*, págs. 114-115. Un relato algo diferente encontramos en Heródoto, I 150; aquí son unos exilados de Colofón los que lograron apoderarse de Esmirna y arrebatársela a los eolios, mientras éstos estaban fuera celebrando una fiesta en honor a Dioniso.

mos enfrentamientos habidos en vuestro favor y en vuestra alianza en cualquier circunstancia [19]. Pero ¿qué necesidad hay de externderse en estos temas? Es natural que las ciudades cuyo honor reside en mitos y en historias del pasado se vuelquen en ellos, pero aquella que subyuga tan pronto como es divisada y no consiente que se investigue su historia, ¿qué necesidad hay de glorificarla por aquello que una vez ocurrió, en lugar de guiar al espectador a través de ella como si lo llevase de la mano, convirtiéndolo en testigo de mis palabras?

8 Creo que, si la imagen de alguna ciudad debiese aparecer en el cielo, como se cuenta que ocurrió con la corona de Ariadna [20] y con las otras imágenes de ríos y animales que fueron honrados por los dioses, ésta habría conseguido ser la que apareciese. De esta manera, me parece que por su naturaleza está inclinada a ser el paradigma de ciudad, y que no tiene además necesidad de un poeta ciudadano [21] que le consiga favor ni de ninguna otra técnica para su elogio, sino que es ella misma la que consigue el amor de todos los hombres, y es ella misma la que atrae las miradas sin necesidad de haber seducido los oídos. 9 Se ha extendido sobre el mar difundiendo su flor de perpetua juventud, como si no hubiese sido fundada gradualmente, sino como si se hubiese levantado de la tierra de una sola vez, ofreciendo un tamaño ni forzado ni apresurado, sino que por todas partes la ciudad es grande y armoniosa, y su magnitud es provisión de belleza. No podrías

[19] La ayuda prestada a los romanos contra Antíoco y Aristónico. En XIX 11 se relatan con algún detalle.

[20] Esta corona, de oro y piedras preciosas, fabricada por Hefesto, fue el regalo de bodas de Baco para Ariadna. Fue catasterizada en la corona Boreal; A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, pág. 373.

[21] Homero que, según la leyenda más difundida, era originario de Esmirna.

decir de ella que es muchas ciudades esparcidas cada poco, sino una sola, equivalente a muchas, pero una sola, consistente y armónica, que procura que sus partes guarden proporción con la totalidad, como si de un cuerpo humano se
10 tratase. Sus ornamentos, tanto los del interior como los que la rodean, son igualmente numerosos y espléndidos, y no falta ninguno de los más agradables, sino que toda la ciudad, gracias a sus estatuas, se parece a las túnicas bordadas. Cuando avances de oeste a este, irás de templo en templo y de colina en colina a través de una sola avenida más bella que su nombre [22]. Cuando te encuentras sobre la acrópolis, abajo fluye el mar y los suburbios anclan en él. La ciudad, mezclada entre los dos, esparce su alma a través de tres de los más agradables espectáculos, y no es posible encontrar dónde clavar la mirada. Cada uno de ellos arrastra hacia sí al observador, como las piedras de un collar de variados colores. Al descender de la acrópolis, se encuentra el lado oriental de la ciudad *** y, de nuevo, el más bello de los templos, el de la diosa que ha sido asignada por el destino a la ciudad [23]. Y recordar cumplidamente lo que sigue es trabajo incluso para
11 un anciano [24]. Toda la ciudad hasta la costa está ocupada con gimnasios, ágoras, teatros, recintos sagrados, puertos, y bellezas, tanto naturales como fabricadas por la mano del hom-

[22] Es el camino dorado, mencionado únicamente por ARISTIDES, XVIII 6.

[23] *Magna Mater*. El templo recibía el nombre de Metroo, *Corp. Inscrip. Graec.* 3387, y ESTRABÓN, XIV 646.

[24] Aquí posiblemente esté una de las claves para acercarse a la fecha del discurso. Si el término *presbytês* significa anciano, como lo hemos traducido, habría que pensar en la década de 170. En cambio C. BEHR, *The Complete Works II*... pág. 3 prefiere traducirlo por «hombre de larga experiencia», que le permite fecharlo en 157.

bre, que entre sí compiten; y nada carece ni de estampa monumental ni de utilidad. Los baños son tantos que dudarías en dónde bañarte, hay calles de todas clases, unas en lo profundo de la ciudad, otras en sus confines, cada una poniendo impedimentos para que la otra sea la más bella; hay fuentes y surtidores para cada casa, e incluso hay más que para cada casa; hay avenidas que sirven de ágoras, y en cuatro lugares se cruzan unas con otras para recibir el sol[25], —y poco falta para afirmar lo que antes negué[26]— creando muchas ciudades en su contorno, imitación cada una de la totalidad.

12 Las brisas de la primavera y el verano tienen un sonido más agradable que los ruiseñores y las cigarras de los poetas, y cada una, penetrando por distintos sitios, convierte a toda la ciudad en un bosque. ¿No es esto mejor que cualquier pintura y escultura? La ciudad, siempre adornada como para la procesión anual, se embellece con las construcciones privadas y públicas: un espectáculo más magnífico que la tienda meda[27]. 13 Los encantos nunca la abandonan, ni ninguna de las Musas que inundan las ciudades de los hombres habita fuera de la ciudad. Muchas son nativas, muchas son foráneas; podrías decir que éste es el hogar del continente por lo que se refiere a la educación[28]. Hay una abundancia inconmensurable de toda clase de teatros para juegos y otras pruebas. Y además de éstos, hay manufacturas de to-

[25] ESTRABÓN, XIV 646 recuerda el trazado ortogonal de las calles de Esmirna.

[26] Cf. § 9.

[27] La magnífica tienda de Jerjes, HERÓDOTO, IX 82.

[28] Esmirna ocupó uno de los primeros lugares del movimiento cultural conocido como Segunda Sofística, cf. XXIII 22. Véase G.W. BOWERSOCK, *Greek Sophists in the Roman Empire,* Oxford, 1969, págs. 17-29.

das clases y productos tanto de la tierra como del mar émulos entre sí. Para abreviar, ésta es la única ciudad que es apropiadísima para cada uno de estos dos linajes: para aquellos que han preferido terminar sus días con comodidad, y para aquellos otros que han creído conveniente dedicarse sin engaño a la filosofía. Pues ambos disponen de los descansos convenientes a sus trabajos, de manera que no caen enfermos.

14 Este es el ornamento que está delante de sus puertas, en lugar de un Apolo guardián de las calles, como un atrio de la ciudad, el Meles, el epónimo canal de las Ninfas [29] desde sus fuentes hasta el mar, de forma que éstas tienen un baño fluyente y las nereidas lo reciben de manos de Nereo [30] tras un breve trecho. Fluye el Meles, surgiendo igualmente de cuevas, casas, árboles y de en medio de su lecho, y avanzando hasta el mar. Su cauce, en la parte de sus fuentes de más arriba, es circular y bien podrías compararlo con un collar, y lo que sigue, podrías compararlo con un estrecho de mar. En su desembocadura es muy poco estruendoso; sin ruido se mezcla con el mar amansando el oleaje, cediendo sitio al mar cuando avanza por los vientos, siguiéndolo cuando se retira, mostrando una única superficie de ambas aguas, de

15 manera que no podrías saber dónde se han encontrado. Incluso los niños podrían contar, y es posible que cualquiera lo vea, que está repleto de unos peces que están domesticados y sirven de comensales a quienes celebran banquetes en sus orillas, que bailan al son de la flauta no sólo sobre tierra seca sino también en su espacio [31], y que se tiran de cabeza

---

[29] Epónimo puesto que toma el nombre de las ninfas de la región. C. J. CADOUX, *Ancient Smyrna...*, págs. 10-12.

[30] El mar Mediterráneo.

[31] HERÓDOTO, I 141.

contra los comensales en medio de su borrachera. La más bella descendencia del río, y la que tiene relación con todas las ciudades, es Homero[32], el común educador de Grecia y amigo de cada uno de nosotros por herencia paterna y desde la infancia. Por ello me parecería conveniente que en justicia todos ofrecieran las primicias de sus palabras a las fuentes del Meles, como si fueran los rizos de su cabello, tal y como el poeta dijo de Esperquio[33], cantando al río en favor de Homero.

16 Cuando se cruza el Meles, se encuentra una región, según creo, regalo de Posidón a la ciudad, semejante, pero a la vez diferente, a la que se dice que hay en torno a Tesalia. Pues allí, una vez que separó las montañas, creó Tesalia como una tierra llana a partir de un lago, habiendo evacuado el río Peneo por una falla. Pero aquí separó el mar de las montañas e hizo que la belleza del continente estuviera en correspondencia con la del mar y en armonía con la ciudad. No dejó una zona pantanosa ni desecó por completo el suelo, sino que cuando se cava existen signos de su antigua naturaleza, y también se ven cuando se dirige la vista hacia las regiones que la rodean, contra las que una vez el mar golpeaba, y cuando se cruza la llanura marina entre fuentes y manantiales, y así hasta el final. 17 Y cuando se ha vuelto a avanzar un poco, de nuevo la ciudad aparece como si te estuviera acompañando, y allí su belleza es mejor calculada y medida en menos tiempo. Y nadie hay tan apesadumbrado que vea lo que tiene delante del camino y no cambie de actitud, cambiando lo que tiene frente a sus ojos a la derecha, y lo que está a su izquierda ante su vista. Pues la ciudad atrae

---

[32] En Esmirna había un templo dedicado al poeta, ESTRABÓN, XIV 646. Cf. E. ARISTIDES, XXI 8 y XXXIII 29.

[33] HOMERO, *Ilíada*, XXIII 148.

hacia ella como la piedra magnética al hierro, y subyuga por una voluntaria obligación. La ciudad ha experimentado lo mismo en relación a sus lugares exteriores que éstos con respecto a la ciudad. Pues no hay hartazgo para quien mira a sus alrededores desde la ciudad, pero, si alguien mirase la ciudad desde fuera, igualmente nunca sería posible alcanzar la plena satisfacción.

18 Esta ciudad es la única para la que su reputación se ha trocado en perjuicio, pues ninguna persona de fuera que hubiese oído de ella conseguiría abarcarla toda con el pensamiento. Me parecería bien que cada uno en privado tomase esta decisión: de la misma manera que se dice que un hombre picado por una víbora no quiere contárselo a otro salvo que también lo haya experimentado [34], así también que quien hubiese visto las bellezas de la ciudad sólo las pusiera en común con quien las haya visto o vaya a verlas inmediatamente [35], pero que a los demás no se las diese a conocer con facilidad, de la misma manera que no se divulgan los misterios 19 sagrados a los profanos. Pues quizás un poeta podría expresarlo y seducirnos: que el puerto está en el centro de la ciudad, y el mar a la vista, no menos visible para quienes viven alejados a ambos lados que para quienes viven próximos a él. Y la acrópolis se eleva sobre toda la ciudad, el mar se extiende como una basa, desviándose hacia el este del Meles tanto cuanto para pasar por un recodo. Y otras cosas se po- 20 drían elogiar cuando les llegase su turno. Está aquella gracia que se extiende por todos lados como Iris [36] y que afina a la ciudad como si se tratase de una lira, haciéndola armoniosa

[34] PLATÓN, *Banquete*, 217E.

[35] La visita del destinatario del escrito aparece como inminente.

[36] La mensajera de los dioses.

consigo misma y con sus ornamentos situados fuera; y está también su omnipresente resplandor que se eleva continuo hasta el cielo, como el del bronce del que habla Homero[37]. ¿Quién lograría exponer todo esto con detalle? Pues ni el Meles es de tan bellos hijos ni nadie es tan afortunado en el arte de la oratoria. Esta es la única ciudad que requiere de 21 una investigación ocular y no sólo informarse de oídas, y la única que necesita no sólo de una investigación ocular sino de una estancia prolongada y del trato con ella, para quien tenga la intención de contemplarla con justicia y recoger de allí las recompensas de los elogios. Yo, además, añadiré esto a mi itinerario. Un poco antes recordé el interior del golfo[38]; lo que resta sobre todo lo demás será breve. Es com- 22 pletamente apropiado por su nombre para esta ciudad, y no conviene a ninguna otra. Pues por su mansedumbre, utilidad, belleza y constitución es un golfo, pero por su fuerza, mar abierto. Aunque tiene el nombre de un solo golfo, se extiende en numerosos golfos, como las tablillas de escribir plegadas. Los diferentes promontorios conforman diferentes golfos, e innumerables son los puertos y los fondeaderos. Podrías decir que se parece a las vasijas de múltiples pitones; así, siempre ofrece un punto de amarre gracias a una pequeña península, y permite periplos de no pocos días si se hace anclar la nave en cada fondeadero.

Y me está llegando la hora de anclar mi discurso aquí. 23 ¿Qué necesidad hay de hablar de su pueblo? Tú mismo lo juzgarás[39] y lo harás mejor guiándolo por la más bella sen-

[37] HOMERO, *Ilíada*, 457.

[38] § 14.

[39] Aquí el verbo «juzgar» no tiene que tener necesariamente el sentido judicial que Behr quería darle; cf. C. BEHR, *The Complete Works, II...*, pág. 358, n. 45.

da. Ahora sé que te parece a ti y a los muchos que están presentes que he hablado proporcionadamente, pero en seguida se demuestra que todas mis palabras han sido inferiores a la ciudad. Y estoy satisfecho de resultar inferior ante tales realidades.

XVIII

MONODIA POR ESMIRNA

INTRODUCCIÓN

En el año 178 un intensísimo terremoto produjo la destrucción de la ciudad de Esmirna [1]. Este desgraciado acontecimiento, del que Aristides se libró gracias a la previsión de Asclepio [2], se va a convertir en el asunto de tres obras del sofista, XVIII-XX. A través de ellas es posible seguir el proceso que va desde la ruina total y el sufrimiento por la pérdida, hasta el renacimiento de la esperanza y la reconstrucción de la ciudad.

La primera de éstas es la *Monodia por Esmirna.* Refugiado como estaba en Laneo, su finca de Misia [3], tan pron-

[1] La fecha del terremoto no es absolutamente segura. Tuvo que ocurrir entre 177, año en el que Cómodo es nombrado Augusto (XIX 1), y agosto de 178, cuando parten los emperadores de Roma hacia la guerra del Norte. Pero EUSEBIO, *Crónica*, vol. II, pág. 172 SCHOENE daba los años 178-179 para el suceso. A. BOULANGER, *Aelius Aristide...* págs. 162 y 387 lo sitúa en 178, como también C. J. CADOUX, *Ancient Smyrna...* págs. 279-80. C. BEHR, *Aelius Aristides...* pág 112 lo fecha un año antes apoyándose en un supuesto ciclo de reuniones de la asamblea de la provincia. Cf. J. M. CORTÉS COPETE, *Elio Aristides. Un sofista griego en el imperio romano,* Madrid, Ed. Clásicas, 1995, págs. 160-166.

[2] XIX 6 y XX 3.

[3] C. BEHR, *Aelius Aristides...* pág. 7.

to se enteró del infortunado suceso, el sofista se sintió invadido por un inmenso dolor que sólo fue capaz de tolerar gracias a la oratoria, que le proporcionó el medio para desahogarse [4]. Esta obrita constituye una verdadera excepción dentro del conjunto de discursos de Aristides. La desesperación de la que es presa le lleva a apartarse de la tradición aticista, en la que siempre había permanecido y que había cultivado como una de sus grandes virtudes, y se arroja a los ritmos asiánicos [5]. Así, la mayor parte del discurso XVIII está repleta de pequeñas frases exclamativas, fuertemente rítmicas, y tan lejanas de los largos periodos bien construidos en los que gustaba ejercitarse.

La monodia es un género al que Menandro el Rétor, un siglo más tarde, atribuía como funciones el lamento y la compasión [6]. El teórico de la retórica consideraba que era el género adecuado para el discurso fúnebre. Así lo entendía Aristides cuando lo aplica a una ciudad para cantar la muerte de Esmirna. Como si estuviera hablando de la desaparición de un ser muy querido, el autor recrimina al destino, lamenta el pasado perdido, y llora por el presente. Su desaliento le impedía pensar en el futuro.

La edición utilizada ha sido la de B. Keil aunque se han introducido algunas variantes que el propio editor indicaba en el aparato crítico.

---

[4] XX 3. La subscripción del discurso indica el momento en el que ésta fue compuesta.

[5] A. Boulanger, *Aelius Aristide...* págs. 325-328.

[6] Menandro el Rétor, 434-437.

	Edición de B. Keil	Lectura adoptada
2	καὶ Ὁμήρου γοναὶ... καὶ ἀγῶνες	καὶ Ὁμήρου γοναὶ ⟨τὰ δὲ νεώτερα⟩ καὶ ἀγῶνες, Keil en aparato
5	νῦν δὴ τὸ κάλλιστον εἶδος παρέσται δοκεῖν, τοῦτο μὲν ἐξαίφνης ἐκφανὴς... ἐγγιγνομένη	⟨ἣ⟩ νῦν δὴ τὸ κάλλιστον εἶδος παρεῖχες ἰδεῖν, τοῦτο μὲν ἐξαίφνης ἐκφανὴς ἐγγιγνομένη, Kaibel
9	χορὸς... ἐνθρηνεῖν	χορὸς ⟨νῦν ὑμῖν τῇ ἐρημίᾳ καιρὸς⟩ ἐνθρηνεῖν, Keil en aparato

XVIII. MONODIA POR ESMIRNA

¡Oh Zeus!, ¿qué voy a hacer? ¿Acaso debo callar cuando Esmirna yace muerta? ¿Participo de una naturaleza dura como el acero, o tanta es mi fortaleza? ¿Pero debo lamentarme? ¿Qué armonía compondré, o qué resolución tomaré? Pues si todas las voces de los griegos y los bárbaros, tanto las de aquellos que ahora están en la tierra como las de aquellos otros que han vivido a lo largo del tiempo, digo que si todas estas voces se reuniesen habrían sido insuficientes para hacerse cargo únicamente de esta desgracia, y no digamos para salvar su dignidad. ¡Ay de mí, que he visto y escuchado la mayor desgracia entre las grandes! ¡Oh tiempo que todo lo mudas!, ¡qué ciudad has destruido después de idearla y fabricarla! ¡Todo es tan diferente a lo que fue! Sus antigüedades fueron los coros de Curetes, la crianza y nacimiento de los dioses, los Pélopes que cruzaron el mar Egeo partiendo desde aquí, el Peloponeso como colonia, Teseo como fundador de los lugares situados al pie del Sipilo, los vástagos de Homero, ⟨y sus méritos recientes⟩ los campeonatos, los trofeos, las victorias conseguidas en alianza con los gobernantes[1] ante todos los pueblos, y

[1] Los romanos, cf. XIX 13.

las exposiciones de hombres elocuentes que la calificaban como la más bella de todas las ciudades[2].

3 Y en verdad, todo lo que se podía ver superaba a cualquier descripción que se diese. Al aproximarse, inmediatamente se observaba un resplandor hermoso y las proporciones, medidas y estructuras de sus dimensiones, como si fuese propio de una singular armonía. Sus pies firmemente asentados en las orillas, puertos y bosques; su porción central elevándose sobre la llanura tanto cuanto dista de la cumbre; su extremo meridional que se va elevando poco a poco, terminando todo por igual imperceptiblemente en la 4 acrópolis, que sirve de atalaya sobre el mar y la ciudad. El resplandor que se levantaba sobre toda la ciudad no podría ser expresado con palabras ni podría ser apreciado fielmente con la vista, sino que se escapaba sin saber cómo, pero inspiraba siempre el deseo de comprenderlo. Este no echaba a perder nuestra visión, como decía Safo[3], sino que la acrecentaba, la alimentaba, la regaba con alegría, no de la misma manera que a la flor del jacinto, sino como algo que nunca antes ni la tierra ni el sol dejaron ver a los hombres. 5 Y de la misma manera que una estatua cincelada en bulto redondo ofrece una perspectiva completa cuando se la rodea, así para ti, que antes fuiste la más encantadora de la ciudades pero que ahora ⟨has sufrido una ruina y muerte⟩ intempestiva, siempre quedaba alguna nueva perspectiva desde otro lado diferente ⟨que⟩ además siempre ⟨permitía contemplar⟩ la más bella imagen tan pronto como se hacía visible ante quien se hubiese colocado enfrente[4]; y era

---

[2] Por ejemplo Estrabón, XIV 646.

[3] Safo, frag. 94 y 127 b.

[4] El texto está gravemente corrupto.

igual desde los suburbios como desde los estrechos, el golfo, el mar y la tierra.

¿Cuántas relaciones y visitas a la ciudad provocaron 6 hartazgo en los hombres? ¿A qué otra ciudad se permitieron acercarse tanto? ¡Oh fuentes, teatros, avenidas y calles cubiertas o al aire libre! ¡La belleza de esa magnífica plaza! ¡Los caminos que reciben su nombre del oro y de los ritos sagrados[5], en cada cuadrado como un ágora! ¡Oh muelles, que deseáis el abrazo de vuestra queridísima ciudad! ¡La indescriptible belleza de sus gimnasios! ¡Los encantos de los templos y recintos sagrados! ¿En qué lugar de la tierra os habéis hundido? ¡Los monumentos de la costa! ¡Todos aquellos sueños! ¿Qué manantiales de lágrimas dan 7 abasto para tal desastre? ¿Qué sinfonías y cantos de orfeones bastarán para llorar la ciudad de hermosos coros, cantada en innumerables himnos y tres veces deseada por los hombres? ¡La ruina de Asia! ¡Ay de las restantes ciudades! ¡Ay de toda la tierra, de todo el mar tanto el que está dentro como el que está fuera de Gades[6]! ¡Ay de la esfera de estrellas! ¡Ay de Helio que todo lo ve! ¡Qué espectáculo ha tenido que soportar! Un juego de niños fue el saco de Troya, un juego de niños fueron las dificultades de los atenienses en Sicilia[7] y la destrucción de Tebas[8], y la pérdida de ejércitos, el ocaso de ciudades, y todas las otras cosas que el fuego, la guerra y los terremotos habían ejecutado

---

[5] La avenida Dorada que únicamente se cita en E. Aristides XVIII 6, y la Vía Sacra.

[6] Extremo retórico del mundo por Occidente.

[7] La expedición ateniense contra Sicilia en 413 a.C.

[8] La ciudad de Tebas se sublevó tras la muerte de Filipo y Alejandro se vio obligado a tomarla por las armas en 335. Sus habitantes fueron vendidos como esclavos y la tierra de la ciudad repartida entre los vecinos.

hasta ahora. ¡Ay de ti, que antes eclipsaste a todas las demás ciudades con tu belleza y tu cultura, y que ahora has eclipsado la ruina de Rodas[9]! Tú estabas destinada a hacer cantar a los griegos: «más infortunados fueron los segundos»[10].

8 ¡Un día de sacrificios expiatorios para todos los congéneres, un día nefasto para todos los griegos! ¡Qué cabeza ha arrebatado al linaje, qué ojo ha vaciado! ¡Joya de la tierra! ¡Teatro de la Hélade! ¡Vestido de las Ninfas y Gracias! ¡Ay de mí que he sufrido todas estas desgracias! ¿En qué lugar de la tierra cantaré mi monodia ahora? ¿Dónde está mi Salón del Consejo? ¿Dónde están las agrupaciones de jóvenes y ancianos?, ¿y sus aplausos, que todo me lo dieron? Una vez hubo una ciudad en el Sipilo que, según la leyenda, se hundió en el lago. ¡Esmirna, cuánto tiempo hace que se te cantó el preludio! ¡Qué fortuna has heredado, la que menos te convenía!

9 Ahora es necesario que todas las aves que anuncian el porvenir se lancen al fuego[11] —un fuego que la ciudad procura abundante—; es necesario que todo el continente se mese los cabellos —su bucle se ha perdido absolutamente—; es necesario que ahora los ríos manen lágrimas, que los barcos zarpen con velas negras[12]. ¡Ay del Meles,

[9] El terremoto que destruyó la ciudad de Rodas es recordado con viveza en XXV.

[10] Es la inversión de uno de los proverbios favoritos de Aristides, cf. XXIV 59, XX 23 y XXVI 101.

[11] El sentido de esta frase es oscuro. Quizás se están indicando que las aves utilizadas para los augurios deberían castigarse a sí mismas por haber anunciado lo que se hizo realidad.

[12] Como signo de desgracia. Los barcos que llevaban a Creta la ofrenda de jóvenes atenienses para el Minotauro enarbolaban un velamen de luto, PLUTARCO, *Teseo* 17, 4.

que fluye por un yermo! Estos presentes cantos replican a los antiguos: la oda de los cisnes y el coro de ruiseñores, ⟨mientras que nosotros tenemos la oportunidad de⟩ lamentarnos ⟨por su ausencia⟩. Y en verdad, si las Górgonas [13] hubiesen estado vivas, no habrían llorado ni por Medusa [14] ni por su ojo, sino por el de Asia. ¿Existe algún Bósforo, al- 10 gunas Cataratas, algún Tarteso, oh divina ciudad, a donde no haya llegado tu fama? ¿En qué Masalia o en qué Borístenes el dolor se detuvo? ¿Hay algún griego que viva tan alejado de Grecia, o hay algún bárbaro tan indómito e invencible por los dardos y hechizos de Esmirna, que no la ame aunque sólo la conozca de oídas, y que no sufra ante estas noticias? Se dice que las Helíades, llorando a su hermano, al morir transformaron sus naturalezas en álamos y solidificaron sus lágrimas en ámbar [15]. Ahora es el momento para que estos árboles lloren por ti, la más agradable de las ciudades.

SUBSCRIPCIÓN: Fue compuesta en el mismo momento en el que llegó la noticia.

[13] Las tres hijas monstruosas de Forcis y Ceto. Dos de ellas eran inmortales, Esteno y Euríale, mientras que no lo era Medusa; cf. A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica,* págs. 45-46.

[14] Medusa fue muerta por Perseo; cf. A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica,* págs. 157-158.

[15] Las Helíades son hijas del Sol y de Clímene, y hermanas de Faetón. A la muerte de éste se transforman en álamos; cf. OVIDIO, *Metamorfosis* II 340-66; A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica,* págs. 446-447.

XIX

CARTA A LOS EMPERADORES SOBRE ESMIRNA

INTRODUCCIÓN

El terremoto que asoló Esmirna en el año 178 [1], como bien sabemos, sumió en el dolor y la desesperación al sofista. No obstante, éste no se conformó con lamentarse y componer ese canto fúnebre que era XVIII. Era necesario pasar a la acción y hacer renacer la esperanza. Por eso, incluso antes de que la ciudad como institución recuperara su capacidad de actuación, él mismo se decide a tomar las medidas pertinentes para solucionar el desastre. Así, y gracias a la alta concepción que de su persona y de su misión tiene, se nombra a sí mismo ministro [2] y decide actuar como embajador de la ciudad ante el poder imperial.

Si las legaciones a la corte constituían uno de los mayores servicios que el aristócrata podía prestar a su comunidad [3], las que tenían como causa un seísmo o una catástrofe que hubiese sembrado la desolación eran consideradas

[1] Cf. la discusión sobre la fecha en la introducción a XVIII. C. BEHR, *Aelius Aristides...*, pág. 112, puesto que fecha el terremoto en el año anterior, también coloca esta carta en 177.

[2] § 6.

[3] W. WILIAMS, «Antoninus Pius and the Control of Provincial Embassies», 51 *Historia* 16 (1967) 470-483; G. BOWERSOCK, *Greek Sophists...*, pág 44-45.

evergesías de primerísimo rango. De su éxito dependía en definitiva la misma continuación de la vida ciudadana. A pesar de ello el sofista no estaba dispuesto a moverse de su retiro en Misia, posiblemente por lo avanzado de su edad [4], y se limita a escribir una breve carta en la que da noticia del suceso y solicita de Marco Aurelio y Cómodo su colaboración para la restauración de la ciudad [5].

Los argumentos que manejó fueron en esencia tres: el hecho de que conocían lo que había sido destruido puesto que en año 176 estuvieron en la ciudad; la percepción de que la reconstrucción de la ciudad con fondos imperiales sería una muestra clarísima, ante todo el Imperio, del carácter y de las virtudes de los dos emperadores [6]; en tercer lugar, recuerda los servicios que la ciudad prestó a la causa romana durante los tiempos de la República, cuando ésta se hallaba enfrascada en la lucha contra los reyes helenísticos; ese favor podía ahora serle reconocido.

La carta fue un éxito absoluto. Filóstrato [7], el biógrafo de los sofistas, cuenta que, cuando Marco Aurelio la estaba leyendo «con frecuencia lloró, pero sobre el pasaje 'los soplos del Céfiro recorren un yermo' el emperador dejó caer sus lágrimas sobre el papel y prometió la refundación de Esmirna». Se conocen algunas de las medidas que los

---

[4] Teniendo en cuenta que había nacido en 117 tenía 61 años.

[5] Existe un magnífico paralelo de esta actitud en una inscripción que la ciudad de Cos levantó en Olimpia donde se narra la petición de auxilio que la ciudad hizo ante Augusto puesto que había sido destruida por un terremoto. *Insc. Olimpia* núm. 53. L. Robert «Documents d'Asie mineure» *Bullet. Correspon. Hellénique,* 102 (1078) pág. 401.

[6] La actividad edilicia constituía uno de los elementos esenciales de la función imperial, S. Mitchell, «Imperial Building in the Eastern Roman Provinces», *Harvard Stud. Class. Philo.* 91 (1978) 333-365.

[7] Filóstrato, *Vidas de los sofistas* 582-583.

emperadores tomaron para llevar a cabo su promesa. Tras convocar el Senado y conseguir su aprobación, se otorgó dinero en efectivo, a más de una exención temporal de impuestos; para la supervisión de todas las operaciones designaron a un senador de rango pretorio [8]. A través de la concesión de honores y privilegios consiguieron movilizar para la causa a la iniciativa privada. En esta misma línea, convocaron una reunión del Consejo provincial de Asia para establecer los cauces por los que la ayuda habría de discurrir [9]. Muy posiblemente de ahí salió el socorro regional que más tarde Aristides recordó [10]. Este enorme éxito del sofista ante la corte imperial redundó también en su propio beneficio, aumentando de una manera insospechada su prestigio. Así, de nuevo según Filóstrato, el orador consiguió la mayor distinción a la que un aristócrata municipal podía aspirar, ser considerado el «fundador» de su ciudad, un título de carácter casi divino.

Sobre la edición de B. Keil sólo se ha introducido una variante que él mismo proponía en el aparato crítico.

	Edición de B. Keil	Lectura adoptada
6	διαλέγεσθαι... τὸ πρᾶγμα	διαλέγεσθαι ⟨ὑμῖν προσήκειν⟩ τὸ πρᾶγμα, Keil en aparato

[8] Sobre la convocatoria del Senado, cf. XX 10. Sobre la aportación de dinero y el nombramiento del supervisor, cf. Dión Casio, 32. Sobre la exención de impuestos, cf. Eusebio, vol. II, pág. 172. Schoene.

[9] *Prolegomena* III Dindorf, pág. 737 y F. W. Lenz, *The Aristeides Prolegomena,* Leiden, Brill, 1959, pág. 111-112.

[10] XX 12-14.

XIX. CARTA A LOS EMPERADORES SOBRE ESMIRNA

Al emperador César Marco Aurelio Antonino Augusto 1 y al emperador César Lucio Aurelio Cómodo Augusto, os saluda Elio Aristides.

Antes, grandísimos emperadores, os enviaba obras preparadas para concursos, discursos, y cosas parecidas, pero ahora el hado me ha proporcionado otro asunto: yace Esmirna, la joya de Asia, el adorno de vuestro imperio, aniquilada por el fuego y los terremotos. Por los dioses, ofreced vuestra mano, ofrecedla como es propio de vosotros. En verdad, Esmirna, que ha sido la ciudad más favorecida de la Hélade de hoy en día, tanto por parte de los dioses como por vuestra parte, es decir tanto por todos los emperadores que el tiempo ha ido trayendo como por el senado, ha sufrido el daño más grande de los que se recuerdan. Pero sin embargo, incluso en estas circunstancias, el hado preservó un elemento a la manera de esperanza de salvación: vosotros visteis la ciudad [1], conocéis la pérdida. Recordad 2

[1] Los emperadores visitaron la ciudad en la primavera de 176, tras la sublevación de Avidio Casio; cf. M. L. Astarita, *Avidio Cassio,* Roma, 1983, págs. 155-162; J. M. Cortés, *Elio Aristides...*, págs. 156-159.

lo que dijisteis cuando la mirasteis todavía en camino; recordad lo que dijisteis cuando entrasteis, cómo fuisteis tratados, cómo os sentisteis. Se celebraban las Teoxenías [2], y vosotros descansabais como en la más civilizada de vuestras posesiones. ¿Qué perspectiva no os agradaba? ¿Qué elemento, de entre todos, contemplasteis en silencio y sin que vosotros pronunciarais un elogio conveniente? Cosas que no habéis olvidado tras marcharos. Todo eso ahora son ce-
3 nizas. Aquel puerto ha cerrado los ojos, la belleza del ágora ha perecido, los adornos de las avenidas han desaparecido, los gimnasios de aquellos hombres y niños están destruidos completamente, de los templos, unos yacen en el suelo, otros se han hundido. La que era de entre las ciudades el más encantador espectáculo y sinónimo de la belleza [3] se muestra ante todos los hombres como la más inconveniente visión. Una colina derruida y muerta, y el céfiro sopla furioso sobre el yermo. Todo lo que ha sobrevivido pone su mirada en vosotros, y en vosotros toda el Asia completa pone sus ojos, rogando toda reunida, ahora y siempre, el bien para vosotros, pero para Esmirna vuestra piedad, si es que Esmirna es su solar.

4 En efecto sé que voy a pronunciar un discurso extraño, pero no insensato; al menos eso creo. Pues, incluso si el asunto os parece indiferente, ha resultado ser propio de vuestra buena fortuna que ha proporcionado un motivo por el que desplegar vuestra naturaleza de la mejor y más bri-

---

[2] Festival en honor a Apolo; cf. J. C. CADOUX, *Ancient Smyrna...*, pág. 278.

[3] La belleza de Esmirna era considerada proverbial. ESTRABÓN, XIV 646. Formaba parte también de su titulatura oficial, *Inscrip. Graec. ad Res Roman. Pertin.* IV 1419-21 y 1424. C. J. CADOUX, *Ancient Smyrna...*, págs. 171-201, con la descripción de sus monumentos más destacados.

llante manera, después de aquellas abundantes y grandes hazañas con las que os mostrasteis en un tiempo anterior. Pues para mí, ni Lisímaco, ni el mismo Alejandro, ni Teseo y las otras leyendas[4], sino vosotros habéis llegado a ser los fundadores de la ciudad; vosotros establecedla nueva desde el principio; que toda la ciudad, y en todos los aspectos, llegue a ser vuestra. Si queréis considerarla como velo de las princesas, o como diadema de los emperadores, o de cualquier otra manera que queráis, así salvad la ciudad. ¿A qué fundadores, a qué reyes no eclipsaríais? ¿Qué cotas de magnanimidad no sobrepasaríais al hacer que cuanto con el tiempo y de manera progresiva la ciudad había adquirido formase parte de una sola fundación? Y estas cosas no las 5 digo como si estuviera aconsejándoos, o como si estuviera enseñando a unos ignorantes, no me he vuelto tan insensato a consecuencia de esta desgracia, pero en verdad los hombres acostumbran a suplicar así: «concede la victoria a Áyax» y «séme ahora propicia, Atenea»[5]. Tampoco puede tomarse a mal el que os escriba de la misma manera en la que tratamos con los dioses. Y a los dioses suplicamos por estas cosas, pero nosotros necesitamos de vosotros, los más divinos gobernantes; de alguna manera es hermoso pedir tales cosas tanto a los dioses como a los hombres.

Quizás deseáis escuchar cómo yo mismo me libré. Al- 6 gunos días antes de estos acontecimientos, el dios[6] me puso en camino y me condujo hacia cierto fundo[7] que tengo y me ordenó permanecer en la finca; en ella me encontra-

[4] Cf. XVII 2-4.

[5] HOMERO, *Ilíada*, VII 203 y V 117.

[6] Asclepio.

[7] Esta finca probablemente sea Laneo, en Misia; cf. C. BEHR, *Aelius Aristides...*, pág. 6.

ba cuando me enteré de los acontecimientos. Pero cuando me enteré, no pude conservar la tranquilidad, y nada me faltó, creo, salvo invocar a los dioses y a vosotros. Por todo esto, ni esperé a la embajada común, ni creí conveniente orientarme hacia otra cosa salvo a lo que debía hacer, sino que, pensando que, si a alguna otra persona de entre todas le ⟨convenía⟩ tratar el asunto ⟨con vosotros⟩, también a mí me convenía, me ordené a mí mismo ministro, creyéndome digno, si no de alguna otra cosa, sí al menos de
7 lamentar en voz alta las desdichas de la ciudad. Otros que tuvieron influencia junto a los reyes obtuvieron regalos para sus patrias cuando atravesaban por momentos felices, pero yo, si es que también tengo algún ascendiente sobre vosotros, os pido y suplico que concedáis esta gracia a la ciudad, que no sea lanzada lejos como un utensilio roto al que se le reprocha su inutilidad, sino que sea traída de nuevo a la vida por vuestro medio. Me viene a la mente así mismo la historia de Solón, del que se dice que, tras disolverse su constitución, tomando el escudo y la lanza, los colocó delante de su casa ya que no podía prestar ayuda, creo, pero así mostró como pensaba [8]. Pero mi contribución es incluso mayor. Pues, si en nada puedo colaborar con mi trabajo, sé que es conveniente para la empresa invocar vuestra filantropía de manera que mi esfuerzo no será en vano.
8 Y cuanto se encuentra fuera de las puertas de ningún modo me turba, puesto que no compartía la alegría de los magistrados cuando se tomaban un interés superfluo [9]. El que quiera que pida para éstos, lo mío nada estorba. Pero de buena gana corro hacia ese día en el que vea todo levanta-

---

[8] Aristóteles, *Constitución de los atenienses,* 14, 2.

[9] Esta oscura indicación hace referencia a ciertos problemas desconocidos de urbanización fuera de las murallas de la ciudad.

do, todo lo que está dentro del recinto de la ciudad, tanto los antiguos como los nuevos recuerdos que os honran y los que provienen de vuestra mano, todo lo que proporciona honra a la ciudad ante los hombres del mismo rango y los extranjeros que acuden, y todo aquello que proporciona además principio de toda fortuna y consuelo de toda desgracia a los extranjeros.

Cuando pienso para mí que uno de los emperadores an- 9 tiguos, no de vuestra casa —pues no podría suceder, ni hubiese sido propio de ninguno de vosotros— sino uno de los primeros, jugando a las damas, según se cuenta, en medio del juego dijo así, de pasada, que no quería que los nasamones existieran; más tarde los nasamones perecieron [10]. Y creo que de vosotros se podría esperar en justicia que, si os tomaseis interés, hicieseis uso de vuestros propios hábitos, y tan sólo dijeseis y declaraseis que vuestro deseo es que Esmirna exista, mostraríais rápidamente a todos nosotros lo que deseamos. No voy a hacer uso más de ejemplos ex- 10 traños, sino de los vuestros mismos: la solicitud tan grande que mostrasteis por la ciudades de Italia, de manera que las habéis recuperado de todos sus problemas [11]. Habéis recobrado a aquellas ciudades que ciertamente estaban enfermas desde antiguo, pero a Esmirna, que florecía en la

---

[10] Se trata de Domiciano quien en 85-86 dio la orden de exterminar a la tribu norteafricana de los nasamones; cf. Dión Casio, LXVII 4, 6.

[11] El favor de Marco Aurelio para las ciudades italianas (*Historia Augusta, Vida de Marco* 11, 3), cuando suministra trigo en épocas de hambre. También tomó medidas para proteger de la extorsión a los colonos de las fincas imperiales sitas en Italia; *Historia Augusta, Vida de Marco,* 11, 9; cf. M. Rostovtzeff, *Historia social y económica del Imperio romano,* 4ª ed., Madrid, Espasa Calpe, 1981, vol. I, págs. 390-407 y vol. II, pág. 235, n. 29.

actualidad y que ahora mismo ha sido derribada, colocadla de nuevo entre el número de las ciudades, antes adornando
11 sus templos, ahora salvando toda su dignidad. La ciudad es digna de ser salvada no sólo por su apariencia, sino también por la buena disposición que siempre mostró hacia vosotros, pues tomó parte en vuestro favor en la guerra contra Antíoco [12], en la guerra contra Aristonico [13], sosteniendo sitios y manteniendo batallas no insignificantes, de las que todavía se conserva recuerdo en las puertas. Además, cuando necesitaron ropa para vuestro ejército y, el general que lo mandaba había muerto, llevando a la ciudad el cadáver, le tributaron honras fúnebres dentro de las actuales murallas [14] y repartieron túnicas para los soldados, dándo cada
12 ciudadano la suya a un soldado [15]. Tales fueron los gastos que en vuestro favor emprendieron nuestros gobernantes. ¿Qué cosas hicieron en favor de sus congéneres, los demás griegos? Ponerlo por escrito no sería pequeña tarea, pero

---

[12] Antíoco III, rey de Siria, derrotado en 190 a. C. por los hermanos Escipión. Esmirna, para conseguir el auxilio romano frente a las pretensiones del rey, erigió en el 195 un templo a Dómina Roma como diosa protectora. Los marineros de Esmirna, bajo mando romano, contribuyeron decisivamente a la victoria frente al rey; cf. C. J. CADOUX, *Ancient Smyrna...* págs. 129-140.

[13] Aristonico pretendió el trono del reino de Pérgamo tras la muerte de Átalo III (133 a. C.). No consiguió nunca el apoyo de las ciudades porque habían sido declaradas libres en el testamento del rey. Fue derrotado en 129 a. C.; cf. C. J. CADOUX, *Ancient Smyrna...*, pág. 146.

[14] P. Licinio Craso, quien fue muerto al inicio de la guerra contra Aristonico. Fue enterrado fuera de las murallas, pero en tiempos de Aristides ya estaba dentro; cf. C. J. CADOUX, *Ancient Smyrna...*, pág. 147, n. 1.

[15] El reparto de ropa tuvo lugar al final de la primera guerra contra Mitrídates, con evidente confusión por parte de Aristides, mientras Sila invernaba con su ejército en el año 85-4 a.C.; cf. TÁCITO, *Anales* IV 56; cf. C. J. CADOUX, *Ancient Smyrna...*, pág. 157, n. 4.

en una época en la que tuvieron lugar continuos terremotos y hambres en la región costera de Asia, en la que algunos lugares fueron destruidos por las simas, y en la que toda clase de desgracias asaltaron a las ciudades, con trigo y dinero y sin reserva de interés salvaron a estas ciudades: Quios, Eritrea, Teo, Halicarnaso [16]. Mientras que entonces una sola ciudad bastó para socorrer a las demás, ahora no hay para ella una ciudad suficiente para auxiliarla. La esperanza está en vosotros.

13 Y antiguamente recibía los premios de sus trabajos, tierra, panoplias y botín, con los que vosotros la honrasteis. Pero ahora el hado le ha otorgado la primacía en las desdichas, cuya liberación está en vuestras manos. El cambio de fortuna, de entre todos sus premios, sería el más digno de contar y admirar. Se dice que consiguió tan espléndidamente el templo que ahora yace derribado, que, en la competición entablada, Asia fue elegida de entre las otras provincias, y de entre las ciudades de Asia tal era Esmirna que el resto de Asia obtuvo siete votos y sólo para esta ciudad hubo cuatrocientos [17]. Este templo, posiblemente, podría salvarse por la acción de la provincia de Asia [18], si a vosotros os parece bien, pero la reconstrucción de toda la ciudad es cosa únicamente vuestra, a quienes los dioses concedieron tan importantes recursos. Cuando dirijo la mirada 14

[16] No hay seguridad sobre la fecha de estos terremotos.

[17] El templo estaba dedicado a Tiberio, Livia y el Senado. La adjudicación definitiva tuvo lugar en el 26 d. C.; cf. Tácito, *Anales* IV 15; 37; 55-56 y Dión Casio, LIX 28, 1. Sólo se vio afectada la provincia de Asia. En la elección tuvo mucho peso los servicios prestados a los romanos; cf. C. J. Cadoux, *Ancient Smyrna...*, págs. 239-240; D. Magie, *Roman Rule...*, págs. 503-504.

[18] El templo de Cícico también fue reconstruido con fondos provinciales, cf. Introducción al discurso, XXVII.

hacia la grandeza del desastre me parece que ninguna palabra es suficiente, sino que todas se quedan cortas, pero, cuando dirijo la mirada hacia vuestra virtud, naturaleza y disposición para la beneficencia, me sucede que temo que pueda parecer que hablo más de lo conveniente. Creo que, en efecto, esto no es así; pero si fuese así, sé que me perdonaréis. Ciertamente también un hombre dice muchas cosas, incluso contrarias a su naturaleza, llevado por la desgracia, especialmente cuando de ningún modo podía esperarla.

XX

PALINODIA POR ESMIRNA

INTRODUCCIÓN

Algunos años después de la destrucción de Esmirna en el terremoto del 178 [1], las obras de reconstrucción, patrocinadas por los emperadores a instancias de Elio Aristides, avanzaban a buen ritmo y comenzaban a ofrecer los primeros frutos. El renacimiento de la ciudad era ahora algo más que un sueño. Para festejar la nueva situación se organizó en Esmirna una reunión que se quería aprovechar para dar las gracias tanto al emperador como a los demás griegos por su colaboración y auxilio en aquellos momentos tan difíciles. La totalidad de los autores que se han acercado al tema pensaron que se debía tratar de una reunión del Consejo provincial de Asia [2]. Para ello se invocaba el testimonio, problemático, de los *Prolegomena*, donde se recuerda

[1] De nuevo la fecha es incierta. A. BOULANGER, *Aelius Aristide...*, pág. 162, simplemente lo fecha después del terremoto, 178. C. J. CADOUX, *Ancient Smyrna*, pág. 281, piensa que al menos transcurrieron dos o tres años desde el terremoto. C. BEHR, *Aelius Aristides...*, pág. 113, afirma que se pronunció en 178 ya que fecha el terremoto en 177. Con toda seguridad esta última es la peor opción puesto que es muy poco tiempo para que la reconstrucción fuera efectiva.

[2] Cf. A. BOULANGER, *Aelius Aristide...*, pág. 389; C. BEHR, *Aelius Aristides...*, pág. 113.

que Marco Aurelio convocó este consejo para tratar el problema de la ruina de la ciudad[3]. Pero como se vio en XIX, este consejo habría que entenderlo como la medida que los emperadores tomaron para asegurar la participación de los griegos, o de parte de ellos, en la reconstrucción de la ciudad. Más bien el discurso de Aristides parece dirigido a los griegos de ambos continentes, tanto a los europeos como a los asiáticos[4], mientras que no se hace mención alguna a la institución provincial[5]. Por ello se debería entender que se trataba, mejor, de una reunión extraordinaria del consejo del Panhelenion fuera de su sede habitual, Atenas[6], o de alguna otra convocatoria de similares características.

Aristides se quiso hacer nuevamente presente en esta ocasión. Para ello recurre de nuevo a la epístola: compone esta *Palinodia por Esmirna,* un billete destinado a ser leído en el seno de esta reunión[7]. El título no se corresponde con la naturaleza de la obra. Son muy escasos los pasajes que constituyen una retractación del destino de la ciudad y de su anterior obra (XVIII) en la que desesperaba ante la desgracia[8]. Más bien, se trata de un nuevo discurso de carácter político. A través de él el sofista quiere, en primer lugar, justificar su ausencia de la ciudad en un momento tan

[3] *Prolegomena* III Dindorf, pág. 737 y F. W. Lenz, *The Aristeides Prolegomena,* Leiden, Brill, 1959, pág. 111-112.

[4] §§ 1, 4, 12. En §§ 16 y 19 se recuerda tanto el socorro prestado por la Hélade, como la ocasión para reunir a toda la misma.

[5] La única mención a esta institución en § 15. Pero, puesto que está en plural, mejor hay que entenderla como indicación de todos los consejos de todas las provincias griegas.

[6] A. J. Spawforth y S. Walker, «The World of the Panhellenion I. Athens and Eleusis», *Journal of Roman Studies,* 75 (1985), 78-104.

[7] § 2.

[8] §§ 3 y 19-23.

complicado y de crisis tan profunda como fue el propio terremoto y los tiempos inmediatamente posteriores [9]. A la vez, y para compensar esta carencia de virtudes ciudadanas, se esfuerza por resaltar su papel como embajador ante los emperadores que, a su juicio, ha sido trascendental para la reconstrucción de la ciudad [10]. Por último, aprovecha para dar las gracias tanto a los emperadores mismos como a todos los griegos por el socorro primero y el apoyo para la reconstrucción de la ciudad [11].

La edición utilizada ha sido la de B. Keil, y sólo se ha tenido que admitir un añadido que él mismo recogía en el aparato crítico.

	Edición de B. Keil	Lectura Adoptada
11	τῷ ⟨... τῳ⟩ δεξαμένῳ	τῷ ⟨συνεδρίῳ τῷ⟩ δεξαμένῳ, Keil en aparato

[9] Cf. § 3. He tratado el asunto de los terremotos y la conciencia cívica en un artículo sobre otro pasaje de la vida de Aristides, «Ciudad y terremotos», *Ritual y conciencia cívica en el Mundo Antiguo.* Madrid, 1995, págs. 171-179.

[10] Cf. § 1.

[11] Sobre los emperadores, cf. §§ 4-11. Sobre los griegos, cf. §§ 12-14.

XX. PALINODIA POR ESMIRNA

A mí, caballeros helenos, me ha venido a suceder lo mismo que les ocurre a esos personajes trágicos que guardan silencio durante mucho tiempo, y después, cuando se presenta la ocasión, hablan dirigiéndose bien hacia el coro, bien hacia cualquier otro. Pues, después de haberme contenido todo este tiempo pasado, es decir, desde que ocurrió aquello que todos sabéis, y de no haberme lanzado a la consolación de mis conciudadanos ni de haber hecho otra cosa salvo haber escrito a nuestros jefes [1] en tanto que era algo oportuno, y salvo observar lo que se derivó en consecuencia, ahora, ya que los dioses han actuado con generosidad y nuestros reyes, conducidos en nuestro favor por la voluntad divina y manejando los asuntos humanos, tras rechazar un destino que era extraño al de la ciudad, han introducido a cambio un destino favorable y el que desde antiguo le convenía, creo que ahora podría ser el momento oportuno para hablar. Si me estuviera permitido moverme a donde quisiera, presente allí os hablaría, pero puesto que el Salvador [2] me lo impide, únicamente me queda la posi- 1 2

[1] Los emperadores Marco Aurelio y su hijo Cómodo; cf. XIX 1.

[2] Asclepio.

bilidad de dirigirme a vosotros por carta. Y si de esta actitud se puede ofrecer algún ejemplo, no es necesario sorprenderse; pero en justicia, si es algo que os conviene, nadie se puede sentir ofendido por ello aunque no se haya 3 llevado a cabo nunca hasta ahora[3]. Cuando me enteré de lo que había sucedido —pues en aquel momento no me encontraba presente en la ciudad sino que me había marchado con antelación, y tomad en consideración por mandato de quién[4]— canté algunas monodias[5] hasta que, por el sufrimiento, llegué a componer algunos discursos sin advertirlo. De ninguna otra manera, salvo entregándome a estos ejercicios, me hubiese sido posible resistir. Ahora es el momento de que imite a Estesícoro con su palinodia[6], y no de guardar silencio en respuesta a mis súplicas después de haber cantado aquello que no quería. No obstante me parece que me distingo de Estesícoro en estos aspectos: pues éste compuso un segundo poema en compensación a sus desafortunadas palabras sobre Helena, mientras que yo, aquellas cosas que entonces alabé desde el dolor, esas mismas ahora las alabaré desde el gozo, ofreciendo palabras de buen augurio limpias de dolor.

---

[3] No obstante, él mismo había actuado de manera similar muchos años antes con respecto a la ciudad de Rodas, cf. XXIV 1.

[4] El autor parece que se está excusando por no haber estado presente en la ciudad y quiere aclarar que no había huido dominado por el miedo. Ésa era una actitud que con anterioridad había criticado. Cf. XLIX 38-9.

[5] Cf. XVIII.

[6] Según la leyenda, Estesícoro compuso un primer poema titulado Helena en el que reflejaba los rasgos más desagradables que la tradición había conservado sobre la mujer que fue origen de la guerra de Troya. A consecuencia de ellos, el poeta quedó ciego y no recobró la vista hasta que se retractó en un nuevo canto. PLATÓN, *Fedro* 234a.

A nosotros, caballeros helenos, nos tocó sufrir aquella 4 desgracia conforme a la fortuna común de los hombres, por la que no es posible recorrer nuestro camino hasta el final libre de desgracias. Pero también la reconstrucción ha sido posible gracias a la fortuna de la ciudad, gracias a la que nadie ha estado privado siempre de bienes. Esto podría llegar a comprenderse si se tiene en consideración la época en la que ocurrió. ¿Cómo alguien sensato no iba a atribuir a la parte de buena fortuna de la ciudad el que fuese derribada en aquel momento en el que no iba a permanecer en ruinas, ni iba a suponer algo parecido a la muerte de un hombre, como ya ocurrió antes con algunas otras ciudades, sino cuando iba a ser levantada sobre mejores fundamentos? El 5 hado observó, según parece, la conjunción. Pues la fundación de la más bella ciudad proporciona honor [7] a los mejores emperadores en todos los aspectos [8] y los que tienen todas las ciudades bajo su mando, mientras que para la ciudad el haber sido levantada por la acción de éstos y poder inscribirlos como sus fundadores transforma su desgracia en un hecho afortunado. Antes cantábamos a Teseo y a Alejandro [9], uno el más humanitario de los griegos, creo, el otro el que más admiración generó de entre todos los reyes a causa de su ánimo para la guerra. Pero ahora hemos recibido los fundadores más gloriosos y grandes, aquellos que tienen sometida toda la tierra y todo el mar tanto por lo que

---

7 Los emperadores como evergetas, benefactores; cf. P. GAUTHIER, «Les cités grecques et leurs Bienfaiteurs», *Bulletin de Corresp. Hellénique Supplément* XII, (1985), págs. 39-52.

8 Cf. XXVII 22.

9 Los dos fundadores anteriores de la ciudad. Ambos son considerados como personalidades excepcionales del mundo griego y no obstante son superados por los emperadores romanos.

de sus padres recibieron como, además, por lo que ellos mismos han adquirido, quienes son excelentes no menos en sabiduría, justicia, sinceridad y bondad, si no más, que en vi-
6 gor con las armas [10]. ¿Pues quién vive tan fuera de las columnas de Hércules o quién vive tan al oriente del Cáucaso que ignore su humanidad y magnanimidad? Éstos no han permitido que el nombre de Esmirna pase a la categoría de leyenda, sino que insuflaron cierta emanación de su fortuna a la ciudad e hicieron posible que no se lamentase la
7 ruina de la ciudad sino que se celebrase su fundación. En efecto se canta que un sueño de Alejandro fue el preludio de la fundación [11], pero éstos tan gran desvelo mostraron que llegaron a levantarnos antes de que partiese el que iba
8 a anunciarles las desgracias que habíamos sufrido. Hicieron uso de los más divinos y gloriosos instrumentos, pues nos consolaron con sus palabras, demostraron lo que una vez Hesíodo profetizó [12] —qué gran cosa es la música nacida de la realeza—, proporcionaron todos los fondos para el remedio de lo que había sucedido y además para dotarnos de otros adornos. Y no les bastó con esto, sino que, como si participaran en el gobierno de su propia ciudad [13], enseñaron cuáles eran los caminos para obtener dinero, convocaron a los que pretendían honores bajo la esperanza

---

[10] Marco Aurelio, contra sus tendencias íntimas, se vio obligado a mantener una guerra perpetua en la frontera del Danubio. A. Birley, *Marcus Aurelius. A Biography* = *Marco Aurelio* [trad. ital. C. De Grandis], Milán, Rusconi, 1990, págs. 199-229.

[11] Pausanias, VII 5, 2-3.

[12] Hesíodo, *Teogonía,* 81-90.

[13] Era práctica común otorgar con carácter honorífico el cargo de máxima autoridad municipal al emperador, quien normalmente se conformaba con nombrar un delegado.

de ellos, y anunciaron la ayuda de obreros a quienes los quisieran, pero que no se molestarían si no los queríamos. E incluso nos ordenaron comunicarles cualquier otra cosa que necesitáramos para así darnos satisfacción. De este 9 modo, me parece que ni siquiera la totalidad del dinero de los hombres es equivalente a la atención continua que nos prestaron. Si es justo decirlo, esta atención hizo que el terremoto fuese algo provechoso para la ciudad. Pues antes de que se sufriese este golpe de fortuna, de ningún modo era evidente en qué grado se estimaba a la ciudad ni en qué modo los demás debían comportarse con ella [14]. Pero ahora es posible repetir aquello que dijo Temístocles, si es que debe creerse esta historia que sobre él se cuenta, que, después de recibir los regalos de manos del rey persa, dijo estas palabras a sus hijos, que ahora ellos habían sido salvados cuando se habían arruinado [15]. Pero en efecto, se cuenta que Temístocles dijo estas palabras después de haber perdido su patria, mientras que nosotros, además del recobro de nuestra patria, hemos recibido a la vez dinero, adornos, honores, a los emperadores como fundadores y consejeros, y todo lo mejor. ¿Acaso no es necesario decir que todo ha 10 sido digno de la fortuna invencible de los emperadores y de la buena fortuna de la ciudad, que ha proporcionado eterno reconocimiento tanto a ellos, por las circunstancias en las que se convirtieron en fundadores de la ciudad y actuaron, como para ésta, por las circunstancias en las que fue fundada? Estos actuaron con tanta exageración que no creye-

[14] El favor recibido de manos de los emperadores ha señalado a Esmirna como una ciudad especialmente querida por ellos. Esto repercute directamente en la perpetua rivalidad interciudadana.

[15] Plutarco, *Temístocles* 29, 10 y *Apophthegmata,* 185F.

ron que fuera bastante lanzarse a la fundación espontáneamente, sino que, en lugar de aguardar a nuestros embajadores, ellos mismos se convirtieron en los embajadores de nuestros intereses ante el Senado de Roma [16], estimando conveniente decretar aquello que ninguno de nosotros se hu-
11 biese atrevido a pedir. ¿Acaso estos actos no han borrado de la memoria todos los lamentos y todos los recuerdos de las desgracias tanto privadas como públicas? ¿Y a cambio no se ha recuperado ahora la alegría, además de el felicitarnos, el deseo de vivir, si es que alguna vez lo hubo, por las esperanzas puestas en el futuro, y el de dar las gracias de manera conveniente a los dioses, a los emperadores, y al ⟨consejo⟩ que aceptó de buena gana las medidas de sus directores y que recordó lo que convenía de Esmirna?

12 Es justo ahora también, caballeros helenos, que recordemos vuestra parte en la reconstrucción como miembros de la misma raza, es decir, que fuisteis afectados de la misma manera por estos acontecimientos y que nos mostrasteis el más evidente afecto, aquel mismo que siempre tuvisteis por la ciudad. Podría comprenderse mejor si observamos la actuación de la primera y más antigua ciudad de la Hélade, me refiero a Atenas: ¿cómo se comportó en los momentos desgraciados? Y no voy a contar lo que sigue porque crea que sea justo destronarla —jamás habría sido yo tan chovinista—, sino porque, a la vez que quiero consolar a mis conciudadanos, quiero demostrar a los presentes que es una virtud patria ser afortunado en cualquier circunstancia y forma parte de su estimable destino que le

[16] Esta reunión del Senado posiblemente se debe al hecho de que Asia era una provincia senatorial.

fue asignado en suerte. Cuando Atenas fue despojada de su flota, fue privada de sus murallas y de todo su imperio, y llegó a tal punto que el pueblo fue obligado a exilarse de su patria —pues voy a pasar en silencio tantos acontecimientos que tuvieron lugar entre tanto—, pero cuando así fueron tratados, nadie, salvo Farsalia, Argos y Tebas [17], le dio una muestra de agradecimiento, ni grande ni pequeña, por todos aquellos favores que habían recibido siempre de manos de Atenas, ni porque la ciudad había sido cantada como el baluarte de la raza [18]. Pero estas ciudades, las que ya he mencionado, recibiendo a los exilados y oponiéndose a quienes los reclamaban, devolvieron este favor a la ciudad que en todo les superaba, en donde dicen los oráculos que la buena fortuna se ha instalado [19]. 13

Continuemos. Vamos a considerar ahora las circunstancias de nuestra ciudad, a ver si es propio de alguno de sus amantes avergonzarse de ella. Ésta, hasta estos momentos, había sido puesta como el paradigma de belleza de la ciudad, puesto que su contemplación dejaba encantados enseguida a los que llegaban tanto por tierra como por mar, y porque a todos aquellos que pasaban dentro mostraba y ofrecía los más bellos monumentos de los que la vista no podía cansarse, como tampoco podía cansarse de la duración de la estancia. Ahora sería interminable enumerarlos todos. Un poco más arriba ya hemos tratado [20] el afán que invadió 14 15

[17] Después de la derrota en la Guerra del Peloponeso Argos y Tebas recibieron a algunos exilados demócratas atenienses, entre ellos a Trasibulo. Aristides constituye la única noticia de que Farsalia también participara en el socorro.

[18] Cf. Píndaro, frag. 76.

[19] Este oráculo es desconocido.

[20] § 8.

a nuestros gobernantes cuando fue necesario que la ciudad experimentase la parte contraria de la fortuna. ¿Pero qué muestra de buena disposición no se dio entre vosotros, hombres de nuestra misma dignidad? ¿En todas las ciudades y en los consejos provinciales [21] no hubo lamentos de quienes proferían grandísimos gritos y anhelaban la ciudad como si fuera su patria, de los que creían que se debían suspender las fiestas, y de los que pronunciaban discursos en su honor según sus capacidades [22]? Os sentíais como si hu-

16 biese tenido lugar la ruina de toda Asia. ¿Quién recuerda que en algún otro momento se hayan organizado en la Hélade acciones de socorro que superen a éstas? Llegaron víveres de todas partes, por tierra y por mar, para aquellos que permanecieron en el lugar, y surgió cierta rivalidad y celo entre las más grandes ciudades de ambos continentes, que los invitaban a venir a sus propias ciudades como si fueran conciudadanos y les enviaban vehículos y medios de transporte, pero que además aprestaron residencias, derechos a participar en sus consejos y toda clase de recursos, como si lo estuvieran haciendo en favor de sus padres o hijos; cosas similares aprestaron aquellos que carecían de tanta grandeza pero que no eran inferiores ni en ardor ni en

17 honra. ¿Quién no lo consideró como su feliz ocasión? ¿Quién no consideró que estaba recibiendo un favor más que prestándolo cuando recibieron como convecinos a hombres que tan preeminentes habían sido? ¿Quién podría llevar a término una relación completa de las aportaciones en

---

[21] Debe entenderse que Aristides no está haciendo referencia sólo al consejo de la provincia de Asia sino a todos los demás de provincias griegas.

[22] La destrucción de Esmirna produjo una profunda conmoción en todo el mundo griego surgiendo voces de lamento y solidaridad.

dinero y las promesas para el futuro que se recibieron de ambos continentes, y todas las otras muestras de generosidad hechas conforme a la capacidad de cada uno? Y no por esta razón la ciudad creyó conveniente recibir todo sin distinción o como querían quienes lo ofrecían, sino sólo en tanto que para ella fuese mejor aceptarlo. ¿Qué necesidad 18 hay de enumerarlas atribuyendo a cada ciudad las suyas? Pues todos los pueblos que ocupan nuestra Asia mostraron para con la ciudad una unánime liberalidad en la reconstrucción de las más nobles de sus antigüedades. Unicamente con respecto a esta ciudad ese antiguo dicho —que quienes se encuentran en una situación difícil son olvidados por sus amigos— se ha demostrado que era falso [23]. Tanto renombre, gracia y gloria el hado le reservó incluso durante la desgracia.

Ahora se ha alejado todo cuanto había de fúnebre me- 19 lodía y de triste apariencia, y también el elogio que del dolor nacía. El continente se viste de blanco; la Hélade se reúne para su fiesta por un motivo dichoso; la ciudad, como en un drama, de nuevo crece desde sus fundamentos tras haber mudado su edad, siendo a la vez una ciudad vieja y nueva, como en la historia del ave Fénix que resucita de sus propias cenizas: pues no le pareció bien al dios que naciera un ave Fénix distinto en lugar del que había muerto y con posterioridad a él. Pero parece como si todo hubiera avanzado por su camino. Después de haberla fundado ori- 20 ginariamente Teseo, más tarde Alejandro la llevó hasta esta forma. Pero una tercera mano, la de aquellos que han resultado vencedores en todas las circunstancias, la ha

[23] Sófocles, frag. 667 N. Cf. Aristides, I 60.

levantado y reunido[24]. Pues por el amor que tenían a la ciudad, no creyeron conveniente cambiarla de lugar sino que la restauraron sobre sus huellas. La naturaleza de la ciudad, que considera a dos diosas como sus jefas[25], requería una 21 pareja de fundadores. Y los puertos han recobrado el abrazo de su más querida ciudad[26], y a su vez es adornada por ellos; nada impide al Meles tener vecinos[27]. En primavera y en verano las puertas están abiertas adornadas con coronas. Los coros de ninfas y musas bailan dentro de la ciudad y alrededor de ella; el céfiro no inquietará cuando sople[28]. 22 ¡Dichosos los ancianos que han alcanzado este día, en el que vuelven a contemplar Esmirna en toda su belleza! ¡Dichosos los niños que no sufrieron ninguna pérdida, pero que verán la patria tal y como sus padres la habitaron! ¡Dichosos los que están en la flor de la vida, que compartieron tanto los trabajos como los sufrimientos, pero que celebrarán sacrificios y fiestas con ellos mismos y con los que lleguen a esa edad, puesto que las esperanzas depositadas en el futuro son incluso mejores que los bienes presentes!

23 ¡Zeus Poliado!, ¡diosas a quienes os correspondió esta ciudad!, ¡Posidón, que tienes parte tanto en el terremoto como en la salvación de él!, ¡dioses de los emperadores!, ¡dioses de los griegos! ¡conceded que esta fundación sea

---

[24] Esta versión entra en conflicto con XVII 3, XVIII 2 y XXI 3-4, donde Teseo aparece como segundo y Alejandro como tercer fundador.

[25] Las dos Némesis, un culto particular de la ciudad. Son las diosas que aparecieron en el sueño de Alejandro incitándole a fundar la ciudad. Su templo estaba situado en el monte Pago, lugar del acontecimiento.

[26] Cf. XVIII 6.

[27] Quizás los muelles, pero también los habitantes de la ciudad.

[28] Cf. XIX 3.

para nosotros un segundo intento mejor y más seguro, que proporcione una mayor alegría y fama a sus fundadores y buenos resultados para la ciudad para todo el futuro, y que mi actuación sea reconocida de alguna manera entre los griegos ahora y siempre!

XXI

SEGUNDO DISCURSO DE ESMIRNA

INTRODUCCIÓN

Este es el último de los discursos que tiene como tema la ciudad de Esmirna, y posiblemente también la última obra conservada del sofista [1]. Si se tiene en cuenta que todavía habla de los dos emperadores que reconstruyeron la ciudad [2], es decir Marco Aurelio y su hijo Cómodo, habría que fechar la obra con anterioridad al 17 de marzo de 180, día de la muerte de Marco Aurelio y de la ascensión de Cómodo al trono en solitario. Por otro lado es evidente que la obra fue compuesta tras el terremoto de 178 y, aún más, en un momento en el que la reconstrucción de la ciudad estaba lo suficientemente avanzada como para prometer al visitante un digno espectáculo. Por todo ello este pequeño discurso habría que fecharlo mejor más cerca de 180 que de 178 [3].

La obra, al igual que XVII, está destinada a saludar a una importante personalidad que se dispone a visitar la ciu-

[1] C. BEHR, *Aelius Aristides...*, pág. 114, n. 78, considera que el discurso LIII K es posterior a éste, aunque reconoce que esta fecha es muy insegura.

[2] § 2.

[3] A. BOULANGER, *Aelius Aristide...*, págs. 154 y 162, lo fecha en el año 181. C. BEHR, *Aelius Aristides...*, pág. 113 lo fecha en 179.

dad. Puesto que no sólo se afirma que ya ha visitado Esmirna sino que se deja entender que también fue obsequiado con un discurso del sofista en aquella primera visita en la que acompañaba a su padre[4], se ha querido ver la existencia de una vinculación directa con XVII. Para aquellos que pensaban que la primera de éstas estaba dedicada a Marco Aurelio cuando visitó la ciudad en 176, esta segunda necesariamente debía estar dirigida a Cómodo[5]. No obstante esto hoy parece imposible porque Aristides no hace ninguna mención directa al emperador como destinatario, habla en cambio de los dos emperadores que parecen estar vivos todavía, y por el hecho de que Cómodo no realizó nunca un viaje en solitario a Oriente. Así las cosas cobra fuerza la hipótesis de que el auténtico destinatario era el gobernador de la provincia para ambos casos, que debían ser padre e hijo[6]. No obstante, ante la ausencia de una pareja que reúna estas condiciones esta propuesta no pasa de ser una mera hipótesis a la espera de mejor confirmación[7].

Por último hay que hacer notar la posibilidad de que ambas obras no estuvieran conectadas por la persona del destinatario, y que el padre del beneficiado con XXI hubiese sido objeto de un discurso perdido. La razón fundamental para esta opción reside en la disconformidad en algunas noticias que ofrecen una y otra obra. Aristides en XXI 3 recuerda algunos pasajes de la historia antigua de Esmirna y afirma haberlo contado con anterioridad. Pero esa misma historia es relatada de manera diferente en XVII 3.

---

[4] Cf. § 3.

[5] A. Boulanger, *Aelius Aristide...*, págs. 154 y 389-391.

[6] C. Behr, *Aelius Aristides...*, págs. 113-114.

[7] Véase la introducción a XVII.

De esta manera se podría mantener el destinatario imperial para el primero, mientras que el segundo habría que suponer que estaba destinado al hijo de un gobernador provincial que también escuchó un discurso perdido del sofista. La cuestión permanece abierta.

La edición utilizada ha sido la de B. Keil y sólo se han introducido lecturas diferentes en dos pasajes, siguiendo la indicación del aparato crítico del autor en un caso, y en otro optando por la lectura de W. Dindorf que C. Behr aprobaba.

	Edición de B. Keil	Lectura Adoptada
8	ὅτε γὰρ ἦν... καιρὸς	ὅτε γὰρ ἦν ⟨ἐν τοῖς ἐσχάτοις ἡ πόλις, ἃ δὴ τότε ἀπῄτησεν ὁ καιρός, αὐτὸς ὁ⟩ καιρὸς, Keil en aparato
15	[περὶ τὸν Μέλητα]	περὶ τὸν Μέλητα, Dindorf, Behr

XXI. SEGUNDO DISCURSO DE ESMIRNA

1 Hubiese querido muy especialmente, mi admirable amigo, que la ciudad apareciese tal y como la dejaste; pero puesto que no pudo ser, hubiese querido componer mi discurso allí presente, para que por estas dos razones me resultase de provecho, tanto por estar contigo como por gozar de la ciudad que ahora nos ha sido devuelta. Pero puesto que ha sucedido de esta otra manera, no pensé que estuviese bien que yo me mantuviese completamente al margen, sino que debería estar presente algún vestigio de nuestra voz para darla a conocer tanto a ti como a los griegos que estuviesen presentes, ya fueran ciudadanos o extranjeros. 2 En general, se ha convertido casi en una costumbre propia, cuando estoy ausente, participar con un discurso en alguna fiesta religiosa, puesto que dios[1] me lo indica. Para mí, el presente discurso es muy oportuno. Puesto que, cuando llegó la inesperada noticia, yo fui el primero que, en favor de la ciudad, la mencioné ante nuestros excelentes emperadores, no habiéndome demorado más de una noche[2], es natural sentir que todo aquello que

[1] Asclepio.
[2] Cf. XIX.

concierne a la glorificación de la ciudad también es de mi competencia.

3 Recuerdas las antigüedades de la ciudad, puesto que las escuchaste durante tu primer mandato [3], que compartiste con tu padre: el nacimiento de Zeus y las danzas de los curetes, la fundación de la primera ciudad en el Sipilo por Tántalo y Pélope [4], la travesía de Pélope a la antigua Apia, que después recibió el nombre de Peloponeso por él, cuyo tercer descendiente [5], después de haber llegado a ser el rey común de la Hélade, destruyó el imperio de los bárbaros. 4 Entre sus segundas glorias, Teseo como fundador, el nombre de Esmirna concedido a la ciudad, la raza ática, y la posterior inmigración de los jonios como a su propia patria [6]. Y la tercera ordenación y fundación, de manos de quien fundó los dos más bellos y grandes monumentos, uno esta ciudad, el otro la colonización del Nilo [7]. Tales cosas me oíste decir. Y hay una trirreme que se expone durante las fiestas de Dioniso y que es cantada en los Desembarcos [8], símbolo de la antigua victoria en la que los esmírneos, que celebraban la fiesta de Baco, vencieron a los quiotas protegidos por escudos y barcos.

---

[3] Quizás se esté refiriendo al discurso XVIII. No obstante lo que aquí recuerda que dijo no concuerda a la perfección con lo que escribió en aquél.

[4] Cf. XVIII 3, aunque allí no se nombran ni Tántalo ni a Pélope como fundadores. C. Behr, *The complete Works...*, vol. II, pág. 449 propone eliminarlo.

[5] Agamenón.

[6] Heródoto, I 150.

[7] Alejandro y Alejandría.

[8] Estos Desembarcos no son mencionados en el primer discurso, XVII 5-6; quizás se aluda con ellos al lugar donde la barca sagrada toma tierra o a una parte del festival.

Todo esto eran cosas que el ojo iba descubriendo y no 5 solamente mitos o los relatos de fabulistas y poetas; pero, incluso si estuviese presente el propio Homero, podría haber considerado como más prudente callar que hablar sobre ello. Viste el ágora, hogar de los dioses; los puertos, que por una parte rodean la ciudad y por otra están situados en su mismo centro; la belleza de sus templos y recintos sagrados, ornados por igual tanto por la naturaleza como por las artes; todo el adorno de sus muelles, cómo están cogidos unos de otros. Viste también el más importante símbolo de la ciudad, la coordinación y la armonía de todos sus elementos que hace que todo aparezca como un único cuerpo, como si se hubiese construido desde el principio al son de la lira y la cítara, como reza la leyenda de las murallas tebanas[9].

Bien. Con respecto a las antigüedades y a aquellas que 6 no lo son tanto, pero que, como se dice, eran visibles ayer y antes de ayer, tales cosas escuchaste, tales cosas viste. Nada humano, se dice, es inmutable, sino que incluso la tierra es cubierta por el mar y el mar se convierte en tierra firme, y hay ciudades que se han hundido bajo tierra y otras que han sido destruidas por las aguas celestes o marinas. Los cambios son propios del los linajes de mortales, y muchas son las maravillas del tiempo. Y he aquí que a 7 nuestra ciudad, cuya superioridad era tanta, le sobrevino de alguna manera un resbalón. De aquí se evidenció con claridad qué gran adorno fue para Asia, y no me refiero sólo a la que se extiende hasta las fuentes del Meandro, ni a la

[9] El asunto de Anfión y Zeto es repetido por Aristides en varias ocasiones; cf. XXVII 31. Véase Homero, *Odisea* XI 263; A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, págs. 186-190.

que delimita el sorteo de vuestros procónsules, sino a la que en un principio los griegos llamaron Asia y designaron especialmente como uno de los tres continentes [10]. Pero lo que quería decir es que al mismo tiempo que se producía la desgracia, todo parecía haber quedado desnudo y todo el 8 mundo la buscaba, como si fuera el ojo del cuerpo. Me refiero a que a la ciudad le aconteció ser destrozada conforme al destino y naturaleza común de todos los hombres, pero lo que siguió fue propio de la buena fortuna de la que la ciudad había sido partícipe desde el principio. Pues cuando ⟨la ciudad estuvo sumida en aquellos extremos males que una vez la ocasión reclamó, fue la misma⟩ ocasión la que ofreció su auxilio, puesto que tenía como jefes del universo, no a aquellos que iban a mirar con mayor indiferencia que nadie a la ciudad derribada, sino quienes, más que ningún otro, estaban dispuestos no sólo a volverla a levantar sino también a acrecentarla hasta la exageración [11]. «Todo esto se está cumpliendo», dice el hijo del Meles [12].
9 Y para que todo el discurso no verse sobre los edificios, ¿quién no envidiaría y admiraría la nobleza del pueblo [13]? Pues no se asustó por el desastre [14], y no buscaron ni espe-

[10] El cambio de significado de Asia, del continente como lo entendían los griegos, a la provincia romana de Asia, mucho más limitada, cf. XXIII 10.

[11] Recuerda en definitiva la ayuda que de manos de los emperadores recibió Esmirna tras su destrucción por el terremoto de 178. Cf. XX.

[12] El hijo del río Meles es Homero; cf. XVII 15 y XXXIII 29. Homero, *Ilíada* II 330.

[13] En XVII 23 se negó a hablar del pueblo.

[14] Por el miedo, tal y como el propio Aristides rescuerda, XLIX 38, que se instaló en la población de Esmirna durante una serie anterior de terremotos, aunque de menor virulencia, esta afirmación es claramente una exageración.

raron un mejor consuelo que el nacido de la obra y de la palabra de sus emperadores, de manera que lo que fue una ocasión de duelo se convirtió en una suerte de celebración.

10 Y lo que aconteció después nosotros sólo lo sabemos de oídas [15], pero tú, cuando lo veas, podrás incluso contárselo a otros. Pues no parece que la ciudad haya corrido una suerte muy diferente a la del relato mítico que se cuenta sobre su fundador. Sabes que los poetas dicen que Pélope, descuartizados todos sus miembros y cocinados en una caldera, fue recompuesto de nuevo como al principio con lo que había en la caldera; pero puesto que faltaba el hombro recibió en lugar del antiguo uno de marfil [16]. Y se cuenta que fue obra de Deméter. De igual manera, después de aquel caldero que quemó todo [17] lo que había en la ciudad, su segunda reorganización condujo a una sorprendente provisión de belleza, como si Posidón la hubiese sacudido con el tridente adrede, para verla más bella que antes. Como también se dice que actuó humanitariamente en Tesalia construyendo un desfiladero para el río Peneo para crear Tempe [18]. 11 Antes no era posible concebir esta idea de superioridad, sino que parecía que la ciudad era paradigma de

[15] Después de la visita a la ciudad de Marco Aurelio y Cómodo durante el año 176, en la que Aristides estuvo presente, FILÓSTRATO, *Vidas de los sofistas* 582, el orador se retiró a sus propiedades familiares en Misia y posiblemente no volvió nunca más a la ciudad. C. BEHR, *Aelius Aristides...*, págs. 111-2.

[16] Cf. PÍNDARO, *Olímpica* I 37-41 y OVIDIO, *Metamorfosis* VI 404-411. A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica* 190. El omóplato de marfil de Pélope se exhibía en Élide en tiempos de PLINIO (cf. *Historia Natural* XXVIII 34), pero había desaparecido en el s. II; cf. PAUSANIAS, V 13, 6.

[17] HERÓDOTO, VIII 32.

[18] XVII 16.

belleza [19]. Pero ahora, nos hemos convencido de que no opinábamos con rectitud. Pues antes superó a las otras ciudades, pero ahora, como podría decirse poco más o menos, se ha superado a sí misma. Y creo que ha sufrido algo muy semejante a lo que experimentó su metrópoli [20]. No voy a recordar una imagen mitológica, sino algo que es forzoso

12 creer. Pues aquella, tras ser incendiada por los persas y quedar completamente destruida, creció por todos lados, y la desgracia resultó provechosa para la ciudad [21]. Por tal mano se alza toda, más venerable, más magnífica y mejor protegida; pero invoquemos a Adrastea [22]. Y aunque todos los ornamentos visibles son bellos, ha recibido otro mayor: pues sus fundadores son aquellos que tienen bajo su mando a todas las ciudades [23], a los que nadie nunca ha superado ni en filantropía ni en obras realizadas. Ellos eran los únicos, creo, que tenían la capacidad de idear algo mejor

13 que la antigua Esmirna. Tal ha sido la retractación de la fortuna respecto a nuestra ciudad. La corona de Jonia se ha salvado justamente y Asia ha recobrado su adorno. Los acontecimientos de la ciudad son ejemplo para los desesperanzados, pues no se debe jurar que los que navegan con viento favorable no vayan a sufrir desgracia alguna, pero

---

[19] La belleza era el gran atributo de Esmirna, e incluso aparecía en su titulatura oficial; cf. *Inscr. Graec. ad Res Rom. Pertin.* 1419-1421. Véase C. J. CADOUX, *Ancient Smyrna,* 171-201, donde se describen los monumentos más destacados.

[20] Atenas.

[21] Es la gran reconstrucción de la ciudad patrocinada por Pericles tras la invasión persa de 480 a.C.

[22] Se identifica con Némesis y representa la justicia inexorable. Se la invoca para impedir el castigo divino por comportamientos temerarios o palabras culpables.

[23] Es decir los emperadores Marco Aurelio y Cómodo, cf. XXI 12.

tampoco, una vez que el barco se ha roto, se debe perder la esperanza de que ocurra algo en nuestro favor.

14 Dejo ahora que otros honren al Meles[24]. De todas formas, cuando se le ve, constituye su mejor adorno. Un río para el que el verano y el invierno son equivalentes, y no se ha desbordado nunca por las tormentas, ni ha sucumbido por las sequías, sino que como si fuese un objeto inamovible, siempre mantiene a través del tiempo una única forma, una única superficie. 15 Y el Meles, ni es un río errático, ni es capaz de salirse de su cauce, sino que se parece a un enamorado de la ciudad que no tiene valor para ausentarse durante mucho tiempo puesto que, creo, su amor por ella es infinito y su vigilia interminable, de manera que empezando allí mismo, allí también acaba, extendiéndose junto a una parte de la ciudad. Como los enloquecidos, parece que, movido por algún poder de las propias ninfas, he añadido estos cantos sobre el Meles aunque no me lo había propuesto. Quizás sea necesario reservarlo también para sus hijos[25], como la otra parte del discurso.

16 Se podría considerar como un buen augurio que tú llegues al mando de nuestras ciudades y que tu itinerario[26] se haya desarrollado de tal manera que hayas renovado perfectamente el mandato de tu padre por sus estancias en Esmirna. La oportunidad de la ciudad es grande. ¡Que su buena fortuna prevalezca siempre!

[24] El río que corre junto a Esmirna, XVII 14-5 y 19.

[25] La referencia es ambigua. Aquí se ha entendido como los hijos del Meles, que bien pueden ser poetas, herederos de Homero, o bien aquellas personas que critica en XXXIII 29.

[26] Debe entenderse que lo que va a reeditar en iguales condiciones que su padre es el circuito por las principales ciudades de la provincia y no la carrera de magistraturas, como interpreta C. BEHR, *The Complete Works...*, vol. II pág. 363 n. 28. Se trataba del convento jurídico.

XXII

DISCURSO ELEUSINIO

INTRODUCCIÓN

A finales de la primavera, o durante el verano, de 170 d. C.[1] Grecia se vio alterada por la desagradable presencia de unos bárbaros en su territorio. La tribu de los costobocos había conseguido forzar las defensas del Imperio penetrando en los Balcanes, donde impunemente llevaron a cabo múltiples tropelías. La más significativa de todas ellas fue el saco y la destrucción del santuario de Eleusis[2]. El acontecimiento conmocionó profundamente a todo el mundo heleno, que creyó perder así uno de sus símbolos más eminentes, y una de sus esencias.

Aristides, tan pronto como se enteró de la noticia, compuso un discurso que leyó en el Salón del Consejo de la ciudad de Esmirna[3]. Formalmente la obra está com-

---

[1] Cf. J. M. Cortés, «La datación de la expedición de los costobocos: la subscripción de XXII K de Elio Aristides», *Habis* 26 (1995), 185-191. Tanto A. Boulanger, *Aelius Aristide...*, pág. 162, como C. Behr, *Aelius Aristides...*, pág. 110, lo fechan un año después, en 171, pero se trata de un error de cálculo.

[2] Cf. A. von Premerstein, «Untersuchungen zur Geschichte der Kaisers Marcus. II», *Klio* 12 (1912) 139-178.

[3] Esta información la ofrece la subscripción del discurso. El valor de la misma: A. Boulanger, *Aelius Aristide...*, pág. 468 y F. Lenz, C. Behr (eds.), *P. Aelii Aristidis Opera quae exstant omnia,* vol. I, Leiden, 1976, pág. LXX.

puesta por dos partes bien distintas. En la primera de ellas (§§ 1-10), el autor desarrolla un encomio del santuario donde alaba de manera destacada la buena fortuna de la que siempre gozó, incluso en las circunstancias más difíciles para los griegos. La segunda parte, mucho más breve (§§ 11-13), es una monodia donde lamenta la destrucción, se duele por el futuro de los griegos, tanto de aquellos que han sido iniciados como los que no, y maldice a los profanadores. La combinación en una misma obra de estos dos elementos diversos no era una innovación de Aristides. Según relata Filóstrato, Dionisio de Mileto ya había procedido de manera semejante en su Lamento por Queronea[4].

El interés de Aristides por el santuario no era meramente religioso. Es cierto que en este discurso deja traslucir un mayor conocimiento de la realidad mistérica que el que efectivamente expone. Esto, junto con algunas otras menciones a la iniciación, ha hecho pensar en la posibilidad de que el sofista hubiese participado en alguna medida de los misterios[5]. Pero la evidencia es tan escasa que no permite llegar a una conclusión cierta. No obstante, otra faceta del santuario también era del máximo interés para Aristides: la consideración de Eleusis como metonimia de la cultura griega, que constituía el rasgo diferenciador de una Hélade integrada en el Imperio romano. Directamente vinculado con ello, existía una profunda conexión entre el poder imperial, la federación de los griegos, o el Panhelenion,

---

[4] FILÓSTRATO, *Vida de los sofistas* 522. A. BOULANGER, *Aelius Aristide...*, pág. 329-332.

[5] C. BEHR, *Aelius Aristides...*, pág. 110, n. 62.

y el propio templo [6]. Desaparecía de esta forma, o al menos así se creyó en los primeros momentos [7], uno de los vértices de este triángulo que permitía a los griegos sometidos conservar su identidad. El futuro era incierto.

Se ha seguido la edición de B. Keil.

---

[6] La exposición más clara del valor y significación de Eleusis se encuentra en ARISTIDES, I 31-39, y es directamente heredera de ISÓCRATES, IV. La relación emperador, Eleusis y Panhelenion es estudiada en J. H. OLIVER, *Marcus Aurelius. Aspects of Civic and Cultural Policy in the East (Hesperia, supl. XIII),* Princeton, 1970.

[7] El santuario fue rápidamente reconstruido por Marco Aurelio. G. E. MYLONAS, *Eleusis and the Eleusinian Mysteries,* Princeton, 1961, págs. 160 ss.

XXII. DISCURSO ELEUSINIO

Eleusis, hace tiempo me hubiese resultado más grato 1 cantarte; ¿qué Orfeo [1], o qué Támiris [2], o qué Museo habitante de Eleusis [3], basta para tan gran desgracia? ¿Con qué cítaras y liras se llorará esta común ruina, común a toda la tierra? ¿Qué asunto es éste, Zeus, que te has propuesto? Yo, al acercarme para hablar me siento entumecido y quiero darme media vuelta, pero estoy obligado a hablar por este único motivo, porque no puedo callar. Pues ¿qué heleno o 2 qué bárbaro es tan torpe o ignorante, o quién vive tan apartado de la tierra o de los dioses, o, en suma, quién es tan insensible a la belleza —salvo los que van a perecer de la peor manera, aquellos que han cometido esta fechoría—

[1] Músico y cantor mitológico de extraordinarias dotes. Se dice que acudían a escucharlo árboles, piedras, animales, y que los ríos detenían su curso para oírlo mejor. Cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, págs. 95-96 y 481-482.

[2] Músico, hijo de Filamón, que fue cegado por la Musas por haber competido con ellas. Cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, págs. 471-472.

[3] Museo, tercer músico mitológico y que recibió de manos de las Musas la lira de Orfeo, es considerado como Eumólpida y, por tanto, miembro de la familia que proporciona los hierofantes.

que no considere a Eleusis como un santuario común a toda la tierra, y de entre todas la cosas divinas la más terrible y a la vez la más gozosa para los hombres? ¿De qué otro lugar o mito los presagios cantan cosas tan maravillosas, o las ceremonias proporcionan tan gran espanto, o lo que se ve rivaliza tanto con lo que se oye [4]?

3 Todo aquello cuando puede verse, lo han visto familias enteras de hombres y mujeres dichosos en secretas imágenes. Pero cuanto es de dominio público, poetas, fabulistas e historiadores, todos, las han cantado: que la hija de Deméter llega a estar desaparecida durante algún tiempo, pero que Deméter atraviesa toda la tierra y el mar buscando a su hija. Hasta ese momento no había sido capaz de encontrarla, pero al llegar a Eleusis le dio nombre al lugar [5] y, 4 tras haber encontrado a la muchacha, creó los misterios. Y ambas diosas entregaron el trigo a la ciudad de los atenienses y, a su vez, la ciudad lo entregó a todos los griegos y bárbaros [6]. Con estas acciones son acreditados Celeo, Metanira y Triptólemo [7], y los carros alados tirados por

---

[4] Son los tres elementos de los misterios que tradicionalmente se distinguían: *drõmena*, los movimientos y gestos de los oficiantes; *deiknýmena* (*orómena* en Aristides) todo lo que se enseña a través de estatuas, pinturas, etc.; *legómena* son las órdenes e instrucciones dadas por los sacerdotes. P. FOUCART, *Les Mystères d'Eleusis,* París, 1914 (1975), pág. 356.

[5] *Eleusis* significa «advenimiento».

[6] I 34-37. Este acto es considerado el nacimiento de la civilización. Así se interpreta al menos desde ISÓCRATES, IV 28.

[7] Celeo era el rey de Eleusis y Metanira su esposa. Ambos acogieron a Deméter, sin saber quien era, mientras buscaba a su hija y consiguieron distraerla y hacerla reír. Como premio la diosa les entregó el trigo y utilizó a Triptólemo, el hijo de ambos, para su difusión. A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica*, págs. 69-73.

dragones que los transportaban sobre la tierra y el mar. Los primeros extranjeros en ser iniciados fueron Heracles y los Dioscuros [8]; la primera competición gimnástica tuvo lugar en Eleusis, en el Ática [9], y el premio fue el grano que acababa de aparecer, de manera que experimentaron los hombres cuánto aumentaba su fuerza gracias al alimento cultivado. Anualmente entregaban los helenos las primicias de sus frutos a la ciudad de los atenienses como si se tratara de su propia metrópoli y de la de sus frutos [10]. Los Eumólpidas y los Cérices, quienes se remontan a Posidón y a Hermes respectivamente, suministran los hierofantes, unos, los daducos, los otros [11]. Y tales son las cosas que se refieren en el mito.

5 Después, una vez que habían vuelto los Heraclidas al Peloponeso y había transcurrido algún tiempo, los dorios hicieron una expedición contra Atenas [12]. Pero cuando llegaron a Eleusis, avergonzados y, si es necesario decirlo

---

[8] Un tema repetido en Aristides, I 50, 374 y XL 11. Tanto Hércules como los Dioscuros estaban íntimamente relacionados con la mitología imperial, en la que la iniciación en Eleusis era un hecho importante. K. Clinton, «The Eleusinian Mysteries», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* II 18.2 (1989), 1499-1539.

[9] I 362.

[10] Esta práctica está documentada con seguridad para época clásica; cf. R. Meiggs, D. Lewis, *A Selection of Greek Historical Inscriptions*, núm. 73. Parece que fue recuperada y actualizada por Adriano; M. Guarducci, «Adriano e i culti misterici della Grecia», *Bullett. Commisione Arch. di Roma* 69 (1941), 149-158.

[11] Estas son las dos familias que ocupan los dos sacerdocios más importantes de Eleusis. Los Eumólpidas se consideraban descendientes de Eumolpo, hijo de Posidón. Los Cérices se remontaban a Hermes y Aglauro, una hija de Cécrope. Pausanias, I 38, 2-3.

[12] En esta guerra murió Codro, el último rey ateniense. I 87.

también, asustados, dándose la vuelta retornaron por el mismo camino. La conmoción que en aquel entonces éstos 6 provocaron nos llevó a colonizar Jonia [13]. Cuando tuvo lugar la expedición persa y grandes dificultades y peligros afectaron, no sólo a la Hélade, sino también a todo cuanto se encontraba fuera del Imperio persa, muchos de los templos de Grecia fueron quemados y también la cúspide de la Hélade, la ciudad de los atenienses. Pero tan bien le fue a Eleusis que no sólo, como se dice, se mantuvo libre de ser saqueado sino que, cuando se trabó la batalla naval, salió Iaco para tomar parte en el combate como aliado de los griegos, y una nube que se había levantado y elevado desde Eleusis se lanzó sobre las naves acompañada de un cántico místico [14]. Jerjes, asustado, huyó y el propósito de los 7 medas fracasó. Cuando se produjo la guerra civil entre los griegos [15] y todo estuvo revuelto, únicamente Eleusis se mantuvo tranquilo en cierta medida. Y, ni la caballería de los beocios, ni las invasiones de los lacedemonios y peloponesios violaron el santuario, ni se acercaron a la imagen de los templos con otra cosa que no fueran los ojos. Cuando más tarde Esfodrias [16] atacó desde Tespias, bastó que

[13] Fueron los hijos de Codro quienes llevaron a cabo esta empresa, cf. I 55.

[14] Heródoto, VIII 65 y Plutarco, *Temístocles* 15. Iaco es un dios poco conocido relacionado con Deméter (quizás su hijo) al que se le confundía con Baco; cf. Escolio a Aristides III Dindorf, pág. 648, 213, 18. Su estatua era transportada desde Atenas al santuario a comienzos del festival. P. Foucart, *Les Mystères d'Eleusis*, pág. 110.

[15] La Guerra del Peloponeso.

[16] General espartano, jefe de la guarnición de Tespias, que en 378 intentó tomar al asalto el puerto del Pireo, Jenofonte, *Helénicas* V 4, 21-22.

aparecieran las antorchas para poner fin al atrevimiento. Todas las otras treguas se quebrantaron: y así, durante los juegos pitios, la Cadmea fue tomada [17], y también los argivos condujeron la procesión a los juegos ístmicos, y la condujeron también los corintios, cuando por las armas unos a otros se dominaron [18]. Paso en silencio la batalla sobre el Alfeo [19], salvo por el hecho de que aquí también queda como un signo de Zeus, y no de los malos, el valor y la victoria de los que habían sido despojados de sus derechos. Solamente las treguas mistéricas han conservado su nombre, y únicamente durante las fiestas de Eleusis la Hélade recobraba la salud. Es muy evidente que este festival es una catarsis tanto para las locuras como para todas las desgracias desacostumbradas. ¿Qué necesidad hay de exponer todos y cada uno de aquellos acontecimientos? Los Filipos, 8 los Alejandros, los Antípatros y toda la lista de dinastas que los sucedieron, aunque perturbaron innumerables cosas entre los helenos, entendieron que sólo Eleusis era verdaderamente inviolable y superior a ellos mismos. Y callo los celtas, quienes finalmente penetraron en la Hélade como libertinos [20], y todos aquellos acontecimientos que de este cariz puedan añadirse. En todas estas circunstancias el

---

[17] En el 382 a. C. el general espartano Fébidas ocupó la Cadmea, la acrópolis de Tebas, durante la celebración de las Tesmoforias; cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 2, 29.

[18] 390 a. C. JENOFONTE, *Helénicas* IV 5, 1-2.

[19] En el 364 durante los juegos olímpicos. JENOFONTE, *Helénicas* VII 4, 29.

[20] En el 278 a.C. los gálatas, mandados por Breno, franquearon las Termópilas e intentaron asaltar Delfos. Una tempestad de nieve, que los griegos consideraron enviada por el dios, los hizo fracasar. Aristides recoge y utiliza para otro fin el oráculo de Apolo que la anunciaba; cf. L 75.

templo escapó indemne. Sólo éste quedó como recuerdo de la antigua felicidad y dignidad para la ciudad y para la Hélade. Las batallas navales, las terrestres, las leyes, las constituciones, las glorias ciudadanas y los dialectos, todo, podría decirse, ha quedado atrás; se mantenían los misterios.

9 Los otros festivales se celebran cada cuatro o cada dos años; sólo el de los misterios ha prevalecido como anual. Lo más grande y lo más divino es que éste es el único de los festivales que cuando se reúne se celebra en un solo edificio, y la muchedumbre de la ciudad y la del Eleusino 10 son equivalentes [21]. ¿Quién no se habría sentido alegre al ver las estatuas, las pinturas, la decoración que lo rodea, incluso las que están en la encrucijada de caminos, para no mencionar las que están en el anexo de los lugares más venerables? Pero el provecho del festival no sólo está en la alegría del instante, ni en la liberación y el olvido de las dificultades de tiempos pasados, sino también la obtención de dulces esperanzas para la muerte, como la convicción de una vida mejor y de no yacer en las tinieblas y en el fango que es lo que espera a los no iniciados.

11 Todo ha sido así hasta este funesto día. ¿Qué lamento argivo, qué cantores egipcios o frigios [22] medirán en sus justas proporciones aquello que el hado nos ha confiado para que lo veamos y lo cantemos? ¿Qué Esquilo Eleusino [23] lo cantará a su coro? ¿Qué ardientes manantiales de Nauplio,

---

[21] El Telesterion tenía capacidad para 3.000 personas. P. Foucart, *Les Mystères d'Eleusis*, pág. 351. Se aseguraba que prácticamente toda la población ateniense estaba iniciada, Luciano, *Demonax* 11.

[22] El canto argivo era el de Lino, que las mujeres argivas cantaban todos los años; cf. Conon, 19. Los egipcios cantaban la muerte de Apis y los frigios la de Atis.

[23] Esquilo había nacido en el demos de Eleusis.

como dijo Sófocles [24], son dignos de ser comparados con esta pira? ¡Oh antorchas, por qué género de hombres habéis sido apagadas! ¡Oh temido y oscuro día, que has eliminado las noches refulgentes! ¡Oh fuego, cómo te has dejado ver en Eleusis! ¡En lugar de qué otro! ¡Oh nube y noche sin luna que ahora estás sobre la Hélade! ¡Oh Deméter, que hace ya tiempo encontraste a tu hija aquí!, ahora te queda tratar de encontrar tu templo. Y los misterios 12 ¡tierra y dioses! se aproximan. Este mes de Boedromión [25] requiere ahora otro tipo de clamor, no como cuando Ión gritó hacia Atenas [26]. ¡Oh aquella proclamación [27]!, ¡oh aquella lista de días y de noches sagradas!, ¡en qué día terminasteis! ¿A quiénes conviene lamentarse más, a los no iniciados o a los iniciados? Estos han sido privados de lo que han visto, aquellos de lo más bello que hubiesen podido ver. ¡Ay de los que han profanado torpemente los mis- 13 terios! ¡Ay de los que han visto lo invisible, enemigos comunes de los dioses infernales y celestes! ¡Ay de los helenos, verdaderos niños antes y ahora, que permitisteis tamaño mal que se acercaba! ¿Ahora no os ocuparéis de

[24] Sófocles, frag. 402 N.

[25] Tercer mes del calendario ateniense, entre septiembre y octubre. Las fiestas de Eleusis empezaban el día 13 con la procesión de los efebos desde la capital al santuario. El primer día de Misterios era el 15 y terminaban el 22. J. D. Mikalson, *The Sacred and Civil Calendar of the Athenian Year*, Princeton, 1978, págs. 54-60.

[26] Ión ayudó a Atenas en su guerra contra Eleusis y se convirtió en rey de la ciudad.

[27] Se realizaba el quince de Boedromion para no excluir a lo impuros de las celebraciones. P. Foucart, *Les Mystères d'Eleusis*, pág. 311.

vosotros mismos, queridos caballeros? ¿No salvaréis a la propia Atenas[28]?

SUBSCRIPCIÓN: Fue escrito el *Eleusinio* aproximadamente en el momento de los acontecimientos, en Esmirna, en el decimosegundo mes, en el proconsulado de Macrino, a los cincuenta y tres años y nueve meses[29] de edad. Se leyó en Esmirna en la sala del Consejo.

---

[28] Aristides se queja amargamente de la ineficacia de los griegos para defender sus más venerables pertenencias. No obstante, algunos sí intentaron impedir la invasión de los costobocos, como es el caso de Mnesibulo, vencedor olímpico, que organizó una fuerza de Elateos. Cf. PAUSANIAS, X 34, 5; A. VON PREMERSTEIN, «Untersuchungen zur Geschichte...», págs. 150-151.

[29] Se ha aceptado la enmienda de A. BOULANGER, *Aelius Aristide*, pág. 468 de sustituir la cifra seis por nueve, de manera que todos los testimonios fueran concordes. J. M. CORTÉS, «La datación de la expedición...», pág. 191.

XXIII

SOBRE LA CONCORDIA A LAS CIUDADES

INTRODUCCIÓN

El discurso XXIII, *Sobre la concordia a las ciudades,* es la obra más política de las que de se conservan de Aristides. Tras el panegírico pronunciado en la ciudad de Cícico con motivo de la inauguración del templo de Adriano [1], nuestro orador se retiró a las propiedades familiares que poseía en Misia a finales del verano de 166. Allí, según relata en los *Discursos Sagrados* [2], recibió una nueva orden de su guía y protector, Asclepio: debía emprender camino a Esmirna. No obstante, cuando ya se encontraba en ruta el dios decidió cambiar su destino final, éste ahora sería Pérgamo. Eran los primeros días del año 167 y en la capital de la provincia se celebraba el año nuevo; el día tres de enero se procedía a la proclamación solemne de votos. Las celebraciones estaban organizadas por la asamblea de ciudades de la provincia de Asia, o *Koinón* asiático. En estas circunstancias Aristides tuvo la oportunidad de presentar su discurso [3]. Lo hizo

[1] Cf. la introducción a XXVII.

[2] LI 18-29.

[3] C. BEHR, *Aelius Aristides...*, pág. 104. A. BOULANGER, *Aelius Aristide...*, pág. 162 colocaba el discurso entre 161 y 165, pero olvidaba la referencia al fin de la guerra pártica de § 3. Cf. J. M. CORTÉS, *Elio Aristides...*, págs. 135-141.

en el Salón del Consejo de la ciudad de Pérgamo que se estaba utilizando como sede de las reuniones oficiales.

Desde finales del s. I d. C. las ciudades griegas que estaban bajo el dominio romano venían enzarzándose en una serie de disputas que podían llegar a poner en peligro la estabilidad del orden romano [4]. La realidad era que no discutían por parcelas reales de poder como había ocurrido en los lejanos tiempos de la independencia griega —el Imperio no lo permitiría—, pero no por ello dejaba de tener consecuencias importantes. El objeto de la rivalidad lo definían como *tà prōteîa,* es decir aquel grupo de elementos que concedían la primacía o la preeminencia sobre las demás ciudades. En realidad, no eran sino un conjunto de concesiones meramente formales en la mayoría de los casos que servían para establecer un jerarquía ciudadana. Así por ejemplo, entre estos elementos figuraban designaciones honoríficas como «primera de Asia» , también el permiso romano para levantar un templo en honor del emperador, que convertía a la ciudad en neocora o guardiana del templo —y aquí volvía a surgir la disputa haciéndose llamar algunas ciudades «primera neocora» o buscando una segunda concesión de un templo, o incluso una tercera—. No obstante, este clima de inestabilidad, aunque se tratara de una disputa que carecía de un auténtico contenido político, podía llegar a convertirse en una seria amenaza para lo que sobrevivía de la autonomía ciudadana. Las dificultades que la aristocracia urbana tenía para controlar el proceso, una vez

---

[4] D. KIENAST, «Die Homonoiaverträge in der römischen Kaiserzeit», *Jahrbuch für Numism. u. Geldgeschichte* 14 (1964) 51-64. A. R. R. SHEPPARD, «Homonoia in the Greek Cities of the Roman Empire», *Ancient Society* 15-17 (1984-86) 229-252. F. GASCÓ, *Ciudades griegas en conflicto. S. I-III* d. C., Madrid, 1990.

que había conseguido excitar a sus respectivos pueblos para que se mostrasen hostiles contra sus vecinos, y las dificultades que tenía también para controlarse a sí misma, puesto que algunos miembros de las élites ciudadanas utilizaban la rivalidad como medio de ascenso social, podía acabar destruyendo hasta el régimen municipal en el que vivían. La permanente disputa ofrecía a los gobernadores un campo abonado para aumentar su intervención en ámbitos que en principio escapaban al ámbito de sus competencias. El último reducto de la libertad griega podría así llegar a desaparecer.

La situación había sido denunciada por algunos otros pensadores, entre ellos Plutarco y, especialmente, Dión de Prusa [5]. Pero ninguno de los dos había conseguido volver razonables a los protagonistas de tan desagradables prácticas. Aristides vuelve a intentarlo aprovechando la nueva coyuntura imperial. Acabada victoriosamente la guerra contra los partos, y estando muy reciente la presencia del emperador Lucio Vero, el sofista considera que ha llegado el momento para poner fin a esta situación. La propuesta del sofista consiste en reforzar la estructura de la asamblea provincial, del *Koinón*, de manera que deje de constituir el marco de la rivalidad para pasar a ser una institución fuerte con personalidad propia dentro del Imperio. Avala su opción política con la referencia a un mandato imperial (§ 73). Posiblemente sea una orden de Adriano a través de la que se exhorta a las ciudades griegas a entrar en concordia y definir así un nuevo parámetro de jerarquización. Si hasta ahora las ciudades intentaban destacar por la obtención

---

[5] Cf. Dión de Prusa, XL, XLI y XLII. P. Desideri, *Dione di Prusa. Un intellettuale greco nell'impero romano,* Florencia, 1978, págs. 376-468.

de privilegios particulares, el emperador promete tener en especial estima a partir de ese momento a aquellos que se esfuercen por fomentar un nuevo clima en las relaciones interciudadanas.

Como es natural, resulta muy difícil medir los efectos inmediatos de una obra como ésta. No obstante existen algunos elementos que pueden llevar a suponer que constituyó un revulsivo en la situación de la provincia de Asia. Durante el reinado de Marco Aurelio se acuñaron monedas en las que figuraba el lema CONCORDIA y que se referían a Éfeso y Esmirna. En los primeros años de Cómodo otras monedas portadoras del mismo lema incorporaban el de KOINON [6]. Tímidamente al parecer se había entrado en el camino de la solución.

La obra se puede organizar en los siguientes apartados:

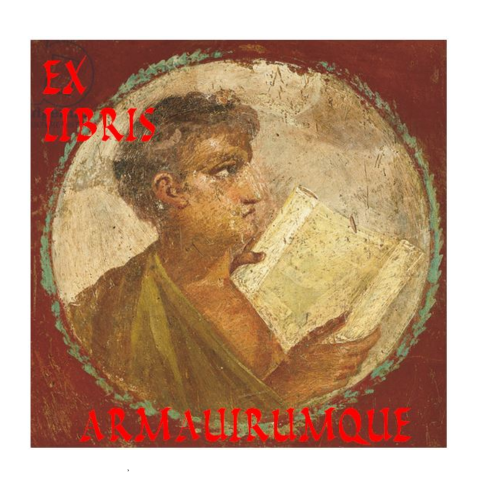
1-7: Proemio.
8-26: Elogio de la provincia y sus ciudades.
27-40: Concordia y facción.
41-53: Ejemplos históricos.
54-58: Guerra y facción.
59-80: La situación bajo el Imperio y ventajas de la unión.

La edición utilizada ha sido la de B. Keil, aunque se han aceptado algunas lecturas diferentes de W. Dindorf, y C. Behr.

	EDICIÓN DE B. KEIL	LECTURA ADOPTADA
9	τὴν πᾶσαν... ὡς ἐν ὀμφαλῷ	τὴν πᾶσαν ὡς ἐν ὀμφαλῷ, BEHR

[6] R. PERA, *Homonoia sulle monete da Augusto agli Antonini*, Génova, 1984, págs. 105-109.

	Edición de B. Keil	Lectura Adoptada
11	στασιάξει,... τῷ μὴ οὐ τοῖς πᾶσι καρτεῖν	στασιάξει, ⟨μηδ' ἄχθεσθαι⟩ τῷ μὴ οὐ τοῖς πᾶσι καρτεῖν, Behr, parcialmente de Keil, en aparato
22	ὥστε πῶς εἰκὸς... καὶ τὰ ἄλλα	ὥστε πῶς εἰκὸς ⟨ἡμᾶς δι' ἧ πόλεως εἴς τε τὴν τῶν λόγων δύναμιν⟩ καὶ τὰ ἄλλα, Keil, en aparato
59	προστάξαι... καὶ κυρίοις εἶναι	προστάξαι [καὶ] κυρίοις εἶναι, Reiske, Dindorf, Behr
64	κυρίως δὲ μὴ δεῖν οἴωνται ποιεῖν	κυρίους δὲ μὴ δεῖν οἴωνται ποιεῖν, todos los mss., Dindorf y Behr



XXIII. SOBRE LA CONCORDIA A LAS CIUDADES

Muchos de los que se dedican a la oratoria, caballeros 1 helenos, tras elegir discursos sobre temas ficticios, acostumbran a intentar hablar todo el tiempo, pero suelen estar tan lejos de hablar como si no se ocupasen de nada de lo que concierne al tema. Otros, aunque desprecian estas prácticas, no acostumbran a dedicarse a un asunto más serio, sino que se vuelcan en temas concernientes a la disputa y a alborotar a quienes acuden a sus declamaciones, por medio de las que afligen a los que se encuentran presentes, pero por las que no consiguen, sin duda, presentarse como los mejores ni son capaces de mejorar a su público [1]. Además, 2 un reputado y antiguo sofista se enorgullecía de sí mismo al principio de un tratado, puesto que ni él estaba haciendo ninguna cosa de este estilo ni declamaba haciendo simplemente un ejercicio de ingenio, sino porque iba a discutir sobre estos dos asuntos, la concordia mutua y la guerra contra los bárbaros [2], emprendiendo, a mi juicio, un muy excelente e importante tema de debate. Pero yo no veo que 3

[1] La crítica a los rétores está diseñada a la manera de ISÓCRATES XIII.

[2] ISÓCRATES, IV 15.

de ningún modo sea oportuno hablar sobre la guerra contra los bárbaros[3]. Pues creo que el castigo de todos los que se han entregado corresponde a los dioses y a los emperadores y, hablando con el permiso de los propios dioses, no creo que vaya a haber ningún gran enfrentamiento, si se tiene en cuenta que, mientras que la totalidad de la tierra habitada se mantiene sometida con mano firme, una pequeña parte ahora se ha opuesto a su dominio por insensatez[4]. Pero hay una parte que resta, la mutua concordia, so-
4 bre la que voy a hablar tan bien como pueda. Pienso que de mi continua dedicación y práctica de la retórica se alcanza alguna ventaja, especialmente para tal clase de certámenes. Pues no estamos declamando constantemente para no decir nunca nada útil, sino que, quien puede decir lo que debe y se atreve a ello, ése es el que demuestra que su discurso no se ha compuesto en vano ni al azar.

5 Sé también que muchos oradores, como si encontrasen en ello un apoyo y un refugio, alaban a los que están presentes siempre y en cualquier circunstancia en la que hablen, y que hay muchos de los que han huido de otras ciudades que hablan mal de éstas ante aquellas otras en las que pudieran encontrarse, y principalmente si preexiste un desacuerdo entre ellas. Pero yo no podría ofrecer elogios que fuesen ilimitados si esto no conllevase también alguna ventaja y el que, en lo posible, la audiencia partiese mejorada; ni, en tanto en cuanto se debe ser agradable en justicia durante un discurso, podría honrar a la ciudad que está ante mis ojos, pero me substraería a satisfacer a las otras en lo

---

[3] La guerra contra los partos había finalizado en 166.

[4] Desde el punto de vista de Asia es posible que esté haciendo referencia a la invasión de Italia por los marcomanos en 167.

conveniente. Ni en esta primera declamación separaré a las ciudades, como lo hacen muchos oradores malos, sino que ensalzaré a todas las ciudades en cuanto es conveniente a cada una de ellas, y empezaré mis palabras por aquí. Pues 6 creo conveniente que el que quiera conseguir la común amistad entre la ciudades no hable bien de unas y se refiriera mal a otras, sino que a todas recuerde con buenas palabras, para que desde el primer momento todas, puesto que están satisfechas, acepten con bonísima voluntad el consejo y, ya así, uno de los elementos propios de la concordia se cumpla. Pues si aceptáis ser elogiados en común 7 y ninguno de vosotros cuenta los elogios ajenos como descrédito propio, sino que cada uno os congratuláis con los elogios de los demás como si fuesen propios, en primer lugar, empezando desde el altar, haréis una demostración de concordia y, después, vosotros también os acostumbraréis poco a poco a hablar bien unos de otros y a pensar lo que en común aproveche a todos. Pero venir para recomendaros que entréis en concordia pero al mismo tiempo rehusar a ensalzaros, me parece tanto un acto de cobardía como propio de quien destruye su argumento, o si no, o bien del que lo ha intentado mal, o del que no sabe en qué manera hay que disertar sobre esta cuestión.

En primer lugar, en efecto, tomemos conciencia de la 8 total organización[5] de la que todos aquí formamos parte, igualmente grandes y pequeños, y en cuánto se cree que supera a las otras uniones tanto ante los jueces gobernantes como ante casi todos los demás. Pues ninguna otra organi- 9 zación de entre todas presenta tantas ciudades en total, ni éstas tan grandes; además la belleza tan variada de la re-

[5] Se está refiriendo a la asamblea provincial, o *Koinón*, de Asia.

gión, la proporción de las estaciones, los variados estilos de vida, su general disposición, cómo está colocada en el ombligo de todo el Imperio, ceñida, tanto en el mar como en la tierra, por muchas y pacíficas naciones[6] y razas dispuestas en torno a ella. Vive con la mejor organización y nadie podría acusarla de arrogancia ni de exceso de servilismo, sino que con una conducta comedida es administrada mejor que todas las restantes organizaciones que hay
10 bajo el sol. Hasta tal grado ha llegado su dignidad que, aunque es tan grande la región a la que el Fasis[7] y el Nilo ponen límite y que se extiende tierra adentro, y aunque a ésta en su totalidad los griegos la llamaban Asia en un principio, ahora, la parte que está junto al mar, tras haber arrebatado el nombre al continente, lo ha convertido en exclu-
11 sivo de ella[8]. Así prevaleció ante todas las demás. Además de esto, el respeto de los gobernantes, su benignidad y su condescendencia en todo han hecho que a la mayoría de los sometidos a la autoridad del Imperio les parezcamos mejores en lugar personas del mismo rango. Así pues, ¿por qué no es conveniente que todos nos enorgullezcamos de las circunstancias presentes, que todos pensemos sobre los bienes comunes de la misma manera que lo hacemos sobre los propios, que de ninguna manera formemos facciones contra nosotros mismos por asuntos por los que ninguno de los de fuera forma facciones, ⟨y que no suframos⟩ por no ser superiores en todo?

---

[6] El *éthnos*, nación, tienen también el significado retórico de provincia. P. Desideri, *Dione di Prusa*, pág. 355, n.53.

[7] Río de Armenia, hoy el Pasis, que toma en la parte inferior de su curso el nombre de Araxes, hoy Aras.

[8] La provincia romana de Asia, que apenas ocupa la costa egea de Anatolia, le arrebató el nombre al continente.

Sigamos adelante. Me voy a dirigir a las ciudades que ahora luchan por la preeminencia [9] y entre las que ha surgido la mayor causa de disputa, no más por sus propias faltas, podría decirse, que por los otros que han tomado partido por una de ellas. Pues cada uno quiere injuriar en cuanto puede a las demás ciudades para favorecer a ésta para la que está favorablemente dispuesto. Pero yo, ni podría hacer una cosa semejante, ni pienso que cualquier otro que lo haga sea un hombre sensato, sino que voy a avanzar en dirección completamente contraria y celebraré a las ciudades en cuanto sea posible, haciendo uso de los principales elementos de elogio de una manera conveniente. 12

Empezaré por la que ahora nos acoge [10] y la que ha ofrecido su Salón del Consejo para hablar sobre estos asuntos. Me parece conveniente omitir cómo una vez gobernó las regiones circundantes [11], y cómo, más tarde, aquí tuvieron su principio estos ceremoniales de los que nos ufanamos [12]. Pero lo que en seguida se nos viene a los ojos es su Acrópolis, de tamaño considerable, que a lo lejos brilla desde todos los accesos a la ciudad, como si fuera la cum- 13

[9] La primacía no era otra cosa que un conjunto de privilegios, muchos de ellos puramente formales; cf. F. GASCÓ, *Ciudades griegas en conflicto*, págs. 45-47.

[10] Pérgamo, como sede de la reunión de la asamblea provincial.

[11] La ciudad de Pérgamo fue capital de un reino helenístico entre el 263 a.C., fecha de la fundación por Éumenes, y 133 a.C., cuando Átalo III legó su reino a Roma.

[12] Se refiere al culto imperial. En el año 19 a.C. se concedió el permiso para la construcción del primer templo en honor a Roma y Augusto. En torno a él se organiza la asamblea provincial; cf. DIÓN CASIO, LI 20, 6 y ss.; D. MAGIE, *Roman Rule...*, págs. 447 y 1293, n. 52; S. R. F. PRICE, *Rituals and Power. The Imperial Cult in Asia Minor*, Cambridge, 1984 pág. 133.

bre común de la nación. Bajo ésta, el resto de la ciudad, diferente en cada lugar, toma disposiciones y formas muy variadas. Podrías decir que muchas ciudades reunidas ocupan el mismo territorio, y que ocurre como si algunos, que eran vecinos, con el tiempo hubiesen llegado a ser conciudadanos, puesto que sus respectivas ciudades aumentaban continuamente. Hay monumentos, tanto antiguos como nuevos, que se extienden por toda la ciudad; uno solo de éstos, el que fuese, sería bastante incluso para ser ornato de toda
14 una ciudad. Muchas otras cosas se podrían referir de los demás distritos de la ciudad —tanto si se debe llamarlas partes de una sola ciudad o bien pequeñas ciudades. Pero ¿cómo sería posible pasar en silencio lo más distinguido de todo y lo que constantemente está en mi recuerdo [13]? Me refiero a la última sección de la ciudad que ha sido consagrada al Salvador para la común buena fortuna de todos los
15 hombres. Pues cuando fue preciso que el dios cruzase a este continente, cruzó primero hacia aquí, e hizo a la ciudad cabeza de puente de su relación con todo el continente [14]. Y si, desde el punto de vista cronológico, esta colonia es la segunda que aquí vino desde la Hélade, tras aquella que llegó desde Arcadia con Télefo [15], en dignidad y poder es la más venerable de todas las colonias. Pues el hogar de Asclepio en Asia ha sido fundado aquí, y aquí se levantan

---

[13] El templo de Asclepio; véase un estudio sobre el mismo en, C. HABICHT, *Die Inschriften des Asklepieions,* Berlín, Walter de Gruyter & Co., 1969.

[14] El templo se fundó en torno al 350 a.C.; cf. E. y L. EDELSTEIN, *Asclepius*, Baltimore, 1945 págs. 242-255.

[15] Hijo de Hércules y Auge. Llegará a ser rey de Teutriana, la antigua Pérgamo, tras emigrar desde el Peloponeso y casar con la hija del rey Teutrante. A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica,* págs. 249-250.

antorchas amigas para todos los hombres de manos del dios que los llama [16], ofreciendo la auténtica y verdadera luz. Y ni la reunión del coro, ni la compañía en los viajes, 16 ni disfrutar de los mismos maestros es algo tan importante, como riqueza y ganancia es frecuentar juntos el Asclepieo y haber sido iniciado en los más excelentes ritos bajo el más hermoso y perfecto portador de la antorcha y sacerdote encargado de la iniciación [17], y ante quien toda ley de necesidad cede. Yo mismo soy uno de esos que bajo la protección divina han vivido no dos sino muchas y diversas vidas [18], uno de esos que piensan que por esta razón su enfermedad ha sido provechosa [19], y de esos que además han ganado su favor, en cuyo lugar yo no aceptaría todo aquello que los hombres llaman felicidad. Y bien, nadie podría 17 decir que esta región no tiene puertos [20], sino que es más correcto y justo decir que éste es el más seguro y sólido de todos los puertos, el que recibe más gente, el que destaca por su calma, en donde para todos los hombres se han colocado los norays de salvación de Asclepio. De esta mane- 18

[16] El propio Aristides, a la vuelta de su viaje a Roma recibió la llamada de Asclepio; cf. XLVIII 7; K. L. SCHMIDT, *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, vol. IV, Brescia, 1968 (= Stutgart, 1938), *s. v. Kaléō*, *Klêsis*, cols. 1.453, 1.471.

[17] Estos dos son cargos sacerdotales de Eléusis y de sus cultos mistéricos. Aristides está intentando asimilar la religión de Asclepio al culto mistérico.

[18] XLII 6 y XLVIII 18 en donde Aristides aparece como un devoto al que el dios le ha alargado la vida.

[19] Provechosa porque le permite mantenerse en contacto con el dios, L 27.

[20] La ciudad de Pérgamo, situada en el interior no tenía puerto. No obstante, la localidad de Elea, situada en la desembocadura del Caico, le servía como tal.

ra, ¿quién no sería prudente ayudando a una ciudad de tal magnitud y calidad, realizando votos conjuntos por ella, y atribuyéndole todos los elogios posibles? Pues yo pienso que, de la misma forma que esta ciudad es un bien común para todos los hombres gracias al poder de Dios, así también es justo que reciba de todos los hombres juntos afecto y honor.

19 ¡Así sea! Pero ¿la ubicación de Esmirna es mala o algo hecho el azar, o es tal que se pueden encontrar ejemplos de ello en otros muchos lugares? Cuantos no la han visto no podrían entenderla con sólo imaginarla, pero aquellos que la han visto podrían decir que es obra de los dioses, como dice Homero que el escudo de Aquiles era obra de Hefes-

20 tos, como también las ciudades que en él había[21]. El aspecto que ofrece vista desde el mar o vista desde la tierra podría provocar una gran disputa entre quienes entran por mar y quienes entran por tierra: ¿cuál de los dos es más agradable? Pues como en una figura oblonga se levanta, si se considera como base la costa y la cumbre como la superficie de su lado superior, una figura que se va elevando desde la llanura y valles poco a poco y siempre con una apariencia semejante[22]. Pero en efecto, ésta no es su única perspectiva, sino que la del interior de la ciudad la supera. Pues todos aquellos ornamentos a los que se les ha atribuido una utilidad, ya sea porque proporcionan adecuados alivios a las fatigas del cuerpo, ya sea porque ofrecen al alma libertad y comodidad para los trabajos que le son propios, todos se han reunido aquí por medio de los templos, los baños, los puertos, las avenidas, de manera que nadie hay

[21] HOMERO, *Ilíada,* XVIII 478-490.

[22] XVIII 3.

quien consagrase el tiempo a llamarla la más grande, encantado por la superioridad de su belleza. El mar, los ríos 21 y los suburbios son dignos unos de otros y todos de la ciudad, como si no hubiesen sido asignados a la ciudad por suerte sino por votación. Podrías decir aquello que dijo el poeta esmirneo: «sin hermandad, sin ley, sin hogar es aquel» [23] quien no ame primero la belleza de Esmirna, y sólo después cualquier otra cosa. Por otra parte, lo más gran- 22 de de todo y lo más honroso que se puede citar aquí son los coros de la Musas [24] y Gracias [25] que siempre frecuentan la ciudad, gracias a los que es propensa por naturaleza a despedir a sus visitantes, no sólo más contentos, sino mejores. De esta manera, ¿cómo va a ser conveniente que nos comportemos mal ⟨con esta ciudad, gracias a la que nosotros⟩ hemos mejorado mucho ⟨nuestra capacidad retórica⟩ y nuestras otras facultades, pero no nos hayamos mejorado gracias a sus misterios [26]?, ¿y cómo va a ser conveniente que todos hagan sus progresos y prácticas de retórica principalmente aquí, pero no se le atribuya a ella, entre las primeras ciudades, todos los elogios y agradecimientos de los que la retórica dispone?

---

[23] HOMERO, *Ilíada*, IX 63. La segunda parte del verso homérico, que Aristides cambió por esa mención al amor de Esmirna, continuaba: «que ama la cruenta guerra intestina». Cf. A. ANDREWS, «Phratries in Homer», *Hermes* 89 (1961) 121-140. Es evidente que Aristides consideraba la misma cosa no apreciar a Esmirna y ser amante de las luchas civiles.

[24] El Museo de Esmirna era una importante institución educativa. C. J. CADOUX, *Ancient Smyrna...*, pág. 197.

[25] Estas diosas aparecen frecuentemente unidas a las ninfas y la Musas. Junto con éstas se utilizaban alegóricamente por «cultura». Son muchas las representaciones suyas en la ciudad. C. J. CADOUX, *Ancient Smyrna...*, págs. 89, 180, 221 y 225.

[26] De la oratoria. Cf. XXXIV.

23 Continuemos. Recordemos a la tercera ciudad, como si fuese la tercera libación[27]; y digo la tercera en número y no ahora en rango, para que nadie que esté escuchando mis palabras entienda mi discurso de manera inversa. Y lo más grande que se puede decir sobre Efeso es que, aunque existan esas otras dos ciudades y aunque además se hayan dicho tales cosas sobre ellas, reste algo diferente por decir de 24 ésta y no inferior en categoría. Creo que todos cuantos viven dentro de las Columnas de Hércules y el río Fasis juzgarían rectamente al reivindicar a Efeso como algo propio, tanto por la accesibilidad de sus puertos como por todas sus otras muestras de hospitalidad. Pues todos son acogidos en esta ciudad como en su propia patria y nadie hay tan insensato, ni que se deje llevar tan rápidamente por las apariencias, que no pueda estar de acuerdo en que la ciudad es el tesoro común de Asia[28] y el refugio de la necesidad. Ni hay nadie que ame tanto hacer reproches que censure las fronteras de aquella ciudad. Pues su distrito es amplio cuando se marcha hacia el interior, pero también ocupa una gran zona de la costa; en todas partes es suficiente para suministrar cuanto es necesario a una ciudad y es bastante para todos los géneros de vida que los hombres puedan y se 25 propongan vivir. Y en verdad ¿cómo va a ser justo que esta ciudad sea provechosa para todos los hombres en común, pero que no reciba el común afecto de todos?, ¿y cómo va a ser justo que a todos importe igualmente que la ciudad

---

[27] Tradicionalmente se ofrecían tres libaciones al final del banquete.

[28] El templo de Artemisa era también el gran centro financiero de Oriente. T. R. S. Broughton, «Roman Asia», *An Economic Survey of Ancient Rome*, Vol. IV, Ed. T. Frank, Baltimore, 1938 págs. 559-60 y 889-91. R. Bogaert, *Banques et banquiers dans les cités grecques*, Leyden, 1968, págs. 245-254.

florezca, pero que todos juntos del mismo modo no roguemos para que la ciudad florezca? Durante el tiempo de los persas, los bárbaros sintieron una gran veneración por Ártemis[29], pero cuando el mismo templo se ha levantado más grande de lo que lo era antes y cuando se ha instituido el más grande Imperio, y a la vez el más venerable, de todos, ¿acaso no basta para llevar a los hombres a la amistad con la ciudad este único elemento, el honor que la diosa le presta, ese honor con que la diosa tiene honrada la ciudad y el que es justo que los hombres le concedan?

26 Y además, dos de estas ciudades[30] son fundaciones de una sola y de un misma ciudad, la de los atenienses; probablemente nadie podría sentir vergüenza si a ésta se la llamara adorno de todo lo heleno[31]. Pero ésta otra[32] puede también, de la misma manera que la propia Atenas, jactarse de su cosecha de varones y héroes autóctonos; o si no, puede hacerlo de la misma manera que aquéllas, pues también sus colonos provienen de los autóctonos arcadios, de manera que, también por estas razones, es conveniente que las ciudades aprendan a conocerse mutuamente y que honren sus méritos[33].

[29] El templo de Ártemis fue construido por los arquitectos cretenses Quersitrón y Metágenes, y financiado por el rey de Lidia Creso. Era un templo gigantesco, 115 x 55 m., y estaba todo poblado de columnas. Heróstrato, en el 356 a.C., le prendió fuego y fue reconstruido por los persas. Cf. ESTRABÓN, XIV 640.

[30] Esmirna y Éfeso.

[31] HERÓDOTO, V 28.

[32] Pérgamo, heredera de Teutriana, fundada por aborígenes misios.

[33] Las historias locales, a través de las que se fundamentaba la antigüedad y dignidad de una ciudad, también fueron instrumento de la rivalidad; cf. M. SARTRE, *El Oriente romano,* Madrid, Akal, 1994. 206-209.

27 ¡Así sea! Se ha expuesto con toda brevedad, según mi parecer, y a la vez no de torpe manera, según vosotros habéis indicado, lo que conviene, en interés público, que se restituya a los pueblos que forman esta provincia y a las ciudades que disputan por la preeminencia. Y os doy las gracias por recibir estas razones bien dispuestos. Lo que me queda es añadir el resto del discurso siempre que no sólo se vaya a sacar placer de su audición, sino que también se derive algún provecho. Y lo que a vosotros os queda es querer escuchar estas palabras con igual intención, para que no sólo honréis en el momento el discurso con buenos elogios, sino para que lo honréis recordándolo en todo momento y en todos los asuntos.

28 Pues yo, excelsos varones griegos de la provincia, si cada uno de vosotros debiese abandonar aquello por lo que ahora se enorgullece para así conseguir una actitud conveniente y afable con los demás, yo por mi parte no os podría aconsejar que, perjudicando vuestros asuntos domésticos, honraseis los de los vecinos. Pero, cuando cada uno de vosotros tiene tantas razones por las que puede sentirse orgulloso y no hay necesidad de renunciar al orgullo para comportarse virtuosamente con los demás, no veo qué sentido tiene el desacuerdo, sino que incluso podría decir todo lo contrario, es decir, que es propio de quienes quieren salvar su propio honor comportarse afablemente con los demás, mientras que es propio de quienes vejan sus cuali-

29 dades dejarse arrastrar hacia la disputa y la envidia. Pues en la concordia radica el elogio de los demás y el escuchar cómo las virtudes propias son elogiadas, mientras que en la enemistad reside el escucharse decir mutuamente palabras que no convienen, de manera que cuanto más quiere uno ser alabado y disfrutar de sus posibilidades, tanto más se debe tomar la iniciativa de la equidad y hacer uso de la

afabilidad. Lo más absurdo de todo sería apesadumbrarse por los bienes de los demás, perjudicar a los de uno mismo, e irritarse más si algún otro va a honrar aquello que merece ser honrado que si uno mismo no recibe voluntariamente de todos los demás los elogios que merece. Tan pronto como se disgusta con los bienes ajenos está claro que los envidia. Pero esto en absoluto es propio del que es superior. Ahora bien, también es conveniente considerar 30 que todas estas cosas, aquellas que poco antes exponíamos y otras semejantes que se pudiesen citar, como por ejemplo la belleza de los edificios públicos, el tamaño de los recintos sagrados, su adecuada situación, la abundancia de recursos terrestres y marinos, y todo cuanto pertenece a este género de cosas, se podría decir que son cosas propias de Fortuna, que tanto concede cada una de éstas como las quita cuando quiere. Pero la opción de la concordia y la decisión de usar actitudes convenientes con los demás es propio de quienes han tomado esta determinación. De esta manera, no es conveniente que aquellos que aventajan en fortuna sientan más orgullo que los que sobresalen por su determinación. Y también es posible decir que aquellas 31 cosas no pertenecen a todos los hombres sin distinción, sino sólo a los que las han construido, de quienes las hemos heredado, ya seamos sus contemporáneos o de generaciones posteriores. Pero la capacidad de tomar la decisión correcta y de actuar con sensatez pertenece prácticamente a todo el que quiera poseer estas facultades. De la misma manera que consideramos que la casa mejor construida no es aquella que tiene los mejores sillares sino la que se habita con una única determinación, así también es necesario pensar que las ciudades mejor habitadas son aquellas que han aprendido a pensar en concordia. Pues por todas partes la facción es terrible, tumultuosa, y semejante a la con-

sunción[34], pues lacera todas las fuerzas y, una vez que ha nacido, las sorbe y vacía, y no cesa hasta no haberlo aniquilado completamente, utilizando a las enfermedades co-
32 mo agentes de su propia destrucción. Y está claro que conviene que ciudades que pertenecen a la misma entidad, ya sean tres juntas o más, emprendan lo que constituye también la más bella organización de toda nación y su más segura salvación. Pues éste no es el caso en el que aquello que es provechoso en común para todas la ciudades de la nación no tenga, de ninguna manera, el mismo significado para alguna de ellas individualmente. Pues, si rivalizan por la preeminencia, este hecho no convierte a la facción en algo mejor, sino que aquí precisamente podría encontrarse la
33 exageración. Pues si aquellos que tienen por digno ser los primeros piensan que a ellos les conviene lo que nadie podría decir que ni siquiera conviene a hombres vulgares, y no se guardan de ello con todas sus fuerzas, ¿cómo no va a adquirir la acusación un argumento añadido?, o ¿cómo no son cosas distintas lo que quieren y lo que construyen? Pues quieren ser celebrados más o menos como los mejores, pero podrían parecer que se encuentran, cuando actúan
34 así, en la mismas condiciones que los peores. Creo que, de la misma manera que todo el mundo pensaría que los generales son mucho mejores que sus soldados, o por lo menos no peores, las ciudades en las que recae la responsabilidad de hablar primero en el consejo provincial no deben dar muestra de menor inteligencia que las restantes ciuda-

[34] Esta enfermedad la sufrió Aristides, XLIX 11. Cf. C. Behr, *Aelius Aristides...*, págs. 162-170. Así la descripción que sigue tiene una fuerza especial.

des ordinarias[35]. De la misma manera, ciertamente no sucede que la disciplina y el orden sean convenientes para los soldados pero indignas para sus generales, sino que, si el pueblo se presenta en orden, es necesario que sus conductores lo guíen en este aspecto principalmente, puesto que es imposible que el ejército mantenga la concordia cuando sus generales forman facciones y conspiran unos contra otros. Y así, en lo que respecta a las ciudades, es necesario pensar que principalmente a aquéllas, las que están al frente de la organización de la provincia, les conviene actuar con prudencia en beneficio de todas las que forman parte de la nación.

35 Me sorprende que en caso de guerra todo el mundo pueda creer que afrontar el peligro en compañía de numerosos y linajudos aliados es algo que redunda es su provecho, pero que, cuando es posible disfrutar sin peligro de las ventajas presentes, si hay que compartirlas con otros, se considere un perjuicio, y que no se vaya a tener en cuenta que cuanto más merecedor de un alto rango se considere uno a sí mismo, tanto más es natural que quiera para los demás que sus asuntos marchen por buen camino, puesto que la preeminencia sobre hombres indignos no es honrosa mientras que la rivalidad con hombres insignes goza de una doble garantía. Pues en el que vence es honesto el aire de gloria; pero si todo acabase de distinta manera, tendríamos la posibilidad de consolarnos.

36 Es posible también aprender lo mismo de Homero. Ya que el poeta es nuestra posesión más común, no es mala

[35] El poder imperial había ratificado la existencia de una jerarquía ciudadana según su tamaño e importancia: metrópolis, ciudades que son sede del convento jurídico, restantes ciudades. Cf. *Digesto*, XXVII 1, 6, 2.

idea hacer uso también de él para estos asuntos. Pues aquél, digámoslo así, ensalza a todos los héroes e incluso a aquellos que son entre sí grandísimos enemigos, considerando que así la gloria sería mayor para los vencedores. Y al catalogar las ciudades honró a cada una de ellas de un modo diferente, pero a todas en cuanto era posible, sin dejar pasar de ninguna manera lo que pudiese proporcionar algún honor, aunque fuese pequeño [36]. Pues ligera, se dice, es la gracia de la buena fama. Píndaro [37] afirma, creo, que aquella exhortación, que no era necesario privar a los enemigos del mérito alguno cuando hubiesen hecho algo bueno, Heracles la recibió de uno de los dioses. 37 Así, por naturaleza el acto de la alabanza es divino y no sólo es oportuno entonces, cuando vamos a comenzar los sacrificios, sino también en la mayoría de los asuntos humanos. Las propias expresiones del heraldo y de los sacerdotes, las que pronuncian cuando pedimos bienes a los dioses, son un símbolo de que los que usan de la alabanza todo lo posible resultan agradables a los dioses. 38 De esta manera, cuando esta suerte de discurso es propia de la petición de bienes, ciertamente es razonable pensar que, honrándolo siempre, actuaremos mejor y que también mantendremos el asunto en la mejor condición. Pero además, si esto es así, ¿por qué no debemos evitar la facción de acuerdo con lo ya dicho? Pues no hay nada que sea más contrario a la buena fama que este mal. Un solo mal se enfrenta a dos de las mejores cosas, ya que no permite decir ni hacer lo mejor, sino que trae in-

---

[36] Esto mismo ha sido lo que él ha hecho un poco más arriba, §§ 12-26.

[37] PÍNDARO, *Pítica* IX 95. Aunque no aparece nombrado Heracles. Posiblemente se trata de un error de Aristides. Parece que es Nereo quien las pronunció.

sultos en lugar de elogios, desgracias en lugar de beneficios. Así donde se pronuncian buenas palabras también se consiguen éxitos, pero donde hay facción ninguna de las dos se salva.

39 Y quien de ningún modo cree conveniente quitar mérito al vecino da la impresión que actúa con confianza en sí mismo, como si él no se considerase inferior de este modo. Pero quien convierte la ofensa a los demás en una ganancia propia, aparte de su otra infamia, se convierte en sospechoso con respecto a lo que disputa, como si no tuviese tanto que alegar cuanto quisiere. De esta manera no parecería que actúa así por valentía, lo que sólo podría llamarse así si se utiliza como un eufemismo para la arrogancia, sino todo lo contrario, por temor a la insuficiencia de sus propias cualidades. 40 Pues como en las competiciones gimnásticas, el hacer mal con otro tipo de lucha extranjera, después de haber repudiado la forma de lucha usual y acostumbrada, no es propio de los que tienen confianza en sí mismos ni de los que piensan que son capaces de ganar limpiamente. Y así también en estos asuntos la disputa sin medida y una actitud fuera de lo conveniente parecen ser propias de los que son inferiores en todos los aspectos. De manera que la facción es causa no sólo de envidia sino también de miedo, de soberbia, de insensatez y, en una palabra, de todo mal[38] y es absolutamente contraria al título que vosotros mismos os habéis impuesto.

41 A parte de esto, quizás podría haber una excusa para estar mal dispuesto y ser hostil contra las gentes de otras razas, pero nadie podría decir que es propio de una actitud in-

[38] ÉUCRATES, XVIII 17-18; C. W. WEST, «Hellenic Homonoia and the New Decree from Platea», *Greek, Roman and Byzantine Studies*. 18 (1967), 470-483.

teligente y afortunada mantener una posición tan desleal y facciosa contra uno mismo. Podríais comprobarlo haciendo uso de los ejemplos del pasado. Y si no son iguales los asuntos, ni las circunstancias semejantes, el buen sentido 42 siempre ha sido el mismo. Remontaos ahora a la antigua Grecia, pues sucede que prácticamente todos vosotros sois colonos de los griegos de allí. Pero no hablaré de nada nuevo, sino de lo que todos sabéis, de los lacedemonios y los atenienses. Pues aquellos, mientras pensaron lo mismo y mantuvieron la misma opinión, fueron admirados por todos los griegos y fueron la causa de muchos bienes mutuos y 43 de otros para quienes tenían necesidad de ellos. Cuando se coligaron, podría decirse, todos los hombres contra los griegos [39] de manera que el mar se llenó de trirremes y la tierra de infantes, y cuando la espera de los males que se avecinaban se consideraba una situación ventajosa puesto que todavía no se habían hecho efectivos los males mismos, no dudaron en lo que debían hacer. Sino que, aunque habían oído que la tierra y el mar se habían intercambiado [40], que el sol se había ocultado por las flechas, que los ríos habían dejado de correr por causa de los que acercándose a ellos bebían [41], que absolutamente todas las naciones y todas las ciudades habían pagado un impuesto para el banquete del rey [42], y, además de todo esto, que el dios había despedido con amenazas extremas y miedos a los diputados que se habían acercado de Delfos [43], ni se espantaron ni se dejaron superar por las dificultades que se les venían

[39] La expedición de Jerjes en 480 a.C.

[40] Referencia al monte Atos; cf. I 121.

[41] Cf. I 120.

[42] Heródoto, VII 118-120.

[43] Heródoto, VII 140; 148-149; 169.

encima. Pero, aunque no una pequeña parte de la Hélade estaba enferma, algunos porque de manera cuidadosa se mantenían neutrales, si se debe llamar a esto de manera cuidadosa, y otros porque abiertamente medizaban, las primeras ciudades demostraron qué cosa tan digna es la concordia. Siendo unos fuertes en el mar y los otros en tierra, 44 en primer lugar se procuraron por ambos medios común socorro tanto a ellos mismos como a los demás griegos. Y entonces, y es lo que podría provocar mucha más admiración, no dividieron el mando sino que, como si una sola ciudad suministrara ambas fuerzas, les pareció bien hacer una voluntad común, un solo mando [44]. Y sucedió que no 45 fue menos satisfactorio para quienes renunciaron al mando que para quienes lo sostuvieron, ni se hizo merecedor de una palabra indigna para los griegos en aquel momento, ni después para todos los hombres. Parecía que los atenienses habían guiado a los griegos entonces puesto que ocupaban el primer puesto en dos campos, en la preparación contra el enemigo y en la equidad con todos, cuando ellos, que cubrían solos dos tercios de todos los trirremes, permitieron que los lacedemonios, que no ofrecieron ni diez, mandaran, pensando que, aunque las naves fuesen el doble de las que tenían, éstas no serían de ningún provecho en aquella situación si primero no construían la mutua concordia. Tras haber firmado esta mutua alianza, estando de acuerdo en 46 todo y estableciendo las mismas definiciones de lo que convenía, reconquistaron la propia Atenas que había sido tomada y ocupada por los persas, liberaron la Hélade, que había sido arrojada al mar y que había estado a punto de perderse toda, y adornaron la tierra y el mar con batallas te-

[44] I 137-149.

rrestres y navales en las que vencieron como habían rogado a los dioses. Pero al que había igualado su imperio al de Zeus lo llevaron a tal grado de temor y de humildad que, después de saltar del trono, huyendo marchó de tierra en tierra, mientras que su flota huía por otro camino hacia el Asia interior[45]. Y trofeos se colgaban de trofeos, y se acordaron altares a Zeus Libertador, trípodes de todos los griegos en Delfos, ofrendas, diezmos y ornamentos de las ciudades, toda clase de donativos y otras cosas por el estilo[46].

47 Y los atenienses obtuvieron la hegemonía sobre los griegos a cambio de todo aquello que entonces habían cedido oportunamente, recibiéndola de los propios espartanos voluntariamente, de la misma manera que entonces los atenienses, también voluntariamente, la pusieron a su disposición. Aquéllos, los espartanos, les entregaron lo mismo que habían recibido, y ni lo estorbaron ni lo discutieron, sino que, ya que consideraban que los atenienses los superaban en capacidad para las expediciones navales y las campañas militares lejos de la patria, después de licenciar a sus propios generales, a aquéllos les entregaron el mando. Tras esto vinieron Sesto[47], Eón[48], Chipre, Eurimedon-

---

[45] HERÓDOTO, VIII 130.

[46] HERÓDOTO, VIII 27, 5 y IX 81. TUCÍDIDES, II 71. ARISTIDES, I 190. El texto de la inscripción del altar de Zeus es recogido por PLUTARCO, *Sobre la maldad de Heródoto,* 873b. Ofrendas en Delfos, R. MEIGGS, D. LEWIS (eds.), *A Selection of Greek Historical Inscriptions*, Oxford, 1969, núm. 27.

[47] La toma de Sesto en 478 a. C. por un ejército mandado por Jantipo es el final de la obra de Heródoto, y muestra de la voluntad de continuar la lucha contra el persa tras Micala.

[48] En el año 476/475 a.C. Eón, situada en el bajo Estrimón, fue arrebatada a los persas. Sus habitantes fueron esclavizados.

te[49], un catálogo adornado doblemente con victorias navales y terrestres, émulas de sí mismas. Se podría decir que todas las hazañas más hermosas se han enumerado una detrás de otra. Y los bárbaros se retiraron viendo en los griegos a sus señores en lugar de rey.

48 Estos fueron los resultados de su concordia, beneficios generales para ambos, pero también beneficios comunes para todos sobre los que mandaban. Después formaron facciones por la hegemonía y, considerando a la equidad cobardía, estimaron la arrogancia como una virtud[50]. Los demagogos y los jefes de ambos bandos, en lugar de, previendo el futuro, impedirlo y apaciguar los ánimos, excitaron a la muchedumbre y enemistaron a las ciudades vendiendo todo el futuro por el placer de un día. El heraldo de los espartanos, como si hubiese sido enviado por alguno de los dioses, proclamó que aquel día era el comienzo de grandes males para los griegos[51]; y éstos se hicieron realidad no mucho después. 49 Los espartanos, que parecían ser invencibles e indestructibles, fueron capturados vivos con sus armas y se mostraron deseosos de un armisticio[52], siendo posible desde el principio convencerlos de que hicieran la paz. Pero los atenienses, puesto que sobrepasaron tanto a espartanos en esta guerra y antes se habían convertido en la causa de la libertad de los griegos, cuando, a con-

[49] La batalla de Eurimedonte, 469 a.C., fue la gran victoria ateniense que convirtió el Egeo en un mar griego.

[50] La misma inversión de valores en Tucídides, III 82.

[51] Tucídides, II 12, 3.

[52] En la isla de Esfacteria, en 425 a.C., quedaron asilados cuatrocientos veinte hoplitas lacedemonios de los que doscientos eran espartanos. Se concertó un armisticio para Pilos y Esparta se mostró dispuesta a entablar conversaciones con Atenas, pero la oportunidad no se aprovechó.

tinuación, se produjo aquella segunda guerra, la de Decelia [53], y pasaron todas las pruebas, se vieron sufriendo aquello que no es posible decir sin lágrimas en los ojos, hasta llegar a destruir con sus propias manos sus murallas y a ser privados de todo su imperio [54]. Nadie alcanzaría a relatar los exilios y las muertes que afectaron a todos los griegos, 50 ni las fortunas aniquiladas en la total ruina. Los lacedemonios mantuvieron por su parte su imperio pero tras no mucho tiempo fueron expulsados del mar, pisoteados en tierra, y una tercera ciudad aventajó a ambas, la de los tebanos [55]. Y durante algún tiempo floreció maravillosamente entre los griegos. Pero ella tampoco estaba instalada en la virtud de la prudencia, sino que mientras que estaba en 51 ascenso a su vez estaba en decadencia [56]. Pero puesto que tres eran las ciudades y, de los griegos, algunos eran partidarios de los atenienses, otros de los lacedemonios y otros admiraban a Tebas, y puesto que no había nada común ni nada que se administrase con inteligencia y razones, en seguida vinieron las guerras focias [57], las perturbaciones en

[53] En el 413 a.C. el ejército peloponesio bajo el mando del rey Agis entró en el Ática, y ocupó y fortificó la localidad de Decelia. Desde esta plaza era muy fácil mantener asolada el Ática.

[54] La destrucción de la muralla de Atenas, 404 a .C.

[55] La hegemonía espartana sólo duró de 404 al 371 a. C. Durante este periodo, el persa se hizo nuevamente visible en el Egeo, renació la liga ateniense y, finalmente, Esparta fue derrotada por Tebas en Leuctra.

[56] La hegemonía tebana duró de 371 a 362 a.C., fecha de la batalla de Mantinea.

[57] Se trata de la Tercera Guerra Sagrada, 356-346 a.C., provocada por el auge de los focenses y la ocupación del templo de Delfos. Fue la ocasión que aprovechó Filipo II de Macedonia para intervenir en los asuntos griegos.

las Termópilas [58] y algunos otros asuntos que ocasionaron vergüenza a todos. La última parte fue Filipo, emperador de los griegos, y Antípatro su señor [59] —pues omitiré a Alejandro—, pero todo aquello desapareció como agua sobre la tierra. Un pequeño residuo de Grecia, escasamente, ha llegado hasta vosotros; éste ha sido recobrado por la virtud de los que ahora nos gobiernan [60]. Entonces ¿os parece una pequeñez y una insignificancia la diferencia que existe entre la facción y la concordia? Si además queréis con- 52 siderar únicamente a los atenienses [61], éstos, cuando atacaban los bárbaros, puesto que participaban en el estado con igualdad, fueron muy superiores a todos. Pero durante la guerra del Peloponeso, tras soportar todas aquellas desgracias, la derrota en Sicilia, defecciones de aliados, Ciro [62], el rey [63] y a todos los hombres como sus adversarios, solamente por un motivo fueron confundidos, por haberse desunido, y no fueron derrotados por sus enemigos hasta que ellos mismos no lo quisieron. Cuando llegaron a este punto de fortuna de manera que el pueblo se había marchado

[58] Filipo II consiguió en 339 que la anfictionía Délfica le ofreciese la dirección de la Cuarta Guerra Sagrada. Aprovechando esta circunstancia penetró por la Termópilas y al año siguiente obtuvo la victoria decisiva de Queronea.

[59] Sometió la rebelión de Grecia tras la muerte de Alejandro en 323 a. C.

[60] La historia griega desaparece con la muerte de Filipo para renacer bajo el dominio romano, y gracias a él. Este mismo pensamiento es el argumento de XXVI.

[61] La concordia ahora se trata como un asunto interno de la ciudad.

[62] Hijo de Darío II, fue nombrado en 407 a.C. sátrapa de Sardes, en sustitución de Tisafernes, y abrió una época de franca colaboración con Esparta frente a Atenas.

[63] Artajerjes II, 405-359 a. C.

de la ciudad al exilio, *** después, tras haber retornado, decretaron una amnistía, prestaron atención a las mejores razones, y de nuevo fueron casi como al principio [64].

53 Así, la amistad mutua y la concordia se convirtieron en causa de grandes bienes tanto para la nación en su conjunto, como para las ciudades directoras y para cada una de las demás ciudades en particular, y, contrariamente, la facción fue la causa de extremos males [65]. Pues no es posible que quienes hacen uso de un ánimo desfavorable intenten acciones bienintencionadas. Pero si alguien pensase que esto es una necedad, puesto que no hay ninguna guerra en la actualidad [66], no se está dando cuenta de que es él mismo quien habla neciamente. Pues la cuestión es como sigue, 54 creo. Cuando hay guerra, la facción perjudica a los asuntos de la guerra, pero, cuando hay paz, es enemiga de los beneficios de la paz. Pues su ser siempre está inclinado por naturaleza a generar perjuicio, y el perjuicio está presente en todas las circunstancias. Pero lo más extraño de todo es que, por una parte, os mostréis muy agradecidos a los gobernantes porque de los males de la guerra os guardan indemnes [67], mientras que, por otro lado, vosotros voluntariamente escojáis aquello que es un mal mayor que la 55 guerra. Pues la facción es tanto más amarga que la guerra

---

[64] Decreto de amnistía del 403 a.C. ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses,* 39.

[65] Cf. §§ 38-40.

[66] Cf. § 3.

[67] El dominio romano es evaluado positivamente por la protección contra los invasores. El argumento, *Pax an libertas,* «paz o libertad», ya aparece en TÁCITO, *Historias* IV 73-4 y *Anales* IV 5. A. N. SHERWIN-WHITE, *The Roman Citizenship,* 2.ª ed., Oxford, 1973, págs. 421-2.

cuanto la guerra se lleva con éxito desde la concordia, pero la paz es destruida por la facción. En la guerra muchas veces es posible no sufrir ninguna desgracia, pero en la paz nada es útil si se hace uso de la facción. Además, la facción acaba con la paz, pero la guerra en ocasiones acaba con la facción. Así de preferible es la guerra a la facción. Realmente donde hay facción allí también hay guerra de unos contra otros, pero donde hay una guerra legal[68] el peligro es más simple y hacedero. Con respecto a la guerra es posible hacer uso de ambos argumentos, tanto que es necesario hacerla como que no lo es, pero con respecto a la facción nadie ha tenido la audacia nunca de decir que todo iría mejor si la hubiese ni, si ya ha ocurrido, que sería mejor que continuase. Sobre las guerras algunos dicen que no deben terminarse, pero sobre la facción nadie nunca dijo francamente que no debiera terminarse lo más rápidamente posible. Y con razón. Además, las guerras han llevado la reputación de prudencia y valentía a quienes las arrostraron, hicieron que se apreciara más a gentes que antes eran desestimadas, y prepararon el bienestar para los tiempos venideros. Pues el dominio por medio de las armas sobre los enemigos hace, creo, a los hombres menos despreciables; y esto no es una pequeña contribución para habitar con seguridad su propia tierra. Pero la facción es como si fuera el resumen de todos los vicios y males, y no sólo no les permite ser superiores a los demás, sino que no les permite ser iguales a ellos mismos. Pues no penséis que si nada irremediable ahora ocurre, —y que jamás ocurra, ¡oh Zeus y dioses!—; pero se dice que no es necesario salvar la

56

57

[68] *El asunto de la legalidad de la guerra y su justicia es tratado en* I 194-195.

58 semilla de los malos frutos. Se debe también creer que Homero decía la verdad cuando afirmaba que la discordia empezaba siendo algo muy pequeño y crecía hasta convertirse en algo muy grande. Pues, aparte de que él compuso toda la Ilíada con este argumento y de que todo el poema es un reproche de la facción, una vez pronunció estos versos claramente contra la discordia:

Ésta al principio poco se levanta, pero después
en el cielo firmemente apoya la cabeza mientras sobre la
[tierra marcha[69]

Pero yo no puedo estar de acuerdo en que la discordia llegue hasta el cielo, porque formidables son las puertas de Zeus para cerrar la entrada a todo infortunio. Y podría mantener con fuerza que, sobre todo, este mal tiene sus límites circunscritos a los hombres.

59 En una palabra, ninguna recompensa que haya bajo la tierra o que esté a la vista de todos, creo, se debe pensar tan grande que sea merecedora de tamaña locura. Y, si también es necesario decirlo, pensemos que en aquel tiempo para los lacedemonios, como para los atenienses y los tebanos, además, había cierta dignidad en las acciones que emprendían contra ellos mismos, pues la dirección de los helenos, el creerse señores para dirigirse a ellos mismos, ir junto a aquellos que los necesitaban, las recaudaciones de impuestos, y otras muchas cosas parecidas, se consideraban como el germen de la rivalidad, aunque sus acciones no eran, creo, completamente deseables —¿quién podría afirmarlo así teniendo sentido común?—. Pero al mismo tiempo se

[69] HOMERO, *Ilíada* IV 442-443.

podría decir que la enfermedad tenía algún sentido[70]. Pero 60 vosotros, caballeros jonios, y vosotros, caballeros autóctonos, o arcadios, o de la manera que os complazca que os llame, si alguien os preguntase por qué estáis divididos en facciones, rivalizáis, os agitáis y estáis cegados por la soberbia, ¿qué contestaríais, por los dioses? ¿Por qué clase de hegemonía hacéis esto, o por qué aliados, o por qué puertos, trirremes, impuestos o lugares? O ¿qué es eso tan grande que prevalece sobre la razón? No vuestros antepasa- 61 dos[71] —por Zeus, concededme el derecho a expresarme con franqueza; seguramente los médicos no curan todo por medios placenteros, pero hay que contentarse si no curan la mayoría de forma desagradable. Continuemos. Vamos a recordar con brevedad algo sobre este aspecto por si al escucharlo deponéis al menos un poco de vuestro orgullo—. Aquellos hombres, vuestros antepasados, ciertamente estaban contentos si tenían a alguien como su conductor, y vivían en esta situación, unas veces pensando que los atenienses eran sus bienhechores porque los había liberado de los bárbaros, otras, que sus benefactores eran los lacedemonios porque los habían liberado de los atenienses, y a su vez se entregaron de buen grado a Filipo y Alejandro. ¡Así de ocupados estaban por ser los primeros! Pero con res- 62 pecto a la situación actual y al orden divino que por buena fortuna se ha fundado[72], ¿quién hay tan niño o anciano[73] privado de entendimiento que no sepa que una sola ciudad,

[70] El mismo planteamiento en DIÓN DE PRUSA, XXXVIII 24-26.

[71] Aposiopesis. Se refrena antes de entrar en un asunto desagradable.

[72] El Imperio romano.

[73] Ambos estados se consideran privados de reflexión; cf. DIÓN DE PRUSA, XXXVIII 37, XLVI 14 y PLUTARCO, *Preceptos políticos* 814a.

la primera y la más grande, tiene toda la tierra bajo su dominio, que un sola casa lo dirige todo, que los gobernadores vienen a nosotros anualmente, y que a ellos se les ha encargado ocuparse de todo, tanto de lo grande como de lo 63 pequeño, por donde a ellos les parezca mejor? ¿Por qué entonces sabiéndolo, dime, nos causamos a nosotros mismos preocupaciones, soñamos, y luchamos por una sombra [74], y cuando nos es posible disfrutar de la paz que éstos, habiéndola construido de manera adecuada, nos procuran, molestamos a aquellos que nada necesitan [75], y nos deseamos males que nosotros mismos nos procuramos, como si 64 no supiésemos hacer uso de nuestros bienes? ¿Quién no malinterpretaría la manera en la que ahora nos comportamos con los gobernadores? Pues es amistosa, creo, y fiel. ¿Por qué no? ¿Quiénes más que nosotros? Pero nos relacionamos con ellos mezclando, no sé cómo, arrogancia con adulación. Pues cuando cada uno de vosotros cree conveniente servirlos más de lo que aquéllos necesitan, fija el tiempo que deben permanecer entre vosotros [76] amenazando con no soportarlo si no se dejan persuadir, les promete, tanto si quieren como si no, obedecerles en todo, y les ordena que se sirvan de ellos exclusivamente o de manera principal, pero, a la vez, se cree dueño de no tener que hacer lo que ellos determinen [77], ¿qué podría decirse de esto

[74] Dión de Prusa XXXIV 48.

[75] El molestar a los gobernadores romanos podría significar abrir una puerta a la intervención; cf. PLUTARCO, *Preceptos políticos* 824c.

[76] Durante su itinerario por la provincia para dictar justicia. ¿Este propósito no es el que anima a Aristides en XVII?

[77] En la descripción de la situación Aristides utiliza la ironía, puesto que las ciudades se creen dueñas de no obedecer al gobernador de la provincia.

sino que es la unión de prácticas diferentes, cuyo comienzo no ha llegado a ser más sorprendente que el hecho de que no queráis abiertamente ponerle fin? Pues los peores hombres empezaron tales prácticas, pero les ponen fin los mejores [78]. De esta manera, ¿cómo no sería una completa desgracia querer prestar atención siempre a los peores, pero a nosotros, los mejores, no querer hacerlo ni cuando llega nuestro turno? Me maravillo de que os gloriéis de modo especial de los templos y certámenes que consideráis propiedad de toda la provincia [79], y que por ellos mismos entréis en disputa [80]. Y en verdad, cuando rivalizáis por estos temas, de cuya comunidad os enorgullecéis, ¿os mostráis de acuerdo sobre el futuro? Pues yo creo que en esto se distingue lo común y los privado, y que el discurso de los sabios significa esto mismo, que es necesario que todo sea común para los que tienen la intención de vivir lo mejor posible. Pues donde cada uno posee sus cosas por separado, también el provecho es particular de cada uno, y de aquí surgen las facciones, las luchas y las discrepancias: pues aquella frase, «eso no es tuyo sino mío», es el comienzo de toda rivalidad. Pero donde creen que todo es común, comparten también un mismo sentir sobre sus bienes. 65

Y en verdad, vosotros mismos, como si hubieseis hecho de los títulos refutaciones de la facción, llamáis comunes a los Salones de los Consejos, comunes a los templos y a los certámenes, y común a todo aquello que se podría decir 66

[78] Aristides se considera dentro de este segundo grupo.

[79] Continúa el juego de palabras, pues *Koinón* significa tanto «común», como «asamblea provincial».

[80] Los templos y fiestas consagrados al culto imperial ocuparon un papel muy destacado en la rivalidad ciudadana; cf. F. Gascó, *Ciudades griegas*, págs. 87-92.

que es importante. Y en verdad, ¿cómo no es forzoso equivocarse de una de las dos maneras? Pues si correctamente os sentís orgullosos porque estas cosas sean comunes ¿por qué no debéis avergonzaros al disputar por ellas? Pero si nada de esto es digno de consideración, ¿cómo va a ser 67 conveniente que os sintáis orgullosos de ellas [81]? Pues si hasta ahora esto se os hubiese ocultado y alguien, descubriéndolo, os mostrase que una parte de todo esto también pertenece a los demás y que no es exclusivo de quienes lo poseen, sino que, como el dinero, es común a todos, y que no es posible privar a los demás del honor que de ello se deriva, creo que, como es natural, todos pondríais fin a vuestras discrepancias. Pero el que vosotros, aun sabiéndolo, dándoles esos nombres y aun enorgulleciéndoos de la denominación, desviéis el germen de la concordia hacia la facción, abuséis de la buena fama de los nombres para crear dificultades en vuestros negocios, y enferméis por todo aquello que evidentemente os libraría de la enfermedad, ¿quién no diría que es lo mismo que si algunas personas, en lugar de mejorar gracias a los fármacos preparados para su curación, llegasen incluso a morir por ellos? ¡De nin- 68 gún modo, nobles hombres! Nadie podría indignarse porque queráis ensalzar vuestras propias patrias u honrar los bienes que tenéis, pero yo os aconsejo suprimir lo que de desagradable hay en ello. ¿Queréis que os diga cómo sería esto? Pero escuchad con el ánimo favorablemente dispuesto. Mis buenos amigos, esto es posible si moderáis un po-

---

[81] Es eco de una antigua discusión filosófica sobre la validez del nombre; cf. O. ANDREI, «Il tema della concordia in Dione di Prusa. Ceti dominanti e ideologia nel II sec. d. C.», *Studi e Ricerche dell'Istituto di Storia di Firenze,* 1 (1981), 89-120.

co vuestra admiración por las piedras, si pensáis que vosotros mismos sois más dignos que los edificios, y si creéis que es verdad este antiguo dicho [82], que ni las murallas, ni los odeones, ni las estoas, ni el adorno de los elementos sin vida, son las ciudades, sino los hombres que saben confiar en sí mismos. Esto no significa ni desdeñar a la ligera lo de 69 vuestros vecinos, ni creer que vosotros lo tenéis todo. ¿Cómo? Sino que el buen sentido es algo pequeño y sencillo. Pues quienes en sus decisiones lo tienen consigo apenas se refugian en murallas y puertos, y apenas también tienen necesidad de dinero, de estoas y de todo honor traído de fuera, sino que saben que incluso acampando al aire libre no son peores que los babilonios que se emborrachan puertas adentro [83]. Y lo que más contribuye a su buen ánimo: pues no piensan que son una añadidura de sus propiedades sino que consideran que todo cuanto pudieran poseer está por detrás de ellos.

Además, aquellos ornamentos requieren también de di- 70 nero, de tiempo y del trabajo de los artesanos, mientras que este otro está expuesto en público a disposición de todos los que sean capaces de verlo, y no necesita de ningún esfuerzo, sino que basta con querer poseer este bien [84]. Es necesario que los que mantienen un juicio recto quieran sobrepasar a sus enemigos en todo, pero también es necesario que sepan dejarse superar por sus amigos cuando sea la ocasión [85]. Pues no toda victoria es bella ni viene a los 71

[82] ALCEO, frag. 23 B.

[83] Referencia a la primera toma de la ciudad por Ciro en el año 539-538 a. C.; cf. HERÓDOTO, I 191, 6.

[84] Es constante la contraposición con los trabajos clásicos de evergetismo.

[85] XXVII 44.

hombres de parte de los dioses; la tragedia está llena de quienes así lo aconsejaron. Uno de estos dice así:

pues mandarás a tus amigos, pero sin dominarlos cuanto [quieres[86]

A su vez otro dice:

mandas a tus amigos cediendo ante ellos[87]

Demóstenes, cuando escribió a los atenienses sobre la concordia, dijo que una derrota en tales circunstancias se considera entre las personas prudentes una bella y conveniente victoria, refiriéndose a la manera en que los hijos son superados por los padres, si también los ciudadanos ceden ante sí mutuamente[88]. Si vosotros también quisieseis usar de estos razonamientos y, en primer lugar, estuvieseis en tal disposición que os convirtieseis en vuestros amantes en la consideración de que ni el más bello, en cierta manera, está enamorado de sí mismo[89] sino de algún otro, y, a continuación, también a vuestros líderes y a los que os gobiernan se les ocurriese usar estos encantamientos con vosotros en plena seguridad y, de la misma manera que ahora consiguen decir y hacer[90] todo cuanto provoca rivalidad, así en el futuro se ejercitasen en la amistad y concordia mutua, probablemente, de la misma manera que cualquier otro asunto que recibe el cuidado conveniente, también vosotros

72

[86] A. NAUCK, *Tragicorum Graecorum Fragmenta*, 2.ª ed., *anon*. 40.

[87] SÓFOCLES, *Áyax* 1353.

[88] DEMÓSTENES, *Epist.* 3, 45.

[89] Narciso; cf. A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica*, págs. 448-449.

[90] Son las dos acciones básicas del político, PLUTARCO, *Preceptos políticos* 805d.

podrías arreglar este conflicto y todo quedaría firmemente establecido, por decirlo con una expresión de plegaria. Pero ahora nos encontramos en un estado tal de irreflexión 73 que disputamos y luchamos por lo que creemos que no nos va a ofrecer ninguna ganancia, mientras que en nada estimamos aquello de lo que nos sería posible gozar si hiciésemos uso de la equidad, y esto, como ya he recordado, cuando el mejor de los emperadores y el que aventaja a todos en formación [91] escribió, él mismo, sobre estos temas de manera expresa al principio de su reinado y prometió que consideraría a quienes voluntariamente comenzasen la concordia como los mejores y óptimos [92]. Ahora, cuando 74 sobreviene un seísmo o algún otro peligro, nos descubrimos mutuamente, realizamos sacrificios conjuntos, y unos dicen que se han salvado gracias a los otros [93], de manera que puede ser conveniente dar las gracias a estas situaciones de peligro. Pero cuando nos encontramos seguros en nuestras circunstancias y hacemos lo que queremos, nos converti-

[91] Es problemática la identificación del emperador. B. Keil propuso a Marco Aurelio y ha sido seguido por A. BOULANGER, *Aelius Aristide...*, pág. 381, C. HABICHT, *Die Inschriften des Asklepieions,* pág. 33, y M. SARTRE, *El Oriente romano*, pág. 209, n. 556. Pero en § 78 aparece nombrado con Vero. De Antonino Pío, propuesto por C. BEHR, *The Complete Works*, vol. II, pág. 368, n. 77, se ha conservado un extenso documento que hacía referencia a este problema, *Syll. Inscr. Graec.* 849, aunque evidentemente no se trata del mismo que recuerda Aristides. Lo más probable es que se trate de Adriano, que en términos similares aparecía descrito en XXVII 22. La forma del rescripto imperial es muy semejante a la de otro de Adriano; cf. *Digesto* XXVII 1, 6.

[92] Es evidente la alineación política de Aristides con los presupuestos imperiales.

[93] Así funcionó el socorro griego tras la destrucción de Esmirna en 178; cf. XX 12-19.

mos en nuestros propios terremotos y no podemos vivir en paz ni tener ningún sentimiento de comunidad, sino que, como una balanza a la que se la ha quitado la carga, nos movemos arriba y abajo en vano. Así parece que hay incluso algo de molicie en el asunto [94].

75 ¿No lo pararéis, singulares varones, y comprenderéis que estas cosas por las que tenéis interés, incluso si son de algún valor, no son sino mortales y de segunda clase? ¿No comprenderéis que el buen juicio es lo más provechoso de todo para los poderosos, y que no una pequeña cantidad de éste se necesita para consolidar la amistad? Pues si, por una parte, en las operaciones de sitio lo más perjudicial de todo es dividir las guarniciones, no creáis que, por otra parte, en el gobierno de las ciudades muchas facciones son provechosas, sino que también la armonía prevalece aquí 76 como en otras ocasiones. Éste es el verdadero adorno de las ciudades, éste es su más grande salvaguardia, ésta es su más bella disposición. Estas cosas son propias de los que miran hacia arriba, no hacia las minas y las rocas; de aquellos que realmente han visto la naturaleza, pero no la naturaleza de las piedras y maderas sino la naturaleza bajo cuyo mandato todo el universo se conduce; éstas son propias de quienes han tomado la parte que nos corresponde de la divina constitución, pues una única voluntad y el poder de la amistad gobiernan todo el cielo y el cosmos, que ha re- 77 cibido la ordenación y el nombre más bellos [95]. Conforme

[94] Significa el germen de destrucción. Desde Isócrates, la molicie, *tryphḗ,* se considera el motor del cambio histórico; cf. Passerini, «La *tryphḗ* nella storiografia Ellenistica», *Studi Italiani di Filol. Class.* 11 (1934) 35-56.

[95] La comparación del orden político con el orden natural; cf. Dión de Prusa, XL 35 ss.; A. Bravo, «Notas sobre el tema de la concordia en Dión de Prusa», *Habis* 4 (1973), 81-93.

a este poder, el sol avanza manteniendo su lugar por siempre, las fases de la luna y el curso de los astros se cumplen, se mantiene el paso de las estaciones, se guardan las posiciones fijadas para cada uno de los elementos con respecto a los demás y sus convenientes distancias y, a su vez, las armonías, puesto que el acuerdo prevalece y no se da ni ocurre ningún enfrentamiento sino que todo está sometido a la divina norma y hacen uso de un único juicio sobre todo lo que conviene. De esta manera, si imitar a los dioses es propio de hombres prudentes, sería también propio de hombres prudentes pensar, en cuanto sea posible, que todos ellos juntos son una sola cosa.

78 Tenéis ante vuestros ojos el más grande ejemplo humano de esta actitud, nuestros emperadores[96] absolutamente óptimos, cuya concordia y ardor mutuo parecen ser las mejores de sus muchas y grandes virtudes. Y así, aquellos que gobiernan todas las ciudades, tanto grandes como pequeñas, lo comparten todo. Y ¿por qué no es extraño que nos consideremos dichosos porque nos gobiernan tales emperadores pero no queramos imitarlos en todo cuanto sea posible? 79 Y así, los reyes regirían los asuntos de los hombres excelentemente asemejándose ellos mismos a los dioses, señores del universo, pero las ciudades se regirían muy bien si marchasen lo más cerca posible del juicio de los gobernantes. Pues, mientras que sucede que nosotros somos honrados de manera especial tanto por los emperadores como por los supervisores que nos llegan anualmente[97] —pues por donde empecé, por allí también voy a terminar—, ¿cómo no es conveniente un gran cuidado para no mostrarnos actuando

[96] Marco Aurelio y Lucio Vero; cf. XXVII 22-39.

[97] Los gobernadores de provincia.

de una manera que a ellos no les parezca adecuada? Muy al contrario. ¡Por los dioses y por los divinos emperadores, y por todo cuanto es bueno y apreciado! ¡aspiremos a ponernos en orden y a rivalizar entre nosotros, si me está permitido decirlo, en un único desafío: quiénes empiezan primero la concordia y quiénes muestran más, y más preclaros, actos de virtud hacia los demás[98]!

80 Yo, en efecto, lo espero y lo quiero, y considero que ha sido más importante para mí el haber pronunciado estas palabras que el haber levantado para vosotros muchos grandes edificios, exceptuando los templos, claro está[99]. Si habéis sido convencidos, con obras demostradlo, porque para vosotros no hay falta sino para aquellos[100] que se han retraído hasta ahora de hacer mención de este asunto ante vosotros. Pero si estáis dispuestos de otra manera, lo que no debería suceder, vais a componer para ellos una bella defensa, pues parecerá que ellos han guardado silencio a derechas, sabedores de que no iban a conseguir ninguna mejora en vuestra actitud sino que iban sólo a enojarse con todos vosotros. De esta manera ambos rivalizamos; yo, por mi parte, he expuesto, con todo mi afecto y valentía, mi mejor consejo; vosotros, por vuestra parte, demostrad que no ha sido en vano el que os haya hablado de estas cosas, sino que sabéis sacar provecho de quienes os aconsejan lo mejor.

---

[98] Está recogiendo el espíritu de la carta imperial citada en § 73.

[99] En definitiva Aristides considera su discurso una *evergesía*.

[100] Se refiere a los sofistas a los que acusaba en § 1.

XXIV

A LOS RODIOS SOBRE LA CONCORDIA

INTRODUCCIÓN

La isla de Rodas, a partir de la unificación de sus tres antiguas poblaciones, Lindo, Yaliso y Camiro, inició el camino hacia la transformación en una de las potencias medias del mundo helenístico [1]. Volcada hacia el mar, se convirtió en una gran centro comercial que a la vez fue capaz de mantener su independencia gracias a su poderosa armada y al coraje de sus marineros. Cuando la República romana hizo su aparición en Oriente la isla se vinculó con el nuevo poder. La ayudó a derrotar a los dinastas helenísticos, y fue esa leal colaboración la que marcó su fortuna para el futuro. Los romanos le concedieron el estatuto de ciudad libre que mantuvo, con algunos problemas, hasta época imperial. El auge político y comercial de la isla fue acompañado del apogeo cultural. Allí tuvo su sede una de las escuelas de retórica más importantes de la Antigüedad, y se convirtió en escala obligada para todos los jóvenes de la aristocracia, tanto griega como romana, durante su periodo de formación.

Elio Aristides también visitó la ciudad [2]. Terminada su formación retórica, se decidió a emprender un viaje que le lle-

---

[1] Cf. R. H. Berthold, *Rhodes in the Hellenistic Age,* Londres, Cornell Univ. Press, 1984.

[2] Cf. A. Boulanger, *Aelius Aristide...,* págs. 120-121; C. Behr, *Aelius Aristides...,* págs. 14-15; J. M. Cortés, *Elio Aristides...,* págs. 15-37.

vara a los lugares más significativos del orbe, Egipto, Roma y Gades. De camino al primer destino hizo escala en la isla. Es posible que aprovechara su estancia para presentarse en público ante una audiencia tan distinguida y entendida en el arte de la palabra. Ya en Egipto, le llegó la noticia de un terrible terremoto que arrasó prácticamente la vida de la isla [3].

Años más tarde, mientras estaba enfermo en el templo de Asclepio en Pérgamo, recibe la visita de unos embajadores rodios que reclamaban su presencia en la isla [4]. Rodas está inmersa en un intenso conflicto social en el que los dos grupos, ricos y pobres, no están dispuestos a ceder en sus posiciones. Las causas de la disputa apenas se dejan entrever. Todo parece estar relacionado con algunos préstamos hechos por particulares al erario público para reconstruir la ciudad tras el terremoto. Si los intereses eran abusivos, o si se han empleado de manera incorrecta no lo sabemos. Lo cierto es que de la impresión que la facción popular no quería atender los pagos debidos [5].

Aristides, enfermo como estaba, se niega a ir, pero a cambio ofrece su ayuda con una carta, *A los rodios sobre la*

---

[3] Cf. §3. La relación del sofista con la ciudad de Rodas es estudiada con más detalle en la introducción a XXV.

[4] A. Boulanger, *Aelius Aristide...*, págs. 121, 154 y 162, fecha la obra entre 146 y 153, puesto que considera como único dato fiable su enfermedad y la imposibilidad de moverse. C. Behr, *Aelius Aristides...*, pág. 74 lo fecha en el año 149. Esta fecha depende de la encomienda que hace en § 1 «a los dioses». El autor lo interpreta como propio del periodo que sigue a la muerte de Zósimo cuando Aristides se aleja de Asclepio buscando refugio en otros dioses, entre los que figura Serapis. En realidad el argumento es muy débil puesto que el sofista siempre mantuvo su devoción para con otras divinidades además de Asclepio.

[5] § 29. T. R. S. Broughton, «Roman Asia» en *An Economic Survey of Ancient Rome* (ed. T. Frank), Nueva York, 1938 (=1975), págs. 759 y 811.

concordia. La obra está teñida de un fuerte carácter retórico, donde se manejan argumentos como la raza, la historia, tópicos políticos como la comparación entre facción, guerra y tiranía, etc. No obstante, el sofista no quiere dejar pasar la oportunidad para exponer el argumento más contundente por el que esta situación de conflicto debe desaparecer: la existencia de un poder superior, Roma, que no está dispuesto a permitir tamaños desajustes[6]. Advierte así el sofista del peligro real e inminente de una intervención imperial que anulase, como en ocasiones anteriores ya lo había hecho, todos los privilegios de la ciudad, entre ellos su muy querido orden democrático. Para solucionar el conflicto la propuesta de Aristides era la amnistía: renunciar a hacer justicia y olvidar todos los desmanes del pasado.

El discurso se puede articular en las siguientes partes:

1-3:	proemio, actitud de Aristides ante Rodas;
4-21:	la concordia es el bien supremo;
22:	amenaza de intervención romana;
23-27:	ejemplos históricos;
28-45:	llamada a la deposición de la actitud facciosa:
46-57:	la historia de Rodas siempre ha estado opuesta a la facción;
8-59:	peroración.

La edición utilizada ha sido la de B. Keil aunque se han introducido algunas variantes propuestas por C. Behr.

	Edición de B. Keil	Lectura adoptada
6	† πείσεσθε γὰρ σαφῶς αὐτῷ, εὖ οἶδα ἔγώ,	πείσεσθε γὰρ σαφῶς οὕτως, εὖ ⟨γὰρ⟩ οἶδα ἐγώ

[6] Cf. § 22. Véase Plutarco, *Preceptos políticos* 824 C; F. Gascó, *Ciudades griegas en conflicto*, págs. 103-5.

	EDICIÓN DE B. KEIL	LECTURA ADOPTADA
13	τὰς ἔριδας πάσας... πόρρωθεν κωλύειν	τὰς ἔριδας πάσας ⟨διαιρεῖν εἰς δύο γένη καὶ παραινεῖν τὴν μὲν ἀγαθὴν φιλεῖν, τὴν δ' ἑτέραν⟩ πόρρωθεν κωλύειν, BEHR
31	εἰκὸς ἦν... συνοίσειν	εἰκὸς ἦν συννοσεῖν, BEHR
34	ὧν ἔσονται κρείττους... δεικνύναι	ὧν ἔσονται κρείττους δεικνύναι, BEHR

XXIV. A LOS RODIOS SOBRE LA CONCORDIA

Si mi salud hubiese sido la que yo hubiese querido y por 1 la que vosotros rogasteis, varones rodios, tras haber cruzado el mar hasta vosotros, os habría hablado por muchas razones. Puesto que posiblemente también os ha llegado razón de nuestro estado, encomiendo lo que a mí se refiere a los dioses, por cuyo intermedio he sido preservado durante todo este tiempo. Y lo único que nos resta es enviaros un escrito y venir en vuestra ayuda de esta manera por primera vez [1]. Naturalmente no me consideraría un entrometido al 2 estimar a vuestra ciudad como si fuese mi patria. Pues no es un razonamiento vano que un hombre, que no parece pertenecer al último grupo de los griegos, piense que le conviene ocuparse de cualquier asunto griego. Además vosotros no habéis olvidado mis anteriores juicios de carácter privado para con vosotros, en nombre de los que justamente alcanzaría vuestra indulgencia por cualquier cosa que creyese conveniente decir o hacer en vuestro favor. Podríais in- 3 formaros bien por medio de vuestros embajadores, los que enviasteis a Egipto durante aquel tiempo, en qué manera

[1] Esta afirmación constituye la principal objeción para que XXV se pueda admitir como obra de Aristides. B. Keil, *Aelii Aristidis quae supersunt omnia...*, pág. 72.

reaccioné ante la desgracia del terremoto[2] y cómo me puse a su disposición. Pero cuando se me anunció la presente situación, si es posible decirlo, mucho más terrible, es decir, que desconfiáis de vosotros mismos, que os habéis dividido en facciones y que estáis envueltos en perturbaciones que no os son propias, no sabía si debía creerlo o no. Pues los mensajeros son vuestros conciudadanos, y además dignos de fe, pero no es posible admitir fácilmente estas acusaciones contra vosotros. Si Terpandro, el lesbio[3], estuviese vivo, yo le hubiese rogado que fuese a vuestro lado. Pero puesto que es necesario que, después de ser persuadidos con un discurso en prosa, vosotros arregléis vuestros asuntos, voy a hacer mío el proceso.

4 En primer lugar considerad que sobre cualquier otro asunto es posible desarrollar discursos con puntos de vista contrapuestos, pero en lo que se refiere a la concordia nadie nunca ha discutido que no sea el bien más grande de las ciudades. Cada uno piensa de manera diferente sobre las formas de gobierno y sobre sus usos y costumbres, pero ha prevalecido unánimemente el parecer de que en toda forma de gobierno nada es más contrario que la disensión y que no hay otra cosa que perjudique más a la situación establecida. ¿Y cómo no va a ser extraño que todos estén de acuerdo en esta consideración, que la concordia es buena y muy provechosa, pero que vosotros, olvidándola, consideréis conveniente entrar en rivalidad y que es inútil que los rodios evitéis lo que ninguno de los otros griegos y bárbaros podría ignorar convenientemente? Ni siquiera es humano

---

[2] Este terremoto, ocurrido a principios de la década de 140, es el asunto de XXV.

[3] Terpandro de Antisa, *c.* 670 a. C., fue llevado a Esparta por el oráculo délfico y sus canciones pusieron fin a la discordia existente.

decir que se conoce la salvación pero que voluntariamente se desdeña.

Me parecería más agradable ser censurado por utilizar 5 argumentos antiguos y por no haber encontrado nada nuevo. ¿Por qué no es extraño que reprendáis al que habla porque ofrece consejos muy bien conocidos, antiguos y aceptados por todos, y que vosotros no os atreváis a usar de estas verdades manifiestas? ¿Por qué no es extraño que no sólo estéis dispuestos en facciones unos contra otros, sino que también os comportéis de manera distinta a como lo habéis hecho hasta ahora? Yo creo que ni el consejero ni quienes se sirven de él deben pensar en esto: el primero, en cómo encontrará palabras que nadie haya encontrado, los segundos, en cómo escucharán aquello que nunca nadie antes escuchó. En cambio creo que deben preferir que se digan cosas que sean convenientes para ambos en común. Pues tampoco en las enfermedades del cuerpo cada uno de nosotros ha aspirado a escuchar un nuevo tratamiento, sino que el mejor médico es aquel que sabe curar la enfermedad. Que ninguno de vosotros se indigne si se salva por estos mismos remedios por los que ya antes alguien fue salvado. Y no obstante, como con- 6 sidero que puedo agradaros si digo algo más de lo que han dicho aquellos que antes que yo se han ocupado de asuntos semejantes, yo querría así también que vosotros estéis dispuestos a agradaros a vosotros mismos y a estar de acuerdo con lo que se diga, no sólo durante el tiempo en que estéis escuchando este discurso —pues claramente os dejaréis persuadir así; yo bien conozco vuestra capacidad y gusto por la oratoria— sino también que en el futuro tengáis una única opinión sobre los temas que os conciernen y ofrezcáis de hecho una prueba de cómo os complacisteis en el discurso.

Creo que todos vosotros estaréis de acuerdo en que, de 7 la misma manera que consideraríais aquellos discursos que

tuvieren muchos y muy renombrados testigos como los más veraces de todos los que se presentan ante los tribunales, es necesario también confiar especialmente en aquellos discursos que se pronuncian para la toma de una decisión política dotados también de muchos y preciosos testigos. Referidlo así pues a Homero, el consejero y guía común de los griegos, que representó al más sabio de los griegos de entonces uniendo sus plegarias a las de Nausícaa, que era todavía una niña, para que los dioses le concedieran un marido, casa y concordia entre ellos:

pues no hay nada mejor ni más útil
que el que con ánimo concorde gobiernen su casa
el marido y la mujer, lo que produce gran pena a sus enemigos
y alegría a quienes los quieren; y especialmente lo oían[4].

8 Y así, no penséis que de una manera se habita una casa adecuadamente pero de otra manera diferente toda una ciudad, sino que si la salvación de una casa particular es la concordia, mucho más necesario es que las ciudades vivan en ella, tanto más cuanto que fácilmente se encontraría la curación de una casa desunida, pero no es tan fácil tratar de hallar la de una ciudad. Y, cuando a una sola casa le va bien o le va mal, poco importa a la totalidad del pueblo, pero, cuando un pueblo prospera en común, es natural que le vaya mejor a las casas particulares. Y además, si el consejero piensa que es oportuno para aquellos que van a habitar una casa levantar una plegaria en favor de la concordia, en verdad conviene a los que desde antiguo habitan una ciu-

[4] HOMERO, *Odisea* VI 182-185. El discurso de Aristides presenta, al final, una ligera variación con respecto al texto homérico, que quizás haya sido introducida voluntariamente.

dad, y más si es tan noble, considerar todo lo demás como secundario frente a la concordia.

¡Así sea! Haremos una triple distinción y, después de [9] haber examinado en primer lugar una sola casa de una ciudad, iremos a parar en nuestro razonamiento a un solo hombre y observaremos a qué clase de hombre se podría uno asemejar sin vergüenza. Incluso aquí también podríamos observar especialmente el bien que va unido a la concordia. Pues ¿quién hay tan privado de prudencia y tan des- [10] conocedor de los elementos de la naturaleza humana que prefiriese para un negocio al que muda sin ton ni son y con facilidad de opinión, al que nunca persevera en la misma actitud, y al que no mantiene cualquier decisión que hubiese tomado? Por ejemplo, ¿quién querría concertar un matrimonio, o contratar, o alojarse en la misma tienda, o participar en alguna de las empresas que se organizan en común entre los hombres, con este hombre que ni él mismo sabe lo que quiere, sino que, como la marea, sube y baja, luchando y rebelándose contra sí mismo? ¿No es verdad que ante cualquier juez el carácter contrario vence, es decir, aquel hombre que es honrado, noble, sincero, constante en sus juicios, concorde consigo mismo en el máximo grado? Cuando se presentan estos dos hombres para la [11] elección, uno como una ciudad dividida en facciones, el otro como debe ser una ciudad que vive en concordia, y aunque acuséis al primero como incurable y consideréis al otro el mejor, ¿cómo no es extraño que no mantengáis la decisión conveniente, sino que os presentéis imitando en las cuestiones públicas a aquel con quien pediríais en vuestras oraciones no encontraros? Y ninguna otra vergüenza [12] conviene que se evite tanto por los ciudadanos particulares como por la ciudad en común. Pues cuanto mayor es la dignidad y cuanto más numerosos son los que pueden ser

conscientes del asunto, tanto más es natural estar limpio de todas estas vergüenzas. Pero aparte de esto, ni el peligro es semejante. Pues aunque un ciudadano particular no haya mantenido su decisión, no por eso se convierte en su propio asesino, sino que resulta tan perjudicado cuanto consigue mala reputación. Pero una ciudad dividida en facciones soporta una doble aberración, pues aparece sufriendo por 13 lo que ha hecho y por ello mismo paga la pena. Me parece también que Hesíodo [5], previéndolo, todas las discordias ⟨las dividió en dos clases y animó a amar la buena, pero de la otra⟩ a apartarse muy lejos, puesto que no exhorta al trabajo. Y con mucha razón. Pues ni el hierro, ni el campo atrincherado, ni el armamento, son algo terrible para las ciudades, siempre que estén dispuestas a pensar con prudencia. Pero también el pueblo [6], por su locura, dota de fuerza a estos elementos contra ella misma. Ciertamente otras cosas que han sido descuidadas producen un daño temporal y no hay en ello un error total, pero el volverse unos contra otros y considerar que, destruyendo y destrozando la residencia que nació para la salvación común, cada uno mejora sus asuntos particulares, supera toda locura humana. Tan excesivo es.

14 Me parece que traer el recuerdo de Solón no sería inoportuno, especialmente el examen de sus leyes y constitución. Pues aquél, cuando discurre en sus elegías sobre las normas que había dispuesto [7], se enorgullece especialmente por haber mezclado al pueblo con los poderosos, para que habitasen la ciudad con una única decisión, sin que

---

[5] HESÍODO, *Trabajos y días* 11-24.

[6] El punto de vista aristocrático de Aristides, que ve en el pueblo la causa de la discordia.

[7] SOLÓN, frag. 5 DIEHL.

ninguno de los dos tuviese más fuerza que lo que era provechoso para el común. Y esto no es sólo propio de quien exhorta a la concordia sino también del que muestra cómo conviene adquirirla. ¿Y por qué es necesario hablar de una 15 persona en particular? Pues no hay poeta, legislador u orador que, por decirlo así, empiece por ningún otro punto, ni que respete otra cosa más que la amistad y la confianza mutua; como es conveniente y necesario. Pues si aquellos aliados, los más leales y estrechamente unidos, son los que tienen el mismo enemigo y el mismo amigo, no es provechoso ciertamente que se vean a ellos mismos como enemigos. Pues quienes no pueden ayudarse a sí mismos, ¿de qué extranjeros podrán valerse?

Podría uno darse cuenta de ello juzgándolo por la termi- 16 nología: ciertamente sólo este mal es llamado la enfermedad de la ciudad. Y en verdad, ¿cómo no es extraño que se tenga tanto cuidado en las enfermedades que afectan a los cuerpos, que sólo perjudican a una parte de éste, pero que no se busque la rápida liberación de las que destruyen públicamente las ciudades, sino que se busque que llegue a ser lo más grande posible? ¿Cómo no va a ser extraño que se pida a los dioses que sean los protectores contra los males involuntarios, como el hambre, la peste y cosas parecidas, pero que no se quiera lo mismo contra lo que causa mayores daños que estos primeros, y lo que el sentido común curaría? ¿Acaso di- 17 réis que no rogáis por la concordia? ¿Qué otro beneficio pedís entonces para vosotros? Pero por Zeus, ¿decís que lo hacéis con buena voluntad? ¿De manera que no es extraño molestar a los dioses, pero no lo es que no queráis hacer lo que a ellos mismos les ha parecido bien que esté en vuestras manos? Y en verdad, si para los cuerpos las enfermedades 18 más penosas y las que necesitan de mayor cuidado son aquellas que afectan a las partes internas, ¿por qué no se debe

considerar que las peores desgracias que afectan a la ciudad son aquellas por las que se corrompe el interior? ¿O acaso juzgamos que los enemigos que han conseguido penetrar dentro de los muros son los más temibles, pero pensaremos por otra parte que es algo carente de importancia el que nosotros mismos luchemos dentro de la ciudad unos contra

19 otros? Además, no aceptaré aquel dicho: la confrontación civil es tanto más penosa que la guerra, cuanto la guerra más que la paz [8]. Pues veo que en muchas ocasiones sucede que la guerra es preferible a la paz, pero nunca que la confrontación civil lo sea a la concordia. Pues para muchos que lucharon, también la guerra ha sido provechosa para la adquisición de riquezas, y por la fama, el poder, y cualquier otra cosa que se pudiera decir, pero ninguno de los que se han servido de la lucha civil y del odio mutuo ha gozado nunca de los bienes existentes: tan lejos están de ganar otros para sí. Para abreviar, en una situación de paz tanto peor es impulsar a la confrontación civil que a la guerra cuanto peor es hacerse daño a sí mismo que a otros. Pero en una situación de guerra esto es tanto peor cuanto la guerra es peor que la paz.

20 Y además no es el caso que ahora lo parezca, pero antes no parecía que fuese el peor de los males *** [9] y la tiranía es tanto más tolerable que la facción, en primer lugar, cuanto es más soportable que una única persona perjudique a la ciudad a que todos se perjudiquen mutuamente, y, en segundo lugar,

---

[8] HERÓDOTO, VIII 3, 1.

[9] Una laguna en el texto impide comprender el sentido completo de la frase. No obstante, por lo que a continuación se dice, parece que Aristides inicia una nueva comparación entre la discordia civil y una de las prácticas políticas que en tiempos romanos era considerada como uno de los mayores males, la tiranía, pero que en la época arcaica griega pudo ser positiva.

puesto que nadie en su sano juicio ha creído conveniente nunca liberar una ciudad para que entrase en un conflicto civil, pero algunas ciudades también establecieron voluntariamente tiranos para evitar este conflicto. Y algunos de los legisladores dijeron en el pasado que era provechoso establecer leyes con el auxilio de los tiranos [10], pero a ninguno le pareció que fuese posible, en una situación de conflicto civil, organizar una constitución, en primer lugar, y mantenerla después. Y algunas de las ciudades que estaban 21 gobernadas por tiranos progresaron en grandeza y en equipamiento [11], pero no podríamos encontrar ninguna que no se hubiese arruinado por el conflicto civil. ¿Y por qué es justo que a los que han matado a los tiranos se les hayan decretado públicamente algunos privilegios [12], pero que no se quiera obedecer a quienes acabaron con el conflicto interno?

Vosotros os sentís orgullosos porque sois libres y alabáis tanto vuestra democracia que no aceptaríais ser inmortales si no se os permitiese permanecer bajo la misma constitución [13]. Y entonces, ¿cómo no es absurdo honrarla tanto 22

[10] PLATÓN, *Leyes* 710d-e.

[11] Los dos ejemplos más claros serían Corinto bajo los Cipsélidas y Atenas bajo Pisístrato.

[12] En Atenas se levantó una estatua en el ágora en honor de Harmodio y Aristogitón, quienes dieron muerte a Hiparco en 514 a. C. Los descendientes de los tiranicidas gozaron además del derecho a comer en el pritaneo y de la proedría. P. GAUTHIER, *Les cités grecques et leurs bienfaiteurs (Bull. Correspon. Hellén. suppl. XII)*, Atenas, 1985, págs. 92-95.

[13] El carácter de la democracia rodia ha sido muy discutido, pretendiendo algunos autores que no era sino una oligarquía dominante oculta bajo una fachada democrática. No obstante, y si bien es cierto que los niveles de democracia no eran los mismos que los de la Atenas del siglo V a. C., el pueblo mantuvo un importante grado de intervención en la vida política con el control del Consejo y de las decisiones. R. H. BERTHOLD, *Rhodes in the Hellenistic Age*, págs. 38-41.

pero, vejándola, no querer reunirse en asamblea? ¿Cómo no es absurdo saber que si alguien instaurase la monarquía, se comportaría de forma aborrecible, pero que a la vez acrecentéis vosotros voluntariamente lo que se ha demostrado como peor que esto otro por todos los argumentos que expuse? ¿Y cómo no es absurdo que no podáis daros cuenta de que no hay modo alguno de que, si las cosas continúan así, no os arriesguéis a ser privados de esta pretendida libertad [14]? Y si vosotros no consentís de buena gana, otro intervendrá que os salvará por la fuerza, puesto que la situación es tal que no es posible a los gobernantes ignorarla o no concederle importancia alguna [15]. Así, si no lo hacéis por ninguna otra razón, al menos por poder hacer lo que queráis siendo libres, abandonad estas actitudes de ahora, para que no sintáis tanto miedo cuanto ahora os sentís animosos y no perdáis vuestro antiguo motivo de orgullo.

23 Es posible obtener algún beneficio de los tiempos pasados si se hace uso de sus ejemplos más notables aplicándolos a las circunstancias presentes. Y quizás para algunos otros esta práctica podría resultar pueril, pero para vosotros, que sois puros griegos y que habéis sido criados en es-
24 tas tradiciones, no es inútil. Por lo tanto volved la mirada hacia la ciudad de los lacedemonios, que son del mismo li-

[14] La libertad de Rodas ya fue en dos ocasiones anteriores revocada por la autoridad romana: la primer bajo Claudio, en el año 44 d. C., aunque más tarde, en el año 53, la restauró; la segunda bajo el gobierno de Vespasiano y fue restaurada por Tito. D. Magie, *Roman Rule...*, págs. 548 y 1406, n. 24, y págs. 569-70 y 1427, n. 8.

[15] Aristides recurre aquí al motivo principal de la política de las ciudades griegas en el imperio: la libertad «condicional», los límites impuestos por Roma al autogobierno local.

naje que vosotros [16]. Ésta, mientras estaba sumida en la crisis interna, no era mejor que ninguno de sus vecinos, sino que incluso cuando combatía era derrotada, según se cuenta, en la mayoría de las ocasiones. Pero cuando se estableció el orden por medio de los argumentos y leyes de Licurgo [17], fue la guía de los griegos, tanto para cada ciudad como en común. Por otra parte contemplad la ciudad de los 25 atenienses [18], quienes mientras estuvieron divididos en facciones no pudieron ser útiles ni a ellos mismos ni a otros. Pero cuando, una vez liberados de los tiranos, establecieron la mutua concordia [19], no sólo liberaron la ciudad sino toda la Hélade en circunstancias muy críticas [20]. Cuando se apoderaron del imperio, mientras mantuvieron una única determinación, resistieron contra todos los hombres, poco más o menos, tanto en tierra como en el mar. Pero cuando se desunieron, destruyeron sus murallas y entregaron sus naves [21]. Y cuando el pueblo sufrió tan gran desgracia, 26 siendo exilado y retornando a su vez, aunque le era posible castigar a quienes se habían sublevado y a aquellos contra los que habían luchado, prefirió entrar en concordia, considerando más importante la salvación común de la ciudad que las querellas privadas [22]. Y de nuevo volvió a ocuparse

[16] Dorios.

[17] Legislador semilegendario de Esparta. Se le atribuye el orden social y político de la ciudad que era definido como eunomía.

[18] La historia de Atenas ofrece mayores posibilidades retóricas.

[19] A partir de las reformas de Clístenes en 509 a.C.

[20] Durante las Guerras Médicas, 490-479 a.C.

[21] En 404 a.C., tras la derrota en la Guerra del Peloponeso. Cf. XXIII 47-49.

[22] Se refiere al grupo que acompañó a Trasibulo en la expulsión de los Treinta Tiranos y las guarniciones espartanas. En el 403 a.C. se decretó una amnistía.

de sus asuntos y se puso al frente de casi todos los griegos a su vez[23]. Tan gran mal es la disensión para las ciudades y tan gran bien querer ponerle fin lo más rápidamente po-
27 sible. Si también es necesario recordar a vuestros antepasados argivos[24], se dice que, cuando estaban agitados unos contra otros y llegó una embajada ateniense para enseñarles cómo ellos mismos habían dispuesto sus propios asuntos, les obedecieron y, poniendo fin a la disensión interna, de nuevo volvieron a la unidad[25].

28 Ahora ciertamente, caballeros rodios, es necesario creer que de todas estas ciudades llega una embajada común para invitaros a la reconciliación, y que nosotros hablamos en su nombre rogándoos lo que consideramos que es lo mejor
29 para vosotros. En verdad no es necesario que hagáis lo mismo que los atenienses ni que, como señal de confianza, paguéis a quienes, de entre vosotros, os han prestado dinero todos los talentos anticipados[26]. Pero la irreprensible prudencia está presente como recompensa para aquellos que tienen en consideración esto de lo que hablé y para aquellos que dirigen su mirada no más hacia una o dos ciudades sino al interés común de los griegos y a todas las ciudades griegas, para las que ni las falanges de hoplitas enemigos, ni los escuadrones de caballería, ni ninguna de las

---

[23] Con la fundación de la Segunda Liga Marítima en 378/377 a. C.

[24] Cf. § 45 y Tucídides, VII 57, 6.

[25] No está claro a qué acontecimiento se refiere Aristides. Quizás se trate de los mismos que recuerda Tucídides, V 61. C. Behr, *The Complete Works..., vol. II*, pág. 369 n. 20, piensa que puede referirse a los acontecimientos de 370 a. C., cuando, tras la batallas de Leuctra, la clase alta fue acusada de estar de acuerdo con los espartanos.

[26] Este préstamo de dinero al erario público es el germen del conflicto. Quizás fue necesario hacerlo después del terremoto que arrasó la ciudad.

otras cosas que parecen ser terribles, fueron la causa de tan gran cambio, sino la lucha interna, la desconfianza, el no tener los mismos sentimientos en común y el no recuperarse particularmente cada uno. Y que ninguno de vosotros 30 piense que el que los tiempos sean otros es una garantía, sino que considere aquel argumento común contra toda facción, que siempre ha producido por naturaleza la privación de los bienes presentes. Además de esto, caballeros rodios, la desdicha es más grande en estas circunstancias, en las que no existe ningún miedo ni peligro, sino que es posible gozar de toda la felicidad que se quiera, si a propósito descuidáis la porción que os ha correspondido como si fuera del fondo de espectáculos [27]. Pues mientras que los asuntos 31 de los griegos sufrieron disturbios, era natural que participaseis de la misma enfermedad y que algunos escogiesen este lado y aquellos aquel otro. Pero ahora, ¿qué pretexto hay para el conflicto interno? o ¿es que no hay posibilidad de llevar una cómoda existencia? ¿La tierra no es un único ente común a todos, no hay un solo rey, las leyes no son las mismas para todos, y no hay toda la libertad que se quiera para participar en política o para guardar silencio, para viajar o para permanecer en casa? Entonces, ¿por qué necesitáis de males importados o de esta singular locura para todos [28]?

No es muy difícil demostrar que la sedición es el más ex- 32 tremo de los males, pero quizás sea trabajoso encontrar la manera en que podáis libraros de ella. Pues me parece que no os habéis equivocado tanto por desconocimiento de lo

[27] DEMÓSTENES, XVIII 254. El teórico comenzó siendo la caja con la que subvenir los gastos de las representaciones teatrales.

[28] Los beneficios de la paz romana no deben ser alterados por ninguna actitud insensata, cf. XXIII 20.

que es conveniente como, si me es lícito decirlo, por cierta locura y porque os habéis dejado vencer por vuestras diferencias. Yo propongo que en primer lugar mandéis lejos, como si fuera del sitio de la ciudad, toda vuestra ira con todas sus pertenencias, puesto que con cólera no se juzgan mejor los negocios. Después propongo que despojéis a cada uno de los dos partidos de su envidia y de su codicia. Me refiero a la envidia de los pequeños hacia los grandes, y a la codicia de los grandes hacia los pequeños; en suma, que imitéis la 33 apariencia y la forma de una casa. ¿Cómo sería esto? En una casa los padres son los jefes de los hijos, y los dueños de los esclavos. ¿Cómo administran su casa de manera conveniente? Cuando los jefes no piensan que a ellos todo les está permitido, sino que voluntariamente renuncian a un poco de su autoridad, mientras que los otros aceptan como lícito lo que les hubiera parecido bien a los superiores. Sin esa buena voluntad por ambas partes no es fácil encontrar una casa que 34 pueda subsistir. Me parece conveniente ahora que apliquéis esta conducta a los negocios comunes de la ciudad, teniendo en cuenta los que os creéis dignos de ser superiores que, si voluntariamente destruís a los inferiores, ultrajáis vuestra propia honra —pues la existencia de inferiores es provechosa para los superiores, si son capaces de dejar claro sobre quiénes son superiores—, y los que os habéis quedado atrás en posesiones o en alguna otra fortuna que, si tratáis con insolencia a los ricos, perjudicáis vuestra propia salvación más 35 que si voluntariamente derribaseis vuestras murallas. Pues esta es una ley establecida por la naturaleza, que en verdad ha sido dada a conocer por los dioses: el inferior obedece al superior[29]. Y si alguno considerase como símbolo de liber-

[29] Este es uno de los argumentos preferidos de Aristides: cf. II 191; XXVIII 123, 125; XXXIV 53.

tad la perversión de esta ley, a él mismo se estaría engañando y haría lo mismo que si todos los hombres en común no creyesen en los dioses por la envidia que sienten por ellos. Pero si alguno de vosotros, por haber sufrido muchas des- 36 gracias terribles, no cree soportable reconciliarse antes de haber hecho justicia, en primer lugar se sitúa en la opinión contraria a la que él mismo mantiene. Pues si el conflicto civil es la causa de tantos y tan importantes males que se piensa que no se puede vivir la vida si no se hace de algún modo justicia, ¿cómo no es mejor escapar de ella? Pues es propio de los hombres prudentes no querer privarse de aquellas cosas que por experiencia saben que les producen placer; pero sí es propio de ellos poner fin lo más rápidamente posible a aquellas otras que hubiesen descubierto como crueles, turbulentas y causantes de disgustos por todas partes, pues no consideran el mal como fármaco contra el propio mal, sino que consideran que el recuerdo y el olvido son dos términos contrarios para dos asuntos contrarios, y que se debe señalar con el recuerdo aquellas cosas que son provechosas, pero las perjudiciales deben ser inscritas en el olvido. En segundo lugar, cuando la cólera completamente os in- 37 vade, es necesario que tomando como aliado a su antiguo enemigo, la razón, así os habléis: «Nosotros somos rodios, y si algún griego o bárbaro discutiese con nosotros sobre nuestra nobleza, nosotros querríamos prevalecer sobre él. Y bien, puesto que esto queremos, la patria debe ser salvada por nosotros para que tengamos por lo que sentirnos orgullosos. Sin embargo, si nos dividimos en facciones, la patria perece, pero, si hacemos uso de una única determinación, ésta llega a ser más bella y más grande. ¿Por qué nos destruimos a nosotros mismos?». Si cada uno de vosotros quisiese decirse estas cosas, no daría lugar al paroxismo. ¿Cómo no es ver- 38 daderamente extraño que todos tengáis la misma disposición

para hablar en favor de la patria, si hubiese necesidad de ello, pero que no os atreváis a tomar una misma determinación para salvarla y para poder hacer uso del buen propósito que se encierra en los discursos sobre ella, sino que con las obras la destruyáis y con las palabras la elogiéis, y esperéis el juicio de Cleómenes el lacedemonio quien cortó en pedazos su propio cuerpo empezando por los pies [30]? O, por los dioses, ¿qué pensáis que ocurrirá si cada uno de vosotros ha alegado esta misma determinación, que cuando os hayáis desembarazado de vuestros enemigos, entonces mostraréis prudencia? ¿Acaso no queda otra posibilidad que la de que sobrevivan un único hombre y una única mujer de tantos hombres y mujeres como había, tal y como se cuenta que ocurrió en el diluvio [31]? ¿Y cómo os diferenciaréis de las mujeres que despedazaron a Penteo [32], cuando vosotros mismos habéis despedazado con vuestras propias manos el cuerpo común de la ciudad? Es necesario que quienes han sufrido todo lo que ha tenido lugar lo atribuyan a la ocasión y a la fortuna, y que consideren que no hay mayor bien que el fin de la discordia. Por otra parte es necesario que aquellos que han sido los autores del conflicto se avergüencen y no se enorgullezcan de lo que han hecho, y que reparen sus anteriores acciones al iniciar ellos voluntariamente la concordia, considerando que han recibido como pago suficiente el que

39

40

---

[30] Heródoto, VI 75, 3.

[31] Los dos únicos que se salvaron del diluvio provocado por Zeus para eliminar la estirpe de bronce fueron Deucalión y Pirra. Ovidio, *Metamorfosis* I 325. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, págs. 261-264.

[32] Rey de Tebas que intentó oponerse a la difusión de las orgías báquicas. Cuando su madre y sus tías iniciaban la ceremonia del despedazamiento de una animal, aparece Penteo que es matado y despedazado por ellas. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, págs. 178-179.

se ha establecido por aquellas cosas que hicieron: no sufrir pena alguna.

Creo que el enfrentamiento civil contiene tantos males 41 que, mientras sobre algún otro mal sería conveniente que se dijese cuántas cosas perjudicaría, si se quisiera conjurar, con respecto a éste conviene todo lo contrario, callar antes que remover en la memoria todo aquello que uno ha sufrido, si no se quiere hacer justamente lo contrario de lo que se pretende. Las palabras que uno puede pronunciar sobre la otra cara del problema, la concordia, ya se contienen en innumerables escritores. Pero igualmente es necesario imitar a los que hacen encantamientos que, pronunciando muchas veces las mismas frases, parecen que así consiguen que se cumplan. La concordia sola asegura el paso de las 42 estaciones establecido por Zeus[33], sola sella todas las cosas, por una parte adornando el campo con tierras de labor y dando la posesión del fruto de las propiedades y de las otras tierras, mientras que por otra, en la ciudad, conduciendo los asuntos conforme a nuestra súplica, por cuyo intermedio los matrimonios son oportunos, tanto para concederlos como para aceptarlos a los que se quiera y de donde se quiera, la crianza y la educación de los niños se hace conforme a las leyes patrias, para las mujeres hay seguridad, buena fe en los contratos, hospitalidad para los extranjeros, y culto a los dioses, procesiones, coros y alegrías; además también hay asambleas y lugares donde reunir el consejo, que la más vieja de las diosas, Temis, convoca; los pobres disponen de medios de vida y los ricos disfrutan de sus bienes, se presta atención a los ancianos y los jóvenes viven en orden, y como reza el dicho, todo es común,

[33] Cf. XXIII 77 y XXVII 35.

como la luz del sol, bajo cuyo resplandor nos mantenemos
43 a salvo. Y entonces ¿cómo no es un absurdo que ensalcéis mucho a aquellos de vuestros magistrados que os proporcionaron muchas alegrías, ya sea inventando espectáculos ya sea distribuyendo dinero o embelleciendo de alguna manera la ciudad, y que vosotros mismos renunciéis a todos estos bienes, como si estuvieseis perjudicando a otra
44 persona y no a vosotros mismos? Así pues, como si un pintor hubiese expuesto una imagen de la concordia y otra de la discordia, la primera de ellas de buena apariencia, bien construida, de buen color, graciosa, de gran armonía en cada uno de sus miembros, venida directamente de manos de los dioses a la tierra, la otra, muy desagradable a todas las miradas, con la cabeza vuelta hacia atrás, los labios lívidos, los ojos extraviados, hinchada, afligida siempre con lágrimas recién vertidas, con manos impotentes, llevando siempre una espada oculta en el interior de su seno, levantada sobre falsos pies de bronce, y en torno a ella, rodeándola como una red, sombra y tinieblas, por lo que la mayoría de las veces habita en tumbas en lugar de en templos; pues bien, es necesario que mirándolas hagáis vuestra elección, examinando con tiempo con cuál de las dos es mejor vivir.
45 Y en verdad, lo más digno para todos los hombres es tomar partido por la concordia, y cuánto más lo es para vosotros que para los demás no necesita de un largo razonamiento, puesto que vosotros sois originariamente dorios del Peloponeso, los únicos que hasta este día permanecéis siendo griegos completamente[34], y los únicos que os servisteis de los Heraclidas y de los Asclepíadas como fundadores y re-

[34] Los rodios nunca estuvieron sometidos a los macedonios ni a los egipcios. Bajo el dominio romano fueron una ciudad libre.

yes[35]. Además de todo esto, vuestra ciudad es la más bella de todo el mundo griego por toda su organización. Y sin embargo es terrible que mientras los extranjeros muestran tan gran cuidado por los bellos cuerpos, vosotros no tratéis con miramiento vuestros propios bienes. Considerad cuánto honor se desprende para vosotros de las palabras que pronunciaron los poetas sobre vosotros, de las que yo, omitiendo lo que dijeron los demás, voy a recordar sólo el testimonio de Homero. ¿Cómo es? 46

los rodios habitan la isla divididos en tres localidades,
en Lindo, Yaliso y Camiro, la blanca[36].

Me muerdo la lengua por estas palabras, observando qué indignos sois de ellas, conducidos ahora sin ningún orden. ¿Cuál es el resto de su testimonio?

se instalaron haciendo una triple división por tribus, y
fueron amados por Zeus, que reina sobre los dioses y hombres[37].

Considerad que, aunque el poeta concedió prácticamente todos los elogios a los griegos, os otorgó el mayor de todos. ¿Acaso sublevándoos unos contra otros, estando agitados, y odiándoos a vosotros mismos, pensáis que sois más amados de los dioses y que mejor confirmáis las palabras del poeta que si conducís la ciudad con buen orden y concordia? 47

---

[35] Los Heraclidas fueron fundadores y reyes (HOMERO, *Ilíada* II 653), mientras que los asclepiadas sólo reyes como sucesores de los primeros, (ARISTIDES XXXVIII 13).

[36] HOMERO, *Ilíada* II 655-6.

[37] HOMERO, *Ilíada* II 668-9.

48 ¡Sea! Y como amados de los dioses, ¿acaso anhelaríais más sublevaros unos contra otros, agitaros y vivir con las maldiciones de los enemigos, que todo lo contrario, actuar según las plegarias de los hombres prudentes, honrar a los dioses, entrar en relación unos con otros y prosperar en todos los aspectos? Y bien, puesto que la sedición tanto es extraña para vosotros como odiosa para los dioses, y la concordia aparece como la única conducta salvadora, sin duda es conveniente aceptar el resultado como si se tratara 49 de una cuenta de ganancias. Y en verdad esto no es lógico, que vuestros ancestros, que al principio estaban divididos en tres, se reuniesen en nombre de la fe mutua que se profesaban y habitasen una única ciudad abandonando todas las anteriores[38], y que vosotros, al haberos dividido, hayáis sacado a la luz muchas ciudades de una sola. Hubiese sido el caso extremo si, viviendo en tres partes separadas, os hubieseis mostrado teniendo una única y unánime determina- 50 ción, o que viviendo unidos os peleaseis. ¿No sentís vergüenza ante Helio, que para los demás es el espectador de todo lo que ocurre, pero que para vosotros también es vuestro fundador? ¿No pensará cada uno de vosotros que el presente día es el primero del nacimiento de la isla, cuando surgió del mar como un regalo para el dios[39]? ¿No se cuidará cada uno de vosotros de no dar la impresión de que se es peor que los saqueadores de templos porque está perjudicando las posesiones del dios? ¿Levantando las manos con respeto y temor, no pedirá perdón a los dioses por los 51 pecados cometidos hasta el momento? Pero aunque habitáis la ciudad sagrada del sol, os corrompéis como si estu-

[38] Estrabón, XIV 655.

[39] Cf. XXV 29.

vierais en la oscuridad. ¿O pensáis que los cefalenios que iban con Odiseo parecerán estar tan malditos por el dios como vosotros[40], si saqueáis su ciudad? Y en verdad, si esto también es necesario añadirlo, también aquéllos, mientras prestaron atención al mejor consejo y todos fueron del mismo parecer, se abstuvieron de los bueyes y se mantuvieron a salvo. Pero cuando se enemistaron, perecieron todos salvo uno, el que les había aconsejado lo mejor[41]. Volved 52 los ojos hacia esos trípodes que hay en el templo de Dioniso[42] —sin duda os alegráis cuando los miráis—. ¿Acaso os parece posible que se hubiesen levantado si los miembros de los coros hubiesen luchado contra sí mismos? ¿O no está bien claro que, aunque no hubiesen cantado cosas contrarias, ni cada uno una cosa diferente, sino que, aunque cantasen los mismos versos, pero no de la misma manera, lo único que les habría quedado habría sido huir de la escena? Y ningún coro disonante es un espectáculo tan impropio como el pueblo de Rodas cuando no habla unánimemente.

¡Sea! Aquellos que persiguieron a los piratas y que ador- 53 naron los arsenales con los espolones y con aquellas grandes trirremes que vimos antes del terremoto[43], por los dioses, si hubiesen luchado no contra los tirrenos[44], ni contra los buques piratas, sino contra ellos mismos sobre cada nave, ¿acaso alguna vez hubieran mandado en el mar, hubie-

---

[40] Homero, *Odisea* XII 260 ss.

[41] Odiseo.

[42] Premios por las competiciones poéticas y musicales.

[43] Es evidente que Aristides estuvo en Rodas con anterioridad al terremoto que la destruyó a principios de la década de 140. A. Boulanger, *Aelius Aristide...*, pág. 120, propone que visitó la isla camino de Egipto.

[44] Cf. XXV 4.

sen ofrecido esos adornos a la ciudad, o hubieran dejado a sus descendientes el derecho a honrarse por aquellos trabajos? Pero pienso que su primera preocupación habría girado en torno a su salvación. Así pues en una nave la disensión interna no es provechosa, pero en una ciudad que está bañada por el mar por todos lados ¿es prudente matarse unos a otros después de haber estado íntimamente unidos, o lo es imitar los males de los lesbios y mitilenios[45] aunque seáis rodios? Pero es preferible que aquellos se presenten deseando vuestro buen orden a que vosotros soportéis convertiros en los imitadores de la desgracia de aquéllos. Y en verdad se les podría decir alguna palabra adecuada y conveniente: «Varones lesbios, ¿hasta dónde habéis llegado? Vosotros decís que toda vuestra isla es música, y se lo atribuís a la cabeza de Orfeo, pero ¿no os avergonzáis de encontraros dispuestos con tan escaso sentido musical? Una vez vencisteis a los griegos con vuestros citaristas pero, por no poder tomar una decisión en vuestro propio favor, corréis el riesgo de ser superados también por todos los hombres. Y antiguamente quienes partían de vuestro lado hacia otros lugares ponían fin a las discordias civiles[46], pero ahora no sois capaces de conoceros a vosotros mismos en vuestra propia casa». Me parece que alguien podría decir estas cosas sobre aquellos si quisiera reprenderlos. No obstante, según parece, el destino les tiene asignada desde antiguo el absurdo de esta desgracia y muchas veces se mostraron en una disposición que no era la debida. Pero esta enfermedad de ninguna manera os conviene a vosotros. Cuando estuvimos entre vosotros, os vimos en las asam-

---

[45] Los problemas internos entre lesbios y mitilenios en el s. VII a. C. han quedado reflejados en los poemas de Alceo.

[46] Terpandro cuando marchó a Esparta.

bleas no sólo usando un único dialecto sino también, si me es posible decirlo, usando una única frase la mayor parte del tiempo; pues «correcto», «corónalo» y otras cosas parecidas os bastaban, además de proclamar alguna vez el nombre del que hablaba en la asamblea [47]. Era también muy agradable veros haciendo uso de la aprobación con un movimiento de cabeza en lugar de recurrir al voto a mano alzada, de manera que se diría que vosotros erais los únicos que observabais una tregua eterna.

57 Oigo decir que vuestras actitudes actuales no son dignas de aquéllas, y que éstas se han desviado de la medida justa no poco ni de manera imperceptible. También me resulta penoso lo siguiente: si os dejáis oír con mucha frecuencia hablando griego con palabras de origen propio de manera que no es posible encontrar, podría decirse, entre vosotros, y empezando por vuestros huéspedes, una palabra que no fuera doria, pero os mostráis en la organización política habiendo olvidado la armonía ancestral que es lo auténticamente dorio, adquiriréis males extranjeros que a todos convienen más que a vosotros. 58 ¡Qué no sea así de ningún modo, nobles caballeros! Pero considerando este antiguo dicho [48], que no es posible eliminar ninguno de los errores que ambas partes han cometido, aunque la ocasión favorable permite ponerles fin, que curables son los corazones de los buenos, como dice aquel que elogió a los ro-

---

[47] Las asambleas continuaron existiendo en la mayoría de las ciudades griegas aunque su poder era meramente formal. Sus tareas se restringían a la confirmación de las decisiones tomadas por el Consejo y a la concesión de honores a los ciudadanos más distinguidos. D. MAGIE, *Roman Rule...*, págs. 640-642. Sobre estas labores de la asamblea rodia, cf. DIÓN DE PRUSA, XXXI 110.

[48] PÍNDARO, *Olímpica* II 15 ss.

dios[49], que nacer limpio de pecado original es exclusivo de los dioses[50], y es un atributo que no se ha concedido a ninguno de nosotros que vivimos sobre la tierra, mientras que estar dispuesto a dejarse persuadir por quienes hablan bien os conviene, y reconociendo que así especialmente agradaréis al dios marino para el que el poeta consagró este verso —quien a los dioses obedece[51]—, y además de todo ello reconociendo que es más ventajoso ser esclavo que tener libertad como viático de males *** igualmente no tengáis
59 ningún miedo a ser privados de esto[52]. Pero lo más importante de todo: sintiendo vergüenza ante vuestros templos, tumbas y ante el nombre de Rodas, que hasta ahora había sido envidiable, poned fin a este seísmo que os ha envuelto completamente y no temáis que los segundos sean más terribles[53], sino recobrad el dominio sobre vosotros mismos, para que nosotros nos enorgullezcamos de vosotros como buenos camaradas, y vosotros de nosotros como de quien es capaz de ser persuasivo siempre que la ocasión lo reclama.

---

[49] HOMERO, *Ilíada* XIII 115.
[50] SIMÓNIDES, frag. 5, 10 ss.
[51] HOMERO, *Ilíada* I 218.
[52] Cf. § 22.
[53] Cf. XVIII 7.

XXV

DISCURSO RODIO

INTRODUCCIÓN

El *Discurso rodio* es una de las obras más discutidas de todas aquellas que la tradición nos ha legado como pertenecientes al sofista de Esmirna. La cuestión parte de la propia edición crítica de B. Keil, quien consideró que el autor no era Elio Aristides sino un alumno desconocido de la misma escuela retórica [1]. La razón fundamental para esta afirmación radicaba en XXIV 1, donde el sofista afirmaba que «lo único que nos resta es enviaros un escrito y venir en vuestra ayuda de esta manera por primera vez». Esta última locución imposibilitaba que el discurso XXV fuese obra de Aristides, puesto que evidentemente estaba compuesto antes que el XXIV. A este argumento el editor añadió algunos elementos estilísticos que consideraba ajenos al arte del sofista.

La cuestión permaneció en este punto [2] hasta que C. Behr se la replanteó [3]. Se sigue pensando que el XXV no es de Elio Aristides, pero se introducen algunas novedades importantes. XXV 1 ya no se entiende como «venir en vuestra

---

[1] B. Keil [ed.], *Aelii Aristidis Smyrnaei quae supersunt omnia, volumen II orationes XVII-LIII continens*, Leipzig, 1898 (= Berlín, 1958), págs. 72-91.

[2] A. Boulanger, *Aelius Aristide...*, págs. 121, n. 1 y 374, n. 1.

[3] C. Behr, *Aelius Aristides...*, pág. 16, n. 48; *P. Aelius Aristides. The Complete Works,* vol II, pág. 371, n. 2.

ayuda de esta manera por primera vez», sino «en el momento presente». Por esta razón C. Behr se permitió hablar de un discurso de consolación compuesto por Aristides, pronunciado ante los embajadores rodios en Alejandría (XXIV 3), y hoy perdido. Para C. Behr, o bien algún editor de la obra del sofista incorporó el discurso XXV a su corpus con el deseo de llenar el vacío dejado por esta obra perdida, o bien, al morir Aristides, se encontró el XXV se encontró entre sus papeles, lo que no sólo facilitó su inclusión entre sus obras, sino que permite explicar las abundantes similitudes estilísticas.

C. P. Jones retomó años más tarde la cuestión [4]. Admitiendo la lectura que C. Behr hacía de XXIV 1, no existía ya ninguna razón para dudar de la autenticidad del discurso XXV. Ello además se apoya en una larga lista de paralelos estilísticos entre el XXV y las restantes obras del sofista.

No obstante, a esta propuesta hay que hacerle una objeción fundamental: la locución adverbial que se quiere traducir por «en el momento presente», *tḕn prṓtēn*, nunca tuvo este significado en el orador esmirneo, sino más bien aquel que B. Keil reconoció [5]. Pero no por ello hay que considerar que el XXV es espurio. La razón por la que Aristides dice en XXIV 1 que «lo único que nos resta es enviaros un escrito y venir en vuestra ayuda de esta manera por primera vez» es porque esta es la primera vez que les envía un discurso, en forma de carta, político y público (en el sentido de que está dirigido a la comunidad ciudadana). Frente a ello, y tal y como recuerda en XXIV 2, sí había

[4] C. P. Jones, «The Rhodian Oration ascribed to Aelius Aristides», *Classical Quarterly* 40 (1990), 514-520.

[5] J. M. Cortés, «Elio Aristides, autor de XXV K», *Cuadernos de Filología Clásica*, n. s., 5 (1995), 197-207.

obsequiado a los rodios con algunas obras de carácter privado. Entre ellas habría que considerar el discurso XXV.

Así las cosas, Aristides visitó la isla camino de Egipto, y antes del terremoto que la destruyó [6]. Era un joven estudiante y sólo se dio a conocer en los ámbitos escolásticos de la ciudad. De allí llegó al país del Nilo, donde encontró los embajadores rodios que venían anunciando la desgracia [7]. A ellos les prometió el joven Aristides que a su regreso visitaría la isla. Y así lo hizo algunos meses después [8], componiendo para el caso el XXV, un discurso de consolación que no fue pronunciado ante el pueblo rodio sino ante los círculos culturales supervivientes [9]. Ésta, por tanto, sería la primera obra de Aristides conservada, y precisamente en ello encuentran justificación los elementos de estilo ajenos al arte del sofista en edad madura [10]. En todo caso, su gesto no fue olvidado y facilitó que años más tarde, cuando la ciudad estaba inmersa en un profundo conflicto civil, se recurriese a él, como un hombre bueno, para poner fin al desorden.

Se ha utilizado la edición crítica de B. Keil aunque se han escogido algunas lecturas diferentes que el propio editor reflejaba en su aparato crítico o que C. Behr señalaba en su traducción inglesa.

---

[6] Las fechas no se han podido establecer con absoluta certeza. El terremoto que destruyó Rodas se suele colocar en el año 141; cf. L. Robert, «Documents d'Asie Mineure», *Bullet. Corresp. Hellénique* 102 (1978) págs. 402-406. La estancia en Egipto termina en 142, cf. A. Boulanger, *Aelius Aristide...*, págs. 120-104, y C. Behr, *Aelius Aristides...*, pág. 21.

[7] Cf. XXIV 3.

[8] Cf. XXV 28; C. P. Jones, «The Rhodian Oration...», pág. 518.

[9] Cf. XXV 53.

[10] La primera obra que se consideraba de Aristides era XLV, *Discurso en honor de Serapis,* que se fechaba en 142 o 143. Esta obra es una clara muestra de la incertidumbre estilística que todavía reina en el joven sofista; cf. XLV 1-14.

	Edición de B. Keil	Lectura Adoptada
4	ἐξῆν. ... ἑτέρων	ἐξῆν ⟨ὑπῆρχεν ἰδεῖν⟩ ἑτέρων, Cortés
9	περιουσίαν. ἡ πόλις	περιουσίαν ἡ πόλις. ⟨αὐτὴ⟩, Reiskius
17	οὐκ ἐξῆν. ... εἰ μὲν γὰρ ἔχομεν	οὐκ ἐξῆν. εἰ μὲν γὰρ ἔχομεν, Behr
23	οἱ μὲν προσεδόκων..., οἱ δὲ	οἱ μὲν προσεδόκων ⟨τοὺς ἀπολειφθέντας⟩, οἱ δὲ, Keil en aparato
25	τῷ τότ᾽ εἶναι κακῷ καὶ κτύπῳ	τῷ τότ᾽ εἶναι πατάγῳ καὶ κτύπῳ, Keil en aparato
29	λεγόμενα ταῦτα μυθολογήματα ἦν	λεγόμενα ταῦτα μυθολογήματα ἦν, Behr
46	τὸ δ᾽ ἀτύχημα μιᾶς ἡμέρας, †οὐχ ὅλης δὲ καὶ ὥρας	τὸ δ᾽ ἀτύχημα ἡμέρας, οὐχ ὅλης, μιᾶς δὲ καὶ ὥρας, Behr
55	ὑμεῖς δὲ ἐπὶ πολλῆς (...), ἕξετε τῶν Ἑλλήνων πολλοὺς [συνεπιλήψεσθαι]..., ὥσπερ	ὑμεῖς δὲ ἐπὶ πολλῆς (...), ἕξετε τῶν Ἑλλήνων πολλοὺς συνεπιλήψεσθαι, ὥσπερ, Canter

XXV. DISCURSO RODIO

¡Caballeros rodios, los que habéis quedado con vida, no 1 es fácil poner en el olvido aquello que ha sucedido, como tampoco lo es sobrellevarlo con comedimiento al recordarlo! ¿Qué mayor desgracia que la presente, la pérdida del común adorno de la raza, podría existir, no sólo para vosotros, que en otro tiempo os jactasteis de habitar Rodas, sino también para todos aquellos que, en una palabra, se cuentan entre los griegos? Mucho se podría llorar al tener 2 en consideración que antes, cuando se platicaba sobre la ciudad, lo más importante que se decía era que, mientras que en las demás ciudades es posible escuchar algunas historias y ver algún resto de un trofeo, una tumba y una fuente, y que el guía las muestra por medio de oscuros vestigios —éste era el tálamo de Sémele [1], este otro el de armonía [2],

[1] Sémele era hija de Cadmo y Armonía. Zeus se enamoró de ella y la hizo madre de Baco, aunque murió antes de que su hijo naciera a consecuencia de las intrigas de Hera. Cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, págs. 175-179.

[2] Bajo este nombre aparecen en la mitología dos personajes que parecen ser distintos. Uno de ellos es la hija de Ares y Afrodita, hermana de Fobo y Dimo, y esposa de Cadmo. Otro es la ninfa armonía, madre de las Amazonas y de la que nada más se sabe. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica,* págs. 86-87.

o el de Leda[3], o alguna otra cosa de esta categoría— únicamente, cuando se estaba entre vosotros, era posible ver a la perfección, y no sólo escuchar, la ciudad que era. Pues todo aparecía como si la ciudad se hubiese acabado de construir ahora mismo, de manera que la visita no se asemejaba a un treno, sino que causaba un profundo respeto y 3 envidia en todos aquellos que la contemplaban. Al entrar en el puerto inmediatamente había tantos y tan grandes muelles levantados sobre el mar con espigones de piedra: unos que recibían a los que venían de Jonia, otros a los de Caria, otros a los de Egipto, Chipre y Fenicia, como si cada uno hubiese sido construido para recibir a una ciudad distinta. Próximos a los muelles había numerosos y grandes arsenales, de cuando dominabais el mar, y no se han reducido con el tiempo ni uno se ve obligado a adivinar en qué lugar una vez estuvieron, sino que el verlos causa turbación. Y si se hubiesen mirado desde arriba sus techos, se les habría comparado con una llanura suspendida en el ai- 4 re. Detrás de éstos era posible ver trirremes de dos o tres órdenes de remos y con siete o nueve líneas, algunas listas para navegar, otras guardadas en dique seco como en un almacén. Pero si alguno, botándola, quería navegar en alguna de estas, era posible hacerlo. ⟨Era posible ver también⟩[4] de otras trirremes los espolones con la punta de bronce, algunos en torno a los muelles, otros distribuidos en los lugares altos de la ciudad junto con numerosos y brillantes

---

[3] Esposa del espartano Tindáreo, es madre de Helena, Clitemnestra y de los Dioscuros Cástor y Pólux. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, pág. 317.

[4] El editor indica aquí una laguna y no ofrece solución posible. Hemos preferido repetir el verbo principal de la oración anterior que concuerda bien con el sentido del párrafo.

despojos de guerra, algunos capturados a los piratas etruscos[5], otros de las campañas que se hicieron con Alejandro[6], otros desde cualquier otra parte de la que hayan sido llevados a la ciudad. Había tantos, tan grandes y tan bellos recintos sagrados, templos y estatuas, que eran dignos del testimonio de agradecimiento de las otras obras: no era posible discernir cuál de ellas debía ser más admirada. Y una sola de éstas, la que fuese, habría proporcionado suficiente honor a otra ciudad. Además de todo esto, había estatuas de bronce por todas las que había en el resto de la Hélade, pinturas de todos los estilos, cada una expuesta en una parte diferente de la ciudad, y adornos, algunos únicos de este lugar, otros los más hermosos[7]. La acrópolis estaba llena de prados y bosques sagrados, y en el resto de la ciudad ningún elemento sobresalía sobre otro, sino que su construcción era amplia y homogénea, como si no fuera propio de una ciudad sino de una única casa. Las calles eran ininterrumpidas de principio a fin, no menos dignas de ser llamadas avenidas. La gloriosa ciudad se extendía gloriosa en todas direcciones. Existía una maravilla, tras todas estas, pero también por delante de todas ellas, que no producía hartazgo a los ojos: el recinto de las murallas, y la altura y belleza de las torres intercaladas en él, que era como un faro para los navegantes, de tal manera que únicamente para aquellos que arribaban y lo miraban era posible crecer inmediatamente en espíritu. Pero lo más hermoso de todo era que este recinto no estaba separado de la restante ciudad ni dejaba un espacio vacío en medio, sino que estaba pegado a la ciudad como una corona que rodea la cabeza. Era po-

[5] Cf. XXIV 53.

[6] ARRIANO, *Anábasis* II 20, 2.

[7] DIÓN DE PRUSA, XXXI 146.

sible decir que Rodas era la única ciudad que había sido fortificada casa por casa y toda en común. Pues sus murallas se parecían al cercado del patio de una casa, y tanto equivalía a la ciudad que había dentro cuanto la delimitaba, puesto que todo era de igual dignidad. Como se podría decir, una única de sus antiguas glorias faltaba, las batallas navales; pero en todos los demás aspectos la ciudad se había mantenido pura. Y sólo podrías decir que la ciudad ha renunciado, con inteligencia, a su hegemonía, pero que la ciudad de entonces no era simplemente un nombre sino que era la misma que precisamente fue.

9 Ahora la belleza de los muelles se ha desvanecido, se ha caído la más bella de las coronas, los templos han sido privados de sus estatuas y los altares de sus sacrificios, vacíos de hombres están los paseos y teatros. Alguien que no los hubiese visto antes no podría figurarse en qué lugar de la tierra o del mar estaban los diques. El incontable número de imágenes, tanto de dioses como de hombres, se ha confundido y se ha diseminado entre las piedras y los restos de los cuerpos corruptos. Ha desaparecido el marfil y el oro de estas estatuas, que valían menos que la técnica con la que estaban trabajados. Los muros que por todas partes sostenían los despojos de las guerras se han perdido junto con su adorno. Todas las espadas y lanzas de los despojos fueron traídas hasta aquí tras ser arrebatadas a los enemigos, y aquí, en los malos momentos, han maltratado a quienes se expusieron a sus golpes, de modo que la ciudad ha recibido el mayor exceso de desgracia. Esta ha quedado en la condición de una casa en ruinas, aunque no como un llano en tanto en cuanto las piedras, que despiertan
10 el recuerdo del infortunio, están levantadas. La desventura de la ciudad tanto ha superado a todas las desgracias griegas que hemos aprendido de oídas, que de las otras ciuda-

des que acabo de recordar se muestran los propios palacios de los gobernantes y algunos de sus tálamos, e incluso todavía quedan algunas partes de estas ciudades, y podrías decir que han menguado desde su anterior grandeza, pero aquí no ha quedado en pie ni lo que bastaría para alojar al guía [8]. Y allí podrías ver un monumento, un trofeo, pero aquí ni una tumba ha resultado indemne a la injuria, sino que la ciudad, tanto dentro como fuera de las murallas, ha salido igualmente mal parada, y ella misma se ha convertido en una tumba para sus ciudadanos. En lugar de que miren a la ciudad aquellos que, o bien navegan hacia el puerto, o bien lo hacen por alta mar, es necesario que, después de desembarcar, traten de averiguar qué era cada cosa, puesto que ven un inoportuno monte en lugar de la ciudad. Le ha venido a suceder algo tan diferente a ella misma y a los infortunios de las demás ciudades que se os perdonaría que dijeseis e hicieseis cualquier cosa.

11 Pero, aunque así haya ocurrido, es necesario que sobrellevéis esta desgracia considerando que el antiguo dicho tenía razón [9], que lo que ha ocurrido ya no podría ser de otra forma, tanto si os expresaseis acusando y maldiciendo completamente la fortuna, como si os destruyeseis de cualquier forma a vosotros mismos por la desesperación. En estas circunstancias no es una pequeña ganancia soportar las desgracias de la mejor manera que se pueda. 12 Vosotros no estáis faltos de desgracias para añadir otras a éstas. En cambio os comportaríais con prudencia y haríais lo que de-

[8] El viaje de turismo cultural se convirtió durante los primeros siglos del Imperio en una práctica habitual entre los jóvenes de la aristocracia, creándose toda un infraestructura para soportarlo. L. FRIEDLÄNDER, *La sociedad romana,* Madrid, FCE, 1947, págs. 397-496.

[9] PLATÓN, *Leyes* XI 934.

béis hacer si ponéis fin a las desgracias que han tenido lugar, y abrís camino al nacimiento de toda posible mejoría. Es necesario que sepáis que todavía sois rodios, cuantos ahora estéis con vida, y que ninguna fortuna os ha privado de vuestro nombre venerado y honrado entre los griegos y los bárbaros, si os presentáis con intenciones dignas de él.

13 Ahora es el momento, si es que hay algún otro, rodios, de salvaros a vosotros mismos de estas circunstancias que os oprimen, de ayudar a la raza de la isla, de resistir gloriosamente ante el destino, teniendo en consideración las palabras de vuestro conciudadano, el piloto, que cuando su barco era sacudido por la tempestad y le parecía además que se iba a hundir, dijo esta frase que se repite sin cesar: «pero sabe bien, Posidón, que hundiré mi barco intacto» [10], como si no estuviera haciendo nada innoble ni abyecto en aquellas circunstancias, sino que estaba cumpliendo con todas sus obligaciones antes de morir terriblemente. Y es así puesto que la fortuna siempre es dueña de la muerte y del hundimiento del barco, pero la exigencia del cumplimiento del deber, antes de ese último momento, de ningún modo descansa en ningún otro, sino que cada uno está obligado consigo mismo a cumplirlo, y nunca debe hacer dejación mientras vive de lo único de lo que es dueño y señor.

14 No destruyáis vosotros aún más esta ciudad ya derruida imponiendo humildad a la ocasión, sino que vosotros, los supervivientes, puesto que la ciudad se hundió cuando fue golpeada, permaneced firmes. Pues es vergonzoso y contiene una censura intrínseca el hecho de que la ciudad, es decir, vosotros mismos, aparezcáis más innobles que un hombre sólo, y que no demostréis que, incluso en medio de

[10] CICERÓN, *Ep. a Quintiliano* I 2, 4, 13; SÉNECA, *Ep.* 85, 33.

las desgracias, sabéis quiénes sois. De esta manera parecerá que habéis sufrido estas desgracias inmerecidamente. Creo que vencer con las armas es glorioso, que levantar un trofeo sobre los enemigos derrotados en una batalla naval proporciona honra, y que no es justo que los hombres nobles se olviden del celo en estas acciones, por las que vuestros ancestros en aquel tiempo adquirieron una reputación que era con razón grande y en justicia admirable. Pero cuando los objetivos de aquellos enfrentamientos han llegado a su fin y las circunstancias presentes reclaman de vosotros otra contienda, es necesario que la asumáis. Y esta contienda es para vosotros mucho más gloriosa y noble que aquellos antiguos combates: formar en orden de batalla frente a la fortuna y levantar un triunfo sobre ella, incluso si por primera vez os ha atacado con dureza. Nadie hay tan grande que sea dueño de la victoria aquí por siempre; el hado tiene la mayor parte, aunque en este caso la voluntad es la dueña de la victoria. Así, mostrad que tenéis la voluntad que se requiere, y no os dejéis vencer completamente por la fortuna: luchad ahora contra ella ya que antes no fue posible. Pues si queremos lamentarnos por la ciudad con dignidad, incluso si nos vamos a reunir todas las noches y todos los días que nos quedan de vida, hagámoslo —pues es digno de Grecia [11]— invocando no sólo por tres veces, sino infinidad de veces, el nombre de Rodas que así ha sufrido [12]. Pero ahora, ¿qué discurso es tan poderoso, o

15 16 17 18

[11] ARISTÓFANES, *Acarnienses* 8.

[12] Una vez amortajado el difunto, permanecía en su casa expuesto durante varios días, dos o tres, en los que las plañideras pronunciaban sus lamentos. Cf. R. FLACELIÈRE, *La vie quotidienne en Grèce au siècle de Périclès = La vida cotidiana en Grecia en el siglo de Pericles* [trad. C. CRESPO] Madrid, 1993, págs. 105-107.

qué sofista tan excelente y suficiente que pudiera llorar dignamente las circunstancias actuales, dejando en el olvido no una insignificante parte de lo que desea decir, sino, simplemente, todo? Pues esto es lo más extraño de todo, que al lamentar lo ocurrido y al describirlo como insuperable, pasamos por alto muchísimos de sus aspectos y creemos

19 que lo describimos, aunque no lo hacemos. ¿Quién podría contar dignamente estas desdichas, inauditas, extrañas, y que han superado a cualquier cosecha de desgracias, o la agudeza de la dificultad recaída en vosotros? ¿Quién podría todavía comportarse con moderación recordando aquel funesto mediodía en el que el primer mal empezó y cayó sobre vosotros, cuando el mar se quedó quieto aguardando con ansia lo que iba a suceder como si temiese alguna otra tempestad grande y fatal, cuando todo el cielo guardó silencio como si sospechase lo que iba a ocurrir, cuando los pájaros y todos los demás animales se quedaron inmovilizados ante lo que venía, y cuando en efecto la ciudad estaba preparada para esta desgracia y todo el seísmo se concentró contra ella? Helio entonces por última vez brilló sobre su propia ciudad y repentinamente todos los horrores se presentaron al mismo tiempo.

20 El mar retrocedía y todo el interior de los puertos se quedó al descubierto, las casas saltaban por los aires y las tumbas se abrieron, las torres caían sobre las torres [13] y los diques sobre las trirremes, los templos sobre los altares y los exvotos sobre las estatuas, los hombres sobre los hom-

---

[13] U. Wilamowitz pensaba que el texto podría estar corrupto y proponía «las torres caían sobre los puertos», opción aceptada por C. Behr, *The Complete Works... vol. II,* pág. 451. Pienso que no es necesario realizar ninguna correción del texto puesto que así se señala el caracter perturbador del terremoto haciendo chocar torre contra torre.

bres y todo sobre todo. Mientras esto ocurría, un hombre levaba anclas para hacerse a la mar, cuando se volvió ya no pudo ver más la ciudad, sino que todo era una masa informe, los puertos estaban sobre tierra seca, la ciudad convertida en ceniza, avenidas creadas sobre las casas que iban de barrio en barrio, muertos en cada casa, en los templos, en las puertas, en las entradas. Fuera, las tumbas habían hecho 21 saltar a quienes en ellas yacían; dentro, los que habían muerto fueron enterrados. Como ofrendas consagradas se veían sobre las murallas las manos de algunos [14], de otros los pies, de otros algún otro resto. Y no era posible adivinar a quién correspondía cada uno de estos restos.

Algunos, huyendo de sus propias casas, perecieron en 22 las de otros, mientras que otros perecieron al permanecer en sus casas por terror; aquéllos, al ser apresados mientras corrían hacia fuera; aquellos otros, al ser abandonados medio muertos e incapaces de emerger de entre los escombros ni de librarse a ellos mismos, atraían el hambre como complemento de sus males y perecían, ganando en tanto en cuanto sabían que su patria no existía. La fortuna seccionó los cuerpos de algunos: la mitad fue cogida dentro de las puertas, la otra mitad yacía fuera. Y además otros cuerpos habían caído sobre éstos, y muebles, piedras, y cualquier otra cosa que el seísmo, al moverla, arrojara sobre él. Al- 23 gunos aguardaban ⟨a los que faltaban⟩, otros buscaban a su allegados, aquellos no sabían si lloraban por ellos mismos o por sus familiares. Algunos se lamentaban por la ciudad, otros se quemaron cuando los techos de paja cayeron sobre los hogares. Algunos fueron cogidos cuando sal-

[14] Era una práctica habitual en el culto de las divinidades sanadoras la ofrenda de exvotos representando la parte del cuerpo para la que se pedía la curación.

24 vaban a sus propios hijos, otros se suicidaron. Hubo una salvaje orgía en el momento del almuerzo. Aquellos que no mucho antes fueron llamados novios yacían muertos tras haber cantado su bello himno nupcial para nada, y no era fácil saber si ellos mismos eran los desafortunados o aquellas a quienes habían desposado. Aquellos que del mar habían vuelto descubrieron que el hogar paterno era más traidor que el mar. Aquellos otros que se apresuraron en zarpar, por última vez entonces se hicieron a la mar desde su casa, pues su patria se hundió antes de que ellos regresaran. A la 25 vez se hizo realidad el maremoto, la nube, el estruendo, los lamentos, el estrépito de los derrumbamientos, las convulsiones de la tierra. Creo que ni las cataratas del Alto Egipto, ni el oleaje del Mar Exterior cuando se estrella contra las rocas, ni los rayos igníferos, ni el mayor ruido que los hombres puedan producir, se corresponde con el estruendo y con el bramido que entonces allí hubo, que conjugaba todos en una única combinación, componiendo una inesperada y desgraciada sinfonía por la que Rodas llegó al paroxismo [15]. Y se redujeron a lo mismo cadáveres y altares, refugios y ceniza, sangre y mobiliario, techos y cimientos, siervos y amos, miembros, cuerpos y estatuas, sacrificios, 26 tumbas y banquetes. A algunos les pasó inadvertido que estaban acampados sobre los cuerpos de sus más queridos amigos, otros buscaban sus propios restos, unos sus pies, otros su manos, aquéllos cualquier otra parte de su cuerpo de la que hubiesen sido mutilados. Algunos sepultaron estos miembros junto con sus familiares, otros aguantaban oprimidos por lo que se les había venido encima de todos lados, aquellos fueron enterrados antes de morir. Se dieron toda clase de desgracias; incluso aquellas que nadie nunca

[15] Se mantiene la metáfora de la orgía de § 24.

concibió, entonces por primera vez se presentaron. Los supervivientes no sabían si rogar por conseguir la salvación o por morir.

¿Qué heraldos o qué poetas lloraran con digna voz estas 27 desgracias? ¿Quién da abasto a narrarlo? ¿Qué sufrimiento hay más amargo o, si quieres, más grande? ¿De qué ciudad, griega o bárbara, se apoderó este dolor en cualquier otro momento? La ciudad, cuando fue destruida, yació muerta con mayor rapidez que con la que nunca un barco se hundió, y los días y las noches que siguieron sacaron a la luz, heridos, a aquellos que estaban vivos, al menos en cuanto respiraban, y, descompuestos, a aquellos que habían muerto, ninguno con todos sus miembros intactos, como si la desgracia hubiese amputado algo a cada uno o le hubiese infligido algún daño. Desacostumbradas piras ardían noche y 28 día, en correspondencia con las anteriores fiestas mensuales. Como los cortes de las minas de oro y plata, el suelo de la ciudad estuvo proporcionando cadáveres para que fueran quitados de en medio durante meses [16]. Y antiguamente, ¡oh, Zeus!, juzgabais fuera de las puertas los procesos por homicidio, puesto que no considerabais pío dictar una sentencia de muerte dentro de las murallas [17], pero ahora, en un único día el hado ha condenado a muerte a tantos dentro de la ciudad, y al mismo tiempo que a ella, y ha convertido a la ciudad que era inaccesible a los homicidas en la sepultura de los que han sido asesinados. Antes se 29 contaba este mito, que los dioses elevaron esta isla, que estaba oculta bajo el mar, como un regalo para Helio [18]; pero ahora se ha transformado para narrar lo contrario, que esta

---

[16] C. P. Jones, *Aelius Aristides, Rhodian Oration,* pág. 518.

[17] Dión de Prusa, XXXI, 122.

[18] Píndaro, *Olímpica*, VII 54-70.

ciudad se ha sumergido bajo la tierra, que se ha alejado de los hombres mientras Helio estaba sobre la tierra, y que Helio observó en Rodas espectáculos que nunca había vis-
30 to. Y Homero dijo que Zeus vertió riqueza sobre la isla [19] y sobre los que estaban en derredor de Tlepólemo [20], vuestros ancestros; y Píndaro, apoderándose de esta tradición, dijo que Zeus hacía llover oro conduciendo una rubia nube [21]. Pero ahora ¿qué clase de dones ha vertido el hado?, ¿qué clase de nube colocó sobre la ciudad? ¡Qué indignos fueron de aquellos primeros!, ¡qué indignos de vosotros y de la belleza de la ciudad!

31 Ahora es posible ver habitadas Cárpato, Caso y algunas otras islas, aunque no tienen nada de lo que jactarse y cuyo tributo, que les recaudabais antes, era para vosotros algo insignificante; y así también otras pequeñas ciudades arenosas y discutibles [22]. Pero Rodas, ¡oh Zeus y Helio que todo lo ves salvo Rodas!, ahora no está en ninguna parte, sino que, como los narradores de leyendas, es necesario que quienes han recibido de nosotros esta herencia cuenten a sus sucesores que una vez también existió Rodas, frontera a Caria, una ciudad famosa por su belleza y grandeza, y deben mostrar el lugar como ahora se hace con los de Ya-
32 liso y Camiro [23]. Celebraréis los juegos del festival de Helio: el lugar donde lo celebraréis ha quedado intacto. Pero

[19] Homero, *Ilíada* II 670.

[20] Hijo de Hércules y de Astíoque, hija del rey de Éfira, fue el fundador de las tres ciudades de Rodas.

[21] Píndaro, *Olímpica* VII, 90.

[22] Cárpato y Caso son dos pequeñas islas al suoreste de Rodas. Junto con algunas otras más y algunos enclaves en el continente asíatico constituyeron un área bajo la administración directa de Rodas.

[23] Dos de las tres antiguas ciudades de la isla de Rodas.

esta ciudad, que lleva el nombre de la novia del dios[24], ha cambiado su apariencia por la de un acantilado. Y antiguamente mostrabais a los que se encontraban de visita en la ciudad las máquinas de guerra hechas con los cabellos cortados a vuestras mujeres[25], y era algo maravilloso; pero ahora os queda mostrar la ciudad a sus visitantes bajo este aspecto, *** el teatro, la sala del Consejo[26], las pinturas rotas por la mitad, riscos en lugar de torres, mostrando las lamentables reliquias de una Rodas que una vez fue célebre. Cuando se hable en público de la grandeza de las demás 33 ciudades no os será lícito levantar ninguna objeción, ni tampoco dejar de reventar al guardar silencio. Simplemente sabréis de qué clase de ciudad habéis sido despojados pero no seréis capaces de enseñar cómo era; y en la actualidad os es posible llamar como testigos a aquellos griegos que antes vieron la ciudad, pero cuando el destino asignado se los haya llevado, ¿qué restará salvo ser condenado, como se dice, en ausencia, al ser conocidos, oh dioses, no por las batallas navales, ni por los puertos ni muelles, ni por el orden que reinaba en la ciudad, sino porque sufristeis la mayor desgracia de los griegos? Y será necesario que, cuando recordéis a Rodas, no os sintáis orgullosos, sino que entonéis un canto fúnebre. Por estos males únicos que

[24] Aristides confunde dos personajes mitológicos distintos: Rode, hermana de Tritón y casada con el Sol, y Rodo, epónima de la isla de Rodas. Cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica* pág. 101.

[25] Parece que se refiere al sitio que la ciudad sufrió de manos de Demetrio Poliorcetes, en el 305 a. C. Los defensores de la ciudad contaron con grandes ingenieros que diseñaron nuevas máquinas de guerra; entre ellos figuró Dioniso de Alejandría quien inventó una catapulta de repetición; cf. Filón de Bizancio, *Bel.* 73; R. M. Berthold, *Rhodes in the Hellenistic Age*, pág. 68 n. 20.

[26] Ninguno de estos dos edificios había sido derribado, cf. § 53.

habéis sufrido ahora también han sido perjudicados aquellos hombres que fueran famosos seiscientos años antes [27], y aquellos otros que, aunque no tenían ninguna relación oficial con la ciudad *** . Pues cuando adornaron la ciudad con sus obras, ellos fueron, a cambio, honrados por el recuerdo [28].

34 Estos sucesos, aunque son así de terribles y no toleran ningún consuelo, tal y como se podría creer, deben ser soportados, especialmente y en primer lugar, siguiendo el consejo de la necesidad y tanto más, cuanto superaron el nivel de las lágrimas. Pues ¿cómo no va a ser obligado, abandonando el dolor, pasar por alto aquello que no es posible llorar con dignidad, y soportarlo, de acuerdo con el refrán, 35 con los ojos cerrados? Además las desgracias insignificantes no requieren de una gran preparación para hacerles frente, pero es necesario que las grandes también se sobrelleven con grandeza, y no me refiero simplemente a «con grandeza» sino a «con presencia de espíritu». Pues como para las más grandes batallas se necesita del más grande equipamiento, mientras que se pueden proseguir las más pequeñas con otro inferior, así también las desgracias que son excesivas por su grandeza requieren en 36 aquellos que las sufren fuerza para hacerles frente. Es necesario oponerse a ellas con todas las fuerzas, y disputar este combate con todo vuestro ánimo, si realmente des-

[27] La unión de las ciudades de Camiro, Yaliso y Lindo en una única ciudad tuvo lugar en el año 408-407 a.C. como una medida defensiva frente a la presión ateniense. R. M. BERTHOLD, *Rhodes in the Hellenistic Age*, págs. 21-23.

[28] Por medio de inscripciones que atestiguaban sus beneficiencias y también por medio de estatuas. El abuso al que los rodios llegaron en el empleo de éstas es el asunto del discurso XXXI de DIÓN DE PRUSA.

pués de haber sido sorprendido no se tiene la intención de quedar dominado, considerando que, antes, aquellos que vieron vuestras pinturas y estatuas admiraban aquel arte de los que las habían creado, pero que ahora todos admirarán vuestra resolución incluso si, a pesar de estas circunstancias, os mostráis orgullosos de vosotros mismos. En una palabra, de la misma manera que la piedra de toque indica si se trata de oro, así las desgracias disciernen a los buenos hombres. Y qué clase de hombres sois lo mostrarán ahora todas estas circunstancias: el terremoto, el incendio, y todo aquello que siguió a aquel único y primer mal.

En verdad estoy actuando de manera sorprendente. Pues 37 aunque yo mismo necesito consuelo ante vuestra desgracia, he estimado conveniente consolaros; y esto también podría, con razón, ayudarme a persuadiros. Pues creo que aquellos que comparten los mismos sentires pueden ser con razón los consejeros más dignos de crédito para los hombres prudentes. Aquellos, los que han sido afectados por las mismas circunstancias, es natural que se preocupen de éstas, que hablen por benevolencia, y que confirmen su capacidad para servir de consejero, en primer lugar, porque, aunque se encuentran en un estado de ánimo semejante, se manifiestan estimando que lo digno es sufrir la desgracia. Creo que el hecho de sufrir tamañas desgracias no 38 está reservado ni para los hombres más insignificantes ni para aquellos que no tienen donde caerse muertos, sino para los que son capaces de soportar una desgracia de este tamaño. ¡Por los dioses!, ¿creéis que esta desgracia es propia de Sefiro o de Sime, o de cualquier otra de las muchas islas que la rodean? Rodas, creo, podía ser despojada de tantas cosas tan importantes. Pero el hado os concedió ambos extremos: pues superasteis en virtud, poder, y equipamien-

to ciudadano a las más famosas de las demás ciudades, pero cuando fue necesario recibir una muestra de lo contrario, de una manera que no era necesaria, la fortuna igualó estas desgracias a vuestra anterior supremacía, y teniendo grandes cosas fuisteis privados de grandes cosas. De la 39 misma manera que Hesíodo dijo [29] que se produciría un gran estrépito cuando colisionasen el cielo y la tierra, pues éste sería el gran derrumbamiento de los elementos del cielo, así, cuando Rodas cayó, se produjo el mayor estrépito de los que ha habido en la tierra, y se hizo perceptible a muchos hombres, tanto griegos como bárbaros, e incluso a los propios gobernantes de los griegos y bárbaros. Esto no fue otra cosa que el hecho de privar a todo el mar de su adorno y que éste quedase vacío, en el futuro, de lo que, como mínimo, precisaba.

40 De esta manera, con razón, tenéis a la mayoría de la humanidad compartiendo vuestra aflicción. Pues ni el suceso pasa inadvertido a causa de su tamaño, ni existe nadie que se regocije en vosotros. Vosotros erais los huéspedes comunes y los amigos de todos, y también los salvadores de muchos, buenos guías y conductores de aquellos que navegaban en cualquier dirección por las cercanías de vuestra isla, más bondadosos e ilustres que los feacios de los que Homero escribió en el poema [30], reputados incluso en- 41 tre aquellos que viven en los extremos del mundo. Así, incluso a aquellos que no vieron la ciudad pero que escucharon de ella en boca de quienes sí la habían visto, y aunque puedan contar otras experiencias placenteras en sus vidas, les parece que carecen de una, y no de la más in-

[29] Hesíodo, *Teogonía*, 703-704.

[30] Homero, *Odisea* XIII 174.

significante, puesto que no vieron Rodas. Y en verdad no podría saberse por cuál de estos dos grupos es más conveniente ahora lamentarse, si por los que no vieron la ciudad o por quienes la frecuentaron. Pues los primeros han sido privados del más bello espectáculo, pero los segundos han sido privados de lo más grande que nunca hayan visto y, cuanto más les aprovechó, tanto más daño recibieron ya que no desconocen la grandeza del bien que han perdido. Por todo esto es especialmente necesario que os esforcéis 42 con buena disposición y nobleza en hacer buen uso de las presentes circunstancias, puesto que tenéis muchos observadores y testigos de cómo vais a soportarlas. Para éstos, es una acción buena y propia de los rodios que mostréis la superioridad de vuestra noble cuna, puesto que, incluso si vuestra muralla se cayese diez veces, la dignidad de la ciudad no caería mientras que un sólo rodio quedara con vida, sino que permanecería firme y se mantendría a salvo. Hacedlo para que no sientan por vosotros más aflicción que admiración, para que no recuerden la ciudad por su treno sino por la envidia por los supervivientes, para que aquellos no os consuelen enviando embajadores, sino para que vosotros seáis los que los consoléis a ellos manteniendo a salvo el temple ancestral de los dorios que en la actualidad sólo, o especialmente, vosotros de entre todos los griegos exhibís.

Y si no lo fuese a encontrar muy paradójico, os exhor- 43 taría a que enviaseis embajadores a todas partes de Grecia que consolasen a todas y cada una de las ciudades y les exhortasen a no compadecerse de vosotros, pues no es propio de Rodas, ni de vosotros los rodios, ser objeto de lamentos sino de envidia. Y esta embajada, a mi parecer, no sería menos honrosa para la ciudad que aquellas otras embajadas que van recorriendo lugares pidiendo a cada ciudad una

cosa diferente [31]. Pues creo que es necesario y de utilidad —¿quién podría censurarlo?— enviar a diferentes lugares distintas legaciones que impongan contribuciones comunes a todos los griegos como si fueran vuestros conciudadanos. Yo soy de este parecer. Y no obstante, aquel modo que he descrito sería contribuir para el mismo fin. ¿Quién no lo habría admirado? ¿Quién no habría ayudado? ¿Quién no habría considerado que esto era más una gracia que se hacía a sí
44 mismo, que un favor a vosotros? Pero si no es posible o no cabe enviar esta embajada por todos sitios, es necesario que, en estos asuntos, os sirváis de embajadores para que también restituyáis el tercer elemento a los otros dos de los que recientemente hablé [32], y no carezcáis únicamente de aquello que necesitáis de manera especial. Siendo los más grandes de los griegos recibisteis el mayor golpe. Es necesario que lo soportéis de la mejor manera para que en todas partes la ciudad aparezca como la que ha alcanzado los mayores éxitos, para que sea tratada de manera semejante de principio a fin, para que un único punto intermedio sea incluido entre estos dos puntos culminantes que os son propios, y para que lo que ahora parece ser terrible e irremediable llegue a ser de vuestro provecho. Pues cuanto más superiores a estas desgracias parezcáis, tanto más seréis
45 honrados. Los poetas también dicen sobre los héroes [33] que dios concedió ser afortunados a aquellos a los que concedió una vida mixta, al aunar una parte de males con otra de

---

[31] El despacho de embajadas, tanto a las otras ciudades como al emperador, fue uno de los pocos restos de actividad política exterior que quedó en manos de las ciudades griegas. W. WILLIAMS, «Antoninus Pius and the Control of Provincial Embassies», *Historia* 16 (1967) 470-483.

[32] Cf. § 38.

[33] HOMERO, *Ilíada* XXIV 527-533.

bienes, pero que finalmente exterminó a aquellos a los que otorgó únicamente la porción de males. Es como si la continua posesión de bienes no fuese propia de los hombres, sino como si hubiese dos clases de vida para los hombres: unas completamente sumidas en desgracias, otras mezcladas con bienes. A vosotros os consideró en primer lugar, y en 46 el más alto grado, dignos de vuestra porción de bienes. Que os sirva de gran consuelo el hecho de que vosotros ocupasteis el primer puesto durante mucho tiempo, que la ciudad se comportó diariamente de una manera digna de sí misma, que la desgracia fue de un solo día, y que ni siquiera fue de un día entero, sino de una hora, si pensáis adecuadamente. Por tanto no convirtáis vosotros el terre- 47 moto en algo eterno y no lo extendáis más allá del momento en el que entonces cesó. Pues también es extraño hacer reproches a la fortuna y estar enojado con lo que ha sucedido porque os ha superado, y que vosotros mismos añadáis todo aquello que el terremoto pasó por alto.

¿De qué fue dueño el terremoto? ¿De qué sois dueños 48 vosotros ahora? Éste tuvo el poder de derribar y destruir casas, murallas y vidas, pero vosotros sois dueños de contraponer la razón a todo aquello que ha ocurrido. Así pues no permitáis que esto se os escape, ni que vuestro ingenio se derribe junto con las otras ruinas, para que, de la misma manera que antiguamente los navegantes, tanto cuando arribaban como cuando a la mar se hacían, veían la ciudad y el circuito de sus murallas desde gran distancia y durante mucho tiempo, ahora también los que puedan hacerlo contemplen el espíritu de la ciudad que firme se mantiene, y vean que ni el terremoto, ni el incendio, ni el despojo de vuestras propiedades, ni la pérdida de vuestras casas, ni ninguna otra cosa, lo ha destruido ni lo destruirá nunca, se lo ha robado ni se lo robará nunca. Si éste se mantiene firme, 49

Rodas se mantiene firme para aquellos que comprenden el asunto con exactitud, puesto que las mismas murallas, los arsenales y los otros adornos que los acompañan, fueron las posesiones de hombres dotados de orgullo y que habían hecho las consideraciones necesarias sobre estos objetos, y constituyen el complemento del ingenio de aquellos hombres que pensaron que, por causa del celo y gloria que se contenía en estos bienes, era necesario arrostrar todos los trabajos y todos los peligros, por lo que navegaron a lo largo y ancho de todo el mar que se podía navegar, y compitieron, tanto individualmente como entre aliados, en las más numerosas, importantes, e ilustres pruebas. Es necesario que seais dignos de estos bienes, pensando, incluso si resulta paradójico que se diga ahora por primera vez, que para vosotros es más fácil que para aquéllos, vuestros antepasados, realizar todo cuanto sea necesario llevar a cabo. Pues ahora no es necesario enviar emisarios, ni realizar expediciones al extranjero, ni correr peligros al hacer frente con las armas a vigorosos pueblos, ni, tras dejar la patria, ser conducido en cada momento a un lugar diferente del mar, cayendo en manos de las tormentas y de los enemigos, tanto de los que ahora lo son como de aquellos que lo serán, sino que debéis, permanenciendo en casa y sacando fruto de vuestra patria, comportaros con prudencia. Y ello es así puesto que la isla no se ha hundido en el mar de manera que no haya quedado a los rodios supervivientes un lugar donde vivir.

50 A aquellos de vosotros que piensan que no se puede vivir si no viven en una patria tan grande y tan importante como la del pasado, les voy a decir lo siguiente, y que nadie se irrite ante mis palabras. Hubo un tiempo en el que Rodas no era todavía esta ciudad, y ni siquiera, como dicen los poetas, esta isla, sino que entonces era el pelado mar. Pero yo no me

refiero a esto, sino que prácticamente todos sabéis que, antes de la época de Lisandro, el navarca espartano [34], la ciudad aún no había sido reunida por vosotros, sino que Rodas era únicamente el nombre de una isla, y no era ni una ciudad, ni estaba habitada por nadie, sino que los rodios de aquellos tiempos habitaban las tres antiguas ciudades que precisamente también Homero catalogó [35]. Más tarde, cuando se reunieron, fundaron una única ciudad a partir de todas aquellas anteriores, aunque no con todos los buenos augurios; y no se errará si se dice que su nombre, aspecto, belleza, y cualquier otra cosa que se quiera, era grande y admirable. Este mismo argumento vale, en mi consideración, por dos. El primero, rodios, que supongáis en vuestras mentes que estáis en aquellos tiempos en los que todavía no teníais la ciudad, y que sobrellevéis esta desgracia con gran mesura. En segundo lugar y más importante, que no desestiméis ni repudiéis ahora la presente situación, haciendo uso del ejemplo de vuestros ancestros, puesto que también aquéllos, cuando tomaron la resolución que era necesaria, alumbraron una ciudad existente a partir de otra que no existía, una gran ciudad partiendo de la nada, una ciudad admirable a partir de una realidad desconocida al inicio. Y no abuséis, puesto que es vuestro único tormento, de estos pensamientos: «en qué lugar nos será soportable vivir después de haber sido despojados de esta ciudad». Sino aplicaos a la rectificación de lo ocurrido que podría parecer posible. Si consideráis

51

52

[34] En el 408 a. C., posiblemente antes de que se iniciase la fundación de la ciudad de Rodas, la flota reapareció en la isla bajo el mando de Lisandro. A partir de esta fecha Rodas se convirtió en la principal base naval espartana en el Este. R. M. Berthold, *Rhodes in the Hellenistic Age*, pág. 22-23.

[35] Homero, *Ilíada* II 656.

el asunto con rectitud, mucho más fácil es para vosotros la restauración de la ciudad que para aquéllos fue la fundación desde los orígenes. Pues aquellos, que no tenían ninguna decisión tomada sobre el lugar, ni tenían puertos, ni estatuas, ni adornos, ni piedras, y que, por decirlo así, estaban inmersos en una importante deliberación y en una gran dificultad, básicamente, creo, con respecto al lugar en el que fundar la ciudad, así, como la conocimos, la establecieron y, lo más importante de todo, sin tener ante ellos ningún ejemplo, sino descubriendo ellos mismos y exponiendo ellos por primera vez el verdadero paradigma de ciudad. 53 Pero ahora no es necesario que toméis una decisión sobre todos los aspectos y, si algo sobrevive de la antigua ciudad, os sirve de ayuda. Y estos restos son muchos en conjunto, incluso si de todas maneras son pocos frente a todos los que hubo. Pues ni es necesario que volváis a construir un malecón para los puertos, ni tampoco el Salón del Consejo, ni el teatro, ni que plantéis vuestros bosques sagrados. Han sobrevivido también algunas pinturas sobre tablillas, más o menos una muestra de vuestros trabajos en bronce, el Coloso[36], y este lugar nuestro, en el que competimos con vosotros en numerosas ocasiones[37]. Y si vosotros también desdeñáis estas cosas y consideráis que lo que ha quedado no es nada en comparación con lo que antes hubo, sabed bien que otras ciudades, incluso si sólo tuvieran una parte de éstas, se sen-

[36] Obra de Cares de Lindo, representaba a Helios. Se empezó a construir tras terminar el sitio que sufrió la isla de manos de Demetrio Poliorcetes en 304 a. C. Se convirtió en el signo de la prosperidad de la ciudad.

[37] Se refiere el sofista a un lugar de la ciudad, distinto de la Sala del Consejo y del teatro, lugares habituales de las actividades retóricas, donde se desarrollaba la actividad cultural; quizás se tratase de una Academia o un Museo. El deíctico parece indicar que el orador se hallaba efectivamente presente en Rodas.

tirían orgullosas. Y además no es necesario que vosotros hagáis buscar un modelo ni que imitéis a ninguna otra ciudad extranjera, sino únicamente que hagáis una nueva Rodas partiendo de la antigua. Además, aquéllos en época de gue- 54 rras y disturbios, cuando no eran capaces de mantener adecuadamente la paz puesto que toda Grecia andaba manga por hombro, fundaron la ciudad navegando o yendo a la guerra, como si estuviesen fortificando una plaza o un campamento durante una expedición militar. Pero en una época de paz ab- 55 soluta y de fecunda tranquilidad que, al beneficiarlos, ha hecho crecer los negocios de todos los hombres, y cuando muchas ciudades, no sólo no os impiden que los recibáis, sino que os envían socorros, es lícito que os ayuden como si estuvieran prestando auxilio a la totalidad del linaje griego, algunos devolviéndoos favores por aquellos que recibieron cuando tuvieron necesidad, otros resolviendo en vosotros lo incierto de su fortuna, y aquéllos convirtiendo en signo de su amor por la virtud y de su magnificencia su contribución a vuestra causa en las presentes circunstancias. Y lo más im- 56 portante de todo es la esperanza que tenéis depositada en el gobernante [38], al que es necesario especialmente que le parezca bien recobrar la ciudad con toda la diligencia de la que sea posible, para que la más bella de sus posesiones no yazca indignamente sobre la tierra, y para que en el futuro las cosas importantes de Rodas no sean los escollos y la ceniza.

Es necesario también que tengáis en consideración los 57 hechos del pasado. En verdad es estúpido parangonar vuestras desgracias con las de cualquier otro —pues, como ya dije [39], entre los presentes no existe un solo ejemplo que

[38] Antonino Pío, que contribuyó generosamente a la restauración de la ciudad; cf. PAUSANIAS, VIII 43; *Historia Augusta, Vida de Antonino Pío* IX 1.

[39] Cf. §§ 10 y 38.

alivie vuestras desgracias—. Sin embargo, aunque ninguno haya sido despojado de tan grandes posesiones ni haya tropezado con un mal de tantas caras, en cambio son muchas las ciudades que, o bien fueron destruidas por el abandono de sus dueños al ser desterrados, o bien fueron asoladas, o 58 bien incendiadas. Es necesario que, tras haber hecho una selección, tengáis en mente los ejemplos más notables de estos casos, y que os digáis a vosotros mismos que Ilión, la ciudad más poderosa de Asia en aquellos tiempos, fue capturada, y que sin embargo hoy está habitada; y esta ciudad, según se cuenta, fue capturada por dos veces, la primera por Hércules, y la segunda por todos los griegos en común en aquella guerra mil veces repetida. Algunos dicen incluso que fue tomada por tercera vez en posteriores circunstancias[40]. Y Tebas está habitada aunque fue asolada por dos veces y todos sus varones en edad adulta muertos[41]. Y aquí el terremoto no fue tan exhaustivo, sino que al menos en este aspecto se com- 59 portó bien. A vosotros, ante estas terribles y poderosas desgracias, os parece muy tolerable lo sucedido: pues la ciudad no ha perecido capturada en una guerra ni dando la apariencia de inferioridad ante los hombres, ni nadie ha levantado sobre ella un trofeo, ni nadie adornará sus templos con vuestras ofrendas, tal y como vosotros adornasteis vuestra ciudad con los botines traídos de fuera. Sino que, como un hombre que muere en la flor de la vida, la ciudad ha perecido a su propia manera consiguiendo una muerte más divina. Y ningún rodio ha sido conducido como prisionero de guerra, ni Rodas ha sido demolida, sino que, después de haber floreci-

[40] Fimbria en 86 a. C.; cf. Estrabón, XIII 594.

[41] A qué momento se refiere el autor no es seguro. Alejandro tomó la ciudad en 335 a. C., aunque también se puede tratar del saco de los Epígonos, en la generación que siguió a la de los Siete contra Tebas.

do tanto cuanto le fue posible, repentinamente desapareció. Y 60 además, ha sucedido que este tipo de muerte no ha estado privado de gloria en el caso particular de algunos hombres. Anfiarao, que se hundió en la tierra junto con su carro, es cantado como un magnífico héroe, y el lugar que lo recibió ha llegado a ser después un territorio a él consagrado [42].

Corro el peligro de decir que este terremoto ha contri- 61 buido al encomio de la ciudad. Podemos decir sobre la ciudad de Esparta que no se mantuvo libre de ser devastada, y también es posible suponer que éste será el futuro de algunas otras ciudades. Se afrontan muchos peligros por quienes han sobrevivido, y, contra su categoría y contra toda sospecha, por hombres vulgares han sido derrotados muchos varones, quienes antes de llegar a este punto mantuvieron su orgullo incólume y superior a cualquier esperanza. Pero es- 62 ta ciudad ha desaparecido absolutamente invicta, como un atleta que ha terminado sus pruebas con éxito y que ha sellado con su muerte su anterior vigor, potencia y gloria. Pues tras haber demostrado una buena conducta, a continuación no se comportó de peor forma, ni fue gradualmente mermando hasta extinguirse, sino que, mientras existió fue grande, y volvió a no ser nada antes de perder la dignidad que poseía [43]. Teniéndolo en cuenta, es necesario que no os doláis 63

[42] Anfiarao fue uno de los siete caudillos que marcharon contra Tebas. Dotado de capacidad adivinatoria sabía que la expedición habría de fracasar y qué clase de muerte le esperaba. Mientras huía se hundió en la tierra, que se había abierto por un rayo de Zeus, junto al río Ismeno, y así marchó al infierno. Cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, págs. 144-151.

[43] Es evidente la exageración retórica. Rodas, especialmente desde que pasó a dominio romano, entró en el camino de la lenta decadencia, desapareciendo su influencia internacional y perdiendo su primacía en el comercio oriental. Cf. R. M. Berthold, *Rhodes in the Hellenistic Age*, págs. 211-232.

en exceso por lo sucedido, ni que tampoco renunciéis a vuestro dolor, sino que es necesario que veáis que, de la misma manera que la ciudad pasó de su gran fortuna a la presente desgracia, así no es inverosímil que, tras haber acontecido así, de nuevo se levante, y que aguarde un cambio de fortuna en la dirección contraria, tanto más cuanto que la ciudad está más acostumbrada a ser bien tratada que mal. Y ha ofrecido numerosos ejemplos, tanto en el pasado como en la actualidad, de que es una ciudad querida a los dioses, y se ha separado de lo contrario tanto cuanto le ha sido posible.

64 Por todas estas razones es necesario que soportéis lo ocurrido con la mayor tranquilidad posible, que os consagréis con ánimo decidido a lo que viene, y que confirméis el dicho [44], que ni las casas bellamente edificadas, ni las piedras bien trabajadas de las murallas, ni los barrios, ni los arsenales, son la ciudad, sino los hombres capaces de valerse de las circunstancias que sucesivamente se les vayan presentando. Es necesario también que no consideréis que existe una desgracia tan poderosa de la que no sea posible encontrar una salida, ni que tenéis unos recursos tan pequeños que con ellos no podréis superar las mayores desgracias, sabien-
65 do por la tradición que, cuando los atenienses fueron despojados de su hegemonía, destruyeron sus murallas con sus propias manos, y tanto se apartaron de su antigua felicidad que estaban sometidos al poder de los treinta tiranos y de las guarniciones espartanas, setenta hombres [45], quienes prime-

---

[44] Cf. Alceo, frag. 23 B; E. Aristides, XXIII 68.

[45] Durante el 404 a.C., un grupo de exilados atenienses, al frente de los cuales estaba Trasíbulo, organizó la liberación de Atenas del dominio de los Treinta Tiranos y de las guarniciones espartanas. Jenofonte, *Helénicas* II 4, 2. El número de los sublevados no es exacto: Aristides, I 254 habla de poco más de cincuenta, y Pausanias, I 29, 3 dice que eran sesenta.

ro se reunieron y tomaron File, tanto hicieron para de nuevo cambiar todas las circunstancias que ocuparon el Pireo, se hicieron los dueños de los puertos, se salvaron a ellos mismos y a sus conciudadanos, y recobraron la ciudad y la constitución ancestral [46] tras expulsar las guarniciones espartanas. Y después de todo esto la ciudad de nuevo fue capaz de tomar sus propias decisiones, tanto en lo que a ella le concernía como en lo que concernía a los otros griegos, de volver a construir sus murallas, y de recuperar el imperio sobre el mar [47] gracias a un exilado, Conón [48], que fue el único que escapó cuando sus trirremes se perdieron en Egospótamos [49]. Si Trasibulo no hubiese desestimado la situación y hubiese 66 considerado qué serían setenta hombres contra el imperio de los espartanos y contra la desdicha que se había apoderado de toda Grecia entonces —pues todos los hombres de la misma manera se inclinaban ante ellos—, y si Conón no se hubiese dado cuenta de que deseaba lo imposible cuando, sin nada más que su cuerpo, decidió levantar de nuevo las murallas de la ciudad y restaurar su imperio, ¿cómo no está bien claro que la mayoría de la empresas se deciden por el ingenio, el orgullo y la firmeza de espíritu, y no por la abundan-

[46] Esta constituye uno de los más graves problemas políticos que se plantean en Atenas a fines de la Guerra del Peloponeso. La capitulación ante los espartanos establecía la necesidad de volver a la constitución ancestral: la dificultad residía en definirla, dándole una orientación más o menos democrática.

[47] Con la Segunda Liga marítima ática, fundada en 378/7 a. C.

[48] Regresó a Atenas en 393 y fue recibido con grandísimos honores. Con su dinero se reinició la construcción de los Muros Largos y la muralla del Pireo. Su flota permitió la recuperación de las cleruquías ultramarinas.

[49] Ocurrida en 405 a. C., fue la derrota definitiva de la flota ateniense a manos del espartano Lisandro.

67 cia de recursos? ¿Qué necesidad hay de hablar sobre la antigua evacuación de su ciudad, cuando a propósito la abandonaron a los bárbaros para que la incendiaran, y también los templos y las tumbas que en el país había? ¿Qué necesidad hay de hablar del plan de Salamina y de los éxitos que obtuvieron por estas acciones [50]? Nadie, ya sea griego o bárbaro, las ignora, y menos que ninguno, vosotros, tanto más cuanto os habéis volcado de manera abundante en la educación de todos. Y ahora, haced buen uso de estos ejemplos.

Otros, en tales circunstancias, recordarán que también 68 vosotros fuisteis nobles hombres y harán de vosotros y de vuestros comportamientos ejemplos para ellos mismos y para sus asuntos, de tal manera que también por vuestra buena fama entre vuestros contemporáneos y entre las futuras generaciones, y, lo que es más importante, por vuestra propia salvación, vale la pena que os afanéis y que os coloquéis a vosotros mismos entre aquellos que recobraron su antigua grandeza a partir de un escaso resto. Y pensad 69 también que los muertos, vuestros padres, hermanos, y demás familiares, os ruegan y os suplican, tanto por su propia memoria como por lo que resta del fundamento de la ciudad, que, si queréis agradarles, no permitáis que el nombre de Rodas abandone el mundo de los hombres de una vez por todas, sino que la ayudéis y la volváis a levantar en cuanto os sea posible. ¡Levantad la ciudad con más afortunados y mejores presagios! ¡Oh Zeus y todos los dioses!

[50] Durante las Guerras Médicas, 480 a. C.

XXVI

DISCURSO A ROMA

INTRODUCCIÓN

En el año 142 Elio Aristides se decidía a emprender la etapa central y más importante de su viaje iniciático por el orbe terrestre [1]. Pero aquella experiencia, que debería haber sido punto inicial de una gran carrera oratoria, se convirtió en un hecho determinante para el sofista, pero en un sentido inverso. Durante el penoso viaje hacia la capital del Imperio, un viaje que tuvo que realizar por tierra por lo avanzado del invierno, contrajo una penosa enfermedad que marcó la vida del joven orador y que lo alejó de su prometedor porvenir [2].

El momento que había elegido para realizar este viaje era inmejorable para un joven con aspiraciones. En Roma se encontraba Alejandro de Cotieo, su maestro de gramática [3]. Por entonces se encargaba de la educación de los dos jóvenes príncipes, Marco Aurelio y Lucio Vero. Creía el orador que podría encontrar abiertas las puertas del palacio

[1] R. Klein, «Zur Datierung der Romrede des Aelius Aristides» *Historia* 30 (1981), 337-350. La fecha que ofrece C. Behr, *Aelius Aristides...*, págs. 88-90, es una conjetura basada en la creencia de que existe un segundo viaje a Roma. Cf. J. M. Cortés, *Elio Aristides...*, págs. 38-54.

[2] Cf. XLVIII 60-70.

[3] Véase XXXII, *Epitafio de Alejandro*.

imperial[4]. Además, uno de sus maestros de retórica, Herodes Atico, un personaje opulentísimo y eminentísimo, ocupaba ese mismo año la máxima magistratura romana, el consulado[5]. Pero todas las expectativas que esta afortunada coincidencia despertaba quedaron truncadas por la enfermedad que le obligó a precipitar el regreso en la esperanza, al menos, de morir en la patria.

No obstante, su desgraciada estancia en la capital ofreció algunos momentos para que Aristides pudiera presentarse en público. Durante los *Ludi Apolinares* ofreció un himno poético al dios[6], y en algún momento que desconocemos tuvo que presentar este Discurso a Roma.

Esta obra ha sido la más leída, editada, traducida y estudiada de cuantas se han conservado propiedad del sofista[7]. Y por ello mismo, las valoraciones que de ella se han

---

[4] Cf. XLVII 23.

[5] P. GRAINDOR, *Un milliardaire antique, Hérode Atticus et sa famille* El Cairo, 1930, pág. 66.

[6] Cf. L 31.

[7] Cf. J. MESK, *Der Aufbau der XXVI Rede des Aelius Aristides,* Viena, 1909. C. ZURETTI, *L'encomio di Roma di Elio Aristide,* Milán, 1917. L. A. STELLA, Εἰς Ῥώμην *In gloria di Roma; Oratione di Elio Aristide; introduzione, traduzione e comentario,* Roma, 1940. S. LEVIN, *Aristides To Rome, translated with Notes and Introduction,* Glencoe, 1950. J. H. OLIVER, *The Ruling Power. A Study of the Roman Empire in the Second Century after Christ through the Roman Oration of Aelius Aristides,* Filadelfia, 1953. M. PAVAN, «Sul significato storico dell'encomio di Roma» *Parola del Passato* 17 (1962), 81-95. J. BLEICKEN, «Der Preis des Aelius Aristides auf das römischen Weltreich» *Nachrichten der Akademie der Wiss. in Göttingen, Phil.-hist. Klasse* 7 (1966), 225-277. E. RATTI, «Impero romano e armonia dell'universo nella pratica retorica e nella concezione religiosa di Elio Aristide: Una ricerca per l'Εἰς Ῥώμην» *Mem. di Istituto Lombardo, Cl. di lett., sc. moral e stor.* 31 (1971), 283-361. F. VANNIER, «Aelius Aristide et la domination romaine d'aprés le discours A Rome» *Dialogues d'histoire ancienne* 3 (1976), 497-506. R. KLEIN, *Die Romrede des Aelius Aristides,* Darmstadt, 1981.

dado han sido muy desiguales, yendo desde la opinión de A. Boulanger, que la consideraba como una de las más pobres en ideas del sofista [8], hasta las consideraciones de M. Rostovtzeff, que en ella veía la mejor descripción del Imperio en el s. II d. C. [9], y la de J. H. Oliver, para quien el discurso es un profundo esfuerzo intelectual de adaptación del pensamiento platónico a la realidad histórica [10].

El asunto fundamental de toda la obra es, sin duda, el imperio, el arte de gobernar. Para el sofista, los romanos están dotados por naturaleza para el gobierno y han sido ellos los que descubrieron y trajeron a la luz su existencia. Todos los poderes, imperios, hegemonías y potencias que con anterioridad a Roma existieron no fueron sino meros intentos fallidos de construir el verdadero Imperio. Para demostrarlo emprende la comparación histórica entre el Imperio Persa, el imperio de Alejandro y sus sucesores, y las hegemonías de las ciudades griegas durante los siglos V y IV a. C., con el Imperio Romano. Para llevar a cabo esta comparación utiliza un triple baremo: la extensión de los dominios, el disfrute que los gobernantes hacían de su poder y el provecho que los subordinados sacaron del mismo. En todos ellos, el Imperio Romano sale triunfante, puesto que es el más grande, es en el que los gobernantes mejor gobiernan y en el que lo súbditos más provecho obtienen gracias a la posibilidad de acceder a la ciudadanía romana.

Esto le da pie para describir la organización militar que le interesa por dos aspectos fundamentales: su contribución

---

[8] Cf. A. BOULANGER, *Aelius Aristides...*, págs. 347-357.

[9] Cf. M. ROSTOVTZEFF, *The Social and Economic History of the Roman Empire*, 2ª ed., Oxford, 1957 = *Historia social y económica del Imperio Romano, Vol. I*, [trad. L. LÓPEZ-BALLESTEROS] Madrid, 1981, págs. 261-264.

[10] Cf. J. H. OLIVER, *The Ruling Power...*

al mantenimiento de la Paz Romana y su esencial función como institución para el ascenso social, como vía de obtención de esa preciosa ciudadanía. Y también se entretiene describiendo el orden constitucional de la ciudad, a la que aplica el tópico de la Constitución Mixta, y a la que define como la más perfecta democracia [11].

Pero la obra no se puede entender sólo como una exaltación del gobierno romano. Hay que darse cuenta que es obra de un griego, que se siente muy griego y no está dispuesto a renunciar a su identidad. Pero a la vez es obra de un griego que ha comprendido que el Imperio es el único marco posible para la cultura griega y que debe ser por ello aceptado de buena gana. Así destruye, aunque con reticencias formales, el tópico de la Edad de Oro de la independencia griega, al considerarlo un profundo fracaso político; a Alejandro Magno sólo le concede el haber sido capaz de conquistar un gran Imperio, aunque mucho menor que el romano puesto que le falta Occidente, mientras que niega su capacidad como gobernante. Estos dos momentos del pasado griego habían sido utilizados, y todavía lo eran, como elementos para incitar a un imposible resistencia ante Roma [12]. Para Aristides, esta actitud no tenía sentido. Y no lo tenía porque Roma es la potencia que ha sabido hacer revivir las potencialidades del mundo griego. Gracias a ella, las ciudades renacen y rebrota el orgullo de ser griego. El

---

[11] Cf. J. M. Cortés, «Tópicos literarios y realidad histórica: la constitución mixta según E. Aristides», *Kol.* 3 (1995), 125-139.

[12] Cf. E. Bowie, «Los griegos y su pasado en tiempos de la Segunda Sofística» en M. I. Finley [ed.], *Estudios sobre Historia Antigua,* Madrid, 1981, 185-231. F. Gascó, «Maratón, Eurimedonte y Platea *(Praec. ger. reip.* 814ac)», en A. Pérez Jiménez, G. del Cerro Calderón [eds.], *Estudios sobre Plutarco. Obra y tradición,* Málaga, 1990, 211-215.

Imperio Romano es el mejor, y el único, marco político posible para la Hélade, puesto que ha tomado el testigo de su civilización y lo ha llevado a límites insospechados.

Estas ideas, que están profundamente vinculadas con la labor de Adriano en Oriente, el sofista tuvo oportunidad de desarrollarlas con posterioridad en el *Panatenaico*, que debe ser entendido como la exaltación de Grecia a través de su ciudad más emblemática, y en *Panegírico en Cícico sobre el templo* y *Sobre la concordia, a las ciudades*[4], que son la concreción, en la práctica política, de lo aquí expuesto.

El discurso puede organizarse en las siguientes secciones:

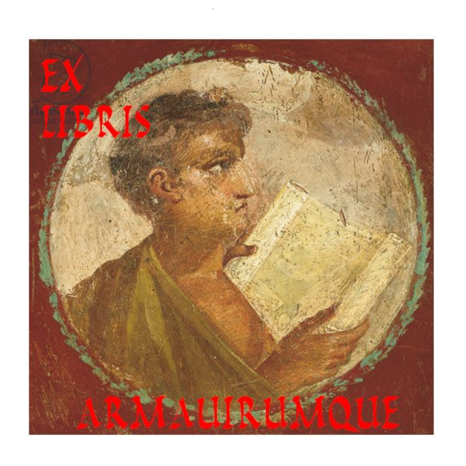
1-5:	Proemio.
6-14:	Situación y características de Roma.
15-39:	Comparación con los Imperios anteriores.
40-57:	Comparación con las hegemonías griegas.
58-71:	Superioridad del gobierno romano.
72-91:	El ejército romano.
92-106:	Ventajas del gobierno romano.
107-108:	Epílogo.

La edición utilizada ha sido la de B. Keil, aunque se ha tenido muy en cuenta la realizada por J. H. Oliver. No obstante, sigue siendo absolutamente necesaria una nueva edición crítica de este importante documento.

	Edición de B. Keil	Lectura Adoptada
8	ὑπὲρ αὑτὸν ἀράμενος [φέρειν]	ὑπὲρ αὑτὸν ἀράμενος φέρειν, Oliver
13	ὅτι περ † ἐξαρκεῖ ὁλκάσιν	ὅτι περ ἐξαρκεῖ ὁλκάσιν, Oliver
13	[εἰς αὐτὴν συντέτρηται, καὶ]	εἰς αὐτὴν συντέτρηται, καὶ, Oliver
14	εἶτα μὴ † ἔχοντος τοῦ λόγου	εἶτα μὴ ἔχοντος τοῦ λόγου, Oliver

	Edición de B. Keil	Lectura Adoptada
18	[νομάδες τινὲς βασιλεῖς καὶ πλάνητες]	νομάδες τινὲς βασιλεῖς καὶ πλάνητες, Oliver
24	τὴν μεγίστην ἀρχὴν	τὴν μεγάλην ἀρχὴν, Oliver
27	ὥσπερ ἐξῳκισμένοι μᾶλλον ἄν κρατεῖν δυνάμενοι	ὥσπερ ἐξῳκισμένοι μᾶλλον ἄν κρατεῖν δυνάμενοι, Oliver
29	ἀκούει μὲν [ἡ] βασιλέως [γῆ]	ἀκούει μὲν ἡ βασιλέως γῆ, Oliver
30	†ὑπὸ πάντων δὲ πανταχοῦ ἴσον ἄρχεται †	ὑπὸ πάντων δὲ πανταχοῦ ἴσον ἄρχεται, Oliver
34	⟨μάλιστα⟩	Oliver lo considera innecesario
40	χρῆσθαι... εἶτα καὶ γελοῖον	χρῆσθαι... εἶτα καὶ γελοῖον ⟨ὄν⟩, Oliver
45	παρακλέπτοντας [αὐτοῖς]	παρακλέπτοντας αὐτοῖς, Oliver
51	ἐπεὶ τοῖς μὲν ἄρχουσιν	ἐπε⟨σάκ⟩τοις μὲν ἄρχουσιν, Oliver
61	ὥσπερ αὐτῆς [χώρας]	ὥσπερ αὐτῆς χῶρας, Oliver
65	... ἡ παρ' ὑμῶν	⟨ἀλλ' ἔστιν⟩ ἡ παρ' ὑμῶν, Oliver
74	καὶ τῆς παρούσης εὐδαιμονίας	καὶ ⟨τὸ μὴ⟩ τῆς παρούσης εὐδαιμονίας, Oliver
78	φυλοκρινήσαντες [τὸ κοινὸν τῶν ἀρχόντων]	φυλοκρινήσαντες ⟨εἰσηγαετ' εἰς⟩ τὸ κοινὸν τῶν ἀρχόντων, Oliver
86	περιστραφέντας ἄνδρα παρὰ ἕνα † λειφθῆναι	περιστραφέντας ἄνδρα παρὰ ἕνα λειφθῆναι, Oliver
92	τῆς ἁπάσης [ἐγκρατείᾳ] καὶ πολιτείας ἐπινοίᾳ	τῆς ἁπάσης ⟨καὶ⟩ [ἐγκρατείᾳ] καὶ πολιτείας ἐπινοίᾳ, Oliver
92	τῶν ἐθνῶν ἦρξαν ... πότε	τῶν ἐθνῶν ἦρξαν. πότε, Oliver

	Edición de B. Keil	Lectura adoptada
101	⟨ἀλλ...⟩ ἀλλ᾽ ἄρξαι	ἀλλ᾽ ἄρξαι, Oliver
105	Ἥρα δέ γάμων νόμῳ γιγνομένων [τιμωνένη]	Ἥρα δέ γάμων νόμῳ γιγνομένων τιμωνένη, Oliver
105	Ἀφροδίτη δὲ σπόρων ... καὶ Χαρίτων πότε	Ἀφροδίτη δὲ σπόρων καὶ χαρίτων. πότε, Behr
105	αἵματος ἐμφυλίου καθαρά	αἵματος καθαρά, Oliver
107	βεβαιούμενα..., ὅ γε	βεβαιοῦμενα, ὅ γε, Oliver
107	τοῦς πρὸ αὐτοῦ [τὸν πατέρα]	τοὺς αὐτοῦ προπάτ⟨ο⟩ρα⟨ς⟩, Oliver
107	ὑπεραίρει... καὶ δὴ	ὑπεραίρει καὶ δὴ, Oliver
107	† τί δὲ καὶ τοῦτο πρὸ τῶν ἄλλων εἴη † σαφῶς	⟨ἔξεσ⟩τί δὲ καὶ τοῦτο πρὸ τῶν ἄλλων ⟨ἰδ⟩εῖ⟨ν⟩ σαφῶς, Oliver
109	πέσωσιν	π⟨λ⟩έσωσιν, Oliver



XXVI. DISCURSO A ROMA

Es costumbre, tanto de quienes viajan por mar como de quienes lo hacen por tierra, levantar votos por aquello que cada uno se hubiese propuesto. En efecto cierto poeta, burlándose, dijo en una ocasión que levantó el voto de ofrecer «incienso de cuernos dorados». Pero nosotros, nobles varones, durante el camino y durante la travesía hasta aquí [1], realizamos este voto, un voto ni grosero, ni disonante, ni privado de arte: que si éramos salvados, saludaríamos públicamente a la ciudad. Ciertamente, no es posible ofrecerle un discurso de una grandeza proporcionada a la ciudad, sino que en verdad se necesita además hacer un segundo voto. Quizás incluso sea propio de una mayor presunción el sentirse capaz de ofrecer tal discurso que se comparará con la dignidad de la ciudad. Pero hice voto de pronunciarlo del modo en que pudiéramos, puesto que también otros hacen cosas de una grandeza semejante a ellos mismos, a su vez semejante a la de los dioses. Pero, caballeros, que sois los habitantes de la gran ciudad, si compartís algún interés en que yo no falte a mi voto, ayudadme ahora que me atrevo para que, dando comienzo al primero de los encomios, po-

[1] Las dificultades del viaje a Roma las cuenta en XLVIII 60-70.

damos decir desde ahora mismo que es posible encontrarse con tales hombres gracias a los cuales cualquiera, «incluso si al principio carecía de inspiración», tal y como dijo Eurípides [2], al instante se vuelve armonioso y diestro y puede de-
4 clamar sobre asuntos superiores a su capacidad. Todos cantan a la ciudad y todos la cantarán, pero la mancillan tanto más que si callasen, puesto que no es posible ni enaltecerla ni degradarla por medio del silencio, mientras que así permanece intacta para su conocimiento. Pero las palabras tienen el efecto contrario al que se habían propuesto puesto que, cuando la alaban, no dan a conocer con precisión lo que admiran. Es lo mismo que si un pintor, al intentar mostrar por medio de su arte un cuerpo bello y admirable, a pesar de ello, fracasa: cualquiera podría decir, probablemente, que sería más ventajoso que no lo pintase, sino que les permitiese que ellos mismos lo viesen antes que mostrárselo en una mala imitación. Del mismo modo me parece que sucede con es-
5 ta ciudad. Las palabras son un estorbo para muchas de sus maravillas, y me parece que tienen el mismo efecto que si alguien que quiere anunciar la grandeza de una expedición militar, por ejemplo la de Jerjes, a la que ciertamente admira, a continuación dijese que ve a diez mil o veinte mil soldados, y otro tanto de caballería, no enumerando sino una insignificante parte de la totalidad que excita su admiración [3].

6 Pues ésta es la primera ciudad que ha mostrado que el poder de la palabra no alcanza a todas partes. No sólo es

---

[2] Eurípides, *Estenebea*, frag. 663 Nauck.

[3] Para los griegos la expedición de Jerjes supuso enfrentarse con toda la potencia del Imperio Persa. Heródoto habla de 1.700.000 combatientes, 80.000 jinetes y 20.000 camellos y carros de combate. Éforo y Ctesias dan cifras inferiores: 800.000 infantes. Parece evidente que estas cantidades estaban muy exageradas.

imposible hablar sobre ella dignamente, sino que no se la puede contemplar de manera conveniente; en verdad, se necesita para ello de algún Argos que todo lo ve, o mejor del dios que todo lo ve y que la habita[4]. Pues ¿quién, al mirar tantas colinas ocupadas, o los prados de las llanuras urbanizadas, o tanta tierra reunida bajo el nombre de una única ciudad, podría contemplarla cabalmente? ¿Desde qué observatorio? Pues como Homero dice de la nieve, que cuando cae cubre «las cumbres de los montes magníficos y los promontorios elevados, y las llanuras cubiertas de loto y los fértiles trabajos de los hombres y, dice, ha nevado sobre los puertos y las orillas del grisáceo mar»[5], de igual manera la ciudad cubre los elevados promontorios, cubre la tierra del interior, desciende también hasta el mar, donde tiene lugar el común comercio de los hombres y el mercado común de los bienes que se producen en la tierra. En cualquier lugar de esta ciudad en el que uno se encuentre, nada hay que impida encontrarse en el centro. Y además, 8 ésta no se ha vertido sobre la superficie, sino que sencillamente, superando en mucho al ejemplo, llega muy arriba en el aire de manera que su altura no es posible compararla con el alcance de la nieve sino, mejor, con el de las propias montañas. Y de la misma manera que un hombre que supera en mucho a los otros en tamaño y fuerza no se siente satisfecho hasta que no lleva a los otros levantándolos por encima suya, tampoco esta ciudad, levantada sobre tan abundante tierra, se contenta si no lleva sobre sus espaldas, unas sobre otras, a las demás ciudades de igual considera-

[4] Quién sea este dios es una cuestión debatida: va desde el emperador, identificado con Helios, pasando por Apolo Palatino hasta el mismo Júpiter Capitolino.

[5] Homero, *Ilíada* XII 282-284.

ción [6]. Así pues, su nombre es como su sobrenombre, y no otra cosa sino la fuerza le es propia [7]. De manera que si alguien hubiese tenido la intención de desdoblarla limpiamente y de colocar, unas junto a otras, las ciudades que ahora están en el cielo, apoyándolas sobre la tierra, me parece que se llenaría todo el territorio de Italia que ahora está vacío, y se formaría una única ciudad continua que se 9 extendería hasta el canal de Otranto. Puesto que la ciudad, a la que posiblemente yo no he descrito ahora suficientemente pero de la que mejor testimonio dan los ojos, es tan grande, no es posible decir lo mismo que se dice sobre otras ciudades: «allí está sita». Ni tampoco lo que alguien dijo [8] sobre las ciudades de Atenas y de Esparta, cuando afirmaba, sobre la primera, que el tamaño era el doble que lo que le correspondía por su poder, sobre la segunda, que el tamaño parecía ser inferior, y en mucho, con respecto a su poder —y que no haya ninguna mala interpretación en el ejemplo—. Pero, de esta ciudad, grande en todos sus aspectos, nadie podría afirmar que no fue dotada de un poder concorde a su tamaño. Cuando se dirige la mirada hacia la totalidad del Imperio, es posible sentir admiración por la ciudad al pensar que una pequeña parte gobierna toda la tierra entera; pero cuando se mira a la propia ciudad y a sus límites, ya más no cabe admirarse de que toda la ecúmene 10 sea mandada por tal ciudad. Pues ahora se ha hecho reali-

---

[6] Es posible que Aristides se estuviese inspirando en las *insulae* o casas de pisos para hacer esta comparación.

[7] Un juego de palabras con el nombre de Roma. El término griego *Rhṓmē*, que transcribía el nombre de la ciudad, también significa fuerza. Cf. el himno de Melino, *A Roma* (Diehl, *Anth. Lyr.* II, 6 pág. 209).

[8] Tucídides I 10.

dad lo que cierto cronista dijo sobre Asia[9] cuando afirmaba que un solo hombre gobernaba todo el territorio que el sol recorre —aunque no decía la verdad, a no ser que exceptuase toda Africa y Europa de las puestas y ortos solares—: el recorrido del sol es equivalente a vuestras posesiones y el sol recorre su camino a través de vuestros dominios[10]. Pues ni los escollos marinos, ni las islas Quelidonias ni Cianeas sirven de límites a vuestro Imperio, ni la carrera que en un día pueda hacer un caballo hasta el mar[11], ni reináis sobre límites fijados, ni ningún otro ha ordenado públicamente hasta dónde debéis gobernar, sino que el mar se extiende como una franja tanto en medio de la ecúmene como también de vuestro imperio.

11 En torno a éste los grandes continentes se han situado ocupando un gran espacio, ofreciendoos siempre algo de lo que allí se produce. De toda la tierra y de todo el mar se traen los frutos de todas las estaciones y cuanto ofrecen todas las regiones, ríos, lagos y artes de los helenos y de los bárbaros, de manera que, si alguien quisiera ver todas estas cosas, sería necesario que las contemplase, o bien recorriendo toda la ecúmene, o bien encontrándose en esta ciudad. Pues no es posible que no abunde siempre aquí cuanto se produce o cuanto se construye en cada uno de ellos. Tantas son las naves de carga que llegan trasportando todos los productos de todas partes durante todas las estaciones,

[9] Esquines el Socrático, *Alcibíades*, frag. 1 Krauss. El fragmento que sirve de base a esta afirmación lo cita Aristides en otro discurso, *A Platón, en defensa de los cuatro* III 348.

[10] Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas* I 3, 6.

[11] Estos fueron los límites, al sur, norte e interior de Asia, fijados en la llamada Paz de Calias, 449/448 a. C.

incluso durante todo el equinoccio de otoño [12], que la ciudad se parece al taller común de la tierra [13]. Es posible ver tantos cargamentos de la India o, si preferís, incluso de la Arabia Feliz, que se sospecha que en el futuro los árboles se habrán quedado sin frutos para los que allí habitan, y que será necesario que vengan hasta aquí si necesitan alguno de éstos, reclamando su parte de sus propios productos. Además es posible ver ropas babilónicas y adornos que vienen de más allá del bárbaro, que llegan en mayor número y con mayor facilidad que si fuese necesario arribar naves que llevasen productos de Naxos o Citnos [14], desde allí, hasta Atenas. Vuestras tierras de labor son Egipto, Sicilia y toda la zona civilizada de Libia. Las llegadas y salidas de barcos nunca cesan, de manera que es posible preguntarse con admiración, no sólo con respecto al puerto, sino también al mar, si da abasto a las naves de carga. Y naturalmente, de la misma manera que Hesíodo dijo de los extremos del océano que eran un lugar en el que todo había concurrido hacia un único principio y fin [15], hacia esta ciudad todo ha concurrido y todo allí coincide, mercancías, fletes, tierras de labor, limpieza de metales, artes, todas cuantas existen y cuantas han existido, todo cuanto ha sido engendrado o ha nacido de la tierra. Lo que no se pueda ver allí no figura entre lo que ha existido o lo que existe, de manera que no es fácil discernir si la ciudad sobrepasa más a las ciudades

[12] Durante el otoño y el invierno el mar pemanecía cerrado.

[13] El tópico del emporio económico en el centro del mundo se remonta a ISÓCRATES, *Panegírico* 42, aunque éste, naturalmente, hablaba sólo del Pireo como el centro de Grecia.

[14] Dos islas de las Cícladas.

[15] HESÍODO, *Teogonía* 736-741. El texto está citado incorrectamente.

que existen ahora o el Imperio a los imperios que alguna vez existieron.

14 De veras, siento rubor de que, después de haber dicho tantas cosas de tal importancia, a continuación, con un discurso carente ahora de asuntos parecidos, vaya a presentarme recordando algún imperio bárbaro o alguna potencia griega, y de que vaya a dar la impresión de que hago exactamente lo contrario que los poetas eolios [16]. Pues aquellos cuando querían menospreciar alguna cosa de sus contemporáneos, la comparaban con algo grande y notable de los antiguos, pensando que así especialmente habían demostrado su inferioridad. Pero yo, puesto que no puedo mostrar de otra manera qué superiores son vuestros asuntos, los compararé con aquellos del pasado que son de menor importancia. Pues vosotros habéis hecho ver, por vuestra superioridad, que todo, hasta lo de mayor trascendencia, era una nimiedad. Y aunque yo voy a hablar tras haber escogido los más importantes, vosotros quizás os mofaréis de ellos.

15 Por una parte consideraremos el Imperio Persa, el que una vez fue considerado famoso entre los griegos y el que permitió que el rey que se había adueñado de él recibiese el epíteto de grande —pues voy a omitir los imperios que existieron con anterioridad a éste por carecer de importancia [17]—. E iremos viendo todo sucesivamente, su grandeza

[16] Aristides está expresando su miedo a presentar un discurso en el que los griegos puedan sentirse despreciados.

[17] Aristides para su propósito se permite olvidar los dos grandes imperios anteriores al persa, el asirio y el medo, y comparte el punto de vista de Polibio, I 2, sobre la consideración del Imperio Persa y el Macedónico como los dos imperios más famosos anteriores al romano. J. W. Swain, «The Teory of the Four Monarchies» *Class. Philology* 35 (1940), 1-21; F. Gascó, «La teoría de los cuatro imperios», *Habis* 12 (1981), 176-196.

y lo que en él aconteció. Pues también es necesario examinar conjuntamente cómo disfrutaban de lo que habían adquirido y cómo abastecían de lo necesario a los súbditos [18].

16 En primer lugar, ciertamente, lo que para vosotros ahora significa el océano Atlántico, esto era entonces sencillamente el mar Mediterráneo para el rey. Allí limitaba su imperio de manera que los jonios y los eolios se encontraban en los confines de su territorio. Y cuando en cierta ocasión intentó cruzar hasta la Hélade, el rey «de todo lo que está bajo el sol desde su orto hasta su ocaso» [19] tanto maravilló cuanto grande fue su fracaso. Y convirtió su fracaso en la prueba de su magnificencia, porque pudo ser privado de muchas y grandes posesiones. A éste, que estuvo tan lejos de apoderarse de Grecia y que tenía a Jonia entre sus posesiones más extremas, en verdad vuestro Imperio no lo ha sobrepasado por la distancia de un lanzamiento de disco o por la distancia que una saeta alcanza poco más o menos, sino por la mitad de toda la ecúmene y, además, por el mar.

17 Además, ni siquiera dentro de estas fronteras aquél fue rey siempre con plena autoridad sino que, dependiendo del poder de los atenienses o de la fortuna de los lacedemonios, unas veces era rey hasta Jonia, Eolia y el mar, y otras no era rey de Jonia ni de la región que se extiende hasta el mar, sino sólo hasta Lidia, sin poder ver el mar al oeste de las islas Cianeas, sencillamente como si fuese rey en un juego infantil [20], unas veces permaneciendo arriba, otras bajando, pero necesitando de quienes le permitieran reinar.

---

[18] Estos son los dos parámetros que van a ser utilizados para juzgar a todos los imperios: el uso del mando y el aprovechamiento de los súbditos.

[19] ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 123. Cf. § 10.

[20] HERÓDOTO, I 144.

Lo mostró claramente el ejército que acompañó a Agesilao[21] y antes que éste, los diez mil que marcharon con Clearco[22]: los primeros puesto que recorrieron como por casa la ruta hasta Frigia, los segundos porque llegaron más allá del Éufrates como por un desierto. Lo que obtuvieron del impe- 18 rio se deduce de la máxima de Ebaro[23]. De éste se cuenta que fue el primero en decir a Ciro, que estaba enojado por sus muchos viajes, que debía, y era necesario, tanto si quería como si no, viajar por todas partes del imperio, si tenía la intención de ser rey, observándo lo que ocurría con un odre, que las partes que pisaba se hundían y tocaban tierra, pero que, de las que se alejaba, al punto se levantaban y que de nuevo se hundían al pisotearlas. Algunos son reyes emigrantes y difieren sólo de los nómadas escitas en que no viajan por todas partes en carros sino en carrozas; es una clase de reyes que son nómadas y errantes por la desconfianza y el miedo a su permanencia en un mismo sitio, que oprimen en verdad como a un odre su propia tierra, y que por esto son los dueños, ahora, de Babilonia, a continuación, de Susa, más tarde, de Ecbatana, pero que no han comprendido cómo podrían mantenerlas siempre y que no las cuidan como pastores. Pues tales eran, en verdad, sus actitu- 19 des, como si no creyesen que el Imperio fuera suyo. Pues

[21] Rey espartano que luchó en Asia en 396-5 a.C. Ese último año obtuvo cerca de Sardes una importante victoria contra la caballería persa.

[22] Se trata de los mercenarios griegos que acompañaron a Ciro el joven durante su anábasis (401-400 a.C.) para intentar arrebatar el trono a su hermano Artajerjes II. La muerte de Ciro en la batalla de Cunaxa, cerca de Babilonia, dejó sin sentido la expedición y los mercenarios volvieron solos hasta el mar Negro.

[23] Una historia similar se cuenta en PLUTARCO, *Vida de Alejandro* 65-66.

no lo cuidaban como cosa propia, no aumentaban en belleza y en tamaño ni las ciudades ni los campos, sino que, como quienes han caído sobre lo que no les pertenecía, lo destruían todo de forma vergonzosa e inconveniente, buscando cómo gobernar sobre personas lo más débiles posible, y, como si estuvieran compitiendo unos contra otros por los asesinatos, el segundo siempre intentaba superar al primero como en el pentatlón. Y había una competición que consistía en cómo degollar a más gente, cómo convertir a un mayor número de familias y pueblos en exilados y 20 cómo violar el mayor número posible de juramentos. Estos eran los frutos que obtuvieron de su célebre poder y aquello que la ley de la naturaleza ordenó que fueran sus consecuencias, odios y conjuras de manos de quienes así eran tratados, defecciones, luchas intestinas, constantes disputas e incesantes rivalidades.

21 Ellos mismos cosechaban todo esto como si gobernasen más a consecuencia de una maldición que en respuesta a una súplica, pero sus súbditos cosecharon lo que es necesario que cosechen quienes son gobernados por gentes de tal calaña, y lo que, más o menos, ya se ha dicho con anterioridad. Horrenda era para los padres la belleza de sus hijos, horrenda para un varón la de su mujer. Debía perecer, no aquel que hubiese cometido un mayor número de crímenes, sino quien hubiese obtenido un mayor número de bienes. Me falta poco para decir que las ciudades que eran destruídas y que quedaban en ruinas eran entonces más nu- 22 merosas que las fundaciones de hoy en día. Era más fácil mantenerse a salvo luchando contra ellos que obedeciéndolos [24]. Pues en batalla eran derrotados con facilidad pero

[24] Isócrates, XII 160.

cuando ejercían su autoridad se comportaban soberbiamente y de forma desmesurada. Despreciaban a aquellos que les servían como a esclavos, mientras que a los libres los castigaban como a enemigos, por lo que vivían odiando y siendo odiados. Pues también, en efecto, temieron más, en numerosas ocasiones, a los súbditos que a los enemigos, haciendo uso, en la mayoría de los casos, de la guerra como instrumento de conciliación. La causa era que, ni 23 aquéllos sabían mandar ni los súbditos cumplían con sus obligaciones, pues no es posible ser buen súbdito cuando los gobernantes gobiernan mal. En modo alguno había diferencia entre el imperio político y el ser amo, sino que era lo mismo el rey y el amo [25]. Por consiguiente no avanzaron ni en la manera que convenía ni en dirección a grandes objetivos. Pues esta denominación, amo, no va má allá del ámbito doméstico, pero cuando se aplica a las ciudades y a los pueblos, fácilmente se le pone fin.

A su vez Alejandro, quien adquirió un gran imperio, 24 hasta que llegó el vuestro, y quien recorrió la tierra, en verdad, más se asemejó a quien adquiere un reino que a quien

[25] El término griego es *despótēs*, «déspota», aunque hemos preferido traducirlo por «amo» para que la contraposición entre lo que es el ámbito público del mando político y el ámbito privado de la posesión de esclavos queden más claramente marcados. Ciertamente, las afirmaciones de Aristides están incluso apoyadas en la etimología del término *despótēs*, **dems-pot*, es decir, «señor de la casa». De este primer significado se transfirió al mundo de la actividad política señalando una autoridad que se posee y se ejerce de manera ilimitada, libre de los vínculos de la ley. Cf. K. H. Rengstorf, *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, vol. II, *s. v. despótēs*, Brescia 1966 cols. 849-866. Tanto Augusto como Tiberio, desde los mismos comienzos del Imperio, dejaron claro que no se les podía llamar déspotas; cf. Suetonio, *Augusto* 53 y *Tiberio* 27; Dión de Prusa, I 22.

reina auténticamente[26]. Pues me parece que a aquél le sucedió lo mismo que si un ciudadano privado que hubiese adquirido mucha y buena tierra hubiese muerto antes de re-
25 cibir los frutos de ella. Pues avanzó sobre la mayor parte de la tierra, sometió a todos aquellos que se le opusieron, y sacó cumplido provecho de todas las circunstancias difíciles. Pero no fue capaz de establecer el imperio ni de poner término a sus trabajos, sino que murió a medio camino de sus proyectos. De tal manera que se podría decir que aquel tuvo éxito en las más numerosas batallas pero que apenas reinó, y que se convirtió en el gran contendiente por la monarquía pero que nunca sacó ningún provecho digno de su genio y de su arte, sino que sufrió lo mismo que si alguien que compite en los Juegos Olímpicos y que ha dominado a sus adversarios, muriese inmediatamente tras de la victoria, antes de que se pudiera ajustar bien y adecuadamente
26 la corona sobre su cabeza. ¿Qué clase de leyes estableció para cada pueblo?; o ¿qué clase de contribuciones permanentes de dineros, soldados o barcos creó?; o ¿con qué clase de administración estable, una administración que procediera automáticamente y en periodos preestablecidos de tiempo[27], condujo sus asuntos? ¿Qué medidas políticas tomó entre los pueblos gobernados? Dejó una única obra como recuerdo digno de su propia naturaleza, la ciudad que lleva su nombre junto a Egipto[28]. Haciendo bien, la fundó para

[26] Alejandro Magno no tuvo tiempo de demostrar si poseía las cualidades para reinar, tal y como Platón definía al auténtico rey en *Político* 291a-311c.

[27] La comparación se establece con el automatismo de la administración romana, §§ 36 y 91.

[28] Alejandría, que como bien dice Aristides estaba junto a Egipto pero no formaba parte de él.

vosotros, para que también tuvierais y fuerais dueños de la mayor ciudad que existe después de la vuestra. Así, derribó a los persas que gobernaban, pero él mismo no llegó a gobernar nada en absoluto [29].

27 Cuando aquel murió, al punto los macedonios se dividieron en inmureables bandos, mostrando con su acción que el imperio les superaba [30]. Ni siquiera fueron capaces de conservar su propio país, sino que llegaron a tal grado de fortuna que se vieron forzados a abandonar su propio país para gobernar sobre un territorio extranjero, más como hombres que han sido expatriados que como quienes son capaces de ejercer el mando. Era como un acertijo: los macedonios no reinaban en Macedonia, sino que cada uno lo hacía donde podía, sirviendo más como guarniciones de las ciudades y de los campos que como sus gobernantes; eran desterrados que habían llegado a ser reyes no por el Gran Rey sino por ellos mismos, pero no siendo en realidad, si me es lícito decirlo, más que sátrapas privados de rey. Y en verdad, ¿a qué diremos que esta situación se parece más, al bandidaje o a la monarquía?

28 Pero ahora, sin duda, los límites del Imperio no se han ampliado despreciablemente, ni de forma que sea posible medir lo que contienen con un metro. Al contrario, quien empiece a caminar hacia el oeste desde allí donde antes ter-

---

[29] El juicio de la figura de Alejandro Magno era algo complicado y comprometido para los griegos. Hasta el s. I a. C. se le consideraba negativamente, como el destructor de la libertad griega. Su figura fue rehabilitada por Trajano y sus campañas orientales, pero en los griegos pervivía la duda de si hubiese sido capaz de conquistar también el Occidente, y por tanto Roma, cambiando así el destino de Grecia y de todo el mundo mediterráneo.

[30] Son los Diádocos que favorecieron la disolución del reino de Alejandro.

minaba el Imperio Persa, encontrará que lo que resta es mucho mayor que la totalidad de aquél. Nada se os escapa, ni una ciudad, ni un pueblo, ni un puerto, ni una región, salvo si considerasteis, tal vez, que alguna de éstas era inútil. El Mar Rojo, las cataratas del Nilo y el lago Metis[31], de los que se oía decir antiguamente que estaban en los confines de la tierra, son como la tapia de la casa para esta ciudad. El océano, que algunos historiadores no creían que existiera, ni que fluyera alrededor de la tierra[32], y que los poetas, tras haber inventado su nombre, incluyeron en su obras por su efecto seductor[33], lo habéis explorado con tanta perfección que no se os escapa la isla que en él hay[34]. Siendo tan grande y tan importante por su tamaño, el Imperio es aún mucho más grande por su perfección que por el perímetro de su territorio. Pues no poseen la tierra del rey[35] ni los misios, ni los saces, ni los pisidos[36], ni ningún otro pueblo del interior, unos establecidos por la fuerza, otros imposibles

29

[31] Tanto el Mar Rojo, que incluía los golfos Arábigo y Pérsico, como las cataratas del Nilo y el mar de Azov constituían los límites retóricos del Oriente.

[32] Heródoto, IV 36.

[33] Estos poetas que inventaron el nombre también aparecen recordados en Heródoto, II 23. Homero, en *Ilíada* XVIII 607-608, representa, en el escudo de Aquiles, a Océano circundando la tierra. La noción de una corriente circular se adecuaba bien a la idea griega de la simetría.

[34] Gran Bretaña. Tácito, en *Agricola* 10, recuerda la circunnavegación de la isla.

[35] La «tierra real» era la propiedad de los reyes helenísticos, heredada de los reyes persas, que se convirtió en campo público pasando al control de los emperadores romanos. Los campesinos allí asentados pagaban una renta al emperador. Cf. M. Rostovtzeff, *Historia social...*, págs 7-9.

[36] Pueblos de Asia en el Imperio Persa.

de dominar después de haber hecho defección. Ni se la llama la tierra real, sino que realmente es de todos aquellos que sean capaces de poseerla; ni los sátrapas luchan unos contra otros como si no tuvieran rey; ni las ciudades se dividen, unas a favor de éstos, otras a favor de aquéllos, mientras se envían guarniciones a unas y de otras son expulsadas. Sino que como tras la purificación del recinto de la casa ***, así toda la ecúmene unida canta con mayor perfección que un coro[37], rogando conjuntamente para que este Imperio perdure por toda la eternidad. Tan bellamente se dispone por este corifeo director. Por todos, en todas 30 partes se da el mismo tono[38]. Los que han sido asentados en las montañas son más sumisos que los que lo han sido en las deprimidas llanuras, ante la ausencia de sublevaciones, y tanto los colonos de las prósperas llanuras como sus habitantes son vuestros agricultores. En nada se diferencian el continente y la isla: como una sola tierra continua y una única estirpe, todos obedecen en silencio. Todo se ejecuta por medio de una orden o de una indicación con más facilidad que con la que alguien pudiera tocar la cuerda de una lira y, si es necesario que algo se haga, basta con decirlo para que ya esté realizado. Los gobernadores que son

---

[37] Parece evidente la existencia de una laguna puesto que es difícil comprender la comparación entre un patio limpio y un coro que canta al unísono.

[38] Keil consideraba el texto corrupto. Por contra, J. H. OLIVER, *The Ruling Power...*, pág. 917 sugiere que quizás Aristides esté forzando el lenguaje, y que el verbo *árchetai*, que normalmente significa gobernar, puede tener aquí el valor de «dar el mismo tono» manteniendo así la metáfora del parágrafo precedente.

enviados a las ciudades y a los territorios no urbanizados[39] son cada uno de ellos gobernadores de los que están bajo su mando, pero, en lo que concierne a su posición personal y a sus relaciones mutuas, todos son súbditos por igual, y de cierto además se podría decir que ellos mismos difieren de sus gobernados en que son los primeros en mostrar cómo conviene ser un buen súbdito; tanto miedo al gran gobernante y al que todo lo preside se ha apoderado de todos.
32 De manera que consideran que aquel conoce lo que están haciendo mejor que ellos mismos, y lo temen más y sienten más respeto por él que el que podría sentir cualquiera por su amo que, estando presente, lo supervisase y le diese órdenes. Nadie se considera tan poderoso que sea capaz de permanecer tranquilo tan sólo al escuchar su nombre, sino que todos, puestos en pie, le cantan un himno, lo veneran, y hacen una doble plegaria: a los dioses por la salud del emperador, al emperador mismo por sus propios asuntos. Si los gobernadores tuviesen alguna duda, por mínima que fuese, sobre litigios o peticiones, tanto públicas como privadas, de los gobernados, es decir, si por caso algunos las merecen, inmediatamente remiten la cuestión al emperador, preguntando qué es lo que deben hacer, y esperan hasta que aquel envía una respuesta[40], no menos que el coro
33 espera al maestro[41]. Así no es necesario que se consuma re-

---

[39] Los *éthnē* son las unidades administrativas del Imperio que no están vertebradas por medio de una comunidad urbana. La fórmula retórica en la que aparecen unidas a las ciudades se utilizaba para designar la totalidad del Imperio romano. A. N. SHERWIN-WHITE, *The Roman Citizenship* págs. 269-270.

[40] El mejor ejemplo de esta actitud es sin duda el testimonio que ofrece el libro décimo de las cartas de Plinio.

[41] El emperador es comparado con un maestro, resaltando su función educativa.

corriendo todo el Imperio, ni que, conforme va visitando sus tierras, personalmente confirme una misma medida cada vez que está en una provincia, sino que es muy cómodo para él, que está establecido en un sitio, gobernar toda la ecúmene por medio de cartas [42]. Estas llegan poco después de haber sido escritas y llegan como si hubiesen sido llevadas por palomas mensajeras.

Ahora voy a hablar de aquello que es digno de admiración y reverencia, y que merece nuestro agradecimiento, tanto de palabra como de obra. Pues vosotros, que poseéis tan vasto Imperio y que a su vez lo gobernáis tan firmemente y con tanta autoridad, habéis conseguido también un completo éxito en este punto, lo que es absolutamente propio de vosotros: pues vosotros sois los únicos de todos aquellos que alguna vez han gobernado que lo hacéis sobre hombres libres [43], pues ni Caria ha sido entregada a Tisafernes, ni Frigia a Farnabazo, ni Egipto a ningún otro, ni se escucha que un pueblo, como si fuese una casa [44], sea de al-

34

36

---

[42] B. KEIL, *Aelii Aristidis...*, pág. 101, exponía la creencia de que se trataba de una crítica a la actitud viajera de Adriano. No parece que esto sea así, puesto que, si es cierto que existió cierta oposición al emperador, ésta provino de ámbitos senatoriales y nunca del oriente griego. Por otra parte Aristides estaba muy unido a la política de este emperador y en alguna ocasión demostró su afecto por él, p. ej. L 106. Lo que sí es cierto es que se trata de un elogio a la manera de gobernar el Imperio de Antonino Pío, que no abandonó nunca Italia desde que ascendió al trono. El contraste se establece con los reyes persas, § 18.

[43] La razón estriba en el mantenimiento del estatuto de ciudadanía. La libertad fue uno de los motivos fundamentales de la propaganda romana ante los griegos. J. L. FERRARY, *Philhellénisme et impérialisme,* Roma, 1988, págs. 5-218.

[44] Es una referencia al sistema oriental de cortes provinciales que después fue mantenido por el Imperio Seléucida.

guien a quien haya sido entregado para servir, aunque ni siquiera éste mismo fuera libre. Sino que, como quienes gobiernan sobre una ciudad, así también vosostros, gobernando sobre toda la ecúmene como en una única ciudad, imponéis a los gobernadores, como si fuese por elección [45], para la protección y el cuidado de los gobernados, y no para que se conviertan en sus amos. De manera que el gobernador le cede su puesto al siguiente gobernador cuando se ha cumplido su periodo de mandato, e incluso no es probable que se encuentre con su sucesor [46]. Tan lejos se está de 37 disputar por ver a quién pertenece la tierra. Los recursos ante los tribunales superiores, como la apelación a un tribunal por parte de un individuo del pueblo en Atenas [47], provocan, en lo que se refiere al veredicto, no menor inquietud tanto en quienes presentaron la apelación como en quienes aceptaron la decisión; de manera que se podría de-

[45] Desvela Aristides uno de los *arcana imperi* desde el principado de Augusto: el mantenimiento de algunas formalidades republicanas. Realmente no había votación en el nombramiento de los gobernadores: en las provincias imperiales era el emperador directamente quien los nombraba, y en las senatoriales se hacía por sorteo, pero también aquí llegaba la mano imperial.

[46] Esta era la práctica habitual. Aunque teóricamente el mando provincial duraba una año, de primavera a primavera, al llegar el otoño, y antes de que el mar se cerrase, el gobernador solía volver a Roma, de manera que la provincia quedaba sin presidente hasta el año siguiente.

[47] La referencia a Atenas no aparece en el texto, pero es conveniente introducirla porque el vocabulario que utiliza es propio de esta ciudad en los tiempos de la democracia; cf. ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 9, 1; 42, 1; 45, 2 y 55, 2; C. HIGNETT, *A History of the Athenian Constitution,* Oxford, 1970, pág. 397. Como señala Aristóteles, una de las medidas con las que Solón instauró la democracia fue la apelación al pueblo; así es lícito considerar el régimen imperial como una auténtica democracia.

cir que los hombres de hoy en día son gobernados por aquéllos que se les envían, en tanto que les satisface el modo en que lo hacen. ¿Cómo no van a estar estos procedimientos 38 más allá de cualquier democracia? En efecto, en aquélla no es posible, una vez que se ha tomado una decisión en el marco de la ciudad, recurrir a otra instancia ni a otros jueces, sino que es forzoso contentarse con lo que se haya resuelto, salvo que se trate de una ciudad pequeña, que necesite de jueces extranjeros[48] [...]. Pero resta otro juez superior, al que nunca nada justo le pasa desapercibido. Y este sis- 39 tema rebosa de una decorosa igualdad, la del pequeño con el grande, la del que no posee renombre con el personaje ilustre, la del pobre frente al rico y linajudo[49]; las palabras de Hesíodo se han hecho realidad[50]:

pues fácilmente confiere poder, fácilmente hunde al poderoso

este mismo juez y príncipe, puesto que la justicia lo guía, como la brisa al navío, que no presta su favor y acompaña

---

[48] La práctica griega de buscar jueces extranjeros se mantuvo incluso durante el Imperio, aunque fue desapareciendo en favor de los gobernadores. Cf. L. ROBERT, «Decrets de Smyrne pour les juges étrangeres», *Hellenica* 7 (1949), 171-188.

[49] Esta igualdad no entra en contradicción con la aparición, por estas mismas fechas, de las normas legales que hacen distición de clase social. La auténtica igualdad, según los antiguos, era siempre proporcional a la dignidad. G. CARDASCIA, «L'apparition dans le droit des classes d'honestiores et d'humiliores», *Revue Hist. de droit français et étranger* 28 (1950) 305-337 y 461-485.

[50] HESÍODO, *Trabajos y días* 5. Además de ello, para el príncipe todos eran iguales, tanto poderosos como humildes, porque la distancia que los separaba de él dejaba sin sentido la que los separaba entre ellos. No hay que olvidar que el verso de Hesíodo estaba dedicado originariamente a Zeus.

más al rico y menos al pobre, sino que ante quienquiera que se presente en cualquier momento, igualmente le asiste.

40 Voy a exponer los asuntos griegos puesto que hemos llegado a este punto del discurso, aunque siento vergüenza y temo que parezca que reparo en pequeñeces. No obstante, como he dicho ahora mismo [51], los voy a exponer, aunque sin establer comparación entre asuntos equivalentes. Pero, ya que no hay otros ejemplos, me veo obligado a hacer uso de los que existen, puesto que también resulta ridículo admirarse y hacer ver que no es posible encontrar otros asuntos semejantes, ni de lejos, a los vuestros, sino que todos han sido eclipsados por ellos, y esperar para hacer comparaciones al instante en el que podamos recordar actitudes semejantes. Pero de hecho, creo que no es necesario actuar de dicha manera, puesto que si pudiéramos hablar de fenómenos semejantes, no serían ya igualmente
41 sorprendentes. Y no ignoro que parecen inferiores, incluso, a aquellos que acabo de examinar, tanto por la extensión de su imperio como por la dimensión de sus realizaciones. Pero ser superior a los bárbaros en riquezas y poder, y pasar por delante a los griegos en sabiduría y prudencia, me parece que es un tema de la mayor importancia, que está completamente referido a la virtud, y que es el tema de compe-
42 tición más brillante de todos. Voy a exponer cómo aquellos dispusieron de sus propios asuntos y cuál era su importancia. Y si se muestran incapaces de conducir sanos y salvos asuntos mucho más pequeños, evidentemente es lo que ha-
43 brá que someter a votación. Los atenienses y los espartanos lo hicieron todo por el imperio y la hegemonía; su idea del

---

[51] § 14.

poder consistía en navegar por el mar, en gobernar las Cícladas y en la posesión de los territorios de Tracia, las Termópilas, el Helesponto y Corifasio [52]. Tales cosas eran el poder. Pero sufrieron algo semejante a lo que le ocurriría a un hombre que, deseoso de convertirse en señor de un cuerpo, tomase algunas garras y extremedidades en vez de su totalidad, y con esto, creyese tener lo que deseaba [53]. Del mismo modo, también aquéllos, deseosos de la hegemonía, sacaban fruto de islas, promontorios sobre el mar, puertos y otras cosas semejantes, y agotaban sus fuerzas en torno al mar, soñando con la hegemonía más que siendo capaces de conseguirla. Pero, como en la rueda de la fortuna, cuan- 44 do cada uno tuvo su oportunidad de convertirse en jefe de los griegos, no mantuvieron tal disposición, según se dice, ni por una generación. Y sin embargo tampoco consiguieron la hegemonía irreprochablemente, sino que en su lucha por ésta obtenían unos sobre otros lo que se llama una victoria cadmea [54], como si unos no hubiesen considerado conveniente odiar siempre y únicamente a los demás, sino que era conveniente que ellos mismos obtuviesen parte de este odio. Pues, por una parte, un solo general lacedemonio 45 trató de tal manera a los helenos que éstos, deseando liberarse de los espartanos, contentos buscaron a otros como

[52] Corifasio era una pequeña península cercana a Pilos. Tras desembarcar allí los atenienses en 425 a. C., consiguieron aislar a la fuerza espartana que había sido enviada como respuesta en la isla de Esfacteria. Esta situación obligó a Esparta a buscar los cauces para la paz.

[53] El símil podría estar sacado de los encantamientos amatorios donde juegan cierto papel las uñas y el pelo para conseguir a la persona que se deseaba. Cf. C. P. Jones, «Aelius Aristides Εἰς Ῥώμην 43.K», *Americ. Journ. Philology* 85 (1964), 65.

[54] Hace referencia a la victoria tebana sobre los espartanos en Leuctra en 371 a. C. Se utiliza para una victoria desastrosa.

sus gobernantes [55]. Pero, después de haberse entregado a los atenienses y sin que hubiese transcurrido mucho tiempo, cambiaron de opinión puesto que no soportaron ni la desigualdad de tributos, ni a quienes les robaban aprovechándose de este pretexto, ni que fuesen sacados de su patria cada año para rendir cuentas a los atenienses sobre sus propios asuntos, mientras que se enviaban a su tierra colonos y recaudadores de contribuciones suplementarias que se añadían a los tributos si, por algún azar, había surgido alguna otra necesidad [56]. 46 Además, no fueron capaces de mantener sus acrópolis libres, y estaban sujetos a los demagogos atenienses [57], tanto si tenían buenas o malas intenciones; con frecuencia fueron obligados a realizar campañas militares innecesarias durante las celebraciones religiosas y las fiestas, y, para decirlo sencillamente, no disfrutaron de ningún beneficio tan importante bajo su liderato a cambio del que valiese la pena soportar estas actitudes. 47 La mayoría, ya que sentía aversión hacia los atenienses por estas razones, se pasó de nuevo a los lacedemonios de la misma manera que previamente lo habían hecho de los lacedemonios a los atenienses; y de nuevo resultaron totalmente engañados por los espartanos. Pues aunque habían declarado que lucharían contra los atenienses en favor de la libertad de los griegos, y por esta razón se atrayeron a la mayoría, una vez que destruyeron las murallas de los atenienses [58], llegaron a ser los dueños de la situa-

[55] Pausanias, el vencedor de los persas en Platea. TUCÍDIDES, I 94-6. Fueron especialmente los jonios quienes pidieron a los atenienses que ejercieran un nuevo liderazgo.

[56] Esta constituye la lista de todos los agravios que los griegos tuvieron que sufrir de la liga Atico-Délica.

[57] Cleón, Hipérbolo. Cf. R. MEIGGS, «A Note on Athenian Imperialism», *Classical Rev.* 63 (1949), 9-12.

[58] En el 404 a. C.

ción, y tuvieron absoluta libertad de acción, tanto los superaron que establecieron tiranías en todas la ciudades griegas, a las que con un eufemismo llamaban decarquías[59]. Y 48 tras destruir un único gobierno arbitrario, el de los atenienses, en su lugar introdujeron otros muchos por su cuenta, que no hiceron una política contraria a los gobernados desde Atenas o Esparta, sino asentados cada uno de ellos en sus propios territorios continuamente y como si se hubiesen introducido en su vida local. Por todo ello, si, cuando empezaron la guerra, hubiesen proclamado que iban a luchar contra los atenienses para causarles mayores y más importantes males que aquellos, y para hacerles ver que la dominación ateniense había sido para ellos libertad, no habrían podido dar mejor cumplimiento a la promesa. Y en 49 seguida fueron derrotados por un exilado[60], abandonados por los tebanos, odiados por los corintios, y el mar se llenó de sus harmostas expulsados, puesto que eran disarmónicos y, cuando fueron establecidos, no mantuvieron las ciudades en concordancia con su nombre[61]. Después, por la 50

---

[59] Inmediatamente después de la derrota ateniense, el general espartano Lisandro expulsó de las ciudades a los partidarios de Atenas e impuso gobiernos oligárquicos formados por una comisión de diez hombres, las decarquías. Estaban sometidas a los generales espartanos, los harmostas. E. R. SMITH, «Lysander and the Spartan Empire», *Class. Phil.* 43 (1948), 145.

[60] Conón, que derrotó a los espartanos en Cnido en 394 a. C., destrozando su imperio marítimo, liberando la mayoría de las islas y ciudades griegas de Asia Menor.

[61] Aristides está jugando con la raíz del término *harmóstas*, que es la misma que la de «armonía». Por ello fueron disarmónicos y no gobernaron según su nombre, es decir, armoniosamente. Sobre estos gobernadores, H. W. PARKE, «The Development of the Second Spartan Empire», *Journ. Helle. Stud.* 50 (1930), 37-79.

injusticias de aquellos y por el odio que a consecuencia de estas medidas sentían los griegos hacia los espartanos [62], los tebanos, que habían aumentado su poder, los derrotaron; y al mismo tiempo que los lacedemonios eran expulsados, nadie pudo soportar a los tebanos, que habían alcanzado el éxito en una única batalla [63], sino que se evidenció que habría sido más conveniente que la Cadmea hubiese seguido ocupada [64], a que ⟨los tebanos⟩ hubiesen prevalecido sobre los lacedemonios. Tan odiados fueron.

51 No he organizado todas estas noticias para realizar una crítica general de los griegos, como hizo aquel soprendente autor que compuso *El monstruo de tres cabezas* [65] —¡que nunca llegue a ser necesario!—, sino porque he querido demostrar que con anterioridad a vosotros no existía el arte del gobierno, pues si hubiese existido, habría estado entre los griegos, quienes aventajaron muchísimo a los demás en sabiduría. Pero éste es vuestro descubrimiento y más tarde se transfirió a los demás. Mientras que por otro lado, lo que se dice sobre los atenienses es probable que también sea verdad si se dice aplicado a todos los griegos, que eran los mejores de todos para oponerse a los gobernantes extranjeros, para derrotar a los persas y a los lidios en el campo de

---

[62] POLIBIO, VI 43.

[63] Leuctra en 371 a. C. Significó el fin del poderío espartano.

[64] En el año 382 a. C. el general espartano Fébides, ante una petición del jefe del partido oligárquico de Tebas, consiguió apoderarse de la ciudadela tebana, la Cadmea. Esta acción provocó gran indignación entre los griegos e incluso dividió a los espartanos.

[65] Anaxímenes de Lámpsaco, c. 380-320 a. C., historiador y maestro de retórica, fue el preceptor de Alejandro Magno. Las tres cabezas del monstruo eran Atenas, Esparta y Tebas. F. JACOBY, *Fragmente der griechischen Historiker,* vol. II A, frag. 21, pág. 214.

batalla [...] [66], y para soportar penalidades, pero que eran ignorantes del arte de gobierno y fracasaron cuando lo intentaron. En primer lugar enviaban a las ciudades guarni- 52 ciones que, sin duda, siempre fueron no menos numerosas que los indígenas de cada una de las ciudades a las que eran enviadas. E hicieron nacer la sospecha en quienes todavía no habían recibido guarniciones de que todo lo conducían por medio de la fuerza y la violencia. Estas dos fueron las consecuencias: no mantenían controladas con seguridad las ciudades y además eran odiados, y disfrutaban de los males del imperio en lugar de hacerlo de sus beneficios. Su supremacía no estaba firmemente instalada pero tenían una firme reputación de superioridad.

Después, ¿qué ocurrió además de esto? Divididos siem- 53 pre y separados, llegaron a ser muy débiles en los asuntos internos e incapaces de mantener a salvo su propia tierra porque buscaban conquistar la ajena. En efecto, con los que habían enviado no pudieron superar el número de quienes aspiraban a mandar, y no se reservaron la capacidad de mantenerse en las mismas circunstancias, sino que fueron muy inferiores en el exterior pero también muy inferiores en su patria. La expansión del imperio los colocaba en una situación sin salida, porque no tenían los medios últimos para conservarlo, de manera que se esforzaban por lo con-

[66] El texto soporta una corrupción difícil de solucionar. El manuscrito dice *kaì ploûton* y B. Keil, *Aelii Aristidis...*, pág. 106, pesando que era difícil que fuese complemento directo de *kratêsai*, lo transformó en *ploûs te*. J. H. Oliver, *The ruling Power...*, pág. 924, piensa que la corrupción no está en este término sino en el anterior *Lydoùs*, que corrige en *analôsai*, «y para gastar su dinero en el servicio público». Por último, C. Behr, *The Complete Works...* vol. II pág. 453, procede haciendo una adición, *kaì ploûton ⟨ou thaumásai⟩*, «para no admirar la riqueza».

trario de lo que necesitaban. Y el éxito en lo que se habían propuesto resultaba para ellos algo irreparable y casi una maldición, mientras que el fracaso era más llevadero y les causaba menos miedo. Pues, en lugar de parecer auténticos gobernantes, no parecían otra cosa que un pueblo en la diáspora y aquellos que se esfuerzan para esforzarse. Pues al final, quebrantado el coronamiento de su obra, inmediatamente se olvidaba, y de nuevo a lo mismo retornaba, se-
54 gún cantan los poetas[67]. Además, por la conjuras que pudieran tramar, no les resultaba provechoso que los que estaban bajo su mando se fortalecieran, pero tampoco que fuesen débiles, a consecuencia, esta vez, de las guerras exteriores y para poder obtener así algún provecho de la alianza. Experimentaban hacia ellos algo semejante a lo que sufren quienes durante una partida de damas[68], por una parte, avanzan sus fichas pero, por otra, las retroceden, sin saber qué uso darles, como quienes quieren a la vez que éstos existan y que no. Los atenienses los administraban y los
55 conducían, pero no sabían decir por qué se esforzaban. Esto fue lo más ridículo y extraño de todo: obligaron a marchar contra quienes se habían sublevado a los que quedaron en la alianza, quienes a su vez tenían en mente hacer lo mismo, actuando de la misma manera que si convencieran a los que se habían rebelado para que marchasen contra ellos mismos. No cayeron en la cuenta de que llevaban contra los sublevados a una parte de los mismos. Ciertamente no les resultó conveniente mostrar a los aliados que podían, con su esfuerzo, prestar ayuda a los sublevados contra los

[67] Una referencia al mito de Sísifo.

[68] Seguimos aquí la interpretación de J. H. Oliver, *The Ruling Power...*, págs. 924-925.

propios atenienses. Así también, en aquel entonces, realizaron lo contrario de lo que querían y de lo que les convenía. Pues, aunque quisieron someter a quienes se habían sublevado, consiguieron también que los que habían permanecido fieles a la alianza se sublevasen. Pues les mostraron que si permanecían en la alianza serían útiles a los atenienses contra unos u otros, pero que, si hacían defección todos en común, serían libres con seguridad, pues los atenienses, al final, no dejarían libre a ninguno de éstos con cuyo concurso los rebeldes hubiesen sido capturados. Así, los atenienses fueron para sí mismos tanto más perjudiciales que sus desleales aliados, cuanto que éstos se separaron uno a uno mientras que ellos incitaron a la sublevación general por las tropelías que cometieron [69]. Así, entonces, de ningún modo hubo orden en el imperio, ni lo persiguieron porque lo conociesen. Aunque poseían pequeñas propiedades, parecidas a lugares apartados o parcelas recibidas por suerte [70], no fueron capaces de mantenerlas salvas por la misma ignorancia del arte de gobernar y por su incapacidad para el mismo, pues no condujeron a las ciudades con benevolencia ni tampoco fueron capaces de sujetarlas con mano firme, siendo así insoportables y débiles a un mismo tiempo. Finalmente, tras ser desplumados como el grajo de Esopo, solos lucharon contra todos [71].

56

57

Ciertamente, el arte del gobierno, que se había escapado con anterioridad a todos los hombres, por así decirlo,

58

[69] Sobre el problema de la desintegración del imperio ateniense, cf. J. M. Balcer, «Separatism and Anti-separatism in the Athenian Empire (478-433 b.C.)», *Historia* 23 (1974) 21-39.

[70] Son las colonias atenienses asentadas en territorio aliado.

[71] Cf. *Fábulas de Esopo* 101; el grajo fue incapaz de ocultar su plumaje aunque se presentó con otro diferente.

fue reservado para vosotros solos, para que lo descubrierais y lo pusierais en práctica. Y no es maravilla. Pues como en otras actividades las respectivas artes surgen vinculadas con los materiales, así, cuando el mayor imperio y el poder superior se constituyeron, entonces, sobre esta circunstancia, también el arte se compuso y se introdujo a la vez, y ambos se fortalecieron, el uno por el otro. Como consecuencia del tamaño del Imperio forzosamente también nació la experiencia, y a su vez, a consecuencia del conocimiento del arte del gobierno, el Imperio creció de manera 59 justa y conveniente. Y esto, de entre todo, es lo que merece mayor atención y admiración de vuestra organización política, la grandeza de la empresa, pues nada se le parece. Después de haber dividido en dos partes a todos aquellos que están en el Imperio —y al decir esto me refiero a toda la ecúmene— por una parte a todo aquel que fuese muy elegante, linajudo y poderoso en cualquier parte, lo hicisteis ciudadano y hasta vuestro congénere [72], mientras que el 60 resto quedó como súbdito y gobernado. Y ni el mar ni toda la tierra que se interponga impiden obtener la ciudadanía, y aquí no hay distinción entre Asia y Europa [73]. Todo está abierto para todos. Nadie que sea digno de una magistratura o de confianza [74] es extranjero, sino que se ha esta-

[72] Esta permenente concesión de la ciudadanía romana a los habitantes del Imperio se convirtió en la principal garantía de su existencia. A. N. Sherwin-White, *The Roman Citizenship,* págs. 251-263.

[73] A pesar de que el discurso está dirigido a Roma, esta división del mundo entre Asia y Europa está obsoleta por ser puramente griega; cf. Heródoto, I 4, 4; Isócrates, *Panegírico* 179. En un discurso posterior, XXVII 32, tuvo ocasión de rectificar incorporando también Libia.

[74] J. H. Oliver, *The Ruling Power...,* pág. 927, interpreta que se refieren respectivamente a los puestos de rango senatorial y ecuestre.

bleció una democracia[75] común a la tierra bajo el dominio de un solo hombre, el mejor gobernante y regidor; todos se reúnen aquí como si fuera en el ágora común, cada uno para procurarse lo debido. Lo que una ciudad es para sus propias fronteras y territorios, eso es esta ciudad para toda la ecúmene, como si se presentase como el núcleo urbano común a todo el territorio. Podrías decir que todos los periecos o los otros que habitan los demás lugares, distribuidos en demos[76], se reunen en esta misma y única acrópolis. Ésta nunca ha repudiado a nadie sino que, como el suelo fértil de la tierra mantiene a todos los hombres, así esta ciudad recibe a los hombres de toda la tierra, como el mar recibe a los ríos. Pero también esto otro lo tiene en común con el mar: pues ni aquél llega a ser más grande por las aportaciones de los ríos, como si se hubiese dispuesto por el hado que el mar siempre tuviese la misma magnitud aunque los ríos vertiesen en él[77], ni tampoco en ésta es visible ningún cambio en su tamaño. Como los ríos son recibidos en los golfos, la ciudad ocultándolo contiene así todo, de manera que parece que siempre es la misma a pesar de las llegadas y las partidas. 61 62

Que se me permita hacer esta digresión ya que lo ha dispuesto así el desarrollo del discurso. Como dije, siendo vosotros grandes, calculasteis la ciudad de grandes dimensiones, y la hicisteis maravillosa no porque la glorificaseis gracias a que no la habéis compartido con nadie de ningún otro pueblo, sino porque buscasteis una población digna de 63

---

[75] C. G. Starr, «The Perfect Democracy of the Roman Empire», *Amer. Hist. Rev.* 58 (1952), 12-20.

[76] Un juego conceptual con la organización de Esparta, los periecos, y Atenas, con su población distribuida en demos.

[77] El texto está gravemente corrupto.

ella y convertisteis el ser romano, no en ser miembro de una ciudad, sino en el nombre de un cierto linaje común [78], pero no de un linaje cualquiera de entre todos, sino en el contrapeso de todos los restantes. Pues no separáis ahora las razas entre helenas y bárbaras, ni les habéis presentado una división ridícula [79] al construir una ciudad más populosa que toda la estirpe helénica, por así decirlo, sino que las habéis dividido en romanos y no romanos: hasta tal grado habéis llevado el nombre de la ciudad. Establecida así la división, muchos, en sus respectivas ciudades, son conciudadanos vuestros no menos que de sus congéneres [80], aunque algunos de ellos no hayan visto jamás la ciudad de Roma. Y no hay ninguna necesidad de guarniciones que ocupen las acrópolis, sino que las personas más importantes y poderosas de cada ciudad guardan sus respectivas patrias en vuestro nombre [81]. Y ocupáis las ciudades de doble manera, desde aquí, la capital, y por medio de vuestros conciudadanos en cada una de ellas. Ninguna envidia pone su pie

64

65

[78] Aristides para expresar la extensión de la ciudadanía romana está inspirándose en las palabras de ISÓCRATES, *Panegírico* 50.

[79] Referencia a PLATÓN, *Político* 262 d-e, donde se burla de una división entre griegos y bárbaros. El tema de la división de la humanidad entre bárbaros y griegos también fue utilizado por éstos para justificar su oposición a Roma. Cf. J. L. FERRARY, *Philhellénisme et impérialisme*, pág. 46.

[80] Es la definición del sistema de doble ciudadanía que constituyó la principal novedad organizativa romana, y la razón esencial de su éxito.

[81] Ciertamente Roma encontró en las clases superiores de las ciudades que pasaron a estar bajo su control el mejor soporte de su autoridad, mientras que las oligarquías locales descubrieron que Roma era la más firme protección de su hegemonía social. G. E. M. DE SAINTE CROIX, *The Class Struggle in the Ancient Greek World* = *La lucha de clases en el mundo griego antiguo* [trad. T. DE LOZOYA], Barcelona, Crítica, 1988 págs. 352-382.

en el Imperio pues vosotros mismos sois los primeros en no sentir envidia, porque lo habéis puesto todo a disposición de todos y habéis permitido que los poderosos no sean gobernados más que lo que ellos gobiernan por turno. Además, ciertamente, tampoco existe odio en los que se han quedado fuera. Pues gracias a que la constitución es común y semejante a la de una única ciudad, naturalmente los gobernantes gobiernan no como sobre extranjeros sino como sobre compatriotas. Además, en ésta, todos los miembros del pueblo participan de vuestra garantía frente a los poderosos que viven entre ellos, ⟨pero también está⟩ vuestra cólera y castigo [82], que caerían inmediatamente sobre ellos, si se atrevieran a turbar el orden. Así, naturalmente, 66 tanto para los pobres como para los ricos, la situación presente es suficiente y provechosa, y no queda la posibilidad de vivir de otra forma. De vuestra constitución ha nacido una única armonía que engloba a todos, y lo que antes parecía imposible que ocurriera se ha reunido bajo vuestro mandato [...]. Así las ciudades están limpias de guarnicio- 67 nes. Batallones de infantería y escuadrones de caballería bastan como protección de provincias enteras, y la mayoría de estas unidades no han sido acantonadas en las ciudades de cada provincia [83], sino que están esparcidas por los

[82] El texto presenta una laguna. Nosotros no hemos elegido ninguna de las opciones que ofrecen tanto los editores como los traductores del discurso. Únicamente hemos aceptado la última parte de la propuesta de Oliver, pero rechazando el añadido que hace a la frase anterior, por considerarlo innecesario. Aristides lo que quiere decir es que los pobres son protegidos frente a las oligarquías locales por el poder imperial, pero que este mismo poder impide cualquier subversión del orden establecido.

[83] Esta fue una práctica usada especialmente en Oriente para castigar a las ciudades rebeldes.

campos proporcionalmente a los demás, de tal manera que muchas provincias ignoran dónde se encuentra la guarnición que ahora le corresponde [84]. Pero si alguna ciudad en cualquier parte, por su excesivo tamaño [85], ha excedido su capacidad de mantener el control de sus propios asuntos, no envidiasteis a quienes van a poner orden y a vigilar el asunto [86]. Pues también todos os pagan sus contribuciones con más placer que con el que algunos pueblos las recibieron de otros; como es natural [87]. 68 Para quienes no tienen poder, ciertamente, no es provechoso gobernar, y, según se dice, sería su segunda posibilidad, una vez que ha fracasado esta primera de gobernar, ser gobernado por los poderosos. Pero ahora se ha puesto en evidencia que ser gobernado por vosotros es realmente la primera opción. En efecto todos están sometidos con fuerza y no podrían considerar conveniente hacer defección de vosotros más que los que navegan del piloto [88]. Pero, de la misma manera que los murciélagos en las cuevas [89], que están adheridos firmemente unos a otros y a las piedras, así todos dependen

---

[84] Desde la división de Augusto en provincias senatoriales e imperiales se mantuvo la norma general de que las primeras estaban desprovistas de guarnición, mientras que sí existían en las segundas.

[85] Parece que Aristides está haciendo una referencia, aunque enigmática, a problemas en Alejandría; cf. A. N. Sherwin-White, *The Roman Citizenship*, pág. 256.

[86] La ausencia de la terminología oficial impide la perfecta intelección de lo que Aristides dice, pero parece referirse a los *curatores rei publicae.*

[87] J. H. Oliver, *The Ruling Power...*, págs. 932 y 987, traslada esta última frase al final de § 68. La comparación se establece especialmente con los atenienses y los impuestos cobrados a la Liga.

[88] Jenofonte, *Ciropedia* I 6, 21.

[89] Homero, *Odisea* XXIV, 6 ss.

de vosotros con gran temor y cuidado de que nadie se caiga de esta cadena; ellos temerían más la posibilidad de ser abandonados por vosotros que la de que ellos os abandonaran. En lugar de la disputa por el imperio y por la primacía[90], causas por las que todas las guerras anteriores estallaron, unos, como el agua que fluye en silencio, viven plácidamente en absoluta paz, agradablemente privados de trabajos y males, puesto que se han dado cuenta que de otra manera luchaban contra una sombra, mientras que otros ni conocen ni recuerdan el imperio sobre el que una vez mandaron, sino que naturalmente, como en el mito del pánfilo o, si no, entonces como en el mito de Platón[91], colocadas las ciudades sobre la pira funeraria por las disputas mutuas y el desorden continuo, han recibido una única hegemonía y han recobrado la vida repentinamente. Pero son incapaces de decir cómo llegaron a este punto y no saben hacer otra cosa salvo admirar los bienes presentes; han sufrido lo mismo que quienes despiertan de un sueño, que en lugar de las imágenes oníricas que acababan de ver, repentinamente ven la realidad y se encuentran insertados en ella[92]. No se cree, además, que hubiese guerras, si es que alguna vez las hubo, sino que, por el contrario, las noticias que hay sobre ellas se escuchan por la mayoría en calidad de mitos. Pero si, tal y como es natural en un imperio tan grande e inmenso, en alguna parte de la frontera se traba combate a consecuencia de la locura de los getas, o del infortunio de los libios, o de la demencia de aquellos que viven en las

69

70

---

[90] F. Gascó, *Ciudades griegas...*, pág. 77 y ss.

[91] Mito de Er, de la tribu panfilia; cf. Platón, *República* 614b-621d.

[92] Es la antítesis entre *ónar* y *hýpar*. Cf. E. R. Dodds, *Los griegos y lo irracional*, pág. 102.

cercanías del Mar Rojo [93], pueblos que son incapaces de hacer uso de los bienes que poseen, simplemente como mitos pasan rápidamente tanto las guerras mismas como las 71 historias derivadas de ellas. Tan grande es vuestra paz, aunque para vosotros la guerra es una institución ancestral. Pues no son los zapateros [94] ni los carpinteros de ayer los soldados de infantería o de caballería de hoy, ni como en la escena de un teatro, el que no hacía mucho era campesino se transforma en soldado, ni como en casa del pobre, donde las mismas personas hacen la comida, cuidan la casa y preparan las camas; no estáis vosotros tan confundidos en vuestras ocupaciones. No habéis esperado a que aquellos que están ocupados en otros menesteres se convirtieran en soldados por necesidad, ni tampoco disteis la oportunidad a vuestros enemigos de que os convocaran a las armas.

72 He expuesto la manera en que pensáis y cómo habéis dispuesto todo lo que concierne al imperio y a su forma de gobierno. Ahora es oportuno hablar sobre lo que concierne a la guerra y a los asuntos militares; de nuevo, cómo lo habéis pensado y qué clase de organización le disteis. Vuestra sabiduría sobre este asunto es admirable y en absoluto

[93] Durante el reinado de Antonino Pío hubo problemas con los dacios y con los moros; cf. *Historia Augusta*, *Pío* V 4. Durante la década de 140 también se dieron algunos disturbios en el Mar Rojo, W. Hüttl, *Antoninus Pius,* Praga (1933), pág. 294.

[94] A partir de aquí el texto presenta una grave corrupción puesto que existe un importante ruptura en el sentido. B. Keil, *Aelii Aristidis...,* pág. 111 marca una laguna. U. Wilamowitz, cuyo punto de vista es aceptado por J. H. Oliver, *The Ruling Power,* págs. 933-944 hablaba de una transposición y coloca todo lo que resta de § 71 en § 72 tras el primer punto. C. Behr, *The Complete Works...,* vol. II, págs. 88 y 376, n. 78, por su parte, piensa en la necesidad de eliminar todo el pasaje.

tiene parangón. Pues también los egipcios evolucionaron 73 hasta establecer por separado la clase de los guerreros. Parecía que habían encontrado la disposición más inteligente: asentar separados de los demás a quienes luchan para defender el país, de tal manera que, como en otros muchos asuntos, y según se dice, los egipcios parecen ser sabios en comparación con los demás[95]. Pero vosotros, aunque tomasteis la misma decisión, no la llevasteis a cabo de la misma manera, sino que vosotros realizasteis una división más conveniente e inteligente. En aquella primera organización no era posible que ambos grupos participaran igualmente de la ciudadanía, sino que quienes luchaban, que eran los únicos que pasaban todas la fatigas siempre, estaban en situación de inferioridad con respecto a quienes vivían en paz —lo que quizás no les resultara agradable—[96]. Pero con vosotros, puesto que todos disfrutan de los mismos derechos, es posible asentar separadamente a la fuerza combatiente. Así también, el valor, tanto de los griegos como de los egipcios, y de cuantos se quisiera recordar, es inferior al vuestro. Y aunque todos han sido superados tan cla- 74 ramente por vuestras armas, más atrás aún están en la concepción del ejército. Pues, por una parte, considerasteis que no era digno de vuestro Imperio que la gente de la ciudad prestara servicio militar, que tuvieran que soportar fatigas, y que no disfrutaran de la presente felicidad, pero por otra, no confiasteis en los extranjeros[97]. Y no obstante se

[95] Aristides parece que está pensando en HERÓDOTO, II 144 y 164-5; allí recuerda la existencia de un linaje de guerreros. La separación del ejército como casta en Egipto es obra del Imperio Nuevo.

[96] Esta desigualdad aparece reflejada en DIODORO, I 73, 7-9.

[97] El término griego se puede traducir tanto por «extranjero» como por «mercenario».

necesitan soldados antes de que se pueda presentar una situación de crisis. Así pues, ¿cómo lo hicisteis? Encontrásteis vuestro ejército patrio sin perturbar a los ciudadanos. Vuestra concepción de todo el Imperio lo permitió así, y también el hecho de que no consideráis a nadie extranjero ante cualquier servicio que pudiera hacer y fuese necesario 75 hacerlo. ¿De qué tipo es la leva, y de qué manera se realiza? Recorriendo toda la tierra sometida, allí buscasteis a aquellos que habrían de prestar este servicio, y una vez que los encontrasteis, a la vez que los liberasteis de las obligaciones de su patria les concedisteis vuestra propia ciudadanía, de manera que en el futuro ellos mismos sintieron vergüenza de proclamar de dónde eran originarios. Convertidos en ciudadanos, así también los convertisteis en soldados, de manera que los habitantes de la ciudad no prestan servicio militar, y aquellos que lo prestan no dejan de ser menos ciudadanos, aunque al haberse alistado hubiesen sido privados de su primera ciudadanía; pero desde ese mismo día 76 son vuestros conciudadanos y defensores [98]. Y así todos obedecen y ninguna ciudad está descontenta, sino que a cada una le habéis pedido tantos hombres cuantos, ni iban a suponer una carga para las ciudades que los entregan, ni iban a ser suficientes para constituir un ejército propio de

[98] Aristides está hablando del sistema de reclutamiento del ejército romano tras las reformas de Adriano. No obstante en su exposición exagera confundiendo la realidad. Los que no eran ciudadanos romanos eran alistados en los cuerpos auxiliares y, a partir del reinado de Adriano, también en la legiones, pero no recibían la ciudadanía romana hasta el licenciamiento. De igual manera, si bien es cierto que durante el tiempo de servicio se rompían los lazos de unión con la ciudad de origen, especialmente en lo que se refiere a la prestación de servicios, el soldado seguía siendo miembro de la comunidad.

cada una de ellas. De esta manera todas la ciudades muestran su buena disposición con quienes han sido llamados fuera, puesto que forman parte de ellos mismos, mientras que ninguna ciudad tiene su propia fuerza particular, levantada con su propia gente; los soldados que han partido no miran a otro sitio que a vosotros puesto que han sido organizados de manera conveniente para este único fin. Y 77 tras reclutar a los más competentes de todos los lugares del Imperio, alcanzasteis esta ganancia no menor: pues no creéis que haga falta que los seleccionados por su naturaleza como los mejores y aquellos que sobresalen por su forma física se entrenen para las fiestas y las competiciones premiadas con coronas, sino que, a aquellos que tendrán que luchar en los más importantes y definitivos trabajos y resultar vencedores en cuantas victorias en beneficio del Imperio participen por suerte, se les reuna para la ocasión y que, habiendo sido convocados como los más grandes y los más adecuados de entre todos, no se entrenen con mucho tiempo de antelación para que en el mismo momento en que formen dominen. Entonces, después de purificados y sepa- 78 rados de sus linajes los ⟨introdujisteis en⟩ la comunidad de los gobernantes, no sin los privilegios que he dicho [99], ni de tal manera que tuvieran más envidia de los otros que permanecen en la ciudad puesto que al principio no eran del mismo rango, sino de manera que éstos recibieran la participación en el derecho de ciudadanía en calidad de recompensa. Así, cuando descubristeis esta innovación y la pusisteis en práctica así, los llevasteis a los confines del Imperio y, al distribuirlos allí, les asignasteis a cada uno la vigilacia de una parte determinada.

[99] Los derivados de la posesión de la ciudadanía romana.

79 Así mismo, habéis confeccionado planes y habéis pensado sobre las murallas. También merece ahora un comentario. Pues no se podría decir que la ciudad está desprovista de murallas a la manera arrogante de los lacedemonios, pero tampoco encerrada dentro de murallas a la manera esplendorosa de los babilonios o de alguna otra ciudad que, o bien antes o bien después, hubiese sido fortificada de manera tan magnífica, sino que habéis conseguido que la obra de fortificación de aquella ciudad quedara como un juego
80 de niños y, en verdad, como un trabajo de mujeres [100]. Pues considerasteis que era innoble y que no estaba en conformidad con el restante concepto del imperio trazar las murallas rodeando a la misma ciudad [101], como si la estuvieseis ocultando o huyeseis de los súbditos, en definitiva considerando que sería lo mismo que si un amo apareciera temeroso ante sus propios siervos. No obstante, no os habéis olvidado de las murallas, pero las trazasteis alrededor del Imperio y no de la ciudad. Y las levantasteis lo más lejos posible, espléndidas y dignas de vosotros, visibles para quienes están dentro del círculo [102], pero el viaje hacia és-

---

[100] HERÓDOTO, I 184-6 y DIODORO, II 7-10. Realmente un trabajo de mujeres puesto que las murallas de Babilonia fueron levantadas por Semiramis, que ocupó la regencia en Asiria en torno al 810 a.C.

[101] De hecho sí existían murallas en la ciudad, el muro serviano. No obstante éste había quedado superado por el crecimiento de la urbe.

[102] El texto, tal y como indica B. KEIL, *Aelii Aristidis...*, pág. 114, presenta dificultades. El editor proponía esta posibilidad: «visibles ⟨muy de cerca para los de fuera pero, por otro lado, también visibles⟩ para los de dentro del círculo». Reiske proponía trasformar en «⟨in⟩visibles para los de dentro». J. H. OLIVER, *The Ruling Power...*, pág. 937, mantiene la lectura de los manuscritos, pero en verdad no parece posible aceptarlo. Por último, C. BEHR, *The Complete Works...* vol. II, págs. 90 y 453, ofrece «digno de ser vistas por los de dentro».

tas, si es que alguien quiere verlas, ocuparía meses, e incluso años, si se inicia el viaje desde la ciudad. Pues más 81 allá del círculo más exterior de la ecúmene, sencillamente como en la fortificación de una ciudad, tras trazar un segundo círculo muy bien curvado y muy fácil de guardar, allí, habéis levantado las murallas y habéis construido ciudades fronterizas, unas en unos lugares, otras en otros, que habéis llenado de colonos, dotándolos de las provechosas artes y dotándolas de los otros adornos. Y el ejército acam- 82 pado rodea completamente este círculo como si fuera una trinchera, de manera que, si se hace el cálculo, el perímetro de este recinto no serían diez parasangas [103], ni veinte, ni poco más, ni cuanto se pudiera seguir diciendo, sino que es posible decir que todo cuanto encierran el territorio colonizado de Etiopía y, desde allí, el Fasis y el curso superior del Eufrates y, hacia el oeste, la última gran isla [104], todo esto es el círculo y el perímetro de las murallas. Estas 83 no se han construido con asfalto ni con adobe cocido, ni se levantan brillantes por el estuco, aunque también existen estos tipos convencionales de murallas en cada lugar y en gran número, tal y como Homero dice sobre el muro que rodea la casa, «construidas con piedras consistente y perfectamente encajadas, inmensas por su tamaño y con mayor brillo que el bronce» [105]. El círculo, mucho más grande 84

[103] Medida de longitud persa equivalente a unos seis Km. Aristides la utiliza deliberadamente para recalcar la diferencia de tamaño entre los imperios.

[104] Se escogen algunos lugares tópicos para señalar los cuatro puntos cardinales: Etiopía el Sur, el Fasis el Norte, el Eufrates el Este, y Gran Bretaña el Oeste. E. Norden, «Ein Panegyricus aus Augustus in Vergilis Aeneis», *Rh. Mus.* 54 (1899), 469-482.

[105] Homero, *Ilíada* XVI 212.

y magnífico, es completamente infranqueable por todos los lugares e indestructible, eclipsando con rotundidad a todos: de cuantos han existido ninguno ha sido tan firme. A estos muros los defienden hombres que no piensan en la fuga, con todos los instrumentos de guerra, unidos firmemente unos a otros por aquella armonía por la que estaban unidos los mirmidones, según dice Homero [106], asemejándose entonces al muro de la casa del que el poeta habló. Yelmos tan íntimamente unidos entre sí que no es posible que los dardos pasen por medio; escudos ajustados sobre las cabezas que podrían recibir paseos que se levantasen en el aire, tanto más firmes que los construidos en la ciudad, de manera que sería posible a los jinetes correr sobre ellos; en verdad se puede decir «que ves una llanura guarnecida en cobre», como reza aquel verso de Eurípides [107]. Corazas unidas entre sí de tal manera que, incluso si quisieras colocar a alguien desnudo en medio, le bastaría con que los escudos de los lados se encontrasen en medio. Y los dardos que caen como la lluvia del cielo atrapan a unos y otros. [Tales armonías os encierran y el círculo de fortificaciones en ca-
85 da punto y el supervisor de todo el mundo]. En otro tiempo, en efecto, Darío, junto con Artafernes y Datis, fue capaz de tomar, cogiéndola en una red, una única ciudad de una única isla [108]. Pero vosotros, si se me permite decirlo, metiendo toda la ecúmene en una red, así la preserváis por medio de éstos que a la vez son tanto ciudadanos como ex-

---

[106] HOMERO, *Ilíada* XVI 215.

[107] EURÍPIDES, *Las fenicias* 110-111.

[108] El suceso al que se refiere ocurrió en el año 500 a. C., cuando Datis, tras un sitio de seis días, consiguió tomar la ciudad de Eretria. Sus habitantes fueron deportados al interior de Persia. HERÓDOTO, VI 119.

tranjeros, a quienes, tal y como dije[109], tras haberlos elegido de entre todos, os llevais, haciendo nacer en los que se muestran valerosos la esperanza de que no se arrepentirán —pues no siempre el hombre capaz de ocupar el primer puesto saldrá de la nobleza, ni el segundo de entre los de segundo rango[110], ni de esta misma manera en las restantes categorías, sino que cada uno gozará de la dignidad de la que se haga merecedor, puesto que no son sus palabras sino sus obras las que allí distinguen a los buenos[111]—. Y les dais esta esperanza ofreciendo ejemplos clarísimos de todo esto, de manera que todos consideran la pereza como una desdicha, piensan en sus acciones como punto de partida de lo que desean, frente al enemigo dan muestras de una perfecta concordia pero compiten entre sí por la primacía durante toda su vida, y son los únicos hombres que suplican por encontrar enemigos. Así, cuando se considera el 86 entrenamiento y la organización del ejército, se creerá, en palabras de Homero[112], que, incluso si los enemigos fuesen diez veces más numerosos, éstos, puestos en fuga con rapidez, quedarían en un combate hombre contra hombre. Pero cuando se dirige la mirada a la manera en que se renuevan los contingentes y se procede al reclutamiento, se dirá y recordará la historia del egipcio cuando Cambises saqueaba las propiedades del campo y ultrajaba los tem-

[109] Cf. § 74.

[110] Los senadores y los caballeros.

[111] Sin duda Aristides estaba refiriéndose a las posibilidades de promoción social que ofrecía el ejército, especialmente porque para muchos centuriones significaba la puerta de entrada a la clase de los caballeros y a funciones de mayor responsabilidad.

[112] HOMERO, *Ilíada* II 372.

plos[113]. Este egipcio, poniéndose de pie sobre la muralla de Tebas, levantó un puñado de tierra y una copa con agua proviniente del Nilo, queriendo indicar con ello que mientras no pudiera trasladar a otra parte el mismo Egipto y su río, el Nilo, y no pudiera llevárselos arrastrándolos, nunca se apoderaría de la riqueza de los egipcios sino que, mientras permanecieran en su sitio, con rapidez ellos volverían a tener tales bienes y jamás la riqueza abandonaría Egipto. Es posible pensar y decir esto mismo también sobre vuestro ejército, que, mientras no puedan levantar la tierra de sus fundamentos y hacerla desaparecer tras haberla vaciado, y que mientras sea forzoso que la ecúmene permanezca en su sitio, es imposible que carezcáis de vuestro numeroso ejército, sino que contáis con todos los efectivos que queréis, 87 llegados de todo el mundo. Y en lo que se refiere a la táctica militar habéis hecho parecer a los demás hombres niños[114]. Pues no ordenasteis a los soldados y a sus jefes ejercitarse en ellas sólo contra los enemigos, sino, en primer lugar, contra ellos mismos, de manera que todos los días viven en formación de combate y nunca abandona ninguno el puesto que se les haya confiado, sino que, como en un coro eterno, cada uno conoce y mantiene su posición, y por esto el inferior no envidia al que posee mayor rango, sino que go- 88 bierna a la perfección sobre aquellos a quienes supera. Por mi parte estoy disgustado con aquellos otros que se adelantaron a decir de los lacedemonios que, salvo para unos pocos, el ejército era para ellos ser jefes de jefes[115], pues

---

[113] Cambises, el segundo rey persa, conquistó Egipto en 525 a. C. La historia que aquí se relata no aparece en ninguna otra fuente antigua.

[114] Durante el reinado de Adriano se introdujeron importantes novedades tácticas.

[115] Tucídides, V 66, 3-4.

convenía haber reservado esta afirmación para vosotros y haberla pronunciado sobre vosotros en primer lugar; pero éste la profirió antes de lo debido. En efecto, el ejército lacedemonio parece ser tan poco numeroso que no es improbable que todos manden. Pero entre tan importante número de reemplazos y linajes, de los que no es nada fácil averiguar el nombre, empezando por ese único hombre que todo lo examina en detalle y todo lo controla, provincias, ciudades, campamentos, a los mismos generales, y terminando en aquel que manda sobre cuatro, o sobre tan sólo dos hombres —saltándome todos los niveles intermedios—, y como la madeja que siempre va de un mayor a un menor número de hilos, así también se ramifican los miembros de vuestro ejército, unos al mando de otros, siempre puestos en orden, hasta el final. ¿Cómo no va a estar por encima de cualquier orden humano? Se me ocurre citar el siguiente 89 verso homérico, pero cambiándolo un poco al final:

así debe ser por dentro el imperio de Zeus Olimpio[116].

Pues cuando se gobierna sobre tantos hombres, cuando sus ministros y legados, mucho peores que él pero mucho mejores que aquellos de quienes están encargados, en silencio dan cumplimiento a todas sus órdenes sin confusión ni desorden, cuando la envidia está ausente, cuando todo por todas partes está lleno de justicia y respeto[117], y cuando el fruto de la virtud no escapa a nadie, ¿cómo no va a tener sentido este verso?

---

[116] HOMERO, *Odisea* IV 74. Aristides cambia la palabra final *aulḗ*, palacio, por otra métricamente equivalente, *archḗ*, imperio.

[117] Son los dos componentes básicos del sistema político, PLATÓN, *Protágoras* 320c-322d.

90 Me parece que habéis dotado a esta ciudad de una constitución sin parangón con ninguna de las constituciones humanas. Al principio parecía que tres eran las formas constitucionales de la humanidad; de éstas, dos, a su vez, bajo dos nombres, cada una vista según las maneras de quienes las poseían, tiranía y oligarquía, realeza y aristocracia. La tercera tiene por nombre democracia, ya sea bien o mal conducida [118]. Las ciudades han recibido una u otra, según haya prevalecido para ellas la elección o el destino. Pero vuestro gobierno en absoluto es semejante a éstos, sino que es como una mezcla de todas las constituciones sin lo malo que hay en ellas. Tal es este tipo de constitución que ha prevalecido que cuando se mira a la fuerza del pueblo y cómo fácilmente alcanza todo lo que hubiese querido y pedido, se la creerá una democracia y que nada falta salvo aquello en lo que el pueblo se equivoca; pero cuando se contempla al Senado, que es quien actúa de consejo y posee las magistraturas, se creerá que no hay magistratura más perfecta que esta; pero mirando al supervisor y prítano [119] de todos los asuntos, de cuyas manos le es posible al pueblo alcanzar lo que desea y a los aristócratas mandar y tener poder, se ve en aquel hombre el poseedor de la más perfecta monarquía, libre de los males de la
91 tiranía y más grande que el rey más respetable [120]. Y no es ex-

[118] La distinción entre constituciones simples y mixtas y, dentro de las primeras, entre correctas y corruptas, se había convertido en un tópico retórico; cf. MENANDRO EL RÉTOR, 360, 5; K. VON FRITZ, *The Theory of the Mixed Constituion in Antiquity Nueva York* (1975) y C. CARSANA, *La teoria della costituzione mista nell'età imperiale romana,* Como, Biblioteca di Athenaeum 13, 1990. Cf. J. M. CORTÉS, «Tópicos literarios y realidad histórica: La Constitución Mixta según E. Aristides», *Kol.* 3 (1995), 125-139.

[119] Estos dos términos también los aplica ARISTIDES a Zeus (XLIII 29).

[120] Todo el pasaje está claramente influido por POLIBIO, VI 11-12. No obstante, y ante las diferentes circunstancias históricas, Aristides resalta el poder del príncipe como clave de la organización política.

traño que vosotros hayáis sido los únicos en organizar así estos asuntos y que hayáis considerado tanto los asuntos exteriores como los de la propia ciudad[121]. Pues vosotros solos sois los únicos gobernantes por naturaleza, podría decirse. Los demás, aquellos que ejercieron el poder con anterioridad a vosotros, convirtiéndose por turnos en dueños y esclavos mutuamente, y siendo herederos ilegítimos del imperio, se sucedieron así, cambiando de posición como en una noria: los macedonios fueron esclavos de los persas, los persas de los medos, los medos de los asirios[122]. Pero en cambio todos os conocen, desde que os conocen, como gobernantes. Puesto que sois libres desde el principio y es como si hubieseis nacido directamente para gobernar, preparásteis todo lo que a ello concernía de la mejor manera, descubrísteis una constitución como la que nunca nadie antes había establecido, y prescribisteis leyes divinas y una posición para cada uno a la que no se puede renunciar.

92 Quizás no peque de inoportuno si expongo en este momento una idea que desde hace mucho me viene rondando la cabeza y que con frecuencia me ha desconcertado, una idea que, aunque la tenía en la punta de la lengua, siempre la mantuve fuera del discurso hasta ahora. Pues en cuánto aventajáis a todos por la grandeza de todo el Imperio, por vuestra fortaleza, y por la concepción de vuestra constitución, figura entre lo ya dicho. Pero ahora me parece que nadie se equivocaría si dijese que todos los hombres del pa-

[121] Los espartanos también tuvieron una constitución mixta, pero ésta no contemplaba los asuntos exterirores, lo que la llevó al fracaso. POLIBIO, VI 48-50.

[122] De nuevo el motivo de la sucesión de los imperios; cf. § 15. Aunque los manuscritos son unánimes en decir sirios, es evidente que se trata de los asirios.

sado que gobernaron, incluso quienes lo hicieron sobre una gran parte de la tierra, gobernaron a sus pueblos como si 93 lo hicieran sobre sus mismos cuerpos desnudos [123]. Pues ¿cuándo ha habido tantas ciudades en el interior del continente o a orillas del mar? O ¿cuándo han estado tan bellamente adornadas en todos los aspectos? ¿Quién de los que vivieron en aquellos tiempos pasados realizó un viaje de esta manera, contando las ciudades por días, y en el mismo día atravesando por dos o tres ciudades como si lo hiciera por barrios de una misma? De tal manera que los antiguos no sólo eran tan inferiores en los aspectos principales del imperio, sino que también donde gobernaron los mismos pueblos que vosotros, no gobernaron sobre cada uno de ellos como si fueran todos equivalentes e iguales, sino que es posible contraponer la organización tribal que entonces allí exitía a la ciudad que existe allí ahora. Y además se podría decir que aquéllos llegaron a ser como reyes de desiertos y de lugares fortificados, pero vosotros sois los únicos que gobernáis sobre ciudades [124].

94 Ahora todas las ciudades griegas se levantan apoyadas en vosotros, y los monumentos que hay en ellas, las artes y todos los adornos, redundan en vuestro honor como el adorno en un suburbio. Se han llenado las costas, las riberas y las tierras interiores con ciudades, unas fundadas, otras

---

[123] B. Keil, *Aelii Aristidis...*, pág. 119 y C. Behr, *The Complete Works...* vol. II, pág. 94 consideran que aquí exite una laguna. En cambio J. H. Oliver, *The Ruling Power...*, pág. 944 desestima esta posibilidad, siendo ésta la opción que hemos elegido.

[124] Adriano desarrolló una intensa actividad urbanizadora en el oriente, y el propio Aristides se vio afectado directamente por ella, pues el emperador fundó una ciudad, Hadriani, en el territorio tribal donde había nacido. D. Magie, *Roman Rule...*, págs. 611-629.

acrecentadas en vosotros [125] y por vosotros. La disputada 95 Jonia, liberada ahora de guarniciones y sátrapas, se ofrece a todos como caudilla de la belleza, pues cuanto antes parecía superar en gracia y adorno a los otros pueblos, tanto ahora ella se ha superado a sí misma. La venerable y gran ciudad de Alejandro, sita junto a Egipto, se ha convertido en el adorno de vuestra hegemonía, como un collar o una pulsera, entre otros muchos bienes, de una mujer adinerada. Pasáis la vida cuidando de los griegos como se hace 96 con los ayos [126], extendiendo por encima las manos y levantando a quienes yacen muertos, dejando ir como libres y autónomos [127] a los mejores de ellos y a los que en otro tiempo fueron sus caudillos [128], pero guiando a los restan-

---

[125] La totalidad de los traductores interpretan *eph' hymôn* como «bajo el mando romano». Más bien parece que quiere decir «apoyándose en los romanos». De esta idea, las ciudades que se sostienen en Roma, existe un reflejo iconográfico de época de Adriano: un grupo de estatuas del emperador vestido con la coraza, en la que se ve a Atenea de pie sobre la loba romana y acompañada por dos victorias. Cf. C. C. VERMEULE, *Roman Imperial Art in Greece and Asia Minor*, Cambridge-Massachusetts, Harvard Univ. Press, 1968, pág. 254 y láms. 137 y 138. Evidentemente no se debe interpretar como la supremacía de Atenas sobre Roma, sino como que es esta última la que ha levantado la ciudad del Ática y le sirve de apoyo, tal y como afirma Aristides.

[126] Esta idea también aparece en E. ARISTIDES, I 332. De esta manera consigue Aristides que los griegos no ocupen una posición pasiva dentro del Imperio, sino que se les considere como los educadores de los romanos, como en muchos aspectos lo fueron, y que se les estime por ello, aunque hayan perdido mucha de su gloria.

[127] Uno de los lemas políticos más difundidos de la cultura griega, J.-L. FERRARY, *Philhellénisme et impérialisme*, págs. 45-222.

[128] Las ciudades que obtuvieron el estatuo de libertad bajo el Imperio Romano fueron: Atenas, Esparta, Rodas, Delfos, Pérgamo, Mileto, Bizancio, etc. No obstante este estatuto privilegiado podía perderse, tal y como le ocurrió a Cícico, V. CHAPOT, *La Province Romaine Proconsulaire d'Asie*, París, 1904, pág. 59, n. 6, y 115.

tes con comedimiento y con mucha consideración y prudencia. Educáis a los bárbaros conforme a la naturaleza propia de cada uno de ellos, es decir, mansa o severamente, como conviene para no ser inferiores a los domadores de caballos, ahora que sois jefes de hombres, sino que exa-
97 mináis sus naturalezas y los guiáis conforme a éstas. Pues como si se estuviera celebrando un festival, toda la ecúmene se ha despojado de su antiguo atavío, el de hierro, y se ha vuelto hacia la belleza y hacia todos los placeres con plena libertad. Todas las restantes rivalidades han desaparecido de las ciudades [129] salvo una única disputa [130] que invade a todas: cómo cada una de estas ciudades puede aparecer como la más bella y la más placentera. Todo está lleno de gimnasios, fuentes, propileos, templos, obras de arte, escuelas, y sabiamente es posible decir que la ecúmene, que había estado enferma desde el principio, se ha re-
98 cobrado. Nunca cesan de llegar de vuestras manos regalos a las ciudades, ni tampoco es posible determinar quiénes han recibido dones mayores, puesto que vuestra filantropía
99 es igual para todos [131]. Las ciudades relucen con brillo y encanto, y toda la tierra está engalanada como un jardín. Los

---

[129] De nuevo esta afirmación exige una matización. Es cierto que las guerras entre ciudades habían desaparecido, pero en cambio subsitía la rivalidad entre ellas que se expresaba ahora por otros cauces; cf. F. GASCÓ, *Ciudades griegas en conflicto*.

[130] HESÍODO, *Trabajos y días* 11-26, distiguía dos clases de Érides o Disputas, una mala que promueve la lucha y otra buena que promueve la emulación. A ésta última se refiere Aristides.

[131] Esto no es más que un deseo de buena voluntad expresado por Aristides, puesto que la obtención de mayores favores imperiales era uno de los motivos de rivalidad entre las ciudades; cf. F. GASCÓ, *Ciudades griegas en conflicto*, págs. 87-92.

vapores que se levantan de los campos y las antorchas de señales, tanto las amigas como las enemigas, se han marchado más allá de la tierra y del mar, como si una brisa las hubiese arrojado fuera. En su lugar han llegado toda clase de espectáculos agradables y un número desconocido de juegos de manera que, como un fuego sagrado y eterno, las celebraciones nunca terminan sino que con el tiempo se van trasladando de sitio y siempre hay en alguna parte, pues todos son dignos de ello [132]. Así, aquellos que viven fuera de vuestra hegemonía, si es que hay alguien, sólo son merecedores de compasión por haber sido privados de tales bienes.

100 Y en efecto, lo que todos dicen, que la tierra es la madre y la patria común de todos, vosotros lo habéis demostrado de la mejor manera [133]. En efecto, ahora es posible tanto a un griego como a un bárbaro, llevando sus posesiones o sin sus bienes, viajar a donde quiera con facilidad, como quien pasa sin más desde su patria a su patria. Y ni las Puertas Cilicias [134] causan miedo, ni los desfiladeros y caminos arenosos que, atravesando Arabia, se dirigen a Egipto, ni las montañas inaccesibles, ni la infinita grandeza de los ríos, ni las insondables tribus bárbaras, sino que para gozar de seguridad basta con ser romano, o mejor, uno de los que están bajo vuestra autoridad. 101 Y tras haber medido toda la ecúmene, ponteado los ríos con viaductos de to-

[132] La política imperial de fomentar los festivales estaba destinada a mantener el espíritu del helenismo. J. H. Oliver, *The Ruling Power...*, pág. 949.

[133] Plutarco, *Sobre la fortuna de Alejandro* 329 a-d. Alejandro Magno fue el primero que dio una base sólida a la doctrina estoica de la unidad de la humanidad.

[134] Un paso de montaña en el Tauro.

das las clases, devastado las montañas para que fuesen aptas para el paso de los carruajes, cubiertos los desiertos con postas, y tras haber civilizado toda la tierra con vuestra manera de vivir y vuestro orden, vosotros habéis convertido en realidad lo que Homero dijo: la tierra común para todos [135]. De manera que me figuro que la vida antes de que llegaseis vosotros era el mismo género de vida que se considera que existía antes de Triptólemo [136], es decir, dura, ruda, no muy distante del modo de vida montañés. Aunque la ciudad de Atenas dio comienzo a la actual vida civilizada, ésta ha sido confirmada por vosotros, que vinisteis en segundo lugar, dicen, pero que sois 102 mejores. Ahora no hay necesidad de componer una descripción de la tierra, ni de enumerar las leyes que cada pueblo utiliza [137]. Vosotros os habéis convertido en los geógrafos comunes para todos al haber abierto todas las puertas de la ecúmene, haber dado la oportunidad a quienes quieran de convertirse en los testigos oculares de todo, haber establecido leyes comunes para todos, haber puesto fin a aquellas condiciones previas, divertidas cuando se describían, pero intolerables, si se tienen en cuenta desde el punto de vista de la razón, al haber establecido normas matrimoniales comunes [138], y al haber organizado toda la ecúmene como una sola casa.

---

[135] Homero, *Ilíada* XV 193.

[136] Triptólemo, hijo adoptivo de Deméter, fue el encargado de difundir por todo el mundo la agricultura iniciando así la vida civilizada. Arístides lo utiliza en el I 36, para defender la supremacía de Atenas. Roma ahora recoge el testigo de la cultura helénica y lo lleva a sus últimas consecuencias; cf. I 324.

[137] Aristóteles, *Retórica* I 4, 13, indicaba la utilidad de ambos tipos de estudio.

[138] La difusión de la ciudadanía romana, que iba a compañada del derecho a un matrimonio legítimo, dejaba sin sentido la legislación mucho más restrictiva de las ciudades griegas. Cf. J. H. Oliver, *The Ruling Power...*, págs. 947-948.

Sencillamente, como dicen los poetas[139], antes del imperio de Zeus todo estaba repleto de discordia, confusión y desorden, pero cuando Zeus alcanzó el imperio, todo fue puesto en orden y los Titanes[140] retornaron a las profundidades más hondas de la tierra, empujados por Zeus y por los otros dioses que con él estaban. Así también, teniendo en cuenta lo que ocurría antes de vuestro dominio y lo que ocurre ahora bajo él, se podría creer que antes de vuestro Imperio la confusión reinaba de norte a sur y que el azar era el guía, pero que, cuando vosotros os pusisteis al mando, los desórdenes y las disensiones cesaron, y el orden total y una luz brillante[141] se apoderaron de la vida y del régimen político, las leyes se hicieron visibles, y los altares de los dioses recibieron la fe de los hombres. Pues antiguamente arrasaban la tierra como si castraran a sus padres, y no devoraban a sus hijos[142], pero aniquilaban a los hijos de unos y otros, e incluso los suyos propios, en sus enfrentamientos civiles, incluso ante los templos[143]. Pero ahora una universal y manifiesta garantía ante todos los pe- 103 104

---

[139] En PLATÓN, *Banquete* 197 B.

[140] Los Titanes, como los gigantes con quienes con frecuencia se confunden, representan la fuerza bruta. Su derrota suponía el acto final de la creación del mundo, la derrota definitiva del caos y el triunfo de la vida civilizada. Este tema, a partir del reinado de Domiciano, pasó a formar parte de la iconografía imperial, especialmente referido a las guerras con el norte. J. R. FEARS, «The Cult of Virtues and Roman Imperial Ideology» *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* II 17, 2 (1981), págs. 816-819.

[141] Es decir el reinado de la ley en lugar de un gobierno arbitrario o la tiranía; cf. TÁCITO, *Agrícola* 44; J. H. OLIVER, *The Ruling Power...*, pág. 948.

[142] Las comparaciones se establecen con el comportamiento de Cronos, quien castró a su padre, Urano, y devoraba a sus hijos.

[143] Aristides está haciendo referencia a acontecimientos como el de Cilón en Atenas; cf. HERÓDOTO, V 71 y TUCÍDIDES, I 126.

ligros se ha otorgado a todos, tanto a la tierra como a quienes la habitan. Y me parece que los hombres han descubierto todos los medios para dejar de sufrir males y para ser bien gobernados, y que los dioses, contemplándolo todo desde arriba, en su benevolencia dirigen bien el Imperio junto con vosotros, y han confirmado vuestra posesión del
105 mismo: Zeus, porque cuidáis bien de su bella obra, según se dice, la ecúmene; Hera, que es honrada porque los matrimonios tienen lugar bajo el imperio de la ley; Atenea y Hefesto, por la estima en que son tenidas las artes; Dioniso y Deméter, puesto que sus frutos no son deshonrados; Posidón, puesto que su mar está limpio de batallas navales y ha trocado las trirremes por navíos de carga. Los coros de Apolo, Ártemis y las Musas nunca dejan de ver a sus sirvientes en los teatros. Hermes no carece ni de juegos ni de embajadas y Afrodita no carece ni de simientes ni de gracias. ¿Cuándo hubo un momento más favorable, o cuándo las ciudades tuvieron una mayor porción de estas bendiciones? Las mercedes de Asclepio [144] y de los dioses egipcios [145] ahora han aumentado abundantemente entre los hombres. Sin embargo, tampoco Ares ha sido deshonrado por vosotros, y no

---

[144] Es difícil ver aquí una muestra de la devoción particular de Aristides. El sofista no se vinculó con Asclepio hasta despúes de su vuelta a Roma, cuando el dios directamente lo llama a Pérgamo, XLVIII 5-7.

[145] En cambio sí estaba más vinculado con los dioses egipcios, Isis y Serapis, puesto que inmediatamente antes del viaje a Roma había estado en Egipto. Pero impide una datación tardía del discurso tal y como quiere C. Behr *(Aelius Aristides,* pág. 88-89), puesto que en 155 ya se había separado de estos dioses; cf. C. Behr, «Aristides and the Egyptian Gods», *Hommages a Maarten Vermaseren,* vol I, Leiden, 1978, págs. 13-24. Posiblemente lo único que está reflejando el sofista es la difusión efectiva que ambos cultos tenían, especialmente en Roma, F. Cumont, *Las religiones orientales y el paganismo romano* Madrid, Akal, (1987).

hay temor a que lo trastorne todo al resultar despreciado, como en el banquete de los Lápitas[146], sino que a orillas de los ríos que están fuera de vuestro Imperio[147] baila la danza incesante, manteniendo sus armas limpias de sangre. Helio, que todo lo observa no ha visto junto a vosotros ningún acto ni violento ni injusto, ni aquellas otras cosas que fueron frecuentes en los tiempos anteriores, de manera que con razón observa complacido vuestro Imperio.

106 Me parece también que, si Hesíodo hubiese sido tan perfecto como Homero en materia poética y hubiese estado dotado del arte de la profecía como aquél, que no desconocía que vuestro Imperio habría de existir sino que lo previó y lo anunció en voz alta en sus versos[148], así, como ahora, no habría empezado sus genealogías por el linaje de oro[149], ni, si hubiese empezado por este principio, al hablar sobre el final del linaje de hierro habría dicho que la destrucción tendría lugar

cuando al nacer sean de blancas sienes[150],

[146] Pirítoo, rey de los Lápitas, invitó a su banquete de bodas a los centauros y a todos los dioses excepto a Ares. Enfadado el dios, ocasionó la disputa entre ambos; cf. SERVIO, *Com. a Virg., En.* VII 304; A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica,* págs. 310-314.

[147] El Rhin, Danubio y Eufrates, ríos que sirven de frontera al Imperio.

[148] Referencia a HOMERO, *Ilíada* XX 307-308: «pero el fuerte Eneas reinará sobre los troyanos y luego los hijos de sus hijos que sucesivamente nazcan»; cf. P. BOYANCÉ, «Les origines de la légende troyanne de Rome», *Rev. Étud. Anc.* 45 (1943), 275-290.

[149] Es decir, Hesíodo debería haber terminado su genealogía por la Edad de Oro, que había sido proclamada por Adriano en 121.

[150] HESÍODO, *Trabajos y días* 181.

sino que habría dicho que el linaje de hierro sobre la tierra perecería tan pronto como vuestro mando e imperio se hubiesen establecido, hubiese permitido a Justicia y a Respeto[151] volver a vivir entre los hombres, y se hubiera compadecido de quienes vivieron antes que vosotros.

107 En efecto, vuestras instituciones, que verdaderamente han sido introducidas por vosotros, siempre han gozado de honores y han sido en conjunto aún más firmemente consolidadas. El gran magistrado actual, como un campeón, claramente aventaja tanto a sus antepasados que no es fácil decir cuánto aventaja a los demás hombres. En verdad se podría decir que lo que este emperador decreta es justicia y ley[152]. ⟨Es posible⟩ ver con claridad, y antes que cualquier otra cosa, que tiene asociados en el Imperio, como si fueran sus hijos naturales, semejantes a él, y que son más numerosos que los de cualquiera de sus predecesores[153].

108 Pero esta prueba, hacer un discurso semejante en grandeza al Imperio, era desde el principio la más grande todas[154] y

[151] *Díkē* y *Aidṓs* son los dos componentes del sistema político, cf. § 89. En Hesíodo, *Trabajos y días* 196, tras la destrucción del linaje de hierro, Némesis y Aidós abandonaban la tierra para irse a vivir con los dioses.

[152] Subyace aquí la idea del emperador como Ley Viviente.

[153] Tanto J. H. Oliver, *The Ruling Power* págs. 952-953 como C. Behr, *The Complete Works*, II pág. 378, n. 140, piensan que el autor no se está refiriendo a los hijos adoptivos de Antonino, Marco Aurelio y Lucio Vero, sino a la administración imperial, puesto que otros emperadores anteriores tuvieron también hijos asociados al poder, p. ej. Vespasiano. En cambio yo pienso que efectivamente se podía estar refiriendo a los herederos al trono: en primer lugar porque al hablar de sus ancestros, se restringe a la dinastía que empezó con Nerva y Trajano, y en segundo lugar, y lo que es más importante, porque estaba prevista una sucesión doble, algo absolutamente insólito en la historia del Imperio.

[154] Cf. § 2.

habría requerido aproximadamente del mismo tiempo del que el Imperio requiere: toda la eternidad. Lo mejor es que, como los poetas de ditirambos y peanes, acabemos el discurso añadiendo una plegaria [155]: ¡Que todos los dioses y 109 los hijos de los dioses [156] sean invocados y que permitan que este Imperio y esta ciudad florezcan por toda la eternidad y que no cese antes de que los lingotes de metal candente floten en el mar [157] y los árboles dejen de florecer en primavera! ¡Que el gran gobernante y sus hijos [158] se mantengan sanos y salvos y presidan los bienes para todos! Mi aventura ha terminado. Pero a vosotros os toca decidir si ha tenido éxito o ha fracasado.

---

[155] PÍNDARO, *Peán* II 105 ss.

[156] Aquí Aristides se está refiriendo a los héroes, hijos de dioses, pero no dioses ellos mismos, alguno de los cuales, especialmente Hércules, era protector del Imperio.

[157] HERÓDOTO, I 165.

[158] Antonino Pío y sus dos hijos adoptivos, Marco Aurelio y Lucio Vero.

XXVII

PANEGÍRICO EN CÍCICO SOBRE EL TEMPLO

INTRODUCCIÓN

El año 166 significa para Aristides la recuperación de su carrera como orador público. En el verano del año anterior había caído enfermo contagiado por la epidemia que los ejércitos del Emperador Lucio Vero trajeron de Partia [1]. Ello le había impedido participar en las celebraciones de la victoria. Él, siguiendo las órdenes de Asclepio, su señor, se había refugiado e Misia [2], donde soñaba con recuperar su papel público [3]. Así, tan pronto como cierta mejoría en su estado de salud se lo permitió, decidió emprender camino hacia Cícico, donde se iba a celebrar una gran fiesta con motivo de la reinauguración de su gran templo [4].

---

[1] Cf. XLVIII 37-38. La nueva enfermedad de Arístides significa el fin del periodo de seguridad concedido por los dioses, cf. XLVIII 18. Sobre la epidemia, cf. J. F. GILLIAM, «The plague under Marcus Aurelius», *Amer. Journ. Phil.* 82 (1961), 225-251; M. L. LITTMAN, «Galen and the Antonine Plague», *Amer. Journ. Phil.* 94 (1973), 243-255 y J. M. CORTÉS, *Elio Aristides,* págs. 128-135.

[2] Cf. LI 1-10. Ya una vez en su casa paterna y a principios del año 166 volvió a caer enfermo al menos durante dos meses, cf. XLVII 5-58.

[3] Sobre sus sueños de participación pública, cf. XLVII 9, 16, 23, 33, 36-39, 46-50.

[4] La fecha de finales del verano de 166 para el primer viaje a Cícico depende de LI 11; cf. C. BEHR *Aelius Aristides* pág. 100-101.

Este templo, dedicado en principio a Zeus y que figuró entre las maravillas del mundo [5], se había empezado a levantar unos trescientos años antes, pero problemas presupuestarios impidieron su terminación. Durante el reinado de Augusto se intentó terminarlo, tal y como se intentó también terminar el templo de Zeus Olimpio de Atenas. Pero, de nuevo, los importantes gastos que suponía frustraron el proyecto. La paralización de las obras le supuso a la ciudad la pérdida de la libertad de manos del sucesor de Augusto, Tiberio [6]. Ya en los inicios del reinado de Adriano, la ciudad fue asolada por un terrible terremoto, y, entre las partida que el emperador dispuso para la reconstrucción de la ciudad, se encontró dinero para terminar definitivamente el templo. La ciudad recibió el título de Neocora, incluyó el adjetivo Adriana en su denominación oficial, e inauguró unos juegos pentetéricos consagrados al emperador filoheleno.

Años más tarde, ya bajo el reinado del Antonino Pío, posiblemente entre 150 y 155, un nuevo terremoto destruyó la obra que tanto tiempo y esfuerzo había costado levantar [7]. En esta ocasión fue la provincia la encargada de volver a levantar el templo [8]. Estas obras estuvieron acabadas en el año 166, momento en el que se vuelve a inaugurar el templo organizándose una gran fiesta que se aprovecha para conmemorar la victoria sobre el enemigo oriental.

---

[5] Cf. Malalas, XI 279 Bonn y *Antología Palatina* LX 656.

[6] Cf. Dión Casio, LVII 24; Tácito, *Anales* IV 36, 2; D. Magie, *Roman Rule...* págs. 474 y 503.

[7] Cf. Dión Casio, LXX 4. D. Magie, *Roman Rule...* pág. 1472 s.

[8] Esto es lo que se deduce de una inscripción referida al templo, *Inscrip. Graec. Res Roman. Pert.* IV 140. T. Reinach, «Lettre à M. le Commandeur J. B. de Rossi au sujet du temple d'Hadrien à Cyzique», *Bulletin de Correspondance Hellénique* 14 (1890), págs. 531-534.

El templo era absolutamente excepcional. Con columnas de veintiún metros de altura, se convertía en el templo más alto de toda la Antigüedad [9]. Octástilo y períptero, la pronaos y el opistodomo se habían sustituido por sendas columnatas, dando la impresión de un bosque de mármol. Su interior era igualmente sorprendente. Estaba dividido en tres niveles, uno subterráneo, con una red de galerías que es prácticamente el único resto que hoy subsiste, la cella a nivel del suelo en la forma tradicional de los templos griegos, y una balaustrada sostenida por columnas a lo largo de toda la nave, desde la que se podía asistir al culto.

Como se ha dicho, el santuario estaba consagrado a Zeus, al que acompañaban los otros dioses olímpicos [10]. Pese a algunas noticias confusas que han llegado sobre él, no se puede pensar que el propietario del templo fuese el emperador Adriano divinizado, aunque es evidente que su vinculación con el templo fue muy estrecha: su nombre aparecía inscrito en el frontón y existía allí una estatua colosal de su persona [11]. Más bien, Adriano ocuparía una posición de asociado a los dioses, a la manera en que era adorado en el templo de Zeus Olimpio de Atenas [12]. Constituiría

[9] Superaba al templo de Baalbek con 19 m. y al Olimpeion de Atenas con 17 m.

[10] La presencia de los otros dioses la atestigua Arístides, cf. §§ 14, 20, 40. Ciríaco de Ancona, un viajero del Renacimiento que conoció el templo, afirmaba que el frontón estaba presidido por una imagen de Zeus acompañado de otras estatuas, los Olímpicos. T. REINACH, «Lettre à M. le Commandeur...», *Bulletin de Correspondance Hellénique* 14 (1890), págs. 527 y 544.

[11] Así informa MALALAS, XI 279 DINDORF. La inscripción con el nombre del emperador es recordada por Arístides, cf. § 22.

[12] Cf. J. BEAUJEU, *La religion romaine à l'apogée de l'empire*, I París, 1966, págs. 176-178 y P. GRAINDOR, *Athènes sous Hadrien*, El Cairo, 1934, págs. 140-142 y 218-225.

el templo el reflejo plástico de la teoría dominante del poder imperial: la asociación divina y la heroización del emperador [13].

Aristides, en un discurso para el que apenas tuvo tiempo de prepararlo [14], desvía el interés desde la ciudad, sus edificaciones y el templo, hacia los emperadores. El sofista convirtió su obra en una muestra de veneración de la pareja imperial, a la que alaba, exaltando la concordia que entre ellos existe y todas las virtudes que poseen. Al final, dirige su atención a los griegos para exhortarles a restituir la concordia interciudadana e interprovincial, de manera que acerquen su comportamiento al que los emperadores desean. Este asunto lo desarrolló por extenso en un discurso posterior, XXIII.

La edición utilizada ha sido la de B. Keil, y se han introducido algunas correcciones de editores anteriores o sugerencias hechas por C. Behr.

	Edición de B. Keil	Lectura Adoptada
12	τῶν μεγίστων [νήσων] Κρήτης καὶ Σικελίας	τῶν μεγίστων νήσων Κρήτης καὶ Σικελίας, Behr
14	οὐ πόρρω τῆς 'Αθηναίων πόλεως, ... τὸ μὴ τῇ συγγενείᾳ χρῆσθαι πρὸς τὸ βέλτιστον	οὐ πόρρω τῆς 'Αθηναίων πόλεως, ⟨ὥσ⟩τε μὴ τῇ συγγενείᾳ χρῆσθαι ⟨ἢ⟩ πρὸς τὸ βέλτιστον, Reiske

[13] S. R. F. Price, *Rituals and Powers. The Imperial Cult in Asia Minor,* Cambridge, 1984, págs. 154-5.

[14] El discurso lo preparó en el camino a Cícico, LI 16. Por ello en § 3 dice que estaba improvisando si no al declamar sí cuando escribió la obra.

	Edición de B. Keil	Lectura adoptada
31	ὥς † ἄν μάλιστα ἐκείνων παῖδες κατ᾽ εὐχὴν ἐγένοντο †	ὥς ἄν μάλιστα ἐκεῖνοι παῖδες κατ᾽ ᾠδὴν ἐγένοντο, Behr
33	παρείχοντο ὀνομάζειν τοῖς ἔξω	παρείχοντο ὀνομάζειν [τοῖς ἔξω], Cortés
41	οὐδ᾽ ὑπηρετῶν... οὐδὲ	οὐδ᾽ ὑπηρετῶν ⟨πλήθη μισθουμένους⟩ οὐδὲ, Keil en aparato.

XXVII. PANEGÍRICO EN CÍCICO SOBRE EL TEMPLO

Todo el mundo tiene, según me parece, motivos suficientes para hablar en la presente ocasión: pues, si alguna ciudad griega es digna de nuestra atención, esa ciudad es ésta, la obra[1] por la que se realiza la fiesta es la más grande de las que se presentan a la vista de los hombres, y estos tiempos son los mejores y los más perfectos de cuantos han sido. Mi motivo también es muy evidente y constituye una de las costumbres de nuestra vida. Pues Asclepio me manda hablar[2], de manera que no me es posible tener en cuenta la enfermedad del cuerpo[3] ante una orden del mismo Salvador, ni temer que la grandeza del asunto no permita conseguir el éxito con facilidad, sino que, como decía Píndaro, «una vez que dios ha mostrado el comienzo, no

1

2

[1] El templo de Zeus en Cícico.

[2] Cf. E. Aristides, LI 11 ss. Es un tema común en Aristides, cómo Asclepio se convierte en su maestro de retórica indicándole dónde y cuándo debe declamar; cf. C. Behr, *Aelius Aristides,* pág. 46.

[3] En este caso no se trata de una excusa retórica puesto que acababa de salir de un penosa enfermedad, la epidemia traída de oriente por el ejército de Vero. Cf. E. Aristides, XLVIII 37-43.

existe obstáculo alguno»[4]. Además no experimentamos ahora por primera vez su poder, sino que antes también, en medio de numerosas e importantes dificultades, descubrimos en nosotros mismos, y no en otros, cuánta capacidad de aliviarnos le resta incluso en circunstancias que parecían ser completamente insalvables, para no recordar aquéllas
3 difíciles pero no necesariamente desesperadas. Así yo, hasta tal punto llego a creer que soy objeto de cuidado del Otro, que no sé en qué manera improviso y, en verdad, y si no lo hago completamente al declamar, sí al menos lo hice cuando escribía[5]. Pues no he sabido lo que debía decir antes de que lo tuviese que decir efectivamente; pero el que me lo ha ordenado es más grande para mí que cualquier
4 preparación. Pienso que no tengo la misma actitud sobre los grandes asuntos que sobre los mares. Pues por una parte, cuanto mayor es el mar tanto más miedo produce. Pero por otra, en los grandes asuntos es donde se encuentra ayuda, pues es como tomar amarre por muchas partes, de manera que, si no se es completamente desafortunado, es posible evitar la impresión de que totalmente se yerra.

5 Creo que incluso alguno de los hiperbóreos[6] ha oído hablar del oráculo sobre Cícico y del testigo de la felicidad de la ciudad, quien para las otras ciudades es sagrado intérprete, pero que para esta ciudad es también jefe fundador[7]. Pues erigió las otras ciudades por medio de los fun-

---

[4] Píndaro, frag. 108. Cf. E. Aristides, XXXI 1.

[5] Las circunstancias de la composición del discurso aparecen relatadas en LI 16. Su incapacidad para la improvisación era notoria; cf. Filóstrato, *Vidas de los sofistas* 581-582.

[6] Habitantes legendarios del lejano Norte.

[7] Apolo es el fundador de Cícico. El oráculo posiblemente es el que aparece en el escolio a Apolonio de Rodas, 955-959.

dadores que envió a cada lugar, pero de ésta él mismo fue directamente el fundador. De tal manera que ¿cómo no es dichosa Cícico, cuando ha tenido tal principio y puede remontarse al que es a la vez su fundador y testigo? Uno se 6 podría dar cuenta en seguida, con sólo dirigir la mirada a su situación geográfica y a toda su naturaleza, que el dios le dio el título que le convenía [8]; así son los bienes procedentes de la tierra y el mar. Está colocada delante del Asia, empezando como una isla pero orientada hacia el continente [9], de un lado puesto el Ponto Euxino como defensa, del otro el Helesponto, siendo punto de unión de ambos mares o, mejor, de todo el mar en el que los hombres navegan. Nunca faltan marineros que navegen hacia ésta, en torno a ésta, y hacia su puerto [10]. Unos son llevados con viento favorable surcando la superficie del mar hacia el piélago a través de las islas de la ciudad, mientras que otros suben y bajan las olas en dirección a ella. Y con todo, si a 7 los poetas les pareció conveniente llamar Feliz a la ciudad de Corinto [11], porque colocada en el istmo recibe a los que cruzan desde ambos lados del Peloponeso [12], en verdad a ésta también le conviene con claridad este título [13]. Pues, colocada en medio del mar, conduce a todos los hombres al

[8] *Eudaímona*, «Feliz».

[9] Si en tiempos prehistóricos Cícico fue una isla, durante toda la Antigüedad fue una península.

[10] Cf. E. Aristides, XXVI 13.

[11] Cf. E. Aristides, XLVI 22. Dión, XXXVIII 13, recoge el oráculo de la Sibila. Cf. J. B. Salmon, *Wealthy Corinth*, Oxford, O. U. P., 1984.

[12] Esta mención al Peloponeso parece dudosa, puesto que en verdad se esperaría que se refiriese a ambos lados del Istmo.

[13] La prosperidad de Cícico aparece descrita en D. Magie, *Roman Rule...*, págs. 81 y 901, n. 116.

mismo lugar, acompañando a los que pasan del mar interior al exterior y viceversa, como si fuese el ombligo del mun-8 do entre Gades y el Fasis [14]. A otras islas, creo, también les ha sucedido que están situadas en medio de un mar absolutamente generoso, y Homero, al elogiar a Creta, dijo que se encontraba situada «en medio del vinoso mar» [15]. Pero la localización de Cícico es más magnífica, pues no ocupa el centro de un único mar, más bien se puede decir que no sólo posee un único gran mar, sino varios. Por una parte hacia el Norte, arriba, una suerte de fuente y origen de todo mar navegable [16], hacia el Occidente un brazo de mar larguísimo y muy grato [17], en tercer lugar, en medio de estos dos, tanto por naturaleza como por su localización, el que cierra la Propóntide, *** todo, como se dice, ha sido cubierto por ella [18].

9 Y éstas son sus características en lo que se refiere al mar. A su vez, las de la tierra son equivalentes a éstas y les sirven de contrapeso. Toda la región es grande y opulenta, y por su tamaño podría considerarse adecuado que recibiese el título de continente. Son muchas sus naturalezas, muy distintas unas de otras, e inclinadas todas hacia lo mejor. Pues sus montañas están más cultivadas que las llanuras de otros lugares, sus llanuras son suficientes no sólo para una ciudad sino también para naciones enteras, y sus ríos, la-

[14] Límites retóricos del mundo conocido.

[15] Homero, *Odisea* XIX 172.

[16] Lago Meotis o Mar de Azov. El río Tanais que nace en el lago, desemboca en el Ponto Euxino, que a su vez va a parar al Mediterráneo; por eso se llama al Mar de Azov madre de los mares.

[17] El Helesponto.

[18] El texto presenta una laguna significativa que hace imposible conectar estas dos últimas oraciones.

gos, marismas, y valles son también motivo de algunas alegrías de estos hombres dichosos. De esta manera, si se quisieran colonizar todos los lugares, habría que fundar muchas ciudades en torno a los lagos, muchas en las orillas del mar, no pocas en el interior, y podría llegar a sucederles que muchas ciudades, cuantas no se encontrasen en vecindad, no se conociesen entre sí. Y tales son las características de la ciudad tanto en tierra como en mar; émulos unos de otros no se encuentran en muchos ejemplos. 10

Pues bien, podrías denominar a esta ciudad isla, también península, e incluso algo que supera a la península y se aproxima al continente, en virtud de que ni hay paso atravesable a lo largo del istmo, ni está conectada con el continente por ninguna estrecha franja de terreno, sino que el continente, que se extiende a lo lejos, está íntimamente unido a Cícico a lo largo de las dos piernas[19], habiendo superado el ejemplo de Tiro y de cualquier otra ciudad o isla de las que se encuentran muy cerca del continente. Y con todo Tucídides ensalzaba a Sicilia porque distaba del continente apenas veinte estadios[20]. Pero esta ciudad dista tanto del continente que es posible no darse cuenta de que no es una isla, e incluso, si alguien levantase los diques y los puentes, sería posible nadar hacia ella desde el continente. 11 12

[19] Entre la ciudad y el continente se extiende una amplia zona pantanosa, por eso ni había un paso transitable ni el istmo era una franja estrecha de terreno. Esta dificultad se salvaba con dos terraplenes que la unían con la costa de enfrente, pero estaban éstos también atravesados por canales que permitían la navegación. Recibían diversos nombres, como piernas, diques y puentes. Así, Cícico era península, pues estaba unida a Asia por estas marismas, pero a la vez era isla pues las marismas eran navegables.

[20] Tucídides, VI 1, 2.

Y así, toda la isla y la ciudad no son menos dignas por su naturaleza que las grandes islas de Creta y Sicilia.

13 Y con respecto a la belleza de sus construcciones y a toda la disposición y grandeza de la ciudad, nadie hay tan desamparado de palabras que no pudiera alabarla, ni tan capaz de hablar que con facilidad las describiera [21]. Pero yo, dejando aparte todas las otras cosas, voy a escoger este 14 monumento, el que más me interesa recordar. Pues me parece que éste es uno de los emblemas que mejor revelan quién fue su fundador, y que la ciudad es obra de uno de los dioses. Pues parece ser una ciudad sagrada para todos los dioses, como la que llaman así ágora de los dioses [22]. Toda está dividida como si hubiese sido repartida en lotes entre los dioses, y los templos la han compartimentado como si los dioses hubiesen luchado unos contra otros por la salvación de la ciudad. Hay sacrificios, procesiones, desfiles, servicios a los dioses conforme a las leyes divinas, aunque sin superar a la ciudad de los atenienses [23], de tal manera que no hacen uso del parentesco salvo para lo mejor [24]. Y sus restantes virtudes están conformes con estas citadas. Pues tanto favor divino rodea a la ciudad que uno no podría avergonzarse si dijese que ésta es la decana de los templos 15 del otro lado [25] y de los demás adornos públicos. Y así posee bienes de fortuna espléndidos y compartidos con todos,

---

[21] Recupera el tópico retórico de § 2.

[22] Atenas.

[23] La primacía religiosa de los atenienses en Arístides, I 21.

[24] Los ciciquenos no eran colonos de los atenienses, sino de los milesios. No obstante, la vinculación racial se puede sustentar, pues ambos eran jonios.

[25] Hay que entender que se sigue manteniendo la comparación con Atenas, de manera que Cícico ejerce la primacía religiosa en Asia.

y ni Italia desdeña sus productos, ni Egipto, así más lejos, ni el mar Tirreno, ni los lugares de estancia de los sirios y los cilicios, como habría dicho algún poeta. Y no hay nación ninguna, por así decirlo, que viva en continente o en islas, que no haya sido adornada por esta ciudad[26]. ¿Qué se podría decir de los jonios, de los eolios y de las islas y ciudades próximas? Y esto ha sido lo más audaz: pues como los buenos corredores que aunque dejan mucha ventaja a sus rivales fácilmente los alcanzan, así también vosotros, aunque suministráis a todos los hombres lo que necesitan, los habéis alcanzado colocándoos al final.

16 Me dirijo hacia la misma tempestad. ¿Cómo podría decir todo cuanto quiero? Pero diría tanto cuanto, diciendo, me satisficiese a mí mismo. Por poco me veo obligado a declarar que vosotros habéis hecho aparecer a todos cuantos han empezado cosas similares como niños[27] al levantar tamaña obra, cuya concepción habría parecido obra de la locura y el acabarla superior a la capacidad humana. 17 Se podrá dudar de si la parte más importante de la isla ha sido transferida aquí, o si permanece en su lugar[28]. Pero creo que todos estarían de acuerdo en que no podría ser la ofrenda de otra ciudad ni de otra cantera que de la vuestra, pues la naturaleza no daría abasto. Antes los navegantes calculaban su posición por las cumbres de las islas, «esta es Cícico, aquella Proconeso», de las otras lo que se viese. Pero en cambio ahora el templo basta en lugar de las montañas, y vosotros sois los únicos que no tenéis necesidad ni de faros, ni de señales luminosas, ni de torres para los que en-

[26] Se refiere a la piedra que sale de las canteras de Proconeso, una isla al norte de Cícico.

[27] Comparación con los niños; cf. E. Aristides, XXIII 62.

[28] De nuevo las canteras de Proconeso, cf. § 15.

tran en el puerto, sino que el templo, cubriendo todo lo que se ve, revela la ciudad y la grandeza del alma de sus dueños y, aun siendo tal su tamaño, su belleza supera su grandeza. 18 Si por casualidad Homero y Hesíodo estuvieran vivos me parece que con facilidad dirían, cambiando el relato fabuloso sobre las murallas de Troya [29], que en efecto Posidón y Apolo, ejercitando conjuntamente sus propias artes, llevaron a cabo la obra para la ciudad, el primero suministrando la piedra del fondo del mar y a la vez haciendo posible su traslado, el otro, como conviene a un fundador, queriendo adornar su ciudad por medio de tan gran añadido. 19 Podrías decir que cada una de las piedras ocupa el lugar de todo un templo, el templo el lugar de todo un recinto sagrado y, a su vez, que el recinto del templo es lo 20 suficientemente grande para una ciudad. Pero si quieres considerar su grado de comodidad y de lujo, es posible contemplar este templo, el más grande de todos, muchas veces mayor que los demás, como una casa de tres pisos y como un trirreme, ya que él mismo posee una triple naturaleza. Pues, por una parte, ofrece una perspectiva subterránea, por otra, una perspectiva desde un piso elevado, y, en medio de ambos niveles, lo acostumbrado. Hay corredores bajo tierra y suspendidos que se extienden alrededor de éste, pero no como si hubiesen sido hechos en forma de añadido, sino que 21 son corredores hechos a propósito [30]. No es necesario celebrar estas cosas en el discurso, sino que deben ser guardadas para los geómetras y los entendidos, y de éstos únicamente para los que son eminentes y capaces de medir una obra

[29] HOMERO, *Ilíada* XII 17 ss. HESÍODO, *Eeas*, frag. 116.

[30] Es decir tenía tres niveles, el santuario propiamente dicho, unas galerías subterráneas y, dentro de la cella, una balaustrada elevada.

tan grande, porque temo también que a todos no les sea posible reconocer su perfección. Pues si se renunciase a los discursos sobre el templo, sería bastante con admirar los ingenios y los medios de transporte que, puesto que no existían antes entre los hombres, la necesidad del templo trazó[31].

22 Vale la pena también que vosotros os alegréis por vuestra fortuna. Pues habéis inscrito en él el nombre del mejor de los emperadores hasta aquel momento[32], mientras que vuestra obra ha llegado a su fin en estos tiempos[33], que han sido partícipes de los mayores bienes de entre todos, y bajo los que muy justamente se levantó tan gran ofrenda en honor de los dioses[34], puesto que no es posible con facilidad encontrarla más grande. 23 Que éstos, nuestros emperadores actuales, presentan más numerosos antepasados reales que los emperadores anteriores, de qué clase es la constitución original de sus familias por ambas partes, qué clase de crianza tuvieron, y por medio de quiénes[35], y la excelencia de toda su educación en conjunto, referirlo todo significaría un largo discurso y de ninguna manera podría dársele satisfacción con facilidad[36]. Pero sobre aquello que me

---

[31] Ésta es la evidencia para pensar que el discurso fue presentando en la reinauguración del templo, cuando todavía no se habían terminado de retirar las máquinas.

[32] Adriano. Cf. T. Reinach, «Lettre a M. le Commandeur...», *Bulletin de Correspondance Hellénique* 14 (1890), pág. 520.

[33] Es decir, bajo el gobierno de Marco Aurelio y Lucio Vero, al ser reconstruido de los daños sufridos en un terremoto.

[34] El templo posiblemente era un Panteón, en el que Adriano había sido añadido como decimotercer dios.

[35] Uno de los maestros de Marco Aurelio y Lucio Vero fue Alejandro de Cotieo, maestro a su vez de Aristides. Cf. E. Aristides, XXXII.

[36] Un catálogo de asuntos a tratar en el discurso de elogio al emperador. La coincidencia es notable con lo que se prescribe en los manuales de retórica; cf. Menandro el Rétor, II 368-377.

parece más conveniente escuchar en la presente asamblea, lo que constituye un encomio más propio de ellos, más admirable que cualquier discurso de los que llegan a mi memoria, comprende toda su nobleza y educación, sobre lo que ningún ciudadano privado puede callar y por lo que toda ciudad y toda nación de hombres se ha llenado de admiración, sobre eso, en cuanto sea posible, disertaremos.

24 Pues éstos son quienes ensalzaron aquel proverbio en el más alto grado y quienes dieron su mejor definición por medio de sus grandes acciones, es decir, que en realidad comunes son las cosas de los amigos, no sólo por compartir la manada de caballos, los aperos, algunas fanegas de tierra, ni por el más alto grado de coparticipación al que haya sido necesario llegar con anterioridad, sino porque han llegado a tal grado de magnanimidad que comprenden toda la tierra y todo el mar en este proverbio, y ninguno de los seres los evita sin unirse, porque en verdad, según Homero, han hecho la tierra común [37], tanto por su mando como el uso de todo unido. Algo que era lícito pedir antes en nombre de la justicia, pero lo que no cabía esperar en modo alguno, sino que la definición de felicidad parecía como

25 una súplica. Pues hay generales que eligieron como asociados en situaciones de peligro a otros generales, ciudades que se asociaron unas con otras en ocasiones extremas, y reyes que hicieron tratados de amistad y alianza con otros reyes cuando, por completo, fueron superados por la necesidad; hasta tal punto sabemos que se formalizaron las alianzas. Pero ahora, por primera vez, un emperador voluntariamente ha elegido a otro emperador como su asocia-

---

[37] Cf. Homero, *Ilíada* XV 193; E. Arístides, XXVI 101.

do para todo, y es el único de todos, y de cualquier época, que no ha reclamado mayor poder que tomar como asociado un emperador en condiciones de plena igualdad. Pues 26 ciertamente, al haber compartido el imperio, no ha hecho menor su parte, sino que por esta misma acción ha convertido en mayor tanto la suya como la del correinante. Alejandro turbó a los hombres al no aceptar la asociación con Darío [38] y, quizás, actuó de manera adecuada puesto que no iba a compartir Asia con una persona de la misma dignidad. No obstante, me parece que si hubiese habido alguien mucho mejor que Darío, ni aun así hubiese considerado oportuno gobernar sobre todos en compañía de otro. Pero éstos han convertido su gobierno en símbolo de la más perfecta justicia, como si con este propósito se hubiesen encargado de los asuntos de los hombres, para llegar a ser los comunes maestros de la virtud para todos. Esta acción su- 27 pera a cualquier marcha alrededor del Cáucaso, supera a los indios hechos prisioneros y a las puertas del Caspio [39]; esta acción está por encima de todas las cosas humanas, es propia de los que aventajan en los mayores bienes y en lo que corresponde a la naturaleza. Así pues, ni si hubiesen adquirido esa tierra, si es que hay alguna más allá del mar Atlántico, ni tampoco si cada uno de ellos, privadamente de alguna manera, hubiese hecho un añadido al imperio por su parte, tras descubrir que cuantas tierras están deshabitadas en el interior por el exceso de frío o calor han sido templadas por los dioses, ni siquiera entonces me parecería

[38] ARRIANO, *Anábasis* II 25. PLUTARCO, *Alejandro* 29.

[39] Son todas famosas hazañas de Alejandro. También durante la guerra pártica algunas tropas romanas alcanzaron el Cáucaso: cf. *CIL* XIII 8, 213; A. VON PREMERSTEIN, «Untersuchungen zur Geschichte des Kaisers Marcus», *Klio* 11 (1911), 355-366.

que aventajaban en virtud a todos los hombres tanto como ahora, que consideran todos los bienes comunes y se estiman mutuamente más que a todos lo bienes. ¡Qué admirable es quien no desea reinar si no le parece bien a su hermano! ¡Qué admirable es quien no acepta reinar si no es con su hermano [40]! ¡Éstos, que se han premiado mutuamente con iguales dones, que únicamente son muy similares entre ellos mismos, pero que son los únicos que difieren de todos los demás muchísimo, que son ellos mismos copartícipes de la más grandes tareas, que no tienen otros asociados en pie de igualdad!

Pues el rey de los persas parecía poseer algo útil, el llamado ojo y oído del rey [41]. Y posiblemente en ellos había alguna utilidad, pero me parece que era, principalmente, una fanfarronada, para que pareciese que veía y oía el doble de los restantes mortales. Pero éstos han hecho el más bello y sabio descubrimiento sin lugar a dudas. Pues ambos se han convertido en los oídos y en los ojos del otro, y han doblado la utilidad con que la naturaleza los dotó. Al compartirlo todo, hicieron que la custodia del imperio no residiese en gente extraña sino verdaderamente en las posibilidades de la patria. Y de ninguna manera la bondad de la monarquía se ha corrompido, sino que ésta es una maravillosa monarquía, puesto que se ha formado una sola opinión en dos cuerpos y dos almas, como si cierta clase de armonía se propagara entre todas la cuerdas de un instrumento. ¿Qué música puede llegar a ser mejor que ésta? ¿Qué sinfonía puede ser más querida para Apolo y la Musas? ¿Qué armonía más propia de la totalidad del género

[40] El deseo de no gobernar se entendía como muestra de futuro buen gobierno; cf. PLINIO EL JOVEN, *Panegírico* 5, 6.

[41] Un cuerpo de espías y mensajeros reales.

humano? Pues por una parte Anfión y Zeto[42] llegaron hasta proteger con torres Tebas —y entonces algunos individuos censuraron la música de uno de ellos—, pero en cambio éstos, compartiendo la música en favor de todas las ciudades y todos los hombres, entonan el mismo cántico, un cántico heredado del padre, quizás, y de sus antepasados, pero lo han hecho absolutamente más glorioso, como si aquellos, sus antecesores, fuesen niños en lo que al canto se refiere.

32 Me parece que también que se ha concebido un proyecto que es concorde a la forma de gobierno. Esta es la única de la ciudades que ha cambiado la ley. Pues todos los otros, tanto griegos como bárbaros, cuantos escasamente pusieron su mano sobre el poder, buscaron únicamente que nadie compartiese su fortuna y que todos se mantuvieran apartados de ella tanto como fuera posible. Pero de todos, únicamente éstos han expuesto en público sus comunes bienes, como si fueran premios para los mejores, y no importa si se vive en Europa, Asia o Libia[43], ni existe ninguna frontera que se interponga, ni el Tanais, ni el lago Metis, ni la isla Atlántida, ni cualquier otra que pudiera citarse, sino que todos los hombres y todos los pueblos están relacionados con la ciudad, y a todos les es posible mandar sobre lo que hay. Como en efecto saben que sus antepasados establecieron para todos aquellos que fueran dignos el derecho a la común participación en el gobierno por turnos, así éstos, puesto que aventajan muchísimo a todos en virtud, han convertido en común el gobierno del universo.

---

[42] Cf. Homero, *Odisea* XI 263; A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica,* págs. 186-190.

[43] Cf. XXVI 59-62.

33 Y lo más grato de su proyecto es que, de la misma manera que antes hacían que se nombrase a los gobernantes anuales por parejas [por los asuntos exteriores][44], así ahora es posible llamar a los perpetuos gobernadores, al mismo tiempo que con el patronímico, también con los nombres de ambos[45]. Así, han buscado una actitud que esté conforme con toda la constitución del Estado y han generado la más alta esperanza.

34 Homero en cierta ocasión dijo encomiando a los reyes:

Grande es el ánimo de los reyes vástagos de Zeus[46].

Éstos no han convertido ni el vigor de su ánimo ni la desmesura de su cólera en divisas de su imperio[47], sino que han traído consigo lo mejor de la filantropía y de la magnanimidad, y en realidad han demostrado que su crianza ha 35 sido divina. Así pues, su razón es divina[48] y, en verdad, tiene un modelo que le viene desde lo alto y que mira hacia esa forma de gobierno, si es necesario decir sólo lo princi-

[44] B. Keil, *Aelii Aristidis quae supersunt omnia,* pág.134, no comprende el sentido de estas palabras; C. Behr, *The Complete Works II,* pág. 455, se ve obligado a añadir «para los asuntos internos y los externos». Por ello hemos decidido eliminarlo.

[45] Es decir, se les puede llamar Césares, el patronímico, o utilizando los nombre de cada uno de ellos, formando una pareja a la manera de los cónsules. Esta última era la denominación oficial.

[46] Homero, *Ilíada* II 196.

[47] Estas eran las características de la tiranía.

[48] Éste es uno de los elementos que permite la divinización del emperador: gracias a su inteligencia puede conectar con el mundo de los dioses. G. F,. Chesnut, «The ruler and the logos in Neopythagorean, Middel Platonic and Late Stoic Political Philosophy», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt,* II 16, 2 (1978), 1310-1332.

pal, puesto que se dice[49] que la amistad y la solidaridad son las que mantienen unidas a los propios dioses, a todo el cosmos, y al cielo, que, gracias a éstas, todo marcha seguro siempre a través del tiempo, y que ni la envidia ni la malquerencia existen ni nacen en las casas de los dioses ni en sus costumbres.

36 Otros ciertamente, ayudándose de empalizadas y muros, en verdad aumentaron sus dominios con algunas pequeñas y mortales posesiones, pero éstos, al traer a la vista de todos ejemplos tan espléndidos y maravillosos de virtud, justicia y amistad, éstos verdaderamente poseen la victoria de manos de los dioses, éstos han sido honrados con la corona de los inmortales, y es natural que sean queridos para los dioses como para ellos mismos y que sean llamados, genuinamente, los benefactores de la humanidad[50]. 37 Pues como los peritos en el arte de escribir, que en tablillas que situan sobre sus cabezas enseñan las letras escritas con exageración, lo más grande y bellamente posible, para que sean imitadas por los niños según sus propias capacidades, de la misma manera éstos han sacado a la luz lo más bello que hay en los hombres por medio del más grande de los ejemplos, de manera que cada uno debe imitarlo según sus fuerzas y, como de los maestros, sacar provecho de los emperadores para sus propios asuntos. 38 ¿Qué estelas de Sesostris[51], aquellas que puso sobre ambos continentes cuando los recorrió, podrían superarlo? O mejor, ¿pueden dar la impre-

[49] Recogía las opiniones de Empédocles. Cf. E. ARISTIDES, XXIII 76.

[50] La evergesía es uno de los elementos fundamentales de la monarquía; cf. DIÓN, I 23; M. P. CHARLESWORTH, «The Virtues of the Roman Emperor», *Proceedings Brit. Acad.* 23 (1937), 105-134.

[51] HERÓDOTO, II 103.

sión de que tienen algún parecido con sus realizaciones? ¿Qué hombre consiguió una victoria tan grande y a la vez tan ventajosa para los vencidos? También el miedo une íntimamente a los gobernados con los gobernantes, pero en favor de estos emperadores no sólo se levantan en público súplicas y muestras universales de agradecimiento por parte de todos para mantener las buenas apariencias, sino por
39 el más puro sentimiento de corazón. Me viene también a la mente la historia de los dos dioses salvadores [52], quienes, habiéndose hecho cargo de toda la tierra, en común la salvan y trabajan juntos, concediendo sus favores tanto a unos como a otros y compartiendo las manifestaciones de agradecimiento que reciben de los hombres. Al lado de estos dos dioses, ¿a quién es más justo tener en buena estima que a los emperadores? o ¿qué serguridad es natural que se tenga en mayor aprecio que la de los emperadores, quienes se han convertido como en profetas y reflejos de la intención de estos dioses al haber edificado la más bella amistad en provecho de la totalidad del género humano?

40 En efecto, es justo mostrar agradecimiento a los dioses, y dar gracias a los emperadores y rogar todos juntos por ellos; y es justo también que nos estimemos dichosos por la época en la que nos ha tocado vivir y que, además de mostrarnos dichosos, disfrutemos de la realidad del imperio. Pues estos adornos de los edificios son bellos y maravillosamente persuasivos para las masas pero, en verdad, el más perfecto don de algún dios es cuando ambos adornos, los de las almas y los de los edificios, entonan la misma melo-
41 día. Pues de la misma manera que en los edificios nosotros alabamos las proporciones y el que cada uno de los ele-

[52] En este caso se refiere a Asclepio y Serapis.

mentos conserve la situación dada con respecto a los otros, así también es preciso que parezca que vivir con hermosura es cuando la armonía y el orden dominan a través de todo. En verdad éste es el adorno propio para las ciudades, éste preserva tanto al hombre en privado como a la ciudad, este no es necesario comprarlo con gasto de riquezas ni gasto de tiempo, ni ⟨de masas asalariadas⟩ de constructores, ni realizar ingenios que se mantengan en pie, sino que es necesario únicamente que cada uno se convenza a sí mismo para elegir lo mejor.

42 Y no os sorprendáis si, sin tener nada que censurar, creo conveniente ahora daros un consejo, ni penséis que el dar consejo es propio únicamente de los que toman la palabra para censurar, sino que también es algo que concierne a quienes os alaban. Está claro por el antiguo proverbio, mil veces repetido, sobre los corredores. Pues nadie, según se dice, anima a los que ocupan el último lugar ni a los que se han quedado definitivamente atrás, sino a los que se ve que están cerca de la victoria. Creo que los generales no gastan sus exhortaciones para con estos soldados a los que les da igual que diga mucho que nada, sino para aquellos a los que les podría ser de mayor utilidad. 43 Así también nosotros ahora no os vamos a decir nada complicado ni ingenioso, sino prácticamente las mismas cosas que hacéis y en las que os habéis criado, es decir, la estima por los gobernantes, el respeto de las leyes, vivir en cocordia, algo siempre estimado en otro tiempo [53], pero que se adecua muy bien a las presentes circunstancias. 44 Es necesario ahora que todas las ciudades os tratéis como hermanas; es necesario

[53] Estos elementos constituyen los principios constitutivos de la sociedad. Cf. PLATÓN, *Protágoras* 320c-322d; E. ARISTIDES, XXVI 89.

ahora hacer desaparecer las luchas intestinas, los desórdenes, las rivalidades, y la mezquindad por vanidades, pensando que éstas son enfermedades propias de las bestias salvajes y que es necesario que en aquéllas se encuentren; es necesario tomar como la más grande de la ganancias la paz sincera, la amistad sin engaño, la justicia y la común participación en todo, si es posible, teniendo en cuenta a la hora de visitar otras ciudades el antiguo dicho [54], «sois extranjeros», pero a la hora de recibir gente de fuera no exigiendo todos vuestros derechos, sabedores de que a veces también la derrota es más conveniente y más digna que la
45 victoria [55]. Pues estas prácticas, desde el principio, fueron las mejores y las más apropiadas para las circunstancias presentes, de ellas directamente se saca un beneficio consustancial, y es maravilloso cuánta diferencia crea con respecto al honor que dispensan los emperadores. Porque ni hay otra manera de serles más agradables que actuando así, ni mejor podéis obtener de sus manos lo que deseáis que presentándoos a vosotros mismos como aquéllos prefieren
46 que lo hagáis. Como dije, prácticamente nada distinto de lo que hacéis os he aconsejado, sino que, de la misma manera que elogié el templo después de mirarlo y sin encontrar ninguna alabanza original, así ahora nada singular encontré ni dije, sino que elogié las cosas que veo que hacéis, y ello gracias a un buen presagio, para no olvidar nada de lo que conviene que esté presente en el discurso. Con estas palabras improvisadas también nosotros hemos contribuido a vuestro festival y quizás sea suficiente.

---

[54] Cf. EURÍPIDES, *Medea* 222 y s., *Suplicantes* 891 y s.; PLATÓN, *Leyes* 949e.

[55] E. ARISTIDES, XXIII 71.

XXVIII

SOBRE UNA OBSERVACIÓN DE PASO

INTRODUCCIÓN

Las disputas profesionales y personales entre oradores y sofistas fueron una práctica muy común. Filóstrato, el biógrafo de los sofistas, recuerda como un caso absolutamente excepcional el de Rufo de Perinto que no se indispuso nunca con ciudad o persona alguna [1]. Pero Elio Aristides distaba mucho de un comportamiento semejante. Con un carácter irascible, muy orgulloso y pagado de sí mismo, carente de toda modestia, tanto que llegó a equipararse con Alejandro Magno como cimas de las realizaciones griegas, el uno en las armas, él mismo en las letras, estaba dispuesto a defenderse ferozmente de cualquier crítica que su obra o su persona pudieran recibir [2]. Incluso si esta era absolu-

[1] Cf. FILÓSTRATO, *Vida de los sofistas* 598; G. W. BOWERSOCK, *Greek Sophists in the Roman Empire,* Oxford, 1969 págs. 89-100 y F. GASCÓ, *Ciudades griegas en conflicto* (s. I-III d. C.), Madrid, Ediciones Clásicas, 1990 págs. 31-38.

[2] El carácter de Aristides se hace evidente de manera especial en los Discursos Sagrados, donde da numerosos ejemplos de su megalomanía: comparación con Alejandro Magno, L 49; equiparación a los más grandes sofistas y filósofos de la antigüedad, L 19 y LI 58. E. R. DODDS, *Pagan and Christian in an Age of Anxiety = Paganos y cristianos en una época de angustia* [trad. J. VALIENTE], Madrid, Ediciones Cristiandad, 1975, pág. 66.

tamente insignificante y afectaba a algún aspecto marginal de su actividad. Éste es el suceso que provoca la composición de este largo y desproporcionado discurso.

Según deja entrever a lo largo de su defensa, habían llegado a sus oídos algunas críticas que fueron vertidas por un antagonista suyo con motivo de la lectura de un himno consagrado a Atenea. Al final del mismo, Aristides no pudo reprimirse e, improvisando según dice, incluyó algunas palabras con las que pronunció un elogio de su propia persona y obra [3]. Para su anónimo oponente constituyeron una muestra desmesurada e inconveniente de orgullo. Nuestro sofista se dispone a refutarlo reivindicando el derecho de todo griego a hablar sobre sí mismo y a sentirse orgulloso de sus obras. Lo va a demostrar por medio de innumerables ejemplos literarios a través de los que, no sólo los autores, sino también sus personajes, aparecen mostrándose orgullosos. No satisfecho después de haber recorrido toda la literatura griega desde Homero hasta Isócrates, busca una nueva argumentación, la inspiración divina del orador. Afirma que el auténtico orador, cuando declama, entra de alguna manera en trance y recibe directamente la inspiración de los dioses, y en su caso particular de Atenea pues a ella estaba consagrado el himno. De esta manera puede declinar toda responsabilidad sobre lo dicho. No obstante, y a pesar de los continuos paralelismos que el sofista quiere establecer entre la oratoria y los Misterios Eleusinios, hay que recordar que, tal y como indica una mente mucho más clara y mejor asentada en la realidad, Plutarco, esta práctica de

[3] Cf. § 21. No obstante, existe una dificultad para creer que Aristides no tenía pensado su elogio: su incapacidad para improvisar, tal y como lo recuerda FILÓSTRATO, *Vidas de los sofistas* 581.

atribuir a los dioses el discurso no era sino uno de los diversos recursos retóricos de los que el orador dispone para elogiarse a sí mismo [4].

La fecha del discurso es una cuestión debatida ante la ausencia de referencias cronológicas explícitas dentro de la obra. A. Boulanger [5] lo fecha en 153 puesto que entiende que el himno a Atenea que provocó la disputa es XXXVII K, que por su subscripción puede datarse con exactitud en ese año. Por otra parte piensa, manteniendo la opinión de B. Keil [6], que se compuso poco después de XXXIV K, con el que comparte algunos argumentos, y al que posiblemente se hace referencia en XXVIII 18. C. Behr, en su revisión de la cronología de la vida y la obra del sofista, muestra su absoluto desacuerdo con esta opinión y piensa en los años que van de 145 a 147 como la fecha [7]. Durante ese periodo se desarrolla la estancia del sofista en el templo de Asclepio en Pérgamo, estancia que recibe el nombre de «la cátedra». Los argumentos que expone para esta nueva datación son los siguientes:

a) El relato sagrado de §§ 116-118, que es evidentemente el mismo que aparece en L 52, ocasión que fecha en agosto de 147,

b) Las referencias a su estancia en el templo y a sus compañeros de curas y de fe, §§ 132-3 (quizás se pudiera añadir también § 88),

c) El himno a Atenea, que no sería el que se conserva, XXXVII K, sino el que se recuerda en L 25,

---

[4] Plutarco, *Cómo elogiarse a sí mismo,* 542D-543A.

[5] A. Boulanger, *Aelius Aristide...,* pág. 162.

[6] B. Keil, *Aelii Aristides quae supersunt omnia. Vol. II*, pág. 147.

[7] C. Behr, *Aelius Aristides...*, pág. 53 y C. Behr (trad.) P. *Aelius Aristides. The Complete Works...* vol. II, pág. 382.

d) Lo que entiende como referencia a falta de actividad retórica en § 127.

Por último rechaza cualquier vinculación con XXXIV, al que fecha en enero de 170.

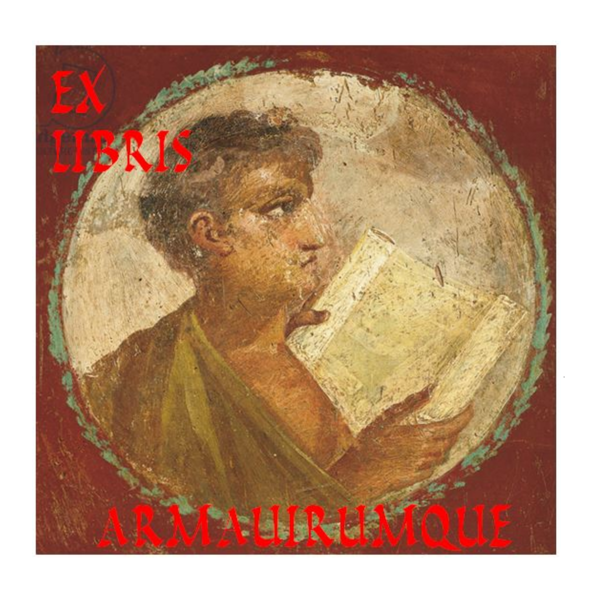
De todo ello se pueden sacar las conclusiones siguientes: no hay necesidad de identificar el himno a Atenea que provoca el incidente con el que se ha conservado puesto que sabemos de la existencia de otros himnos y discursos que no han llegado hasta nosotros; si es evidente la relación entre §§ 116-8 y L 52, lo que no está tan clara es la fecha de este pasaje, que únicamente podemos situar con anterioridad a 152, año del proconsulado de Severo en Asia; si indiscutibles son las referencias a su relación con Pérgamo, carece de sentido entender § 127 como indicación de un periodo de inactividad retórica, que por otra parte sabemos que sólo ocupó el primer año de la enfermedad, L 14. Por lo tanto, habría que ampliar aún más el marco cronológico en que el discurso puede situarse para que abarcase de 145 a 152, de tal manera que pudo ser pronunciado durante «la cátedra» o bien cuando abandona el templo e intentó una recuperación de la actividad pública. Por último, como se verá en la introducción a XXXIV, no existe ninguna razón para fechar este discurso en 170, por lo que se pude volver a restituir la relación existente entre los dos [8].

Para la traducción se ha utilizado la única edición crítica disponible, la de B. Keil, aunque se ha tenido muy en cuenta las variaciones del texto que realiza C. Behr en su traducción al inglés. Las divergencias adoptadas con respecto a la edición son las siguientes:

[8] J. M. Cortés, *Elio Aristides...*, págs. 73-77.

	Edición de B. Keil	Lectura Adoptada
15	†σκέψη δ'ὅπως ἁπάντων τῶν ὑπαρχόντων οὐ δείξεις† ἀτιμάζων	†σκέψη δ'ὅπως ⟨δι'⟩ ἁπάντων τῶν ὑπαρχόντων οὐ δείξεις† ἀτιμάζων, Behr
24	ὥς ἀντάξιος εἶ τῶν ἐπῶν	Eliminada la laguna, Behr
40	[ἐν τοῖς ἄθλοις τῶν φαιάκων]	Restituido, Behr
40	†μεθ' ὅσης † ὥρας ἐν σώματι καὶ κάλλους	μεθ' ὅσης ὥρας ⟨τοῦ⟩ ἐν σώματι [καὶ] κάλλους, Behr
40	ἐκ τοῦ ἑτέρου [τοῦ ἐναντίου]	ἐκ τοῦ ἑτέρου τοῦ ἐναντίου, Behr
58	ἐφ' αὑτῷ φρονεῖ [εἰπὼν εἰς αὐτόν]	ἐφ' αὑτῷ φρονεῖ εἰπὼν εἰς αὐτόν, Behr
78	οὐκοῦν οὐδ' ⟨ἂν⟩ ἀμφισβητήσαις αὐτῷ ⟨τῶν⟩ πρωτείων οὐδὲ πρὸς οὓς ἐμοὶ νομίεις ἀποχρῆν... εἶναι τὸν λόγον	οὐκοῦν οὐδ' ἀμφισβήτησις αὐτῷ πρωτείων οὐδὲ πρὸς οὓς ⟨διελέγετο σεμνυνόμενος ἐφ' ἑαυτῷ. τί οὖν ἄνευ προνήματός τινος⟩ ἐμοὶ νομίεις ἀποχρῆν εἶναι τὸν λόγον, Behr
82	[Σωκράτης]	Restituido, Behr
83	ἄλλο τι ἢ †περιλείπεται † ὡς οὐδενὸς ἀξίων πρὸς ἑαυτόν	ἄλλο τι ἢ [περιλείπεται] ⟨τῶν ἄλλων διενοεῖτο⟩ ὡς οὐδενὸς ἀξίων πρὸς ἑαυτόν, Keil en aparato
92	ἀπό ⟨...⟩ ἡμερινῶν	αὐθημερινῶν, Justine, Behr
110	ὑπὲρ τὸ μέσον φερόμενον	εἰς τὸ μέσον φερόμενον, Behr
115	αὐτὸν [τὸν λόγον]	αὐτὸν τὸν λόγον, Behr
122	ἀκούειν... διδάσκει	Suprimida la laguna, Behr
140	ἀρχὴν πάτοθεν κυκεύμενος	ἀλκὴν πάντοθεν ποιούμενος, Aristóteles, Behr

	Edición de B. Keil	Lectura Adoptada
143	[ὡς τὸν φαῖδρον]	ὡς τὸν φαῖδρον, Behr
146	ὁ [φάσκων εἶναι]	ὁ φάσκων εἶναι
147	πραότερος... εἶναι	πραότερος ⟨βούλου⟩ εἶναι, Keil en aparato y Behr



XXVIII. SOBRE UNA OBSERVACIÓN DE PASO

Algunas personas son hábiles para reprender a otros mientras que se dan licencia a ellos mismos; y si lo hiciesen acercándose francamente, podría ser de provecho pues, o bien uno podría salir convencido, o el otro, convenciendo, cesaría en sus reprensiones. Pero ahora, puesto que han lanzado a otros como servidores de su decisión, en verdad obligan a luchar contra una sombra [1]. Y terriblemente sus preámbulos provienen de este círculo: «como estoy bien dispuesto con él», «que soy uno de quienes sienten por él una viva amistad» y otras cosas por el estilo. Es más que sufrir un mareo. Pues bien, recientemente alguien, utilizando la misma cobertura, ordenó a uno de mis amigos que me comunicase que no actué correctamente cuando hice una de las menciones de paso en medio del encomio y de las palabras que dirigí a la diosa [2]: pues no es conve-

---

[1] Imitación de PLATÓN, *Apología* 18D. No obstante ésta es una expresión que se ha vuelto común en medios literarios, utilizada, por ejemplo, por DIÓN DE PRUSA, XXXIV 48, y también por el propio ARISTIDES, en otros lugares, XXIII 63.

[2] Atenea. Era una práctica habitual la composición de himnos en prosa o de discursos poéticos en honor a los dioses, A. BOULANGER *Aelius*

niente que uno hable sobre sí mismo o de alguno de sus asuntos, de manera especial entre quienes los conocen perfectamente; que ciertamente todos saben en cuánto mis discursos sobresalen —pues esto añadió— y que si en otros rechazaba otras prácticas, en nosotros rechazaba ésta en concreto. Otras muchas cosas concedía para que aceptásemos la acusación. Pues bien, le daremos respuesta puesto que también nuestro anfitrión de ayer[3] tiene este derecho.

3 ¿Desde dónde podríamos empezar el intento de educar de otra manera a un caballero tan respetable y tan adelantado en el camino de la sabiduría que con tanta facilidad emprende la amonestación de otros? Yo, llevado por mi celo, creo que empezaría por lo último, pues lo presentaré como un testigo contra sí mismo puesto que ha levantado falso testimonio. Y que éste caballero comparezca, tanto si está presente como si no, pues no sé quién es ciertamente —seguramente ni lo conozco en absoluto— pero que con-4 teste si aquí se halla. La cuestión es la siguiente: excelentísimo caballero, haces bien puesto que aceptas la composición de discursos. Pero contéstanos sólo a esto: ¿acaso aceptas que se compongan discursos pero no admites que se tenga conocimiento de los asuntos sobre los que se escribe?, ¿y qué don habría en el que escribe pero no sabe qué está escribiendo?, ¿acaso, por consiguiente, es posible tener conocimiento de algunos temas pero no es posible pensar sobre lo que se conoce? Pero esto es un acertijo y, quizás,

Aristide... 309-317. Entre otros, de nuestro autor se conserva uno dedicado a Atena, XXXVII, y, en un lugar diferente, L 25, él mismo recuerda esta labor compositiva. Lo que es prácticamente imposible es discernir si se trata de la misma obra o de diferentes.

[3] PLATÓN, *Timeo* 17AB.

sea más que un acertijo. En efecto ¿no dicen los sabios que se debe hablar de los asuntos sobre los que se piensa, salvo que tú no digas otra cosa también aquí? Observa cómo 5 estás de acuerdo con toda la argumentación una vez que has admitido la primera premisa. Pues si, según tú mismo, componer discursos es una práctica virtuosa y es imposible componer bien un discurso del que no se tiene ningún conocimiento, pero es forzoso pensar sobre lo que se conoce y es forzoso hablar sobre lo que se piensa, entonces has admitido que también se debe hablar sobre lo que uno compone [4].

«Sí, por Zeus, pero estas palabras fueron pronunciadas 6 ante quienes ya las sabían.» Así pues, ¿qué habrías hecho tú? ¿No me habrías denunciado si me hubieses cogido mintiendo, tú que me has acusado de actitudes inconvenientes de las que todos, dices, son testigos? Y como parece, si hubiera representado a Demóstenes, Milciades, Temístocles o a mi homónimo [5], entonces según tu propio razonamiento, yo estaría más capacitado que tú para discernir las palabras que convendrían a cada uno de ellos. ¿Tú estás mejor capacitado para conocer las palabras que conviene que yo escriba sobre mí mismo y sobre mis discursos? ¿Y cómo podría yo tener un juicio justo y equitativo si concedo que tú lo sabes mejor? Y además, yo debo adivinar el carácter de 7 aquéllos, pero el mío, creo, lo conozco sin duda alguna. Y ahora, si fuera necesario que hablase sobre la misma Ate-

[4] Este es el método de disputa favorito de Aristides, hacer caer en contradicciones a sus oponentes. A. BOULANGER, *Aelius Aristide...* pág. 211.

[5] Es práctica habitual de las escuelas retóricas desarrollar discursos en representación de otro, preferentemente oradores y políticos del s. V y IV a. C.

nea, yo sabría mejor que tú lo que habría que decir, según tus propias palabras. Pero ¿tú serías mejor juez que yo de los discursos pronunciados en honor a Atenea? ¿Y tú dirías que los otros entienden de estos asuntos, pero no me 8 permitirías a mí entender de ellos? ¿Y tú me censurarías, pero a mí no me estaría permitido censurarlas como a ti, y esto a causa de tu conversión? ¿Tú, aunque eres un oyente, tras tomar la apariencia de un orador, considerarías digno que el orador permaneciese tranquilo en sus propios asuntos y que hablase sobre los asuntos de los demás, pero guardase silencio sobre los suyos?

9 ¿Qué hubiera ocurrido entonces si, después de haber hecho una selección, nos hubieses entregado aquella parte «donde el suelo de la amena Calidonia es más fértil» [6], o el territorio por el que una vez los calcidios y los eretrios se enemistaron [7], o la región entre Corinto y Sición, como dice el oráculo [8], cuando, estando presente sencillamente por amistad y disfrutando de lo mejor, puesto que nuestras palabras podrían ser las más bellas —si en efecto no es esto lo que te ofende—, tú ni siquiera nos concediste en calidad de pago algo tan simple como perdonarnos si algo dijimos 10 a tontas y a locas? ¿No sabes que, incluso después de haber reunido los nomos de Egipto e incluso después de añadirle la tierra de Babilonia, si todo esto me lo entregases como salario por mis discursos —pues ahora también te voy a irritar— jamás te habrías acercado a su precio? ¿Pero cuál es nuestro salario y el que nos conviene? Amistad,

[6] Cf. Homero, *Ilíada* IX 577.

[7] Cita a Tucídides, I 15, 3, aunque invirtiendo el orden de los pueblos. La guerra entre estas dos comunidades, a causa de la posesión de la llanura lelantina, tuvo lugar a finales del siglo viii o principios del vii a. C.

[8] Cf. Ateneo V 219A; Parke-Wormell, *The Delphic Oracle*, núm. 46.

benevolencia, comprensión, recuerdo, honor comedido a los discursos, respeto a quien los compone.

Puesto que temes que mis palabras parezcan estar pró- 11 ximas a la arrogancia y a la jactancia, ¡ea!, yo te calmaré. Por tanto observa, prestando oídos, cómo pienso sobre estos asuntos, y si me coges en una mentira, en palabras de Sófocles, di que no sé nada y bórrame de la mántica [9]. Yo considero que no está sano quien se siente demasiado engreído de sus posibilidades o quien adopta ciertas actitudes ante las masas para turbarlas, ya sea con sus palabras ya sea con sus obras, sino que considero que aquél es un hombre vanidoso, impostor y cualquier otra cosa del estilo que quieras llamarle. Pero quien, puesto que conoce los límites de su capacidad, en vista de ello, se siente orgulloso y, ni reclama, ni persigue nada más, este hombre da plena satisfacción a la definición de libertad. De la misma manera, 12 también en los asuntos de dinero, creo, llamamos fanfarrón, estúpido y presuntuoso en sus maneras a quien hace una ostentación mayor de la que sus bienes le permiten cuando va por cualquier parte, levanta torbellinos en vano, y lo ha preparado todo con cuidado para engañar a quienes se encuentra en el camino. Pero quien por su parte cree conveniente aparecer más insignificante de lo que le permitiría su capacidad, quien voluntariamente se rebaja a un nivel inferior, y quien está más dispuesto a negar sus bienes que a reconocerlos, éste en modo alguno figura entre los liberales, e incluso si lo llamases mezquino, miserable y avaro, estarías más cerca de los calificativos que le convienen. De la misma manera creo que sucede con respecto a la oratoria y podría decirse que en todas las cosas de la

[9] *Edipo Rey* 462.

13 naturaleza. Cada uno es juzgado conforme a su mérito y a mí me parece que éste es el hombre simple y no el complejo [10], aquel que sabe enorgullecerse de sus propios actos, pero también ser humilde, y elogia tanto sus propias acciones como las de sus vecinos, si es que éstas le agradan, pero también critica sus propias acciones como la de sus vecinos, si descubre algo que se merezca tal tratamiento, puesto que de ningún modo prefiere algo que no parezca ser verdad.

14 Considera la cuestión desde este otro punto de vista —pues quizás tú aún no te has topado conmigo, pues te habrías dado cuenta de cuántas cosas censuro a través de mis discursos—. ¿Cómo crees que me siento ante las cosas que elimino y transformo? Afirmo que no hay mayor desigualdad en la humanidad que el que todos se sientan igualmente orgullosos por su propias obras. Pues bien, me parece que la inscripción divina abiertamente lo ordena, y que el «conócete a ti mismo» [11] quiere decir, no simplemente «di que no eres nada», sino «ni exageres ni te subestimes». La segunda inscripción apoya y confirma que éste es el sentido de la primera, pues pienso que «el nada en demasía» [12]
15 a esto mismo se refiere. Apolo, como adivino y poeta que es y, conforme a ambas cualidades, intérprete de la verdad, exhorta a honrar el mérito, y tú, si tuvieras buenos sentimientos y no fueses enemigo de los dioses, observarías esta norma en todas las ocasiones. ¿Cómo la observarías? Por

---

[10] Casi refutando la afirmación de PLATÓN, *República* III 397e, sobre el hombre simple y el complejo.

[11] Este lema estaba inscrito en la entrada del templo de Delfos y se le atribuía a Tales.

[12] También inscrita en el templo de Apolo délfico, pero atribuida a Cilón.

medio de las cualidades. Y no te mostrarás despreciándolas sino que juzgarás tras adoptar este principio en todos los asuntos, aplicando a aquel asunto la máxima: cómo es cada uno de nosotros y de qué es digno. Pues las mismas 16 cosas para unos son dignas y no lo son para otros, como cuando Tersites dice:

al que yo u otro aqueo habiéndolo hecho prisionero traiga[13].

Yo creo que esto es ridículo. ¿Tú, habiéndolo hecho un prisionero? ¿No te contentarías si otro de éstos no te hiciera a ti prisionero? ¿No te das cuenta de que estás obrando neciamente en contra de tu espalda[14]? Pero cuando Aquiles, creo, cuenta esta historia:

conquisté con mis naves doce ciudades de los hombres
y once por tierra en la fértil región troyana
de todas saqué abundantes y preciosos despojos
y todos los di y entregué a Agamenón[15]

nadie hay entre los aqueos que se indigne. ¿Por qué? Por- 17 que las palabras se corresponden con los hechos. «Me apoderé, dice, de veintitrés ciudades». ¿Cómo? ¿El mismo todas? No podemos negarlo. Pero ¿unas por mar y otras por tierra, tantas de unas y tantas de otras? También quienes lo escuchaban lo sabían. En efecto, todo era verdad. «Pero también fui el mejor dispuesto para con la comunidad», dice. Mientras que no demostrases que no era el mejor dis-

[13] HOMERO, *Ilíada* II 231.

[14] Puesto que al final resultó golpeado en ella por Odiseo; cf. *Ilíada* II 265.

[15] HOMERO, *Ilíada* IX 328-331.

puesto, él no estaba desvariando. Por estas razones el mismo hombre, Odiseo, a uno fustigaba, pero al otro le imploraba [16].

18 Para que en efecto comprendas que sentirse orgulloso de sus propias acciones es una costumbre muy antigua y muy griega, y que sin esta manera de pensar no se hubiese realizado ni acción entre los hombres digna de recuerdo, ni discurso importante, ni ninguna otra cosa jamás, escucha de qué clase son los ejemplos y cuántos te han pasado desapercibidos. Parece que de alguna manera voy a componer un discurso semejante al de ayer [17] puesto que la respuesta participa más o menos de la misma idea.

19 Todo aquello que Homero aparecía diciendo en favor suyo [18] [...], de tal manera que lo dejo fuera de mi consideración. Y en verdad aquellos versos decían casi abiertamente que Homero decretaba que él mismo era el mejor de los poetas. Homero queda fuera de tu consideración. Pero observa también el orgullo de Hesíodo, si no te habías dado

20 cuenta de él con anterioridad. Pues aquél, cuando daba comienzo a la Teogonía y cantaba a las Musas, dice nada más empezar:

ellas enseñaron una vez a Hesíodo un bello canto [19].

Era tan insolente y orgulloso que ni esperó a acabar el proemio dedicado a las diosas, sino que, diciendo que las Musas cantan a Zeus [20] y

---

[16] En el libro noveno de la *Ilíada*. Éste es el asunto de una declamación de E. Arístides, XVI.

[17] Quizás este discurso que aquí refiera se corresponda con XXXIV, con el que comparte muchos puntos en común.

[18] *Himno a Apolo Délfico* III 166-178.

[19] Hesíodo, *Teogonía* 22.

[20] Hesíodo, *Teogonía* 11.

a Leto, a Jápeto y a Cronos el de retorcida mente[21],

a pesar de ello no fue paciente sino que por poco no dice entre los nombres de los dioses:

ellas enseñaron una vez a Hesíodo un bello canto[22]

como si se perdiese una parte de la fama de las Musas a no ser que pareciera que también era obra de éstas tanto cantar a los dioses como transformar a Hesíodo en poeta. Y no sólo dice que recibió de manos de las diosas el canto, sino que también añade que éste era bello. Sí, por Zeus, tú podrías decirlo, y con seguridad, habiéndoselo atribuido a las Musas.

¿Y no es verdad que nosotros atribuíamos a las Musas 21 y a la diosa lo que fuimos empujados a decir? Ciertamente dijimos, si recuerdas, que algunas de las frases que recordábamos eran directamente aquellas que la diosa nos había revelado, si no hay objeción por tu parte[23]. Date cuenta de cuánto más virtuosos somos nosotros que Hesíodo, puesto que fuerzas a la comparación. Pues Hesíodo, en medio del poema que estaba componiendo dedicado a las diosas, colocó aquel verso, un encomio propio, podría decirse. Pero nosotros, una vez que acabamos el discurso en honor a la diosa y éste había estado completamente limpio de cualquier interpolación, añadimos una pequeña mención sobre

[21] Hesíodo, *Teogonía* 19.

[22] Hesíodo, *Teogonía* 22.

[23] El sueño es para Aristides una fuente permanente de inspiración retórica. A través de ellos no sólo recibía la inspiración, sino que en ocasiones frases o discursos enteros que debía retener en la memoria para después hacerlos públicos. Cf. L 25.

22 nosotros mismos que no estaba incluida en el escrito. Y Hesíodo no se detuvo después de decir sencillamente que había recibido el poema de manos de las Musas, ni siquiera después de hacer una primera adición, que era un bello poema, sino que era tan vanidoso y amante de la gloria que dijo también que había recibido el cetro de manos de las diosas [24]. ¿Qué quería significar con esto? Más de lo que pudiera percibir un oyente perezoso. Remítelo a Homero. ¿Qué dice sobre el cetro?:

Ahora los hijos de los aqueos
en su mano lo llevan como administradores de justicia [25].

Y yo, dice Hesíodo, soy uno de ellos en lo que concier-
23 ne a las Musas. Cuando elogia sus propias acciones sumido en el exceso, ¿qué dice?:

⟨retoño de florido laurel⟩
lo segó admirable [26].

puesto que no tomó una ramita cualquiera, sino que de todos los cetros que existen el más célebre era el que a Hesíodo le había correspondido. Y en tal grado de soberbia no se detuvo, sino que, como si te hiciera reventar deliberadamente, añade:

y me inspiraron el canto [27].

---

[24] Hesíodo, *Teogonía* 30.

[25] Homero, *Ilíada* 237-238.

[26] Hesíodo, *Teogonía* 30-31. Keil opina que el primer verso de la cita ha sido añadido con posterioridad.

[27] Hesíodo, *Teogonía* 31.

Y así terminó el verso pero no su elogio, sino que de nuevo añadió «divino», y lo que es todavía más conveniente, como los más desmesurados sofistas de cualquier parte, «para celebrar el futuro y el pasado» [28]. ¿Y qué significa esto? Dice que las Musas cantan «el futuro y el pasado» y que ésta es su naturaleza. Y yo, continúa diciendo, canto las mismas cosas que las Musas. Siempre que te parezca bien eliminar estos versos de Hesíodo nosotros aceptaremos tu censura. Pero tú mostrarás primero de alguna manera que eres equivalente en dignidad a los versos. 24

Continuemos; volvamos de nuevo a los hombres sobre los que los poetas tratan. ¿Acaso no te parece que Homero ha caracterizado a Aquiles de la manera más clara que los hombres pueden, además de cuando habla consigo mismo, en estas líneas de una vez por todas? 25

permanezco en las naves cual inútil peso de la tierra
siendo como ninguno de los aqueos de broncíneas lanzas
[en la batalla [29].

«Sí por Zeus, pero Aquiles se comporta como un joven imprudente». Pero Odiseo, que era un anciano aún robusto, ¿qué dice cuando dirige la palabra a la misma persona? «Oh Aquiles, hijo de Peleo, si crees que eres superior en algún otro aspecto estaré de acuerdo, pero yo te aventajo en inteligencia» y añadió también que mucho. Pues el verso no está compuesto como lo hacen los malos maestrillos de escuela quienes lo corrompen, sino que separaron el mucho de lo que le precede y lo refirieron al verso que sigue, al que a la vez da comienzo puesto que está al principio del 26

[28] Hesíodo, *Teogonía* 32.
[29] Homero, *Ilíada* XVIII 104-105.

27 verso. Pero a mí me parece que estos no eran personas entendidas en retórica pues existe una abierta oposición. Dice en la primera línea:

eres superior a mí y no poco más fuerte
⟨con la lanza⟩[30]

y a continuación:

pero yo te aventajo en inteligencia
mucho[31].

Escucha cómo se establece la contraposición. Por una parte está «con la lanza», y allí se encuentra «en inteligencia»; por otro lado aparece «no poco» y en su lugar «mucho», como si después de cambiar la forma de expresarse hubiese dicho: «tú me superas mucho en los asuntos de la guerra, pero en estas cosas yo no soy un poco superior a ti».

28 Te convenceré aún con mayor fuerza, si quieres. Homero de ningún modo hace uso de referencias adicionales sobre la edad, al menos en lo que recuerdo en el momento presente, salvo acaso para juzgar la virtud. ¿Qué pongo como ejemplo? En cierta ocasión hablando de Zeus y Posidón dice:

pero Zeus ha nacido antes[32]

y sólo esto, y no añade «mucho». No obstante, está claro que es mucho más viejo a pesar de no haberlo incluido en

---

[30] Añadido por Dindorf, de Homero.
[31] Homero, *Ilíada* XIX 217-219.
[32] Homero, *Ilíada* XIII 355.

estos pasajes sobre él o en otros. Pues siempre lo canta como «el padre de los hombres y los dioses» de forma que ¿cómo no va a ser el más viejo de todos, y por mucho? En otro lugar dice:

pero el héroe Protesilao es a la vez el más viejo
y el más valeroso [33].

Dice tan sólo que es el más viejo, pero no dice cuánto más viejo. Pero cuando realiza un juicio añade «mucho», «con mucho» y otras cosas por el estilo:

De nuevo Áyax, el hijo de Telamón, era, con mucho, el mejor de los hombres, mientras Aquiles estaba encolerizado [34].

Después, ¿cómo?:

pues con mucho éste era el mejor.

29 Esta costumbre propia la traslada también a Odiseo, en la consideración de que también a éste le convenía hablar así, «que yo te aventajo mucho en inteligencia». Y Odiseo lo añadió con confianza, creo. Sabía que el propio Aquiles no era de aquellos que pretenden algo de lo que no son capaces, ni se jactan de ello. Estos versos, de los que recientemente hicimos memoria [35] y en los que Aquiles habla con toda franqueza, poseen cierta conformidad con las palabras de Odiseo, puesto que también aquél hacía una distinción al decir que

en la guerra, pero en el ágora hay otros que son mejores [36].

---

[33] Homero, *Ilíada* II 707-708.
[34] Homero, *Ilíada* II 768-769.
[35] Cf. § 25.
[36] Homero, *Ilíada* XVIII 106.

Teniendo Odiseo como garantía la decisión de Aquiles y sabiendo bien que no sin agrado escucharía la verdad, puesto que es propio de la misma persona querer decir y oír la verdad, afirma: «en aquellos temas tú eres muy superior a mí y a su vez yo lo soy a ti con respecto a estos otros».

30 Esto es aún mejor. Néstor, quien no era ya un hombre adulto que aún conserve su fortaleza y agilidad sino que era tan anciano y maduro que

había visto perecer dos generaciones de hombres de voz articulada, que nacieron y ser criaron con él en la divina Pilo, y ahora reinaba sobre la tercera[37],

tanto te parece, juez, que se comporta como un jovenzuelo, que nada hay más locuaz ni más presuntuoso que él. Pues no paró después de haberse elogiado una vez, sino que

31 siempre fue igual. En primer lugar, éste, cuando reconcilia a los reyes, dice que él fue compañero de hombres no como los de ahora, sino de los más nobles de todos, ensalzándose a sí mismo por el intermedio de aquéllos. De esta manera no lo ocultó, sino que llegó a decirlo abiertamente:

y seguían mis consejos y escuchaban mis palabras[38],

32 aunque eran, dice, hombres tan excelentes. Todavía más sorprendente es esto:

y con éstos yo me asocié viniendo de Pilo,
de lejos, de una tierra remota, pues ellos me llamaron[39].

---

[37] Homero, *Ilíada* I 250-252.

[38] Homero, *Ilíada* I 273.

[39] Homero, *Ilíada* I 269-270.

Dos aspectos adicionales: que ellos fueron quienes lo mandaron buscar y quienes lo necesitaron y que él vino «de lejos, de una tierra remota» puesto que así es más glorioso y maravilloso. Si dices que el verso «y yo combatí según mis fuerzas» [40] es sensato y comedido, yo también lo afirmaré, y yo nunca elogié hombres que no estuvieran en sus cabales. Pero los versos que tenemos delante comparten la misma perspicacia y, de algún modo, ambos son ciertos y concordes con mi discurso. Pues donde Néstor fue superado por aquellos que lo mandaron llamar, dice «y combatí según mis fuerzas», pero donde él superó tanto a aquéllos como a estos con quienes hablaba, dice que aquéllos lo consideraron eminente y cree conveniente que éstos sean del mismo parecer. Así llega abiertamente a lo mismo que Odiseo dijo a Aquiles, que él era inferior a aquél en la guerra pero mejor capacitado para conocer lo que era necesario, lo que al principio le pareció también correcto al propio Aquiles sobre sí mismo. Esto no es otra cosa que manifestarse los tres, el joven, el maduro y el anciano, con una única opinión sobre el mismo asunto: sentirse orgullosos de sí mismos y hablar conforme a la categoría de sus respectivas cualidades. Cuando, por ejemplo, el más anciano de éstos dirigió a los aqueos una exhortación para que aceptaran el desafío de Héctor, no expuso otra cosa que un elogio de su propia persona. Allí habla como si hubiese sido el mejor en la lucha y en ningún modo resulta tolerable, empezando por aquel «Ojalá fuera tan joven como cuando lucharon sobre el Queladonte de rápido curso» [41]. Y lo que

33

34

---

[40] HOMERO, *Ilíada* I 271.

[41] HOMERO, *Ilíada* VII 133, aunque las primeras palabras están confundidas con las de 157.

sigue es la cima de la vanidad, pues no le bastó con decir que mató a su oponente sino que, como si estuviese componiendo un himno triunfal en su propio honor, dice

maté a aquel hombre gigantesco y fortísimo
pues tendido en el suelo ocupaba un gran espacio[42],

dejando claro por esta vía que también él había dado muer-
35 te a otros muchos varones, grandes y nobles. Pero, mi querido amigo, mira que él no se jacta de estas acciones sin ningún propósito, sino que las dice adrede para animar a los aqueos. Y que alcanzó su propósito y que causó impresión en ellos lo testimonia el poeta que escribió todos estos poemas. Pues añadió este verso después de su discurso:

Así los increpó el anciano y nueve juntos se levantaron[43].

36 Y no sólo Néstor tenía este carácter en las asambleas públicas, sino que también en las conversaciones privadas se presenta como alguien que está orgulloso de sí mismo. A Patroclo[44], que había sido enviado por Aquiles ante Néstor para que le preguntase a quién trajo de la batalla, y que tenía tanta prisa que no quería descansar para no entretenerse por temor a que Aquiles le censurara, a éste le ordena intencionadamente que se siente y escuche sus palabras. Y de nuevo, empezando más o menos por el mismo principio, y anhelando y evocando su juventud perdida, expone un largo relato del que otras particularidades resultan difíciles de recordar, pero el que sigue es el más soberbio de

[42] Homero, *Ilíada* VII 155-156.
[43] Homero, *Ilíada* VII 161.
[44] Homero, *Ilíada* XI 645 ss.

sus versos y en nada comparable a mis propias palabras, que recientemente mencioné de paso:

pues todos ofrecen dones a Zeus, de entre los dioses,
[a Néstor, de entre los hombres[45].

37 Callo lo que nuestro sabio hombre respondió a Agamenón cuando estaba pasando revista a las líneas de combate con prisa[46]. Pero lo más grato de todo: cuando Aquiles organizó los juegos en honor a Patroclo y algunos hombres ya habían conseguido victorias en diferentes pruebas, el propio Néstor no es capaz de competir en nada, pero, como reza el dicho[47], sin servir para estos menesteres por su vejez, cuenta las victorias que consiguió en un tiempo anterior como si en aquel momento las llevase a cabo. Y dice a los aqueos, no con estas mismas palabras sino adornándolas de alguna manera: de vosotros uno ha vencido o vencerá en la carrera, otro quizás en la lucha, algún otro en otra prueba, pero yo

vencí en el pugilato a Clitomedes, hijo de Enope
y en la lucha a Anceo Pleuronio, quien se me enfrentó,
en la carrera pasé por delante de Ificlo, que era robusto,
y con la lanza superé a Fileo y Polidoro[48].

En tanto supero yo a los vencedores actuales incluso si he cedido el sitio a causa de la vejez. 38 Y si quieres también, ¡cuánta arrogancia había en el púgil focio!:

---

[45] HOMERO, *Ilíada* XI 761.

[46] HOMERO, *Ilíada* IV 317 ss.

[47] SÓFOCLES, *Filoctetes* 1217.

[48] HOMERO, *Ilíada* 634-637.

acérquese el que haya de llevarse la copa de doble asa,
pues no creo que ningún aqueo consiga la mula.
Lo que voy a decir se cumplirá,
a mi oponente le rasgaré la piel y le aplastaré los huesos,

pero que sus cuidadores estén presentes, dice,

para llevárselo cuando sucumba bajo mis manos[49].

¿Acaso no fueron éstas sus amenazas y no las llevó a efecto? Esto no era otra cosa que predecir lo que iba a ha-
39 cer. Por consiguiente estas palabras no fueron propias, creo, de la osadía, sino que también de alguna manera la justificaban. Y como si Homero lo estuviese defendiendo, porque no había dicho nada de esto a los demás movido por alguna mala voluntad ni por una desagradable arrogancia, sino que sólo había puesto en evidencia todo aquello que sabía que era cierto sobre su persona, dice el poeta que golpeó como había predicho, pero, cuando vio que había dado el golpe en el sitio preciso, él mismo se convirtió en uno de los cuidadores de Euríalo. Pues dice:

pero el magnánimo Epeo,
cogiéndolo de la mano, lo levantó[50],

precisamente con la que lo había derribado.

40 Tampoco Odiseo, cuando estuvo entre los feacios, se reprimió, sino que, irritado con el jovencito Euríalo en los juegos de los feacios, nada dejó pasar cuando realiza su propio encomio, diciendo con cuánta oportunidad la gracia

[49] Homero, *Ilíada* XXIII 667-668, 672-673, 675.
[50] Homero, *Ilíada* XXIII 694-695.

de las palabras y la belleza que en ellas se contiene ha superado a la belleza del cuerpo en cuanto es digna de éstas. ¿O no parece que lo dice refiriéndose a él mismo?

Pero un dios corona su forma con las palabras y ya todos se complacen en mirarlo cuando los arenga con voz firme y con suave modestia, y es muy distinguido en las reuniones; lo contemplan como un dios cuando por la ciudad anda.

Que estas palabras suyas se referían a él mismo está claro por el efecto contrario, pues dice:

y así tu aspecto es distinguido[51].

Pues, de los dos cualidades que había, a aquél le da una y la restante se lo reserva para sí. Y todas aquellas cosas no 41 las refirió en vano por arrogancia, tú, auxilio de la sabiduría y «gran orgullo de los aqueos»[52], sino porque quería cambiar el parecer del adolescente que había sido educado en la lujuria y que se había apartado en demasía de la verdad. Y como parece, le fue de provecho. Pues tras un breve momento, el joven se arrepiente, lo llama padre[53] en lugar de aquellos primeros calificativos que le dio, y se reconcilia con él. De nuevo cuando habla de su práctica en 42 las competiciones atléticas, dice abiertamente, como Néstor en la Ilíada, en cuántas actividades es superior, precisándolo en detalle:

pues no soy completamente inepto para cuantos juegos
[se acostumbran entre los hombres.

[51] Homero, *Odisea* VIII 170-173, 176. Cf. E.Aristides, II 96, 418.
[52] Homero, *Ilíada* IX 673.
[53] Homero, *Odisea* VIII 408.

Sé manejar bien el pulido arco
y sería el primero en herir a un hombre si lo disparara
contra una turba de enemigos, aunque gran número de
[compañeros
estuvieran a mi lado y dispararan flechas[54].
Con la lanza llego donde ningún otro con una saeta[55].

43 Dijo todo esto ante la mirada de los feacios, antes incluso de decirles cuál era su nombre. Y cuando fue preguntado en el banquete, dijo:

Yo soy Odiseo, hijo de Laertes, quien por toda clase de
[astucias soy
conocido entre los hombres, y mi fama llega hasta el cielo[56],

buen sabedor de que los feacios no escucharían igualmente sus palabras si pensaban que él era uno del pueblo, que si pensaban que ahora les hablaba el mejor de los griegos. Y Odiseo no se avergonzó mientras que se elogiaba a sí mismo, si realmente no lo hacía sirviendo de ayuda a los otros.

44 Así pues los propios poetas se enorgullecen de ellos mismos, y también lo hacen los hombres de los que hablan, a quienes, por su parte, ellos elogian especialmente. Pero si alguien te preguntase si censuras a quienes mienten sobre sí mismos o simplemente a quienes hablan de sí mismos, si contestas que sólo a los del primer caso, demuestra que nosotros mentimos en lo que dijimos; pero si contestas que a todos en general, incluso si uno sólo hace un gruñido, con-

---

[54] Homero, *Odisea* VIII 214-218.
[55] Homero, *Odisea* VIII 229.
[56] Homero, *Odisea* IX 19-20.

sidera qué se sigue de esta segunda opción. Pues no podrías negar que dista mucho de ser conveniente para los dioses aquella práctica que considerarías vergonzosa en los hombres. Pero lo que podrías decir que es impropio de cualquier dios, ciertamente no parece propio del mejor de los dioses. ¿Cómo entonces Homero describe a Zeus pronunciando tantas palabras de esta clase sobre sí mismo, espantando a los otros dioses y asustándolos como a muchachos? Por ejemplo, este verso en la asamblea de los dioses, cuando amenaza a la reunión: 45

conocerá entonces en cuánto soy superior a todos los dioses[57],

quien desobedezca mis órdenes. Y tras esto dijo:

Y si queréis haced esta prueba, dioses, para que todos os [convenzáis:
suspendiendo del cielo una cadena áurea
asíos todos de la misma, dioses y diosas;
pero no os será posible arrastrar del cielo a la tierra
a Zeus, árbitro supremo, por mucho que os fatiguéis.
pero si yo me resolviese a tirar de ella
os levantaría con la misma tierra y con el mismo mar[58].
Tan superior soy a los dioses y a los hombres[59].

Y lo dijo ante los dioses, que bien lo conocían. En efecto, no se dieron cuenta por primera vez en aquel momento que Zeus era superior a ellos, sino que ¿quién podría enumerar fácilmente todo aquello de esta especie que había di-

[57] HOMERO, *Ilíada* VIII 17.
[58] HOMERO, *Ilíada* VIII 18-24.
[59] HOMERO, *Ilíada* VIII 27.

cho con toda franqueza, bien cuando se irritaba con Hera o 46 por cualquier otro motivo? Y en este punto no te vayas a pasar de listo conmigo y, riéndote, digas: ¿qué gran acción no sería propia de Zeus?, pues no es esto lo que se discute. Lo que está en discusión es si, a cualquiera que sobresalga en alguna cosa y en cualquier grado, no le resulta conveniente hablar sobre sí mismo y sentirse orgulloso, sino que es bastante con que haya quienes sepan que es verdad, y si es a Zeus al que menos de todos le conviene hablar sobre él, puesto que él es el más poderoso y todos lo saben, y él mis- 47 mo sabe que todos lo saben. Escoge por cuál de las dos razones me estás calumniando: si lo haces porque afirmas que no me es conveniente relatar estas cosas que uno podría decir de sí mismo, puesto que uno se conoce algo mejor que su audiencia, o porque no admites ninguna oportunidad para hablar con toda franqueza.

48 Y en verdad, no podrías decir que esta actitud me genera vergüenza pero que no es vergonzoso para Homero cuando se lo atribuye a Zeus. Según parece, Zeus expone a los dioses la verdad a causa de la salvación del universo y así Homero lo ha descrito, como palabras convenientes. Y el propio Apolo da a conocer actitudes semejantes a través de sus oráculos, y de ningún modo lo hace por intermedio de un poeta, sino como es su costumbre:

yo conozco el número de las arenas y las medidas del mar
y comprendo al mudo y escucho al que no habla[60].

Pues ¿a quién conviene más decir la verdad sobre sí mismo que al que da a conocer y anuncia la verdad sobre

[60] Para una versión algo diferente del oráculo, cf. HERÓDOTO, I 47. Cf. PARKE-WORMELL, *The Delphic Oracle,* núm. 52.

todas la cosas? Así en efecto, de los hombres, aquellos que 49 son amados de los dioses y son superiores a sus congéneres, no sienten vergüenza por decir la verdad, sino que piensan que los mendigos con frecuencia mienten por necesidad y que a causa de la pobreza han inventado esta palabra que tú rehuyes, fanfarrón [61], mientras que quien dice la verdad marcha en un camino completamente opuesto a éste. Por medio de las leyes no simplemente está prohibido 50 hablar mal de alguien sino que también están prohibidas las mentiras. Puesto que en un discurso dirigido a otra persona es indigno no sólo hablar mal de ella sino también decir mentiras, así, si uno habla bien de sí mismo, no podría recibir justamente un reproche mientras se mantuviese apartado de las mentiras. Por todo ello la persona sincera, ni hablará mal de otro injustamente, ni rehuirá elogiarse cuando sea necesario.

Creo que tú también has escuchado a Safo cuando se 51 enorgullece ante algunas de las mujeres que parecían ser felices, y les dice que, en realidad, a ella las Musas la habían hecho dichosa y envidiable, y que no caería en el olvido ni cuando muriera [62]. Tú escuchas también al laconio cuando dice respecto a su propia persona y a su coro: «o la Musa, o la melodiosa sirena, ha gritado» [63]. Y en verdad 52 ¿yo dije algo semejante sobre mí mismo o sobre mi obra? ¿Quizás la comparé con los cantos de las sirenas? ¿O es más presuntuoso pedir que se compare un libro con otro,

---

[61] Una falsa etimología que hace derivar *alazṓn,* «fanfarrón», de *alḗtēs,* «mendigo».

[62] Cf. E. Lobel, D. Page, *Poetarum Lesbiorum Fragmenta,* Oxford, 1955, frag. 192, 32, 147.

[63] El poeta es Alcmán. D. L. Page, *Poetae Melici Graeci,* Oxford, 1962, frag. 30.

que decir que la voz propia es semejante a la de las Musas?
53 Añade tú también que, después de rogar a la Musa, al principio, para que gracias a ella pudiera ser fecundo, a continuación, como puesto fuera de si, el poeta dice que el propio coro había ocupado el papel de la Musa en aquella composición. Y si divulgó esto sin el permiso de la Musa, mi asunto no tiene nada en común con esta causa, pues yo renuncio a los aciertos de mis discursos en favor de la diosa. Pero si la Musa, después de haber sido invocada y estando presente, le inspiró estos pensamientos, a las Musas, según se deduce, también les parece bien que quienes viven bajo su autoridad digan con entera libertad tales cosas.
54 En otro lugar[64], vanagloriándose del número de pueblos por los que era tenido en estima, cataloga tantas y tan diversas naciones que, aún hoy en día, los lastimosos maestros de escuela buscan en qué parte de la tierra están. Pero les resulta más ventajoso, y con diferencia según parece, partir en un largo viaje que ocuparse ineficazmente de los esciápodos[65]. En otro lugar está tan inspirado por la divinidad que podrías decir que, en este caso, no está inspirado en el sentido estricto del término sino que habla como un *deus ex machina:*

Decidme esto, tribus de hombres mortales[66].

Por los dioses, tú mismo, ¿quién nos dirías que era?
55 Continuemos. Descubre también lo que sigue, si eres capaz:

---

[64] ALCMÁN, frag. 148 PAGE.

[65] Literalmente los pies-sombra. Era un pueblo fabuloso de Libia que tenían los pies tan grandes que podían resguardarse del sol en su sombra. ARISTÓFANES, *Las aves* 1553.

[66] ALCMÁN, frag. 106 PAGE.

quienes han aprendido, fieros
por su garrulidad, como cuervos, vanas palabras pronuncian
contra el ave divina de Zeus[67].

¿El poeta, quienquiera que sea, aquí no llama cuervos a los otros poetas, y a él mismo águila frente a aquellos? ¿No es verdad que dice que tanto supera a los otros poetas cuanto el águila a los cuervos? En otra ocasión compuso así unos 56 versos contra uno de sus oyentes, después de que lo hubiese visto dando una cabezada y ausente de la recitación:

detrás yazco, un león rubio,
de las zorras astutas[68].

Seguramente tú no dirás que también Píndaro, de alguna manera persuadido por mí, introdujo estos versos en su poema.

Escucha también estos otros versos: 57

Ha sido forjado un cimiento dorado para los aedos sagrados.
¡vamos construyamos ya un variado
adorno de las palabras dotado de voz[69]*!*

¡Hércules! Estos versos no son enteramente inocentes en la expresión, sino que quizás él se enorgullece también por éstos, como algo no menos indigno que el néctar; y dice que éste, el adorno de las palabras,

también hará a Tebas todavía más famosa, aunque ya lo sea,
por el camino de los dioses y los hombres[70],

[67] PÍNDARO, *Olímpica* II 86-88.
[68] PÍNDARO, frag. 237.
[69] PÍNDARO, frag. 194, 1-3.
[70] PÍNDARO, frag. 194, 4-5.

como si no bastase que lo fuese sólo entre los hombres, sino que también los dioses tendrán en mayor estima la ciu-
58 dad de Tebas en el futuro gracias a él. Por otra parte, este otro todavía es más brillante:

Por Zeus Olimpio, a ti,
dorada Pitón, por famoso oráculo,
te pido encarecidamente, junto con las Gracias y Afrodita,
que me recibas en el divino tiempo
como un celebrado profeta de las Piérides[71].

Ves que incluso en medio de la plegaria no se refrena a sí mismo, sino que allí mismo habló con énfasis de su persona. Y en verdad, ¿si hubiese tenido éxito en su plegaria, quién habría sido éste, que nada más empezar su plegaria se mostraba tan orgulloso de sí mismo cuando hablaba de él?

59 Aunque puedo citar a innumerables hombres, no de tanta dignidad, que se atrevieron a sentirse orgullosos de ellos mismos, los voy a dejar de lado adrede en el temor de que pueda conducir el argumento al punto contrario, es decir, que también sea propio de gente insignificante elogiarse a sí mismo de esta forma. Pero conoces la moderación de Simónides, y si no, otros saben que ésta es una de sus virtudes, casi la más principal, tanto en su poesía como en su vi-
60 da. En efecto, te puede parecer que también este hombre se comporta como un jovenzuelo y que, según se dice, «a las puertas de la vejez» [72] gusta del orgullo. Él se atrevió a decir, por ejemplo:

yo digo que nadie se iguala a Simónides en memoria[73].

[71] Píndaro, *Peán* VI, 1-6.
[72] Homero, *Ilíada* XXII 60.
[73] Simónides, frag. 146 Bergk.

Esto, ciertamente, no lo dice algún otro de Simónides, sino que él lo compuso para sí. Y para que no pareciera que lo dijo mientras todavía era joven y estaba en la flor de la edad, añadió:

el octogenario hijo de Leoprepes,

como mostrando y diciendo que yo me siento orgulloso de mí mismo por esta razón y lo pregono siendo octogenario, de manera que no me comporto como un jovenzuelo sino que digo la verdad. Y lo que es lo más importante de todo: 61 pues ambos, tanto Simónides como Pindaro, manifiestan abiertamente que compusieron epinicios para ellos mismos como para algunos otros. La tierra aún no te había engendrado pero para los hombres libres ya existía el privilegio para actuar así.

Así tendrías que censurar también a los propios atletas 62 que reciben los epinicios de manos de los poetas. Pues también éstos, de alguna manera, se elogian a sí mismos cuando llaman a los poetas y les pagan y, finalmente, cuando reciben el epinicio que ellos mismos cantan al son de la flauta y el coro. Según parece, acusarías también de orgu- 63 llo a los que levantan trofeos. En efecto, también es posible decirles: «hombres ¿qué más buscáis? ¿no es suficiente con haber resultado vencedor?» Pero ¿qué intención tiene para ti la cláusula adicional[74] «los atenienses, de los despojos de los tebanos» o de los persas, o bien los espartanos de los despojos de tal o cual? ¿O si existiera ya, el epigrama debería ser borrado? Entonces te parecerá también que esto es cierta clase de jactancia:

[74] *Parágramma*, que hemos traducido por cláusula adicional en los trofeos, juega con *epígramma*, inscripción, y *paráphthegma*, mención de paso.

Los atenienses, luchando en Maratón en favor de los griegos,
mataron a noventa mil persas[75]

y:

cuantos murieron junto la ciudad de Bizancio, tierra rica en [pescado,
a la que salvaron, hombres ágiles en el combate[76]

y todos aquellos epigramas, más bellos, creo, que tus dis-
64 cursos. Y todavía más:

Desde que el ponto separa Europa de Asia
y el violento Ares hostiga las ciudades de los hombres,
para ninguno de los hombres que viven en la tierra hubo obra
tan bella en el continente y en el mar al mismo tiempo.
Pues éstos que en tierra dieron muerte a muchos medos
capturaron cien naves fenicias en el mar
repletas de hombres: y Asia profirió un gran lamento,
golpeada por ellos con ambas manos en el fragor de la guerra[77].

Y antes de esto,

a las razas de los beocios y calcidios, habiéndolos sometido
los hijos de los atenienses[78]

---

[75] Simónides, frag. 90 Bergk.

[76] Simónides, frag. 104 Bergk.

[77] Simónides, frag. 142 Bergk (*Antología Palatina* VII 296 y Diodoro, XI 62). La primer frase de éste aparece en una inscripción licia del s.v a. C.; cf. R. Meiggs, D. Lewis, *A Selection of Greek Historical Inscriptions*, Oxford, 1969, núm. 93. Este epigrama conmemora la gran victoria griega sobre los persas en Eurimedonte, en 468 a. C. Este mismo epigrama lo cita en otra ocasión Aristides (III 140).

[78] Simónides, frag. 132 Bergk. Cf. Heródoto, V 77.

creo que dice el epigrama, y muchas otras cosas más. «Sí, por Zeus, pero éstos son epigramas áticos y más apasiona- 65 dos». Pero para todos está claro que nosotros no pertenecemos a un linaje distinto por el estilo de los discursos [79]. En todo caso examina los epigramas dorios, si quieres, y los lacedemonios:

Una vez en este lugar contra tres millones lucharon
cuatro mil hombres del Peloponeso [80].

¿Acaso no es esto jactancia, y mucha, y está evidentemente inclinado a la arrogancia? Pues siendo cuatro mil, dicen, nos enfrentamos a tres millones de enemigos. A su 66 vez otros dicen:

A toda la Hélade, colocada sobre el filo de una navaja,
quienes la liberamos de la esclavitud con nuestras vidas
aquí yacemos. A los persas en sus pechos muchos sufrimientos
les afligimos, recuerdos de una batalla naval terrible.
Salamina guarda nuestros huesos; pero nuestra patria, Corinto
levantó este monumento en recuerdo de nuestra noble acción [81].

De esta manera este es el momento para que te burles de estos hombres como de charlatanes moribundos y como quienes no saben guardar la paz. Y a continuación algún 67 varón simonídeo te contestará: «¡Hombre!, aunque estás vivo yaces más muerto que aquéllos que están bajo tierra» [82]. Continuemos. Examina también estas palabras:

---

[79] Una explícita confesión de aticismo.

[80] SIMÓNIDES, frag. 91 BERGK. Cf. HERÓDOTO, VII 228.

[81] SIMÓNIDES, frag. 97 BERGK.

[82] SIMÓNIDES, frag. 60 BERGK.

pues la Musa no da a probar sólo lo presente en una situación de apuro, sino que avanza recogiendo toda la cosecha.

¿No te parece que el poeta claramente lo dice para elogiarse a sí mismo, como si fuera fecundo y fértil en poesía? ¿Y entonces qué, cuando dice:

que no cese para mí, una vez que empezó los más bellos cantos la flauta de múltiples cuerdas y de bello sonido?[83]

68 «Sí, por Zeus, pero sólo los poetas se sienten así». Ten en consideración entonces a los oradores, a los únicos que tú dices admirar puesto que tu naturaleza es muy concorde con la suya. Pero primero quiero pasar revista a quienes se 69 encuentran entre los poetas y los oradores. «Ésta es la exposición del resultado de las investigaciones de Heródoto de Halicarnaso, para evitar que con el tiempo los hechos humanos queden en el olvido y que las grandes y maravillosas empresas, realizadas tanto por los griegos como por los bárbaros, queden sin gloria»[84]. ¿Sería posible, mi querido Heródoto, que en ti y en tus dignas palabras se encuentre la facultad de salvar con el recuerdo las hazañas de los griegos y de los bárbaros, o de que todas se pierdan en el olvido? Yo lo hago, dice Heródoto, si no es que estás 70 completamente invadido por el sueño. Y a mí me parece que esta pretensión de Heródoto irrita bien poco al otro historiador. Sin saber cómo iba a ser, aumenta la importancia de la guerra y, queriendo decir, creo, que él mismo sería el historiador más importante, concede su voto a esta

---

[83] SIMÓNIDES, frag. 46 BERGK.

[84] HERÓDOTO, I 1.

guerra[85]. Y éste que digo es el resumen de su esfuerzo. Gira en torno a esta guerra con mucha inteligencia y elimina las otras guerras más antiguas, que tú tendrías en mayor estima. Esto no significa otra cosa que mostrar a Heródoto y a los Helánicos[86], los Hecateos[87] y a todos los demás, que yo soy superior a vosotros en capacidad de juicio. En efecto, después de haber seleccionado los acontecimientos más importantes, los pongo por escrito, y lo demás es cosa de niños.

Podrías descubrir también que a lo largo de toda su obra también se contienen muestras del orgullo de Tucídides. En primer lugar, generalmente los que hablan en público en su obra participan de esta característica conforme a las ciudades, después conforme al varón que habla. ¿Quién no sabe cómo era su Pericles, incluso escuchando el nombre de Pericles? Este no se menciona de paso a sí mismo en una pequeña reunión y así con plena libertad, de lo que tú recientemente nos has privado, sino que, estando todo el pueblo presente y habiéndose metido él mismo en tales circunstancias, en las que tú le hubieras aconsejado depositar un ramo de olivo como súplica a los dioses, es decir, con la tierra devastada por la guerra, devastados los que se habían refugiado en la ciudad por la epidemia, y perseguido por todos, irritados contra él como la única causa de sus males, tomando la palabra habló así: «También esperaba esta actitud, Atenienses, y cometéis una injusticia al irritaros. Pues 71

[85] Aristides se refiere al prefacio de la obra de TUCÍDIDES, I 1, en el que el historiador afirma que inició la composición de su historia en el mismo momento que la guerra comenzó, en la creencia de que llegaría a ser la más importante guerra para los griegos.

[86] Helánico de Mitilene, en la isla de Lesbos. Polígrafo griego que tuvo su florecimiento en el último cuarto del siglo V a. C.

yo soy, dice, el mejor de todos vosotros en todos los as-
72 pectos»[88] como un Zeus homérico[89]. Y uno podría admirarse menos de las otras cosas que dijo, pero, por Zeus y por todos los dioses, que un hombre que es orador y general, que habla ante la asamblea, que es sospechoso ante el pueblo y que quizás lo sea por esta misma habilidad retórica, que este hombre no se guarde ni esconda su capacidad como algo contrario a su persona, sino que, aunque era necesario pedir excusas y decir lo que cualquier otro habría dicho —y no penséis, atenienses, que yo gracias a mi habilidad retórica, o bien os convencí de esto desde el principio, o bien pido ahora que tengáis confianza en las circunstancias presentes— en lugar de presentarlo con gracia y así ocultarlo, dice que, además de en otras cosas, también él sobresalía en capacidad retórica, porque era el mejor dotado de todos ellos para la palabra. Y todo esto lo dijo en el propio comienzo del discurso, pues poco más o menos me parece recordar esto así. ¿Acaso es tuyo este orgullo,
73 Tucídides, o es de Pericles? Y a su vez otro personaje del mismo autor dice[90]: «Y a mí me conviene más el mando que a otros, atenienses, pues me es forzoso empezar por aquí ya que me ha atacado Nicias» —y añade tú: alguien que no es tan digno como yo. No me parece que él hubie-
74 se resistido mencionar tu nombre, ni forzado—. ¿No te parece que Hermócrates, cuando habla en Siracusa, se comporta completamente como un fanfarrón? En efecto, dice, elogiándose a sí mismo y a los siracusanos, que les mos-

[87] Hecateo de Mileto tiene como sus dos obras más importantes unas Genealogías en cuatro libros y una Periégesis.

[88] TUCÍDIDES, II 60. Cf. E. ARISTIDES, III 85.

[89] Cf. § 45.

[90] Alcibiades en TUCÍDIDES, VI 16, 1.

trarán a los atenienses que no son los hombres de allí ni jonios ni helespontios, exhortándolos a salirles al encuentro fuera de Sicilia [91]. Y estas palabras, con todo, fueron muy moderadas. Pero mira estas exageraciones: «y a marchar contra el enemigo no sólo con confianza sino también con desprecio» [92]. Pero tú le privaste del «con confianza». Y Hermócrates cree conveniente despreciar los peligros, pero tú crees que no hay que sentir orgullo en absoluto, empezando por ti mismo, según me parece.

75 Continuemos. Examina con cuidado la habilidad artística de otro hombre, como la del caballo [93]. Creo que si tú no has leído ningún discurso de Demóstenes, al menos sí habrás leído su discurso más renombrado, el que pronunció en favor de la proclamación. Allí Demóstenes, cuyo nombre únicamente tú veneras, según parece, tiene esta frase: «con respecto a mí mismo yo estoy convencido, quizás cayendo en la estupidez, pero igualmente estoy convencido —y observa cómo te provoca al decir dos veces estoy convencido— que ninguno de los que escriben lo hace mejor que yo» [94]. Pero yo sólo hice una mención colateral sobre lo que escribí exclusivamente y sobre lo que exponía en aquella situación, y ello porque confié en las revelaciones de los dioses. Pero éste añade: «y nadie que realice alguna tarea o que sirva de embajador, la lleva a cabo o sirve de

[91] Un error en la memoria de Aristides que está confundiendo dos discursos de Hermócrates. En uno de ellos, el pronunciado en Siracusa, exhortó a salir al encuentro de los atenienses fuera de Sicilia (TUCÍDIDES, VI 34), mientras que en el segundo, pronunciado en Camarina, realiza la comparación con los jonios y helespontios (TUCÍDIDES, VI 77).

[92] TUCÍDIDES, II 62, 3.

[93] El caballo de Troya; cf. HOMERO, *Odisea* VIII 492.

[94] DEMÓSTENES, XVIII 231.

embajador con tan buena voluntad ni tan justamente. Por 76 estas razones me inmiscuyo en todos los asuntos». Así cuando la carta de Filipo se leyó dice: ¿quién «ha llevado a Filipo a esta posición»[95]? No ha sido el pueblo de Atenas, sino «mi política, Esquines. Aquél ha dicho esto, aunque antes alzó numerosas palabras osadas contra la ciudad». Aproximadamente fue así, pues no recuerdo la cita con 77 exactitud. Pero mucho más evidente que estas palabras, y quizás también del tipo de las de Pericles, es lo que se encuentra al final del mismo discurso[96]: «Si hubiese en cada una de las ciudades griegas un sólo hombre que ocupase la posición que yo tengo entre vosotros, o mejor, si Tesalia tuviese un sólo hombre que pensase como yo, y Arcadia otro, ninguno de los griegos, ni dentro ni fuera de las Termópilas, habría sufrido los presentes problemas, sino que todos, siendo libres y autónomos, habitarían sus propias patrias con completa garantía, seguridad y en prosperidad, dando gracias a vosotros y a los demás atenienses por tan grandes 78 e importantes bienes conseguidos por mi intermedio». Y quizás entonces algunos hombres insignificantes e infortunados se disgustaron con Demóstenes cuando dijo esto, y lo llamaron fanfarrón. Pero el tiempo que se avecinaba demostró que nada había dicho con exageración sino que para toda la Hélade reunida fue fruto suficiente el que hubiese nacido un sólo hombre de este calibre. Y bien, entonces nadie disputó con él por la primacía ⟨ni siquiera alguno de los que lo escucharon cuando se elogiaba a sí mismo. ¿Por qué entonces⟩ podrías pensar tú que me basta si he com- 79 puesto mi discurso ⟨sin orgullo⟩? Y por los dioses, contésta-

[95] Demóstenes, XVIII 222.

[96] Demóstenes, XVIII 404-405.

me a esto: si hubieses nacido en el mismo tiempo que Demóstenes, ¿acaso entonces le habrías echado en cara estas palabras, o lo habrías liberado de la acusación? Pues si se las echases en cara, serías un calumniador desde hace mucho tiempo, pero si le hubieses liberado de la acusación, a mí me calumnias con tus palabras. Me parece que el epigrama que ahora leemos en el Cerámico no está lejos de la opinión de Demóstenes [97].

80 Así pues, a mí me basta, una vez que también hice memoria de los oradores, pues tú probablemente nos asignarías en este sitio del coro. Y no obstante, en favor de la verdad, quiero puntualizar mi razonamiento en todos los aspectos, para que también te des cuenta de qué clase eres tú que me amonestas, aunque el refrán dice «guarda tu rebaño». 81 Considera también otra defensa, la del hombre sabio, quien dista tanto de la jactancia que también censura a los sofistas por mostrar una vana insolencia [98]. Dice a los atenienses, amenazándolos, que, si lo matan, no encontrarán a otro de la misma clase [99]. Y remite sus palabras al más apropiado de los testigos, al dios de Delfos [100]. «Y yo creo, dice, que no hay un bien mayor para vosotros en la ciudad que mi servicio al dios» [101]. 82 Algunas otras afirmaciones de este tipo se contienen en la *Apología de Sócrates*. Y él fue condenado por esto, podrías decir. Y aquellos que lo condenaron se arrepintieron, podrían decir sus sucesores. Sí, por Zeus, pero el propio Sócrates no pronunció

[97] Ps. Plutarco, *Vida de los diez oradores* 847A: «*Si tu fuerza, Demóstenes, hubiese igualado a tu genio nunca el Ares macedonio habría dominado a los griegos*».

[98] Platón, *Apología* 23 B.

[99] Platón, *Apología* 30 E.

[100] Platón, *Apología* 20 E.

[101] Platón, *Apología* 30 A.

tal discurso. De acuerdo. Pero si él mismo no dijo estas cosas precisamente, otro, de igual categoría, las dijo como si 83 le convinieran, lo que viene a ser lo mismo. Yo afirmo que Sócrates, durante su vida, se enorgulleció de sí mismo, incluso si ha pasado desapercibido para la mayoría. ¿O qué piensas que es su gran ironía? Yo creo que aquél hablaba al pueblo como a niños, en verdad burlándose de ellos y comportándose como si estuviera tratando con simples de espíritu. Y bien, cuando realmente ni admiraba a aquellos que decía admirar, ni tampoco se sentía a sí mismo como alguien indigno realmente, pero no obstante aparecía utilizando tales expresiones, ¿qué otra cosa significa salvo que pensaba que ninguno de los otros era digno de compararse con él? Se podría decir que así sucedía.

84 Y, si quieres, dejo a Sócrates y tomo en consideración a Ifícrates, un hombre que no estaba entre el orador y el general, sino alguien que había conseguido ambas facultades [102]. ¿Acaso no has recorrido alguna vez su defensa sobre el regalo? Y si quieres, supón que este discurso es de Lisias, o supón que es de Ifícrates, si así lo prefieres [103]. No hay nada tan evidente en todo el pleito que su orgullo, que hace que el discurso sea muy superior a la mayoría de los de Li- 85 sias. Pues a los atenienses, entre otras cosas ajenas a tu espíritu, también les dice: «si tuvieseis otros siete generales como yo, la tierra de los lacedemonios sería inhabitable» [104].

---

[102] Ifícrates, general ateniense del s. IV a. C., aceleró la transformación de la táctica militar con la utilización de los mercenarios y la potenciación del soldado ligero de infantería, el peltasta.

[103] La paternidad del discurso es discutida. La razón estriba en que, como informa PLUTARCO (*Vida de los diez oradores* 836D), Lisias escribió algunos discursos para Ifícrates.

[104] LISIAS, frag. 39 SAUPPE.

Y recordando a Harmodio y Aristogitón, a los que los atenienses consideran como los primeros de todos sus benefactores, dice que, si hubiese vivido en su tiempo, o bien los habría asociado a su persona, o bien habría sido llamado por ellos [105]. «Y vosotros, atenienses, sabéis, dice, que vuestros decretos y la estela que me erigisteis son para mí un honor, pero en mi honor se ha levantado en el Peloponeso una estela tan alta como el cielo, como testigo de mi virtud» [106]. Hasta tal grado de atrevimiento llega que se compara a sí mismo con los generales de ambos bandos, tanto con los de sus conciudadanos como con los de sus enemigos [107]. Y en verdad, por los dioses, si Ifícrates te hubiera sentado a su lado como consejero cuando iba a realizar su defensa, ¿acaso le hubieses aconsejado defenderse de esta manera, o suplicar a los jueces arrojándose a sus rodillas? Cuando realiza su defensa sobre el regalo, se presenta haciendo uso de cierta libertad de palabra, pero ¿cambió su actitud cuando su vida corrió peligro por la acción de Aristofonte? Incluso en aquella situación se mantuvo fiel a su naturaleza. Pues cuando preguntó a Aristofonte, como dice, «si tú hubieses estado al mando de la flota, ¿la hubieses entregado traidoramente, o no?», y una vez que Aristofonte dijo que no, añadió: «ahora tú no la habrías entregado traidoramente, aunque eres Aristofonte, pero Ifícrates la entregó» [108]. Además, después de haber recordado alguna frase de las que aquel pronunció, me voy a di-

86

87

[105] LISIAS, frag. 40 SAUPPE.

[106] LISIAS, frag. 41 SAUPPE.

[107] LISIAS, frag. 42 SAUPPE.

[108] LISIAS, frag. 128 SAUPPE.

rigir hacia otro asunto. Pues se cuenta que en Egipto [109], cuando formaba en orden de combate y la batalla estaba próxima, dijo ante los presentes que todas las demás cosas se habían presentado para él de forma conveniente, pero que faltaba la más importante. Cuando se le preguntó qué quería decir con esto, contestó que los enemigos no conocían el nombre de Ifícrates, que él lo tenía como el mejor fármaco contra los males de Grecia.

88 Escucho también que la defensa de Epaminondas ante los tebanos incluso está por encima de la de Ifícrates [110]. ¿Y por qué uno podría admirarse de esto? Pero muy recientemente un compañero —tan de cerca me toca [111]— me mostraba un epigrama de un pintor que así decía:

Incluso si se escuchan cosas inverosímiles, yo lo digo: pues afirmo que se han descubierto los límites ciertos de este arte por nuestra mano. He fijado una insuperable frontera. Nada irreprochable hay para los mortales [112].

---

[109] PLUTARCO, *Apotegmas de reyes y generales* 187A. Ifícrates combatió en Egipto por cuenta de Artajerjes en 374 a. C. para devolver el país a la obediencia persa.

[110] NEPOTE, *Epaminondas* 8. Llevado ante juicio en 370 a. C. con otros dos generales más por haberse excedido en su autoridad, él asumió toda la responsabilidad y desafió a los jueces a que se atrevieran a condenarlo.

[111] Este es uno de los pasajes por los que se podría intentar fechar el discurso. Los manuscritos escriben *Káthetai* pero B. KEIL, corrigió en *Kathékei*, opción que hemos elegido. En cambio C. BEHR, *Aelius Aristides...* pág. 48, n. 16, mantiene la lectura del manuscrito y lo interpreta como un compañero que con él era incubante en el templo de Asclepio durante su estancia allí.

[112] Se atribuye a Parrasio, un pintor de Éfeso que trabajó en torno al 400 a. C.

Por Zeus, ¿crees justo que tal pintor diga tales exageraciones sobre sí mismo y que hable con tanta franqueza, cuando es propio de su arte trabajar en silencio [113], pero te parece algo sorprendente y terrible que un hombre, reconocido entre pocos —pues nada digo ahora sobre mis discursos—, haga una mención de paso sobre sí mismo? Es- 89 cucha otro epigrama de otro pintor que, como tú dirías, se fanfarronea, pero que, como los entendidos afirman, no se siente más orgulloso de lo conveniente. ¿Qué dice?

Heraclea, mi patria. Zeuxis, mi nombre. Si algún hombre
dice que ha alcanzado los confines de nuestro arte
una vez que lo haya demostrado, que resulte vencedor.

«Pero me parece, dice, que nosotros no tenemos el segundo puesto». Y ni aquél retrocedió ante el epigrama porque fuese osado, ni ninguno de sus compañeros le aconsejó que lo borrara cuando lo compuso. «Y de nuevo lo hizo 90 y se atrevió a hacerlo» [114] escribió el insolente aquél. Pues cuando terminó el retrato de Helena, escribió al lado los versos de Homero:

no es reprensible que troyanos y aqueos, de hermosas grebas
sufran prolijos males por una mujer como ésta [115],

como si fuera lo mismo hacer un retrato de Elena y que Zeus engendrara a la auténtica Elena.

Y he aquí que por ti despido a los pintores. Pero yo es- 91 cuché a cierto escritor de comedia que pronunciaba con

[113] PLATÓN, *Gorgias* 450 C.

[114] Inicio del verso homérico *Ilíada* III 242 y 271, aunque su forma está ligeramente alterada tal y como la transmite PLATÓN, *Banquete* 220 C.

[115] HOMERO, *Ilíada* III 156-7. Cf. Valerio Máximo III 7.

gravedad algunas frases sorprendentes. Y si alguien preguntara a los autores de comedias de qué se enorgullecen tanto, dirían, creo, que porque producen la risa en el público, como uno de ellos reconoció, aunque nadie se lo había preguntado [116]. Pero quizás éstos crean justo distinguir entre los chistes de los que habitan la ciudad y los de la ma-
92 sa del pueblo. Y uno de éstos, ufanándose al principio de una comedia, como un profeta proclamó [117]:

Es necesario que todo espectador se despierte
pasando por alto la charla improvisada de los efímeros poetas,

como si en aquel día fuera a convertir a todos en gente sabia y virtuosa. Y cuando presentó *Los Quirones*, de nuevo añadió espléndidamente al final:

esta obra fue elaborada por nosotros en dos años de fatiga [118],

pero dice que le propuso a los otros poetas imitarla durante toda una vida, evidentemente porque nadie lo lograría.
93 Otro de estos autores dice que él ataca a los más grandes con la cólera de Hércules [119]. Y de nuevo, yendo más lejos, añade otra frase consecuente con ésta:

tras encontrar a este purificador salvador de la tierra [120].

¿No es pues terrible, tierra y dioses, que Aristófanes trate de comparar sus propias burlas con los trabajos de

---

[116] Platón, *Banquete* 189 B.

[117] El escolio atribuye el verso a Éupolis, rival cómico de Aristófanes, y a su obra *Marikás*.

[118] Cratino, frag. 237 K.

[119] Aristófanes, *Avispas* 1030.

[120] Aristófanes, *Avispas* 1043.

Hércules, pero que te parezca, en el papel de juez, algo soberbio que los poetas de asuntos serios, lo que el propio Aristófanes admitiría, crean conveniente comparar sus obras con las de otros? Y también aquél dice cuando elogiaba una de sus propias comedias en otro lugar [121]: 94

realizando muchas libaciones, unas sobre otras, jura por Dioniso que nunca ha escuchado mejores versos cómicos [que éstos.

Pero tú no has consentido, ni siquiera, que sin juramento ensalce un discurso en honor a la diosa compuesto con su participación, y esto sólo improvisadamente.

Y paso en silencio a los restantes. Pero para que puedas 95 cogerte a ti mismo en flagrante delito, como un orgulloso, un difamador y un entrometido, considera quién es el que ha elogiado tanto su propio discurso que abiertamente en él habla de sí mismo, como el poeta cómico habla sobre su obra: por una parte, al comenzar el proemio, cuando hizo voto de hablar dignamente, no sólo del asunto, sino también del tiempo que gastó en la preparación del discurso, y además añadió que todo el que había vivido [122]; pero por otra parte, al final del discurso, cuando desafía a todos como a una competición y disputa puesto que nadie podría acercarse a sus méritos [123]. ¿Qué vas a decir? ¿Quizás que 96 le conviene más sentirse orgulloso de sus propias obras? ¿O que le está permitido sentirse más orgulloso de lo debido, pero que yo no puedo ni en su justa medida? ¿Y a aquél le está permitido escribir en sus propios discursos lo que

[121] ARISTÓFANES, *Avispas* 1046-1047.

[122] ISÓCRATES, *Panegírico* 14.

[123] ISÓCRATES, *Panegírico* 188.

opina de ellos, pero yo no puedo hacer una simple mención de pasada a mí mismo fuera de la obra? Y se podría ver con frecuencia que los directores de los certámenes y los espectadores conceden a los comediógrafos, a los trágicos, y a los contendientes allegados, el dar un paso hacia adelante para discutir un poco sobre ellos mismos y, muchas veces, tras quitarse la máscara en medio del acto que representaban, hablan ante la asamblea con dignidad [124]. Pero tú, aunque eres un don nadie, ni siquiera nos has permitido respirar, sino que te es propio complacerte incluso si estás presente en estos acontecimientos en calidad de criado.

¿Y qué dirías, por los dioses, si alguien te preguntara? «Por Zeus, estas son prácticas desagradables y fastidiosas». Sin embargo, si lo son para la mayoría, ¿por qué no les resultan odiosas? Pero si lo son para ti, ¿por qué te refugias en la mayoría? Pues la mayoría se muestra poco más o menos como un solo hombre, envidioso también, pero si no, como un hombre insensible. Y de hecho, si tú mismo elogias el discurso, lo dicho está de acuerdo con tu propósito. Pues ciertamente, de alguna manera, te parece conveniente no participar del placer que se deriva de mis obras y, cuando me ves alegre, lo consideras una desgracia. Pero si se te escapa la belleza del discurso, nosotros dijimos estas palabra con razón. ¿Cómo te sientes por estas menciones que de paso he ido haciendo? Pues si te has enojado también, con este propósito se dijeron, para que te disgustaras. Pues ciertamente tú no considerarás un perjuicio cuando yo me sienta contento con mi obra, pero yo no lo consideraré

[124] Referencia a la parábasis, momento de las comedias en el que se rompía la ilusión escénica y los actores, despojados de sus máscaras y mantos hablaban al público.

una ganancia si tú te afliges por esto. Pero si aceptas lo que se ha dicho, ¿cómo censuras ahora algo sobre lo que antes estabas conforme? O ¿a quién criticarás cuando así estás dispuesto? Se encontrará que no solamente han sido juzga- 101 das estas palabras conforme al hombre que las ha pronunciado y conforme a su categoría, sino que también a la vista de las circunstancias en las que se dijeron y, siempre, del añadido del motivo. Por ejemplo, si alguien hace uso preferentemente de tales palabras además por soberbia y arrogancia, o porque voluntariamente deshonra a la mayoría y la considera indigna, o también, como recientemente he dicho [125], a causa de cierto «criado», como algunos hombres a los que he visto, que se han arrancado las cejas y marchan como si fuesen los dueños de aquellos con los que se encuentran, y que han aplicado tal ungüento a su vida que inmediatamente dejan consternados a quienes entran en contacto con ellos, contra tales hombres creo que es justo indignarse y pensar que son descendientes de la cabeza de Gorgona [126] y que no han sacado el mejor provecho de la oratoria que exhiben. Pero a quien ha elegido una vida, la 102 que le resta, tan moderada y ordinaria, que es conocido especialmente por esto mismo y es su signo distintivo —salvo que ahora me haya pasado desapercibido que estoy hablando con cierto orgullo y sea necesario pedir disculpas— y tan pronto como el dios lo impulsó, sólo entonces dijo algo sobre sí mismo, cualquiera que fuese lo que entonces se dijo, y haciendo esta mención durante la competición y en el momento oportuno, cuando es conveniente no recordar nada más que sus palabras, y después calló, ¿por qué se le

[125] Cf. § 97.

[126] Los cínicos.

reprocharía esta actitud? Pero dime tú, por Zeus, ¿de tanto ocio dispones que, suprimiendo aquellos sueños [127], substraes, como los pájaros, pequeñas cosas y de ninguna importancia para marcharte con material con el que difamar, como si fuera un hallazgo feliz? Di también que yo lo hice por generosidad, para que no estuvieses completamente descorazonado sino que tuvieses algo por lo que querer vivir. Puesto que tú, según parece, habías recibido cierto oráculo de la pitia: que perecerías cuando elogiases todo. De manera que me debes una recompensa, y si censuras esto, hazlo con justicia. ¿O examinarás cuidadosamente a la propia Pitia y a los intérpretes de los oráculos, cuando obran sin reflexión, observando atentamente, tanto sus actitudes, como sus miradas, y si les pareciera bien decirte algo más atrevido, más tarde también los censurarías, hombre desgraciado y alejado de los dioses? Todas estas cosas se ajustan a la ocasión.

Te recordaré también a Jenofonte, quien, tratando sobre Ciro el Grande [128], dice que durante todo el tiempo era sencillo, muy ordenado y poco vanidoso pero que, cuando marchaba al combate y se apasionaba, no eran pequeñas las cosas que decía, y no se reprimía, sino que se exaltaba a sí mismo y a sus soldados. Y con razón. Pues si, mi querido amigo, expulsas el dolor del alma, has quitado de en medio la causa del valor. Y examíname de este modo, y añade este hecho aún más importante. Si yo no iba a entrar en competición, sino que ya estaba metido en ella, si yo hice aquellas menciones por esta necesidad, como una reprimenda y como provecho común de los oyentes, si lo hice bajo el po-

[127] En el que se inspiró el himno a Atenea.

[128] Jenofonte, *Ciropedia* VII 1.

der de dios, si lo hice mientras mi discurso estaba sumido en la pasión, si lo hice, al principio empujándome yo mismo, y después poniendo en marcha a la mayoría con el mismo acicate, lo que también aprobamos para los preludios y decimos que es necesario en ellos; si encuentras que estas circunstancias que enumero estaban presentes cuando hablé, atrévete a decir: «él no estaba fuera de sí sin el concurso de la diosa, sino que Atenea estaba presente, a quien está consagrada la más noble parte de la moderación». Quizás has escuchado a Homero cuando habla sobre los contendientes: 106

se enfurecía como cuando Ares, que blande la lanza, o el fuego
pernicioso se enfurece en la espesura de poblada selva:
su boca estaba cubierta de espuma[129].

Y conoces las palabras que le siguen, para que yo también te resulte agradable. «Sí por Zeus, pero este hombre es un bárbaro e incapaz de controlarse». ¿Y qué decimos sobre el otro, el más bello de los aqueos? ¿No recordarías cómo lo arma de nuevo, después de la renuncia a la cólera? 107

pero en medio de éstos armábase el divino Aquiles
rechinándole los dientes, sus ojos centelleaban con
una llama encendida y el corazón traspasado por insoportable
dolor, lleno de ira contra los troyanos, vestía el regalo
[del dios[130].

Verás que todo se lo ha atribuido igualmente al mismo hombre: el rechinar de dientes, el fuego en la mirada, la ira

[129] HOMERO, *Ilíada* XV 605-607.
[130] HOMERO, *Ilíada* XIX 364-368.

contra los enemigos, el dolor por la desdicha, el atavío en relación con sus compañeros de armas. Los danzantes de Enio y Enialio permanecen así, incapaces de aquietar su ánimo, pero mucho menos de dejar su manos tranquilas. Se mueven en una extraña convulsión tanto sus labios como todas las partes de su cuerpo, y cierta mixtura maravillosa de dolor, pasión, deseo y razonamiento les invade. E incluso si éstos entran en conversación, en medio de sus trabajos dicen cosas de este calibre, «más cerca, vamos», y:

los hijos de los desdichados salen al encuentro de mi furia[131].

Pero ¿acaso consideras que éstos, los danzantes de Hermes y la Musas, en torno a quienes Zeus, el rey de los dioses, ordenó que estuvieran las bellezas y las audacias de las palabras, dan a conocer sus propias obras así, con la mirada clavada en la tierra como los erembos[132], que en nada difieren de los burros de carga, la mitad en vela, la mitad descansando? ¿O consideras que éstos no se presentan con menos vigor que los posesos que hay entre los coribantes o por alguna otra divinidad apasionada, sino que se ponen en movimiento los que están presentes juntamente con la canción? ¿Pero tú no censuras ni el yelmo ni el escudo que despide fuego de Diomedes, como afirma Homero[133], sino que los admirarías también y los considerarías signo de grandeza, pero a aquellos de cuya propia cabeza la diosa despide fuego, a éstos no los haces partícipes de tu indulgencia? ¿Y delante de qué batalla dices que va tanto ardor,

[131] Homero, *Ilíada* VI 143 y 127.

[132] Los erembos eran una tribu de Arabia o Etiopía. Cf. Homero, *Odisea* IV 48 y Estrabón, I 42.

[133] Homero, *Ilíada* V 4.

cuanto es propio de la oratoria viva y veraz? Quizás, tal y como dijo Darío, el fuego ordenó todo el universo, una frase no más propia del hombre poderoso que del sabio [134]. Pero ésta es la única fuente de la oratoria, en verdad, el sagrado y divino fuego del altar de Zeus, bajo cuya influencia no es posible que duerma el iniciado que se ha presentado ante el público. Tú entonces crees conveniente que te 111 mire, a ti y a tus ojos, temeroso como un niño de que pueda murmurar alguna cosa que te produzca disgusto. Y estableces límites no a un torrente, sino al Nilo, un río que guarda proporción con su grandeza. ¿No sabes que aquel hombre ha creado cosas que producen movimiento por ellas mismas, como las herramientas de Hefesto [135]? Creo que también las saetas de Apolo suenan por su propia iniciativa [136], puesto que también participan de la indignación del dios. Así también, en las competiciones de discursos 112 inspirados por la divinidad, muchas partes de éstos, que avanzan por ellos mismos, acaban fuera de la línea marcada, y entonces el discurso genera cierto fragor, necesario y consecuente con su ímpetu, como un dardo avanzando junto con su silbido. Me temo que estoy hablando con un sor- 113 do y que, de alguna manera, al mostrar los misterios a uno que no ha sido iniciado, los estoy profanando. Quizás, como en un mito, algún relato prohibido se narrará a quienes puedan escucharlo, pero para ti, nada más hay. Digo, en 114 efecto, que cuando la luz de dios llegó y, en palabras del

[134] No se sabe con certeza quién fuese este Darío. Quizás se trate del rey persa que aparece en la correspondencia de Pseudo Heráclito (Diógenes Laercio, IX 12). La doctrina que se expone es claramente heraclitea.

[135] Homero, *Ilíada* XVIII 376. Cf. E. Aristides, XXXIX 11.

[136] Homero, *Ilíada* I 46-8.

proverbio, «brilla a través del carro» [137], carros como los que los poetas han dado a las Musas [138], y ha poseído el alma del que habla, como cierto néctar que llega de las fuentes de Apolo, al instante lo llenó de ritmo y de un ardor acompañado de alegría, llevó sus ojos hacia arriba y erizó sus cabellos [139], y este hombre, tanto si quieres llamarlo danzante o bacante, no mira a nada, ni presente ni ausente, salvo a sus propias palabras y a sus guardianes, los dioses de la elocuencia, como quienes miran a los que les ofrecen otra cosa, y especialmente cuando lo ofrecen desde las al-

11 turas. Y se dice [140]: ha pronunciado cierta palabra que como secreto no es soportable —pues la ocasión genera muchas cosas que alguien ignorante de estas competiciones no podría concebir—. Y no es posible que quien ha relajado la mente, ni quien ha prestado atención a la audiencia, mantenga vivo el estímulo que conviene a las palabras, sino que la pasión, como si fuera un fármaco, sola ella, acompaña y pilota el discurso como si fuera un barco, y no cede un lugar a sus adversarios. Cuando esta pasión te ha abandonado, el flujo de la palabras decae y vence el sopor. Es necesario entonces que este orador, enfriado por la debilidad, descienda de la tribuna, como un águila al que le fallan las alas.

116 Yo puedo contarte cierto relato sagrado que una noche escuché, no hace mucho tiempo, de labios de uno de los

---

[137] El Carro, Harma, es una región del Ática (ESTRABÓN, IX 404) donde los rayos son muy escasos. Por tanto la expresión significaría algo que nunca o muy raramente ocurre. No obstante es posible que Aristides esté pensando en otra interpretación.

[138] Cf. PÍNDARO, *Ístmica* VIII 62, ARISTIDES, XLV 13.

[139] Se puede comparar con la experiencia pseudomística de XLVIII 32.

[140] HOMERO, *Odisea* XIV 466.

dioses[141]: cómo es el asunto de la locura divina. El relato es más o menos como sigue: es necesario, dice, que tu mente sea removida, en primer lugar, de lo común y ordinario pero que, cuando se haya removido y se sienta orgullosa, entre en relación con el dios y se eleve. Y ninguna de las dos cosas, dice mi maestro, es algo maravilloso, pues el alma se eleva cuando se han despreciado las cosas de la mayoría y se ha entrado en contacto con el dios. Ahí tienes 117 algunas cosas dignas de recuerdo de la noche sagrada[142], como los poetas la llaman, que han llegado a través de la puerta de marfil[143], pero que son más radiantes, en verdad, que cualquier marfil. Así, si no pudiésemos nombrar a nadie, ni de ninguna especie, que se sienta orgulloso de sí mismo, ni esta experiencia fuese necesaria para la oratoria, pero dios ahora nos hubiese conducido a ésta, no consideraríamos estos privilegios, de alguna manera, como desgracia. Pero tú criticas el elemento distintivo del orador. Por los dioses ¿no es la mejor audiencia, no aquella que se 118 comporta con mucha moderación, sino la que mejor sabe moverse y la que responde a lo que se dice, pero el mejor orador, no el más apasionado y el que primero se da cuenta de sí mismo, sino quien se somete a su audiencia y necesita aprender de su mano qué es lo que puede decir? Considéralo también. Afirmo que en muchas ocasiones resulta 119 necesario para el hombre absolutamente sencillo y bonda-

---

[141] Asclepio. Esta misma visión aunque relatada en una versión algo diferente se recuerda en L 52.

[142] EURÍPIDES, *Andrómeda,* frag. 114 N.

[143] HOMERO, *Odisea* XIX 562 ss. E. R. DODDS, *The Greek and the Irrational = Los griegos y lo irracional* [trad. M. ARAUJO] Madrid, Alianza Universidad, 1989 pág.103-131. Por la puerta de marfil entran los sueños verdaderos.

doso hacer algunas menciones de paso a causa de sus propios discursos, pues, si no las hiciera, habría algunos hechos, demasiado buenos para que pasen desapercibidos, que se escaparían a la mayoría. ¿A qué me refiero, por ejemplo? Existen lindezas en la oratoria, como también en la poesía, y existen géneros, algunos de los cuales están muy alejados y otros muy próximos entre sí, que con facilidad no se pueden detentar todos juntos, y cada autor, tras apropiarse de una parte, es estimado en relación a ésta. Pe-
120 ro si quieres, saca a Homero de la discusión. Cuando se ha procurado exponer un trabajo en un certamen a través de todas estas lindezas y mezclar todas las combinaciones retóricas, y en primer lugar se ha procurado ofrecer un carácter conveniente para la ocasión, y en segundo la combinación de elementos, es decir, donde se necesite exactitud, añadiendo allí calor, donde se necesite elaboración, añadiendo allí rapidez, pero a lo recargado, claridad, gracia donde haga falta gravedad, donde se necesite inventiva, allí orden, donde se necesite audacia, allí precaución, pero sobre todo comodidad y fluidez —y permítaseme conocer estos asuntos mejor que tú y que aquellos que se te parecen—, en ese momento toda la audiencia está aturdida y no sabe cómo ha sido, pero, como si hubiesen formado un círculo en orden de batalla, alborotan y ofrecen sus elogios de acuerdo con su naturaleza y facultades, unos, por la precisión del vocabulario, otros, por la encantadora sutileza del pensamiento. Pero el orador revienta a causa de éstos.
121 ¿Qué me dices? Ni mínimamente ves la contienda. Pero, dice el refrán, «aunque yo toque todos los tipos de flauta por separado» y al mismo tiempo use todas las armonías, tú te sientas con la mirada fija en el movimiento de uno de mis dedos, como si, al probar todas las cuerdas al mismo

tiempo en una lira o en una cítara, tú parecieras escuchar el sonido de una sola. El orador te enseña, no por ninguna 122 otra razón, sino porque así salva cierta huella divina que hay en él y cuida de ti y de los otros, pero especialmente de la propia naturaleza de la oratoria, para que sus semillas, que han sido comprendidas, sean salvadas en la medida de lo posible. Éstas son las razones, tú, conocedor de mis asuntos pero ignorante de los tuyos, que también me movieron recientemente. Tú cambias la ley y mudas el orden 123 que la naturaleza ha dado a conocer, no sólo a los hombres, sino también a los otros seres vivos. Esta posición consiste en obedecer al mejor, y tú piensas que es posible que el águila se mueva como el grajo, aun cuando su poderío está claro para quienes pueden verlo y oírlo, incluso cuando se acerca de lejos desgarrando el aire, como cuando los marineros rompen el mar con los remos. Y está claro qué 124 cosas hará el león cuando ruge [...]. Tú pides la velocidad de un caballo pero la apariencia de la cabeza de un burro, cosas que no son compatibles. No has escuchado aquellos versos:

sus crines vuelan sobre sus hombros, y éste,
seducido por su lozanía, rápidamente las rodillas
le llevan junto a las moradas y prados de los caballos[144].

Pero para un asno es bastante motivo de orgullo estar libre de la carga que, a causa de la necesidad diaria, transporta para su dueño, recogiendo más golpes que pasos da. Pero yo me he desviado, llevado por el discurso como por 125 la corriente de un río. Y así retorno a aquel asunto, que tú crees conveniente alterar la ley de la naturaleza, que orde-

[144] HOMERO, *Ilíada* VI 509-511.

na soportar la superioridad de los poderosos y vivir con-
126 forme a lo ordenado. Es deshonroso para un general dirigir la vista a sus soldados, pero es bueno que los soldados miren a sus generales, como también, creo, es bueno que los miembros del coro dirijan su mirada hacia su director, los marineros hacia su piloto, los pueblos hacia sus magistrados, los oyentes hacia su orador. En efecto, si tú de miembro de la audiencia te hubieses mudado en orador para nosotros, sería el momento para que tú accedieras a la cátedra. Pero si, como hombre insignificante que eres, hombre que se detiene en asuntos sin importancia, disertas sobre nimiedades, yo no puedo dirigirte ningún elogio. Pero quiero examinar con mayor detenimiento lo que poco antes dije [145], el asunto de la razón de mi acción, puesto que tú también podrías convenir que todo se juzga conforme a ésta.

127 Pues si yo, por esta causa, hubiese hecho estas cosas de una manera tan imponente que, o bien hubiera extraviado a los adolescentes, o bien, engañando a algunos desgraciados padres, les imprecase para que me pagasen mis honorarios [146], y si no hubiese actuado de esta manera sólo recientemente, sino en cualquier otro y en todo momento, habiéndome dejado vencer por algún deseo de este tipo, hubiese dicho o hecho alguna cosa, pequeña o grande, haré lo que tú quieras, tras recibir la orden, y no pondré excusa. Pero si me encontrase dipuesto tal y como la naturaleza del discurso me afectaba y me conducía, y escuchase mis propias palabras

[145] Cf. § 119.

[146] Aristides desprecia a aquellos que enseñan por dinero, II 431 y XXX 19. No obstante Damiano de Efeso, uno de sus discípulos, afirma que pagó por las lecciones que recibió de él. FILÓSTRATO, *Vida de los Sofistas* 605.

como si fueran de otro o, mejor, hubiese estado completamente en desventaja en este asunto y me hubiese guardado de ello, sin ser capaz de ser dominado por el furor báquico ni de disfrutar mi placer con libertad, como si no hubiese sentido vergüenza saltando si el libro hubiese sido de otro, ¿por qué, tras ocultar que admiras mi autocontrol, me acusas por cosas que nada me convienen? Yo voy a cometer 128 una exageración aún mayor. ¡Que ninguna de estas cosas se diga! Por los dioses, ¿puedes decir que yo lo hacía sin ninguna necesidad y que presenté estos artificios en vano, sólo por la costumbre y el huero orgullo del sofista y por conseguir magnificencia? ¿No saben todos de mí cuánto disto de estas actitudes? ¿No es nuestra práctica completamente distinta? ¿No veis que mis discursos, en cuanto es posible, son extremadamente sinceros? ¿No veis todos que toda mi intención con respecto a la oratoria es extremadamente sincera? ¿Qué gesto de las manos, o qué movimiento de los labios, me he acostumbrado a hacer adrede más allá de su medida justa? ¿Qué apariencia molesta en el vestido uso, 129 como la de aquellos que se cubren con sus mantos, quizás estimando su propia dignidad? Pero yo no. Pues aunque necesito de mayor protección que la mayoría [147], de la misma manera huyo de este abrigo. O ¿alguna vez me he extraviado en algún otro asunto de este estilo?, o ¿bailo alrededor de la tribuna como hacen otros?, o ¿tengo yo que ver algo con algún otro defecto de esta clase? ¿o es que tengo tanto tiempo libre? En cambio, yo estoy satisfecho siempre que soy capaz de continuar ocupando mi tiempo en algún discurso y en lo que necesariamente se relaciona con él, y de no añadirme ningún defecto importado. En efecto, infla- 130

[147] *Por su enfermedad.*

mado por mi discurso, he dicho estas palabras. Así, si uno se debe abstener lo más posible de disparatar, como tú dirías, pero surge de la misma fuerza del discurso, ¿qué utilidad hay en un consejo imposible? Es como si a un individuo que ha sido arrastrado en el mar por un fuerte viento, tú le ordenases que se estuviese tranquilo y esperase, diciéndole desde la orilla: «ves, yo estoy sentado». Y me parece, tal y como dice el proverbio, que tú censuras la actitud de un hombre que ha sido picado por una víbora, aunque tú nunca has sido picado. Filoctetes, el hijo de Peas, no te 131 soportaría si te escuchase decir semejantes cosas [148]. Pero quizás tú has pensado que yo soy uno de esos sofistas a los que los charlatanes reprenden cuando actúan bien —en efecto yo he visto una vez a un sofista que fue expulsado por uno de estos charlatanes mientras estaba hablando: así el charlatán se creía el mejor capacitado para saber, no sólo lo que se debía decir, sino también la duración de su discurso. Y el sofista se mostró de acuerdo—. Pero no lo confundas todo, para que no 132 resultes ridículo. Ciertamente, cuando nuestro cuerpo está débil a consecuencia de la enfermedad, no recurrimos a viles súplicas a los médicos, sino que, hablando con el permiso de los dioses, aunque me he ganado la amistad de los mejores médicos, nos refugiamos en el templo de Asclepio, en la convicción de que si es necesario que yo me salve, es mejor que lo haga por su intermedio, pero si no es posible, entonces es 133 el momento de morir [149]. Mis condiscípulos [150] también po-

---

[148] Cfr. XVII 18. El propio Filoctetes fue picado por una vívora. SÓFOCLES, *Filoctetes* 263-267.

[149] La preponderancia de Asclepio sobre los médicos humanos es uno de los temas preferentes de Discursos Sagrados, p. ej. XLVIII 61-68.

[150] Sus compañeros que habitan con él en el templo de Asclepio y se someten a las curas ordenadas por el dios. C. BEHR, *Aelius Aristides...*, pág. 42.

drían dar a conocer aspectos de mi naturaleza. Cuando yo era un niño, si mi maestro [151] preguntaba alguna cosa que yo supiera, pero otro, tomando la palabra antes, contestaba, yo ya no hablaba para que no pareciese que repetía las palabras del otro. Semejantes son las circunstancias presentes en el templo de Asclepio. Se os va a decir la verdad, pero es lícito que cada uno, según le parezca, piense lo peor o lo mejor. Ésta era y es mi actitud con mis condiscípulos del templo, de manera que me disgusto con quien no se levanta en señal de respeto, pero me siento avergonzado si no le cedo el sitio a quien se ha levantado. Si has venido hasta aquí para gobernar, convéncelos de que te conviene a ti antes que a mí. Pero si cedes a otro la hegemonía, recuerda los versos de Homero: 134

camarada, guarda silencio y obedece mi consejo,
que sea así, magnánimos teucros, como yo lo ordeno

y

pero Patroclo, solo, estaba sentado en frente en silencio [152].

No se manda el ejército en compañía de otro general, puesto que resulta vergonzoso para ambos, tanto para ti como para el general.

Tras añadir algunos pequeños detalles me despediré. He desarrollado todos estos argumentos a propósito, no porque cada uno de ellos no fuera suficiente, sino para que vieses por medio de cuántos testimonios resultas un necio, y de cuántas cosas hasta ahora desconocedor e ignorante, 135

[151] Quizás Alejandro de Cotieo

[152] HOMERO, *Ilíada* IV 412, VIII 513 y IX 190.

entraste en discusión, absolutamente como un profano. ¿Y siendo sólo un iniciado en los misterios, pones a examen al hierofante [153]? Aquel que se acaba de iniciar es de menor dignidad que el que lo hizo tiempo atrás. ¿Y tú, que por primera vez perteneces ahora a la clase de los iniciados, 136 juzgas al mistagogo [154]? Me parece que has renovado el recuerdo del antiguo cuento sobre Momo y Afrodita [155]. Pues dice que ella estaba sentada muy bien arreglada y que Momo reventaba de rabia porque no tenía nada que censurar. Al final, se apartó de ella y se mofó de su sandalia de manera que ocurrieron estas dos cosas a la vez: ni Afrodita fue calumniada, ni Momo pronunció elogio alguno. Y tú, aunque admiras la escena, censuraste los bastidores, y aunque dejaste de prestar atención a mis palabras, acechaste aquellas que dije de paso.

137 Para que veas también lo que Solón, el más famoso de los legisladores, añadió de paso, escucha también lo que sigue. Ciertamente tanto me superó en audacia y orgullo —pues estos términos concuerdan bien con tu acusación— que mientras que yo disparaté fuera ya del libro y habiéndome dejado llevar por el discurso, Solón intencionadamente compuso el libro dedicado a él mismo y a su constitución, como nosotros se lo dedicamos a Atenea, en el que, entre otras cosas, dice:

lo que dije lo cumplí con la ayuda divina
pero no en vano lo hice [156].

---

153 Nueva comparación entre la oratoria y los Misterios Eleusinios. El hierofante era el sacerdote iniciador y el maestro de ceremonias.

154 Maestro de los iniciados.

155 Juliano, *Epist.* 59.

156 Solón, frag. 23, 21-22 Diehl. Este fragmento y el siguiente se conservan en Aristóteles, *Constitución de los atenienses* XII 3, 4. Aristides ofrece en algunos lugares una versión corrupta.

¿Ves con cuánto orgullo habla y no conforme a tu consejo? Y esos versos están escritos en tetrámetros, pero éstos en yambos [157]: 138

Esto podría atestiguarse en el tribunal del tiempo
por la gran Madre de los dioses Olímpicos,
la mejor, la Tierra negra, de la que yo una vez
los mojones arranqué hincados por doquier,
y la que antes fue esclava, ahora es libre.
Y a muchos, a Atenas, que por los dioses se les había dado
como patria, los reconduje, habiendo sido vendidos,
unos justamente, otros no, y a otros exilados
por urgente pobreza, quienes ya no hablaban la lengua
ática de tanto andar errantes.
Y a los que aquí infame esclavitud ya
sufrían, temerosos siempre de sus amos,
los hice libres. Estas cosas con mi autoridad,
combinando fuerza con justicia
realicé, y cumplí lo que prometí.
Leyes a un tiempo para el malo y para el bueno
encajando a cada uno en una recta sentencia
escribí. Si otro en mi lugar hubiera tenido el aguijón,
un varón malévolo y codicioso
no hubiera contentado al pueblo.

Admite que Solón también habla en nuestro favor: «Si otro hubiese introducido este aguijón en sus discursos, no hubiese alcanzado tal grado de moderación». Y me refutarás cuando tú, tras haber adquirido la misma capacidad retórica, y creo que no te va a resultar fácil, te presentes después juzgándote con mucho comedimiento. Pero si tú, que 139

[157] SOLÓN, frag. 24, 3-22 DIEHL.

eres un mendigo, que careces de la alimentación diaria, y que pones tus aspiraciones en dos o tres óbolos, hicieses una acusación contra el rey que escribe «y que no sea obstaculizado por el gasto ni de oro ni de plata»[158], afirmando que estas palabras son soberbias y en ellas hay jactancia, 140 estarías carente igualmente de plata y de entrañas. ¿Y qué dice Solón a continuación?

pues si yo hubiese decidido
lo que a los unos les agradaba entonces
y a continuación lo que los contrarios planeaban,
la ciudad hubiese quedado viuda de muchos hombres.
Frente a eso, sacando valor de todos lados,
me revolví como un lobo acosado por los perros[159].

Verás que también Solón se vanagloria y se siente or- 141 gulloso de sí mismo. Pues él creía, pienso, que estos encomios, que él mismo había compuesto en su honor, serían ventajosos para los demás al convertirse en ejemplos. Por esta razón, con la mano dentro de la ropa[160], levantó la voz y elogió sus propias acciones, y con razón. Pues él juzgaba conveniente tener la mano dentro de la ropa, creo, pero no la cabeza agachada.

142 Continuemos. Te apaciguaré por medio de otro de los más famosos escritores, puesto que eres más cobarde de lo debido, por no decir más descarado. Lo que éste dijo supera lo que Solón escribió. Observa: «La región supraceleste ningún poeta aquí la alabó ni la alaba de manera digna. Pero esto es así»[161]. ¿Ves cómo echó a todos los maldicien-

[158] Jerjes en Tucídides, I 129, 3.
[159] Solón, frag. 24, 22-27 Diehl.
[160] Una señal de respeto, cf. Esquines, I 25 y Demóstenes, XIX 251.
[161] Platón, *Fedro* 247 C.

tes al escribir con libertad sobre su propia naturaleza, cómo es conveniente para el que está confirmando el argumento que tiene entre manos, y que la inspiración de los dioses hace sentirse orgulloso ante la mayoría? ¿O te parece que estas palabras son semejantes a las que los charlatanes pronuncian en los cruces de caminos [162]? Cuando terminaba su discurso sobre el amor, ¿qué elogios propios pasó por alto después, o qué dijo que no fueran lindezas? En primer lugar investigó la verdad correctamente, por saber unir algunos elementos y separar otros en el razonamiento [163]. Después compuso su discurso con orden [164]. Pero lo más importante de todo, él se enorgullece de su magnificencia de manera que, después de atacar abiertamente a su oponente [165], dijo —a no ser que seas tan niño que pienses que estas palabras son del propio Fedro y que no es Platón que como Fedro habla—: «En otro tiempo he admirado tu discurso por todo aquello de mayor belleza que encierra, de manera que temo que Lisias me parezca insignificante, incluso si quisiera componer otro discurso contra éste» [166]. Y de nuevo, ¿qué dirás de estas palabras? «¡Oh!, ¿cuánto dices que son más hábiles en el arte de la retórica las Ninfas, hijas de Aquelao, y Pan, hijo de Hermes, que Lisias el hijo de Céfalo? [167]» ¿No te parece que estas palabras fueron pronunciadas por aquel acompañadas de toda clase de elogios en su propio honor, salvo «si tienes la orejas de Midas», de cuyo epigrama aquel se mofó

143

144

[162] De nuevo un ataque contra los cínicos, DIÓN DE PRUSA, XXXII 9.

[163] PLATÓN, *Fedro* 265 D-E.

[164] PLATÓN, *Fedro* 271 B.

[165] Lisias.

[166] PLATÓN, *Fedro* 257 C.

[167] PLATÓN, *Fedro* 263 D.

imitando el discurso de su compañero [168]? Y estas noticias sobre sí mismo están de acuerdo forzosamente con todas
145 sus virtudes. Creo que es propio de un hombre sensato y prudente conocer su propia dignidad, propio del hombre justo restituirse a sí mismo, y a los demás, lo debido, y propio del hombre valiente no temer decir la verdad. Y por el contrario, quien se indigna por estas actitudes justamente está dominado por todas las contrarias, mientras que no demuestre que las palabras son extrañas al orador y que arras-
146 tran consigo una reputación mayor que la verdadera. Pero, aunque puedo decir muchas otras cosas más, las voy a pasar por alto. No obstante, y ya que traje el recuerdo de Solón y se habló de su constitución, vamos, considera qué dijo éste en las leyes que compuso: «al legislador conviene más conocer de estos asuntos que a todos los poetas juntos» [169]. ¿De manera que no te parece que abiertamente él se proclama a sí mismo como el primero y el más sabio de todos los poetas? Esto es así por la fuerza de la necesidad. Pues si él es el que dice que es legislador, y él mismo es quien dice que es necesario que los poetas, todos juntos, cedan su puesto al legislador, ¿cómo no acaba en aquello
147 que afirmé antes este razonamiento? ¿Acaso no has caído en la cuenta, gracias a estos argumentos, de la distancia que existe entre ambos? O censuras a todos los mejores hombres que hay entre los griegos o decide ser más afable con nosotros en el futuro; ¡mi querido amigo!, que por una parte estás preocupado por mí, pero por otra no miras por ti mismo; tú, que crees conveniente hablarme con toda franqueza merced a tu benevolencia, pero que no permites

[168] PLATÓN, *Fedro* 264 C-D.

[169] PLATÓN, *Leyes* 858 D-E.

que yo hable con toda franqueza ante éstos merced a la mía; tú, que te procuras a ti mismo una libertad de expresión, nacida del miedo, pero no consideras que una libertad recta y justa, nacida de la sensatez, sea propia de mí.

148 Además quiero traer el recuerdo de uno o dos generales. Creo que la naturaleza de aquel famoso Epaminondas no aportó a la ciudad de los tebanos un auxilio más pequeño que el que tú dices haber proporcionado a los tuyos. Pues, además de su defensa que mencioné un poco más arriba [170], existe otro epigrama en el Peloponeso que descubre su carácter. ¡Y por los dioses!, si alguien lo hubiera borrado, ¿no te hubieras sentido apesadumbrado? Yo sí me hubiera sentido, y mucho, y creo que también todos aquellos que piensan como yo, pero no los que piensan como tú. ¿Cuál es este epigrama que todos cantan?

Por nuestras voluntades Esparta fue privada de su dignidad
y la sagrada Mesenia acogió a sus hijos tras mucho tiempo [171].

Rectifícalo, si quieres, con los mismos argumentos, «que todos tienen conciencia de ello y que no es necesario que se diga nada». 149 También se canta cierto dicho de Cabrias [172], que, me parece, pronunció tras la batalla de Naxos. Pero incluso si fue antes de la naumaquia, no por ello es peor. Y este caballero se refería a sí mismo, pues dijo que más terrible

[170] Cf. § 88.

[171] PAUSANIAS, IX 12, 6 y 15, 6 cita el mismo epigrama aunque dice que estaba en Tebas. Es posible que existieran dos copias del mismo, una en la ciudad de Tebas y otra, la que Aristides recuerda, en Megalópolis, capital de la federación arcadia que Epaminondas fundó.

[172] Estratego ateniense que consiguió diversos éxitos a partir de 390 y especialmente en Naxos frente a Esparta en 376. Como consecuencia obtuvo la adhesión de numerosas ciudades a la confederación marítima.

era un ejército de ciervos cuando un león lo dirige, que un ejército de leones cuando es un ciervo quien manda[173].

150 Así, se te ha demostrado por el intermedio de todos, poetas, oradores, generales y de aquellos que han sido de alguna utilidad para los griegos que el orgullo en los poderosos es un bien necesario y algo como natural, y que la afirmación de Demóstenes es válida: «pues como sean las actividades de los hombres, así es forzoso que también sea 151 su orgullo»[174]. Y en verdad es sorprendente que en las otras ocupaciones el orgullo nazca en proporción a la dignidad de sus circunstancias, pero que en las ocupaciones relacionadas con la propia razón y con la oratoria esto no suceda aún más así. Pues el orgullo no es otra cosa para la oratoria que como una fuente y una espuela, para quien 152 tenga tiempo de reflexionar sobre esto. Y me parece que es completamente un símbolo de todo lo griego y como un reflejo de esta clase de carácter[175]. Se podría creer que las artes, la razón práctica, y otras actividades por el estilo, no son inferiores entre los bárbaros, pero la fuerza del espíritu y el orgullo, acompañado de una no gravosa libertad, son bienes exclusivos de los griegos desde antiguo.

153 Me sorprendo de que, habiendo nacido para la enseñanza, no te des cuenta de aquellos que compran con dinero un elogio, no sólo en las lecturas públicas, sino también en los teatros. Y en verdad, ¿qué te parece que están haciendo si no es elogiarse a ellos mismos? Y lo hacen de la manera más indebida e inconveniente, pues añade a la merma 154 de los bienes un especial aditamento de locura. Yo soy

---

[173] PLUTARCO, *Apotegmas de reyes y generales* 187 D.

[174] DEMÓSTENES, III 32.

[175] Cf. § 18.

más discreto que éstos, si no en lo demás, al menos sí en este asunto, pues creo conveniente elogiarme a mí mismo gratis y en aquello que conozco de mí mismo. Éstos saben de mí que no lo hago con mucha frecuencia, de manera que no estoy dando prueba de insensibilidad más que de cierta sabiduría. Incluso tú estarás de acuerdo en que no miento. 155 Te preguntaré una única cosa que resta: ¡por los dioses!, si a ti, mientras suplicas por tener niños, alguno de los dioses te dijese que los tendrás, pero que serán semejantes a este hombre, refiriéndose a mí, tanto en el orgullo como en la capacidad retórica, ¿no los aceptarías? Creo que incluso irías a su encuentro corriendo. En consecuencia ¿me reprochas aquello con lo que tu darías por cumplida tu súplica si lo obtuvieses? ¿Y censuras en mí aquello por lo que tú darías gracias a los dioses, y ni honraste el orden de la justicia persa ni espartana [176], ni concediste un pequeño pago a las grandes realizaciones y el más pequeño honor a los más grandes. Si hicimos una defensa proporcionada conti- 156 go, así está bien. Pero si no, ten en cuenta lo que se te profetiza. Ni tú ni ningún otro nos gobernará, pues nuestro director es suficiente [177].

---

[176] JENOFONTE, *Ciropedia* I 3, 18 y POLIBIO, VI 45.

[177] Asclepio es el director y maestro de la actividad retórica de Aristides, cf. L 13 y ss.

XXIX

SOBRE LA PROHIBICIÓN DE REPRESENTAR COMEDIAS

INTRODUCCIÓN

Ésta es la única obra conservada de la Antigüedad pagana que constituye un firme alegato contra la comedia [1]. Dirigido a los ciudadanos de Esmirna [2], el sofista utiliza uno de los lugares comunes de los tratados de moral, aunque el asunto es manejado con especial vehemencia [3].

Aristides se presenta como el defensor de la moral pública y de la religión. Considera que en el marco de unas fiestas religiosas como las Dionisias se ofrezca la oportunidad a los difamadores de hacer de las suyas es una práctica absolutamente contraria a las demás manifestaciones de la piedad (§§ 4-15). Igualmente expresa su convicción de que la comedia es un hábito pernicioso para la educación de los jóvenes y el decoro de toda la comunidad. Además, niega toda posible función correctora de comportamientos descarriados y más bien entiende que este tipo de representaciones son disuasorias de las actitudes virtuosas (§§ 16-32).

---

[1] Otras obras que versan sobre asuntos parecidos: PLUTARCO, *Comparación entre Aristófanes y Menandro*, DIÓN DE PRUSA, XXXII, y LUCIANO, *Anacharsis*.

[2] Es imposible dar una fecha de la obra. C. BEHR, *Aelius Aristides...*, págs. 95-96, lo sitúa entre 157-165 por su aproximación temática a III B.

[3] Tanta que A. BOULANGER, *Aelius Aristide...*, pág. 292, sugiere la posibilidad de que la reacción del sofista se deba a que fue atacado en una representación teatral.

Por último, es interesante remarcar las estrechas similitudes que existen entre esta obra y el *Sobre los espectáculos* escrito por Tertuliano. Unas semejanzas que son algo más que literarias y que pueden llegar a sugerir dependencia.

La edición utilizada ha sido la de B. Keil, a la que se le han hecho algunas correcciones siguiendo la traducción inglesa de C. Behr.

	Edición de B. Keil	Lectura Adoptada
18	πάντων δέ [τῶν σπουδαιοτάτων]...	πάντων δέ [τῶν] σπουδασμάτων..., Behr
22	χρῶνται... – αὑτοὺς	χρῶνται – αὑτοὺς, Behr
29	ἄλλως τε † τούτων	ἀλλ' ὥς τι τούτων, Behr

XXIX. SOBRE LA PROHIBICIÓN DE REPRESENTAR COMEDIAS

No es pequeña ventaja para quien tiene la intención 1 de ser persuasivo, caballeros de la ciudad de Esmirna, el hecho de que sus palabras sean agradables a su audiencia. La mayoría no sólo está lejos de servirse con facilidad de las opiniones vertidas por aquellos que querían aconsejarles, sino que ni siguiera en manera alguna las soportan. Y no obstante, todos aquellos asuntos que invitan a una seria reflexión no necesitan de un consejero que ilustre sobre ellos, sino que la naturaleza en todas las situaciones marcha por el camino más fácil [1]. Pero en cambio, aquellos otros asuntos que los hombres, una vez instruidos con argumentos, deben seguir o bien guardarse de ellos, estos asuntos se reservan para el consejero. De esta manera, si alguien no quiere escuchar, está anulando por su parte la posibilidad de pedir consejo. Además, es natural que algu- 2 nos otros se comporten con grosería, pero en vosotros, que parecéis destacar tanto en inteligencia e instrucción, sería algo de lo más inaudito, tal y como a mí se me representa,

[1] Imitación de DEMÓSTENES, VIII 72.

en primer lugar que no estuvieseis absolutamente bien dispuestos a escuchar un discurso, en segundo que, si alguien aconsejara lo mejor, no lo llevaseis a la práctica dando gra-
3 cias a la vez por haber recibido este consejo. Si yo fuera a proponeros algunos trabajos o negocios, quizás en primer lugar se necesitaría un debate y, entonces, yo intentaría enseñar cómo aquello que resulta conveniente de todas las maneras es más deseable que el placer momentáneo. Pero ahora tanto disto de haceros una ingrata propuesta que vengo para aconsejaros simplemente estas cosas, que no digáis ni oigáis nada ingrato. Tan lejos estoy de hacer o aconsejar algo ingrato.

4 Empezaré por donde vosotros me podríais seguir mejor y desde mi propia experiencia. Digo que es conveniente celebrar una fiesta en honor a Dioniso y, ¡por Zeus!, también en honor a Afrodita y de todos los demás dioses, en la que se ofrezcan libaciones, se realicen sacrificios, se canten peanes, se lleven coronas y no se olvide ninguna otra muestra de piedad. Pero una de estas prácticas, que resulta muy agradable a la plebe, pero que a las personas honradas les resulta penosísima, pido que sea abolida, y me refiero a los insultos y a esas orgías diurnas, y, ¡por Zeus!, yo por mi parte añadiría también aquellas que se celebran por la noche, y pido que no haya ni poetas ni actores de éstas, y que
5 no se trate a broma lo que sería mejor no tratar. Así están las cosas. No es agradable verse forzado a escuchar difamaciones, pero seguir escuchándolas voluntariamente es un ejercicio de maldad. Ésta es una de las primeras actividades que conduce a la perversidad, y no se podría hacer un mayor reproche a un ciudadano particular o a una ciudad que el de complacerse en el mal. Pues es forzoso que alguien, esclavo de esta pasión, participe y haga crecer en su

interior lo que parece ser el más extremo de los pecados humanos, la envidia, que no tiene excusa. Y la prueba: nadie se complace cuando oye que se habla mal de aquellos a los que ama y a los que quiere bien. Del agravio, del daño, 6 y de otras cosas parecidas, es posible decir que se han cometido involuntariamente, pero la malicia es tan diferente que, en primer lugar, constituye la propia denominación del mal[2], como si no admitiese ninguna indulgencia, y, en segundo, que no es la denominación de ninguna cosa sino de una naturaleza que no desea el bien a nadie. Tal y como la malicia participa en el más alto grado del mal, empezando por su propia denominación[3], así la injuria participa de la mayor parte de la malicia, empezando por el paralelismo del nombre. Así ambas son propias de hombres malévolos y malvados.

Creo que se debe escoger siempre el pensar y decir lo 7 mejor. Pero, en las fiestas y celebraciones religiosas, ¿cómo no va a ser conveniente desear que todo sean elogios y pensamientos agradables, que todos se comporten lo más amigablemente posible entre ellos, como si los dioses estuviesen juzgando su amistad y concordia, y considerar que las fiestas son, como alguien diría, signos de amistad, y que no hay sacrificios brillantes ni libaciones que resulten agradables, de las que los dioses no obtengan mayor placer, si no ofrecemos la mejor disposición posible? Y ¿qué ma- 8 yor muestra de respeto a los dioses habría que no decir ni oír nada disonante en presencia de ellos? ¿O, si un amigo estuviese delante, no nos atreveríamos a pronunciar muchas injurias, incluso si con justicia pudiéramos hacerlo,

---

[2] *Kakoḗtheia*, malicia, y *kakía*, mal.

[3] *Kakēgoría*.

pero, cuando nos colocamos delante de los oídos de los dioses, con facilidad diríamos unos, otros oiríamos, lo que nosotros mismos no podríamos decir que son buenas pala-
9 bras, sino lo que despreciamos porque es vergonzoso? Para que os deis cuenta de que no estoy diciendo nada nuevo, sino que desde antiguo ya había acuerdo en estas cuestiones tanto en las leyes como en las costumbres comunes [4], considerad las primeras palabras de los heraldos que ordenan hablar piadosamente en las fiestas, y considerad también las de los sacerdotes y las de quienes inician el sacrificio en nuestro nombre, cuando celebramos, y, además, cómo nosotros mismos lo respetamos especialmente en nuestras
10 súplicas. Y así ¿qué sentido tiene considerar que el elogio es la más bella de todas las expresiones y que es la más propia para los ritos sagrados, pero que haya inmunidad para quienes quieran blasfemar? ¿Y qué sentido tiene que, cuando sacrificamos, seamos tan decorosos, y, poniendo la excusa de estos dioses en cuyo favor se sacrifica, escuchemos y digamos las palabras más vergonzosas, y que por un lado los enojemos con estas injurias y por otro los convir-
11 tamos en patrones de nuestras injurias públicas? Y así, si consideramos que esta práctica es querida a los dioses, mantenemos una opinión justamente contraria a la nuestra, puesto que evitamos esa misma actitud cuando nos aproximamos a los dioses. Pero si, aunque la consideramos odiosa, nos complacemos en ella, ¿cómo vamos a actuar con piedad? O ¿cómo vamos a honrar a los dioses por medio de prácticas de las que es justo que escapemos gracias a los dioses?

---

[4] DEMÓSTENES, XVIII 114, 275.

Me parece algo asombroso que, si consideramos que 12 los cantos de los pájaros son todo lo favorable posible para nosotros, incluso si nos encontramos en un desierto o en cualquier otro lugar, no nos guardemos de que nuestras palabras no resulten desagradables ni en el teatro. Y cuando nos acercamos a los altares de Cledón [5], nosotros querríamos escuchar los mejores augurios posibles; tan poderosa creemos la capacidad de esta diosa. Pero lo que de ninguna manera es preciso soportar, lo transferimos a las fiestas religiosas. Y nosotros ordenamos a nuestros niños que su 13 lenguaje sea el correcto, enseñándoles antes, tanto en las escuelas como en casa, que no es conveniente decir aquello que causa vergüenza cuando se hace [6]. Y al contrario, cuando hemos reunido en un mismo lugar a nuestros hijos y mujeres, y a gentes de toda edad, ofrecemos premios a la difamación y se los concedemos a quienes mejor la hayan practicado para que les sirva de provecho. En medio de 14 nuestros rituales religiosos cantamos a actitudes por las que no se permite, a quienes las hacen o sufren, que pasen al interior de los lugares que han sido purificados. Consideramos como impío sacrificar lo que no conviene, pero atribuimos a la piedad el hecho de honrar a los dioses con palabras impropias. Estimamos la decencia en las demás acciones, pero cómodamente vemos todas las posturas de los coros y cómodamente recibimos todas sus palabras. In- 15 cluso si uno de los miembros del coro desentona, lo expul-

[5] «Presagio». Pausanias, IX 11, 7, recuerda la existencia del templo de esta diosa fuera de las murallas de Esmirna. A pesar de que éste utiliza el nombre en plural, parece conveniente pensar que la forma correcta del nombre es la que transcribe Aristides, como esmírneo que habla en Esmirna.

[6] Isócrates, I 15.

samos, pero si es todo el coro el que canta tan groseramente, lo consideramos un mérito. Incluso cuando somos tan mal tratados por los demás, nos irritamos, pero cuando nos tratamos mal a nosotros mismos, lo consideramos como una auténtica fiesta. En una disposición tan extraña nos encontramos ante los dioses y ante nosotros mismos: justamente en la contraria de la conveniente.

16 Sin embargo algunos se atreven a decir que es bueno que en el teatro esté permitido hablar mal, pues se combate a aquellos que han llevado mala vida y los demás procuran vivir prudentemente por miedo al escarnio [7]. Pero yo tendría en muy buena consideración a la embriaguez si fuese capaz de educar a los hombres. Pero, al contrario, sería algo muy difícil que los borrachos hicieran que los demás se comportaran con mayor moderación, y que, antes de ser ellos mismos encantados, cantasen a los demás para que vi-17 vieran de manera adecuada. Pues ¿quién de vosotros no sabe en primer lugar que no es propio del pueblo enseñar estas cosas, como no lo es más el establecer leyes ni el manifestar su opinión ante la asamblea [8]? ¿O creemos que no todos los hombres pueden navegar a Corinto [9], mientras que cualquiera conocerá la marcha de toda su vida y los hábitos con los que hay que realizarla, y mientras que cualquiera se sentará en la caña del timón conduciendo a la ju-18 ventud de aquí para allá, según le parezca? Y hacemos selecciones de atletas, para que quien de ellos sea malo salga

[7] Cf. LUCIANO, *Anacharsis* 22.

[8] Reflejo, no sólo de las ideas aristocráticas de Aristides, sino también de la realidad de las ciudades griegas en el Imperio Romano, cuando las asambleas habían perdido la función directora de la vida pública.

[9] Proverbio; cf. ARISTÓFANES, frag. 902a K.

avergonzado y tras sufrir castigo en el cuerpo [10], ¿pero a los directores y maestros de asuntos tan serios, tan negligentemente los escogeremos sacándolos de todos los talleres y actividades? En ese caso parecería que nosotros también necesitamos maestros. No empleamos como portero 19 a cualquiera sino a los más honrados para que ninguna vergüenza recaiga sobre nuestra casa, pero ¿entregaremos nuestros hijos, mujeres, toda la muchedumbre que habita en la ciudad [11], y, podría decirse en resumen, nuestra dignidad, a los que quieran manejarla? ¿Y confiaremos en estos borrachos a los que hemos condenado cuando estaban sobrios? Y además, si queréis, la celebración de las Dionisias [12], o si 20 preferís, la celebración de los matrimonios sagrados y de los festivales nocturnos, no son la ocasión para educadores, sino para los cómicos. Así, ¿cómo es razonable que, en el momento en que dejamos libres a los niños de sus auténticos profesores, los pongamos a cargo de quienes no les interesa la educación y se hacen pasar por maestros, y no seamos capaces de comprender por el mismo lugar, el teatro, que la pretensión es absurda? No es necesario que el edu- 21 cador vaya a los teatros y allí haga sus advertencias. Estos lugares están consagrados a los placeres y a la diversión. Pero por supuesto hay lugares portadores de este mismo nombre, donde se debe practicar la filosofía, y no burlándose de esta manera en estos lugares, creo, ni insultando en público libremente, sino que es necesario que, además de

[10] En los Juegos Olímpicos, los atletas incompetentes eran azotados; cf. III 687; Filóstrato, *Vida de Apolonio* V 43.

[11] Es decir, todos los habitantes, tanto ciudadanos como siervos; cf. Platón, *República* II 369 y Aristóteles, *Política* 1291a.

[12] Sobre su celebración en Esmirna, cf. XVII 5.

otras cosas, los guarde de la vergüenza, educándolos e instruyéndolos como hombres libres.

22 Y en verdad, si cuando escarnian a los libertinos los apartasen de los demás, quizás pudiera tener algún sentido. Pero ahora esta práctica se inicia por una hermosa intención, pero en absoluto tiene un buen final. Pues muchos son impropiamente insultados, pero al mismo tiempo quienes nada ocultan se substraen a la censura pública. ¿Por qué? Pues porque no hacen uso de los modos de obrar de los maestros, preceptores y de quienes quieren mejorar a los demás —pues en primer lugar se habrían hecho mejores a sí mismos— sino que componen sus vituperios así, tanto por odio como por el deseo de agradar a otros, habiendo pedido dinero sin conseguirlo, habiéndose enamorado de alguien sin haberlo ablandado; y a su vez guardan silencio por las razones contrarias, de manera que no ponen

23 en evidencia a quienes viven de manera vergonzosa. Considerad el asunto de esta manera: ¿de quiénes es más propio comprar injurias? ¿Acaso no dirías que de aquellos que son conscientes de haber cometido tales actos? Pero, ¿quiénes se inquietan lo menos posible por estos temas? ¿Acaso no es cierto que no serían aquellos que tienen plena confianza en sí mismos y en lo que han hecho en sus vidas? Está claro. Sin duda lo contrario de lo que habían prometido es lo que acontece. Los libertinos y los infames son inmunes por esta razón, pero se hace escarnio de quienes menos se debe.

24 Continuemos. Supongamos que ambos son indistintamente insultados —pues tú no podrías decir que nunca nadie que fuese virtuoso en su maneras debería sufrir escarnio—; y bien, aquéllos, que se han despreocupado de su reputación y que completamente se han pervertido por sus

pasiones vergonzantes, no salen en absoluto perjudicados, sino que incluso podrían considerarlo como una ganancia enorgulleciéndose de haber llegado a ser ilustres ante todos. Pero quienes han sido objeto de disputa inmerecidamente, ¿cómo no fracasan mucho más en los premios que se deben conceder a la moderación? Así, no para que nues- 25 tros jóvenes sean mejores, no por este motivo se debe proceder al escarnio. Pero si no se debe cesar en el escarnio por ninguna otra razón, al menos por ésta sí es necesario hacerlo, para que a los jóvenes les sea posible ejercitarse en los mejores hábitos sin reparo. Pues se puede recompensar a los malvados de otra manera, pero ¿qué razón daremos cuando afrentemos con estas burlas a la gente de bien? ¿Pues cómo va a ser justo que aquellas personas contra las que no es verosímil que se intente un proceso judicial sean entregadas a quien quiere deshonrarlas? Si alguno de vosotros 26 también creyó que para la mayoría de las personas honradas parece ser lo más deseable entregar dinero para no recibir insultos, y tanto más cuanto más tímidos fuesen de carácter, ¿cómo no se pone de manifiesto de todas las maneras que la comedia es desagradable y que lo mejor es que de una vez por todas sea prohibida por vosotros, si a los hombres virtuosos se les presenta esta disyuntiva, o, no entregando dinero, escuchar insultos, o ser multados para no recibir insultos, trocando injurias por dinero? Pero, y aquellos que no se inquietan cuando oyen hablar mal de ellos, ¿qué es lo que sufrirán?

Es completamente imposible que la ciudad, como co- 27 munidad, no disfrute de la reputación de sus ciudadanos particulares. Pues como fuesen aquellos que han sufrido escarnio en una comedia, así muchas veces todos parecen ser. Consideradlo también en relación con vuestros antepa-

sados, los atenienses [13], quienes resultan honrados en prácticamente todos los géneros literarios, salvo en la comedia, que es la única que los ridiculiza y pone de manifiesto sus debilidades a quienes todavía hoy quieren difamarla. Pues 28 ellos parecen refutarse a ellos mismos. ¡Tierra y dioses!, paso por alto decir cuánta es la diferencia entre la falsificada comedia actual y cuánta corrección y educación se contiene en las llamadas parábasis [14]. Pero, en palabras del proverbio, es posible también sufrir por una madera de valor [15], si le sucediera a él. Pero donde hay tal miseria de dicción, tal insolencia en los cantos, y además desvergüenza en las actitudes, y donde ninguna comedia saldría al encuentro de los males que se contienen en estas actitudes, 29 ¿qué clase de placer hay? ¿Y acaso soportarías todo esto como si fuese bueno? ¿Qué hay más vergonzoso que todo esto? ¿Acaso como si fuese provechoso para escucharlo y verlo? Y además existen señales de corrupción. Pues cuando un hombre o una mujer llegan a acostumbrarse al insulto y a soportar las peores injurias, la mente negligentemente se abandona y cualquiera aprende a ser malvado, incluso si antes no lo era. ¿acaso es ésta una de esas cosas que no interesan a Dioniso [16]? Pero a mí me parece que el proverbio no se refiere menos a estas necedades.

---

[13] Fueron los colonizadores de Esmirna, cf. XVII 5.

[14] Sobre la contraposición de la comedia antigua, que a pesar de su libertad de expresión se convertía en una práctica educativa, y la comedia media y nueva, vacías de contenido y volcadas en la imitación, cf. MARCO AURELIO, *Meditaciones* XI 6.

[15] Cf. ARISTÓFANES, *Ranas* 736-737.

[16] Proverbio. Significa algo de nula importancia.

¡Así sea! Pero ¿considerarías como algo maravilloso 30 para la razón de la fama, cuando en los baños públicos, en las calles, cuando en las ágoras y cuando en las casas, las mujeres, la muchachada, todos, uno tras otro, cantan estos versos? ¿Y acaso está permitido sólo satirizar a los ciudadanos? ¿No es pues terrible si sabéis tratar con miramientos a los extranjeros, pero no os atrevéis a hacerlo con vosotros mismos? ¿Pero seréis tan diferentes de los espartanos que mientras que aquéllos consideraban secretos todos sus asuntos, vosotros ofrezcáis a quienes quieren hablar en vuestra contra lo que no os conviene? Pero por Zeus, ¿ata- 31 caremos también a los extranjeros? Nosotros gozaremos de las buenas acciones y de las visitas de todos. ¿Acaso los padres traerán a sus hijos, los hermanos mayores a sus hermanos más pequeños para su educación aquí, junto a quienes cantan este tipo de cosas? ¿No cesaréis de poneros en la picota a vosotros mismos? Sí, por Zeus, pero propio de 32 la vida urbana es la burla. Pero ¿no es verdad que no es tan propio de la mayoría si realmente es necesario pensar que los graciosos [17] no son muchos? Con agrado preguntaría a quienes disfrutan con el ultraje si están bromeando o lo hacen en serio. Pues si bromean, ¿por qué pretenden recriminarnos? Pero si hablan en serio, por otra parte sería bueno informarse de ellos si ultrajan con verdades o con mentiras. Pues si son ciertas sus afirmaciones, ¿por qué no recurren a la ley si conocen estos comportamientos? Pero cuando es necesario hablar callan y cuando es necesario callar hablan. Pero si están acusando falsamente, sería bueno que se contentasen de no sufrir algún perjuicio, y que no se irritaran si no se les permite continuar con sus difamaciones.

---

[17] Un juego de palabras intraducible. *Asteîos* significa tanto propio de la ciudad como gracioso.

33 Creo que he actuado de manera correcta al ofrecer este consejo a todos, pero no menos a vosotros. Pues cuanto más parecéis aventajar en educación y filantropía, tanto más vergonzoso es aparecer persiguiendo lo que no es necesario.

XXX

DISCURSO DE CUMPLEAÑOS DE APELAS

INTRODUCCIÓN

Durante el año 146 [1], una vez que el sofista, a su regreso del viaje a Roma, se hubo instalado en Pérgamo por orden de Asclepio, recibió el encargo de componer este discurso de aniversario. El joven beneficiado, Gayo Julio Apelas, pertenecía a una de las grandes familias de Pérgamo, que se había instalado en la ciudad a principios de la era. Sus miembros no sólo poseyeron la ciudadanía romana, sino que ocuparon puestos importantes en la aristocracia romana y en el servicio imperial [2]. Pero a la vez nunca renunciaron al poderoso vínculo que los unía con la ciudad que tan generosamente los había acogido. Ahora, el joven homenajeado iba a ocupar su primera función pública al presidir los juegos organizados en honor a Asclepio y que su familia se encargaba de financiar [3]. Según las indicaciones de una introducción que aparece en algunos manuscritos, el joven, que tenía entonces catorce años, era discípu-

[1] La datación la ofrece la subscripción del discurso. Según ésta, Aristides tenía veintinueve años cuando lo compuso. Si nació en 117, el cómputo nos traslada al año 145-146. Para el valor de estas subscripciones puede verse la introducción al discurso XXII. Cf. J. M. CORTÉS, *Elio Aristides...*, págs. 88-89 y 189.

[2] C. BEHR, *Aelius Aristides...*, págs. 57-59.

[3] Cf. § 24.

lo de Aristides; ésta fue la razón del encargo. No obstante hay que hacer notar que esta introducción no ofrece ninguna garantía en sus informaciones puesto que la mayor parte de estas derivan del propio discurso [4].

La obra se adapta a las normas generales de este tipo de discursos, tal y como aparecen reflejadas en Menandro Rétor [5], aunque es cierto que Aristides fue capaz de mantener cierta libertad frente al canon. Así, la composición se va transformando de panegírico del joven Apelas en panegírico del dios Asclepio.

El editor de la obra, B. Keil [6], puso en duda la autenticidad del discurso. La razón fundamental estribaba en una incorrecta comprensión del árbol genealógico del joven Apelas. Estimando que existían cinco generaciones desde el fundador del linaje [7], y considerando que éste era C. Antio Julio Cuadrato, que todavía vivía en 114, creía imposible que Apelas tuviera catorce años en 146. Pero como tuvo ocasión de demostrar A. Boulanger [8], la cuestión de la autoría quedaba resuelta con la interpretación correcta de la familia que se remonta mucho más arriba en el tiempo [9]:

---

[4] Esta introducción es simplemente un escolio. Aparece en dos manuscritos, el *Laurentianus graec.* LX 3 y *Vaticanus graec.* 1298.

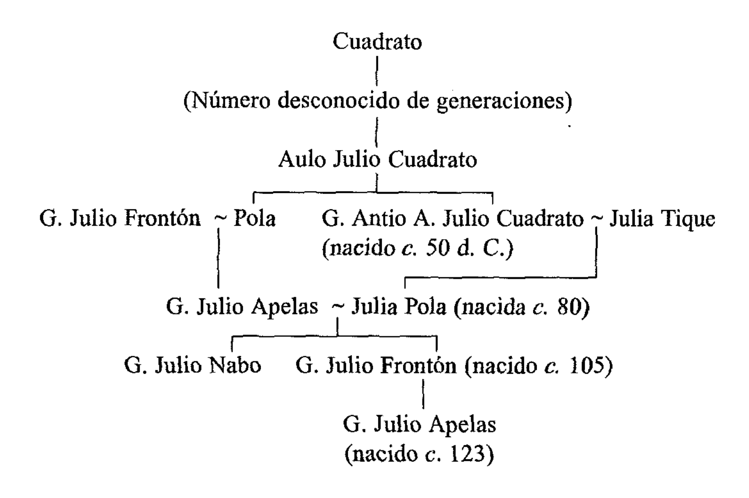
[5] Cf. MENANDRO RÉTOR, 412; *Menander Rhetor. Edited with Translation and Comentary* [ed. D. A. RUSSELL, N. G. WILSON], Oxford, 1981, págs. 323-324. Ps. DIONISO, *Sobre los discursos epidícticos* 266-270.

[6] Cf. *Aelii Aristidis quae supersunt omnia...*, págs. 201-205.

[7] Cf. § 10.

[8] Cf. A. BOULANGER, *Aelius Aristide...*, págs. 333-337.

[9] El árbol que se ofrece está tomado de C. BEHR, *Aelius Aristides. The Complete Works...* vol. II, págs. 390-391, n. 14.



La obra se puede dividir en las siguientes secciones:

1-3: Proemio. Las celebraciones públicas.
4-5: Pérgamo y Apelas.
6-15: La familia de Cuadrato.
16-22: Cualidades de Apelas.
23-27: Futura carrera de Apelas.
28: Peroración.

Se ha seguido la edición de Keil, pero con algunas variantes tomadas de Reiske y Behr.

	EDICIÓN DE B. KEIL	LECTURA ADOPTADA
2	τὸ κεκλῆσθαι δὲ† οὐδ' αὐτὰς οὐκ ἀφαιρούμεναι	τὸ κεκλῆσθαι δὲ αὐτὰς οὐκ ἀφαιρούμεναι, BEHR
13	καὶ μάλ' † ἀρχόμενος τοῦ λόγου	καὶ μάλ' ἀρχομένου τοῦ λόγου, BEHR
20	λέγων	λέγων
25	τῆν [ἔτι παίδων]... νενομισμένην τιμὴν	τῆν οὔ τι παίδων νενομισμένην τιμὴν, BEHR

	Edición de B. Keil	Lectura Adoptada
27	ἐνιαυτοί... δηλοῦν	ἐνιαυτοί ⟨καὶ⟩ δηλοῦν, Reiske y Behr

XXX. DISCURSO DE CUMPLEAÑOS DE APELAS

Se han hecho todos los ruegos, empezando desde el hogar, que convienen a los dioses de tu nacimiento y de tu familia, y antes y después de a éstos, al Salvador, al conductor de la vida, y cualquier otra cosa apropiada que pudieras llamarlo [1]. Se han cumplido en lo posible, y ya que todos han demostrado su mejor voluntad, los ritos con los que se podría glorificar este día, respetando la norma que ha prevalecido en estos casos. De esta manera es posible, en no escasa medida, darse cuenta de cuánto ha aumentado la dignidad de la ciudad a causa de su alegría, no sólo privada sino también públicamente, como si ahora de manera especial percibiese con mayor claridad cuánto supera a las restantes ciudades en felicidad, ya que también puede añadir el nacimiento de este infante a todos los méritos por los que es considerada la primera entre las ciudades [2]. Pues cada una de aquellas ciudades particularmente —y me refiero a las que tienen alguna razón y su nombre es grande— no se priva de convertirlo en su conciudadano y de llamar-

[1] Asclepio.

[2] La primacía entre las ciudades griegas continuó siendo motivo de disputa incluso en tiempos del Imperio Romano aunque ésta se restringía a conflictos diplomáticos por la preeminencia formal y honorífica.

lo con este título, cuando también patrón[3]. Y sencillamente, como unas madres que se disputan un hijo, es posible ver cómo admiten que pertenece a la madre que se le ha asignado por naturaleza[4] pero no renuncian ellas mismas a 3 ser llamadas madres. Esta ciudad, mientras más ve que aquellas otras, utilizando la fuerza, transgreden la naturaleza con su decisión, redobla su amor. Así sólo se puede considerar como buena esta disputa de acuerdo con Hesíodo[5], y es esta ciudad la que indiscutiblemente prevalece, en la que estos sacrificios y estas palabras ahora tienen lugar.

4 Cuando esta ciudad te ofrece estas palabras, niño amadísimo, no sólo te ofrece éstas sino también las de todos los días. El dios, que me ha salvado de los más extremos peligros[6], me ha presentado a la ciudad. Pero lo que tú obtengas de mí lo recibes de manos de esta ciudad que me acoge. De este modo igualmente te es posible llamar a la ciudad madre y decir que has sido criado legítimamente por ella. Esto redunda no poco en tu propia gloria, creo, tanto como 5 en la de la ciudad. En tu gloria, puesto que no escogiste venerar un altar extranjero tras deshonrar a la patria como si ésta no fuera suficiente para la práctica de la virtud y la

[3] La múltiple ciudadanía era una práctica muy extendida entre los griegos bajo dominio romano. El patrón de una ciudad solía defender los intereses de la misma ante la corte imperial.

[4] La ciudad de Pérgamo.

[5] Hesíodo, *Trabajos y días* 11-24. Para el poeta también existe una rivalidad positiva que no promueve la lucha sino la emulación. Cf. XXIV 13.

[6] El dios es Asclepio. Estos peligros de los que habla aparecen narrados en Discursos Sagrados (XLVII-LII) y no incluyen sólo enfermedades, sino amenazas de naufragios, problemas durante viajes, dificultades jurídicas, etc.

educación de un noble espíritu. Y para la ciudad es posible, por supuesto, enorgullecerse en no menor grado, pues no sólo tuvo la fortuna de verte nacer sino que también te retiene junto a ella una vez que has crecido, y porque se ha considerado que prevalece en el estudio de la retórica y de la filosofía [7], además de las otras excelencias que posee, al mismo nivel que las otras ciudades o, incluso, por encima de ellas.

6 Ciertamente hay buenas esperanzas de obtener de ti próximamente parte de las cuantías de los premios sobre estos asuntos, pues las otras partes ya se han obtenido de manos de tu familia [8]. Pues, creo, esto no es un pequeño beneficio mutuo para vosotros [9]; me refiero no sólo al hecho de que tú hayas nacido en esta ciudad y que puedas enumerar antepasados de otros lugares, sino a que tu árbol genealógico, que empieza tan arriba donde nada sería posible descubrir por el mucho tiempo transcurrido si no le hubiera correspondido la gloria, haya llegado hasta ti aguardando por tu intermedio la perfección del tiempo futuro. Pues 7 en verdad desde Cuadrato [10] —y está claro, creo, el nombre para todos incluso sin emitir palabra— es posible que quien cuente las generaciones hasta este joven vea que to-

[7] Las dos ramas esenciales de la educación superior; también constituían motivo de rivalidad. H. I. Marrou, *Histoire de l'éducation dans l'antiquité = Historia de la educación en la Antigüedad* [trad. de Y. Barja], Madrid, Akal, 1985, págs. 256-283.

[8] Este tipo de donaciones constituía parte esencial de la labor del aristócrata dentro de su ciudad salvando así la debilidad financiera de las mismas.

[9] Para los pergamenos y para Apelas.

[10] La personalidad de este antepasado de Apelas permanece en la oscuridad.

do el brote de esta tierra, como diría cierto poeta [11], es limpio y legítimo y que muchas flores brotan sobre el mismo y que más habrán de florecer, como si siempre estuviese empezando y nunca terminando, mientras que la tierra que nutre sus frutos permanezca inmortal.

8 Y se me ocurre también considerar la superioridad de vuestra familia —pues se me acaba de venir a la mente—. Pues para otros quizás sea también un bien común el poder decir que los fundadores de sus linajes eran auténticos ciudadanos, pero para el linaje que comenzó desde Cuadrato, aparte de otras ventajas que le son propias, su superioridad 9 se vuelve contra los restantes. Para unos existe la posibilidad de enorgullecerse de que sus ancestros sean ciudadanos, y esto constituye para ellos el mayor motivo de gloria, como en efecto lo es. Pero, cuando éste recibió la llamada de Dios para que reparase la ciudad que estaba enferma por los estragos del tiempo, creó cuanto ahora existe, de manera que es posible que en el futuro las otras familias digan que son de la ciudad, pero que la ciudad diga que es de esta familia. Y por cierto, estas no son mis palabras, sino que la propia ciudad está de acuerdo en ello y lo ha dicho a gritos en las salas de los consejos, en los teatros, en las asambleas y en cualquier otro lugar que nombrases, puesto que todo fue restaurado por aquel.

10 Ya que esto es así, me parece que actuaré correctamente si omito todo aquello que sus descendientes y sus hijos, y los hijos de sus hijos, para utilizar la forma poética [12], llevaron a cabo de manera brillantísima una vez que obtuvie-

[11] Eurípides, *Heracles* 178.

[12] Homero, *Ilíada*, XX 308. Heródoto, V 92. Platón, *República* 363D.

ron la ciudadanía romana [13]. Si hubiesen sido realizaciones de escasa importancia, se podrían recordar celebrando con la palabra lo primero que uno se encontrase. Pero, puesto que son importantes y no han sido superados, y siendo así que, sin contar con alguna clase de preclara fortuna en el discurso, es cosa ardua cumplir de manera digna cuando se recuerda uno sólo de ellos, ¿por qué alguien que tiene estos asuntos a mano, asuntos que, no siendo pequeños —si no es que son mayores que aquellos primeros—, necesitan un súplica a los dioses para su correcta presentación, se arriesgaría con la totalidad de ellos además de los que ahora se presentan? Lo más ventajoso sería, dejando a un lado los ancestros que están entre el fundador de la familia y este niño, que es el mejor en todos los aspectos, recordar con brevedad los bienes que de alguna manera están ante nuestros ojos, y de éstos sólo aquellos que tienen relación con el presente discurso. El mismo nombre del niño, Apelas, lo sugiere, de manera que proporciona un principio tanto para su familia como para mi discurso [14].

11 Sobre el padre de este niño, Frontón, un hombre noble, bueno, honrado, que persigue toda la virtud de la que la naturaleza cree digno a un hombre nacido con estos adjetivos, qué podría decir yo, ya que la audiencia se adelantaría a lo que se pudiera decir puesto que, creo, este hombre se ha

[13] La concesión de la ciudadanía a esta familia estaría confirmada por el nombre de la familia, Julio. C. Behr, *Aelius Aristides...*, págs. 5 y 58, piensa que se refiere a magistraturas romanas y no a la ciudadanía, lo que es absolutamente imposible.

[14] Lo que está intentando decir se aclara, algo más tarde, en el § 12: no va a tratar todos los méritos de la familia sino sólo los del abuelo de Apelas que se llamaba como él. Por eso este nombre ofrece un principio tanto para el discurso como para la familia: el abuelo.

trasladado no hace mucho a la más bella suerte y la más querida por los dioses, salvo que se aclarase todo con la breve salutación homérica diciendo: ¡tú eres de la mejor
12 sangre, mi querido amigo [15]! Pero el padre de su padre, que lleva el mismo nombre que este niño, el otro Apelas —pues creo que un poco más arriba el discurso ofrecía este comienzo [16]— ¿qué clase de hombre fue para nosotros? No querría hacer en público mención de ninguna de sus alabadas cualidades, ni de su valor, ni de su magnanimidad, ni de cuántas provincias gobernó, ni de cuántos honores obtuvo de manos de los emperadores; nada de esto. Pues entonces es necesario que pidamos a los dioses que podamos decir las mismas cosas de este joven que ahora está entre nosotros, y que tengamos buenas esperanzas no sólo de que sea mejor que su padre sino también mejor que su abuelo, y añadiría que aventajase también a sus restantes ancestros [17], si les parece bien tanto a los otros dioses como a Peón [18].
13 En cambio, me parece que en esta circunstancia es conveniente recordar aquello que observo que tienen en común, como por ejemplo el nombre. Y, una vez que se ha empezado este argumento, por la gran alegría que me invade no
14 puedo evitar pensar en qué terminará más adelante. Pero sin embargo, señor Asclepio —al que poco antes llamaba en mis súplicas para que me asistiera en todas las circunstancias y especialmente en las presentes palabras— señor,

[15] Homero, *Odisea* IV 611.

[16] § 10.

[17] Desde Cuadrato, el fundador del linaje, hasta Apelas se deconoce el número de generaciones que existen. El pasaje está imitando a Homero, *Odisea* II 276 ss.

[18] Uno de los sobrenombres de Asclepio.

este discurso es tu obra y también invención de tu gracia. Pues, antes, Tú tuviste en tal aprecio a aquel otro Apelas que no te olvidaste de él ni cuando descansaba ni cuando dormía, y no lo abandonaste ni cuando estaba en vela ni cuando trabajaba. Sino que día y noche Tú hacías lo mismo de todas las maneras posibles en público, como se dice, «salvar al hombre del fuego». ¿A quién no hubiera arrebatado del fuego ardiente [19], queriendo hacerlo, ya que incluso podría salvar por medio del fuego si lo hubiese deseado? Pero ahora, según parece, en nuestra consideración 15 tú estás criando otro servidor tuyo en lugar de aquel primero, de manera que él mismo ha heredado el nombre de su abuelo y el honor que de ti recibió. Y me parece que Tú podrías rivalizar con tu padre [20], y yo con Homero, sobre este asunto: y es así puesto que junto a tus altares brota un árbol mejor que cualquiera de los de Delos y a mí, por mi parte, me es lícito decir que éste es realmente tu árbol y no sólo compararlo con el otro, como hizo aquél [21].

¿Cómo no es él el tronco del propio Salvador, y además 16 criado especialmente en los jardines puros de las Gracias [22], desde el mismo momento en que salió del bendito vientre? Pues es posible colegirlo con mucha claridad no sólo por las mismas raíces de la familia, que con anterioridad ya se expusieron, sino también por las cualidades que florecen en él en este momento de su vida, cualidades que brotan tanto de su alma como de su cuerpo, si así las dividimos. La mansedumbre de su espíritu, inclinada hacia la vejez, se 17

---

[19] Cf. HOMERO, *Ilíada* VIII 563.

[20] Apolo.

[21] Cf. HOMERO, *Ilíada* VI 162-3.

[22] Mezcla PÍNDARO, *Olímpica* IX 29 y EURÍPIDES, *Hipólito* 76-77.

adelanta a su juventud. Pero en cambio, esta mansedumbre suya no parece de aquellas cansadas, como las que en muchos han creado las necesidades de la vida, sino que está en plena juventud aunque mezclada con la conveniente cordura. Obsérvese por la mirada de sus ojos, si, como reza el dicho, no se ha estado a la altura de comprenderlo por su obra. Pues ni se levantan orgullosos ni se parecen a aquellos sumidos por la humillación en un sueño, sino que anima su mirada una tranquila dignidad mansa. Además la gracia, que le ha sido concedida a los niños como un don por los dioses conforme a cierto convenio, pero que no es en él algo desnudo como aparece en los pintores, sino que está vestida de un gran sentimiento de respeto, le ha sido infundida por todas las partes de su cuerpo. Y bien, ningún otro sonrió con tanta afabilidad ni permaneció riéndose además con sonrojo. Además, tampoco está desprovisto de este carácter animoso por el que se reconocería una naturaleza varonil, ni cuando ha sido provocado llega su carácter a esa naturaleza violenta y salvaje. Él mismo ha ofrecido muestras de ambos rasgos de su carácter, por un lado ahora mostrando en su rostro la agitación de su alma pero por otro convenciéndola suavemente para que se tranquilizase y llevándola así a la calma. ¿Quién no pondría la persuasión de su labios [23] tanto en los asuntos serios como en juegos, no sólo cuando dice alguna cosa sino incluso cuando calla? Pues nadie habría podido conmover tanto hablando como éste cuando indica lo que quiere en silencio. Y ni siquiera Néstor, ya anciano, parecería que hablaba como una abeja [24] si fuera comparado con éste. Resumiendo, ni trata sus asuntos serios sin gozo sino que todo, incluso lo

[23] Eúpolis frag. 94, 5 K.

[24] Homero, *Ilíada* I 249.

que pudiera resultar difícil, no es posible que se realice sin regocijo[25] y, en cambio, los placeres no están privados para él de seriedad. Si correctamente nos anima el argumento platónico y se debe pensar que esto es ciertamente así, de manera que en medio de sus juegos «aprenden con antelación todos los estudios que es necesario que hayan aprendido con antelación como, por ejemplo, el carpintero aprende a medir o a calcular y el guerrero a montar a caballo ya sea jugando o haciendo alguna otra cosa de este estilo, y se intenta por medio de los juegos dirigir los placeres y apetitos de los niños hacia donde es necesario que tengan resultado una vez que lleguen»[26], y si es necesario afirmar que Platón razonó bien —puesto que de alguna manera he citado precisamente estas palabras de memoria sin quitar ni añadir nada— ¿qué niño procedente de alguna banda tendríamos que hubiese abandonado las carreras de caballos y el amaestramiento de perros? Éste está tan lejos de sufrir alguno de los peores males que se ejercita en estas otras cosas en las que su vida actual se basa y en las que que quiere que lo haga la futura; y me refiero a las competiciones infantiles en la palestra y a la rivalidad retórica. Pero adelantándose, en su juego él ya anuncia su futuro, sencillamente ejercitando su propia fortuna; y ya se sienta como juez. Su naturaleza no ha ignorado absolutamente el camino que, a través del juego, se dirige hacia la verdadera fortuna, y por esto no debería censurársele por juzgar injustamente, de la misma manera que se cuenta que hizo el maestro de justicia de Ciro[27], puesto que él es más sabio

20

21

[25] PLATÓN, *Fedro* 276 B.

[26] PLATÓN, *Leyes* 643 C.

[27] Cf. JENOFONTE, *Ciropedia* I, 3 y 16. HERÓDOTO, I 114.

que Ciro a la hora de impartir justicia aunque no la apren- 22 dió de nadie. Tal es su naturaleza sin mancha, modelada de cera pura según el relato platónico[28], con un modelado que está a medio camino entre la delicadeza y la molicie, y la dureza y la solidez pétrea. ¿Pero qué dirías cuando atribuye su naturaleza al dios gobernador del universo[29] y al dios al que fue entregado para su cuidado por sus progenitores[30], él que se distingue como buen sucesor de sus buenos padres, tanto nieto como hijo y todo cuanto es lícito llamar- 23 lo? ¡Oh hombres, tres y más veces dichosos! aquellos que han conseguido en ti la única clase de inmortalidad que se ha concedido al género humano[31] y que junto a su memoria han dejado para ti una herencia más magnífica que los tesoros que se encuentran bajo o sobre la tierra: su propia honra, en la que ahora te ha hecho entrar con pie firme el propio dios, habiéndolo prescrito y pidiendo cuanto él mis- 24 mo quería y el prístino rango de la familia reclamaba. Pues dentro de no mucho, otro día sucederá a éste, día bienaventurado y grato para los dioses, cuando se reúnan dos comienzos de año en uno sólo: pues hoy, el comienzo de tu existencia, es el más grande y es el que introduce un año feliz de principio a fin. Pero a su vez se ha fijado otro comienzo que sigue inmediatamente a éste, y que es el principio de un único mismo año[32], restituyéndote tu heredita- 25 ria y ancestral banda con favorable fortuna[33]. Y me parece

---

[28] Cf. PLATÓN, *Teeteto* 194 E.

[29] Zeus.

[30] Asclepio.

[31] Cf. ARISTIDES, XLII 5 y XLIII 21.

[32] Es decir, el aniversario de su nacimiento y el inicio del desempeño de las funciones de *agōnothétēs* (director y organizador) de los juegos en honor a Asclepio. Cf. C. BEHR, *The Complete Works...* vol. II, pág. 392, n. 48.

[33] Otros miembros de su familia también presidieron los juegos.

que dios, habiéndose adelantado, te ha concedido un honor no acostumbrado para los niños, la presidencia de las luchas de los Juegos Sagrados del templo de Asclepio, que ha venido hasta ti de tu padre o, como con frecuencia se dice, de más arriba de tu padre, de manera que has cubierto todo cuanto te está permitido. Y, cuando en el futuro pases de la niñez a la edad adulta, tal y como lo ordena la ley imperial, te resta ser dotado con los honores que para ti vengan del emperador, honores que ya concede a tan importantes jóvenes cuando ya se han hecho adultos.

26 Asclepio, puesto que es hijo de Apolo, no carece completamente, en nuestro parecer, del don de la profecía. ¡Oh, aquellas buenas esperanzas! buenas, las que ahora se han cumplido ante nuestros ojos tan pronto. A mí me parece sentir ya cierta ligereza, del mismo modo que el Diomedes homérico que había sido hecho ligero en el canto y limpio en la mirada por Atenea [34]; y no puedo reprimirme en mi alegría. 27 Pues los años pasados de tu existencia son buenos y quizás convenientes para adornar y clarificar todo lo que contigo tiene relación. Pero a mí me parece que el presente año es mucho mejor que aquéllos y que sólo será superado por los que le sigan, pero que en los demás aspectos ya supera a los que pasaron. En este año tus familiares y parientes, tus maestros, tus compañeros y toda tu querida estirpe te consideraremos sencillamente semejante a la estrella Sirio, y con un brillo semejante a ti que ofreces un aspecto muy agradable haciéndote distinguir por el manto sagrado de púrpura del Salvador y convirtiendo en adecuado para el momento del año este momento de tu vida. De esta manera armoniza el presidente de los juegos con aquel que lo ha elegido.

---

[34] Homero, *Ilíada* V 122.

28 Todo esto es obra tuya, Señor, —pues lo mejor es llevar de nuevo al principio el discurso realizando otra plegaria— todo esto es obra tuya. Continuemos. Coge Tú mismo el timón para nosotros, como en efecto ya lo tienes, y salva su casa ofreciéndole de manos del gran rey los honores que precisamente los antepasados de éste disfrutaron de los antepasados de aquél, concediendo al propio emperador y a su estirpe gobernar por siempre, como en efecto obtuvo de manos de Zeus, y procurando que este joven, y los hijos de sus hijos, vivan el tiempo que tienen fijado por el destino en felicidad; preserva la continuidad de su linaje tanto para el bien de la ciudad como de él mismo.

SUBSCRIPCIÓN: Discurso de cumpleaños. Éste fue sugerido un día antes de que se leyese en la cátedra de Pérgamo teniendo veintinueve años de edad[35].

---

[35] Por tanto el discurso fue compuesto el año 149.

XXXI

EPICEDIO A ETEONEO

INTRODUCCIÓN

Durante el reinado de Antonino Pío, probablemente entre los años 150 y 155 d. C., un terrible terremoto asoló la ciudad de Cícico, destruyendo su magno templo construido bajo las indicaciones del emperador Adriano [1]. Poco después la ciudad conocía una segunda desgracia, la muerte de un joven de una de las familias más importantes no sólo de la ciudad sino también de la provincia, Eteoneo. Éste había sido discípulo de Aristides. En su honor, el maestro procedió a la composición de una lamentación que recibe

[1] Para este terremoto y lo que significó, véase la introducción a XXVII. Otros autores que han tratado el problema daban otras fechas. La vinculación de la obra con la destrucción del templo proviene de la enmienda que B. Keil, *Aelii Aristidis quae supersunt omnia...*, pág. 215 hace a § 13. Pero pensaba que el templo derruido era uno de Deméter y Core; cf. C. Behr, *Aelius Aristides...* págs. 92-93, databa este terremoto en el año 161 aprox. Ésta, por tanto, sería la fecha de la muerte del joven. Pero en realidad no existieron en Cícico dos grandes templos que fuesen destruidos por terremotos, el de Adriano destruido en *c.* 150-155 y el de Deméter en 161, sino sólo uno, el construido por Adriano (la discusión puede encontrarse en D. Magie, *Roman Rule...*, pág. 1472-1473). Por ello la fecha hay que adelantarla hasta hacerla coincidir con ese terremoto. A. Boulanger, *Aelius Aristide...*, págs. 491-493, no acepta la enmienda de B. Keil y fecha el discurso entre el viaje a Egipto y el viaje a Roma, en el año 142. Cf. J. M. Cortés, *Elio Aristides,* pág. 129.

el título de *Epicedio a Eteoneo.* El género del epicedio convenía especialmente al discurso fúnebre pronunciado antes de la celebración de los funerales, a diferencia del epitafio que se ofrecía sólo tras los mismos y que incluso se continuaba pronunciando en los aniversarios de la defunción. Ante esta circunstancia se ha sugerido, y no sin razón, la posibilidad de que el sofista expusiera su obra ante su propia escuela y no ante la ciudad del joven difunto [2].

La obrita no ofrece ninguna originalidad ni formal ni de contenido, y es probable que, como en otros tantos casos, el rétor Menandro la tuviera presente como modelo cuando procedía a describir las características del discurso de consolación o paramitheticós [3]. Para el preceptor, este tipo de obras debía poseer dos secciones bien marcadas y diferenciadas: una primera, dedicada a la lamentación, formalmente semejante a la monodia, y una segunda, dedicada a la consolación que se centra en argumentos filosóficos como que la muerte es inevitable, que también las ciudades y las naciones perecen, que la muerte es el alivio de los sufrimientos, y que es posible compartir una nueva vida con los dioses.

El discurso de Aristides se puede articular en las siguientes secciones:

1-2: proemio.
3-10: nacimiento, carácter y educación de Eteoneo.
11-13: lamentación.
14-18: consolación.
19: peroración.

---

[2] A. Boulanger, *Aelius Aristide...*, págs. 322-25.

[3] Cf. Menandro el Rétor, 413-414; *Menander Rhetor. Edited with Translation and Commentary* [ed. D. A. Russell, N. G. Wilson], Oxford, 1981, págs. 325-327.

Se ha seguido la edición de B. Keil aunque se han introducido unas escasas modificaciones siguiendo las sugerencias de C. Behr[4].

	EDICIÓN DE B. KEIL	LECTURA ADOPTADA
12	κεκλειμένοι.... τὸν ἅπαντα ἤδη χρόνον	κεκλειμένοι τὸν ἅπαντα ἤδη χρόνον, BEHR
12	πρέπων [ἢ θρηνεῖν]	πρέπων ἢ θρηνεῖν, BEHR
19	ὡς ἥρωα, ... † ἀπόντων † δὲ ἐν ἀσφαλεῖ	ὡς ἥρωα, ἀπόν⟨τος μὲν φθόνου παντός, ὄν⟩των δὲ ἐν ἀσφαλεῖ, KEIL en aparato

[4] C. BEHR, *Aelius Aristides. The Complete Works...*, vol. II, pág. 458.

XXXI. EPICEDIO A ETEONEO

Esta declamación de ninguna manera va a ser dichosa 1 ni conforme a nuestras esperanzas, pero es imprescindible para el consuelo tanto de la ciudad[1] como de la propia familia de Eteoneo, además del nuestro propio. Creo que aunque nunca antes se acostumbrasen entre los hombres los cantos fúnebres, habría sido justo empezar ahora en honor de éste. Pues ¿qué razón hay para no llorar?; ¿quizás por la edad que tenía cuando partió?; ¿o por el valor que desafortunadamente ha sido enterrado?; ¿o por la prudencia de la que con facilidad no encontrarás un paralelo? ¿o por las esperanzas de las que él mismo ha sido privado y de las que han sido privados también sus familiares, amigos, ciudades y todo lo que pertenece a cuanto es hoy Asia[2]? ¿Qué Simónides lo lamentará? ¿Qué Píndaro? ¿Y qué cla- 2 se de canción o discurso apropiado inventará? ¿Qué coro cantará con dignidad tanto sufrimiento? ¿Sufrió Diséride de Tesalia tanto dolor por Antíoco[3] muerto como el que se le ofrece a la madre de éste ahora?

---

[1] Cícico.

[2] Es decir, la provincia de Asia, a la que pertenecía la ciudad de Cícico. Para la evolución del sentido de Asia, véase XXIII 10.

[3] Este Antíoco era hijo de Ececrátides, príncipe de Tesalia, y Diséride, según relataba SIMÓNIDES (Escolio a TEÓCRITO, XVI 34).

3 No basta con lamentarse en silencio ni con gritar sólo su nombre, sino que se va a añadir alguna gloria al lamento. Pues ¿por qué habríamos de temer que, cuando pronunciásemos el discurso, estuviésemos mintiendo sobre este joven cuya familia es la primera en su ciudad y en toda la provincia de Asia con tanta diferencia que ni siquiera podría discutirse su posición? Pues todos sus miembros, podría decirse, individualmente son preeminentes. Y la familia materna rivaliza con la paterna. De éstos, sus padres, uno es el más ilustre de todos los varones, la otra, la más prudente de todas la mujeres, pero incluso más excelente en el cuidado de los hijos que como esposa.

4 Su crianza y naturaleza son dignas de su cuna; su madre fue su nodriza y custodia; su cuerpo y su alma eran conformes el uno con la otra. Por su apariencia él era el más bello, el más grande y el más maduro de los chicos de su edad y quien procuraba mayor placer a quien lo miraba. Pero por su carácter era el más ordenado y el más liberal, distinguiéndose por su magnificencia que aparecía acompañada de sencillez, de manera que no era posible calcular si era un niño, un joven o un anciano. Pues su falta de perfección era propia de un niño, su florecimiento de un joven, 5 y su buen juicio de un anciano. De su inteligencia era posible admirar su total ausencia de osadía, atrevimiento y arrogancia, pero sí el que tuviese viveza dentro del marco de un carácter tranquilo; y a su vez, propia de su serenidad, la ausencia de indolencia, negligencia y adormecimiento, sino que era posible admirar, como en una primavera bien mezclada, el hecho de que la agudeza fuese acompañada de mansedumbre y el que no se estorbasen mutuamente ni la 6 prudencia ni la gracia. Estaba tan pegado a su madre como los niños a los pechos, y amaba a su hermano como si fuera su hijo. Estaba tan unido a sus estudios como si no pu-

diera vivir de otra manera. Cualquier cosa que hubiese escuchado, al momento la había aprendido, y en el mismo instante en que veía a un individuo sabía qué clase de hombre era, y si debía quererlo o guardarse de él.

7 Tras considerar que el verso homérico —no es bueno el gobierno de muchos [4]— tenía razón y que muchos maestros llevaban con más facilidad hacia la ignorancia, escogió como maestro de entre todos precisamente al que escogió —pues no es muy conveniente que yo sea quien lo diga—. Estaba tan unido a él que, haciendo todo cuanto conviene a la persona más estudiosa y la que posee la más viva afición por los estudios, nunca creyó que pudiera estar cerca de lo que consideraba la auténtica dignidad. 8 Cuando asistía a las lecciones se complacía de esta manera, como si éste fuese el único momento de la vida para él merecedor de ser vivido. Si algún motivo le impedía asistir se afligía, pero nunca acusó a nadie. Tanta atención prestaba a los discursos ofrecidos que no tenía tiempo libre para ensalzar a nadie, sino que, como los sedientos que beben en silencio [5], así le bastaba con recibir las palabras que se pronunciaban, manifestando por medio de su actitud, por el movimiento de cabeza y por su sonrisa, la alegría que los discursos le producían. Hubieses podido encontrarlo siempre bien con un libro entre la manos, bien componiendo discursos, o bien regocijando a su madre con lo que le describía o mostraba; y todo lo realizaba en tal actitud que habría sido muy hermoso que hubiese quedado plasmado en un cuadro. 9 Lo que día y noche divertía a los niños de su misma edad, esto era para él como historias ficticias. En cambio, su madre fue la

[4] Cf. Homero, *Ilíada* II 204.

[5] Cf. Aristides XXXIX 3; Platón, *Banquete* 214B.

única mujer con la que compartió mesa, su hermano fue su único hijo, y sus amigos fueron aquellos que habían hecho la misma elección y asistían a las mismas sesiones de oratoria. Pero éste sobresalía entre todos[6]. Se podría haber dicho que éste era la imagen viva del Respeto, para quien la mayoría de las veces bastaba el silencio, pero que si decía algo había que excitarse[7]. Pues no de otra manera habrías escuchado su voz, sino que era necesario, o bien que ruborizándose hablara, o bien que hablando se ruborizara. Así vivía: sin ver, sin oír, ignorando todo lo que puede causar vergüenza. Conoció sólo la retórica y la educación y, cuando falleció, también falleció en compañía de éstas, gritando un panegírico y algunas declamaciones.

11 ¡Oh tú, el mejor de los niños en todos los aspectos, que no alcanzaste la edad que te convenía, que apareces como más respetable y anciano que la edad que tenías! Los coros de los niños de tu misma edad te echan de menos, y te echan de menos los más ancianos, y te echa de menos la ciudad que tenía puestas en ti sus mayores esperanzas y a la que tú regocijaste con tus primeras y últimas acciones[8]. A tu madre, que antes era celebrada como la de hermosos hijos[9] pero que ahora aparece como la que ha parido con 12 dolor, ¿qué días y qué noches le restan? ¡Las órbitas de aquellos ojos se han cerrado para siempre! La cabeza, que en su tiempo fue la más agradable, ahora yace en el polvo. Las manos, desaparecidas. ¡Oh pies, que llevasteis tan digno dueño! Habéis cedido. ¡Oh tú!, más digno de compasión

[6] Homero, *Iliada* XII 104.

[7] Aristófanes, *Nubes* 992-995.

[8] Es decir, que había tenido tiempo de ofrecer a la ciudad sus primeras declamaciones públicas. Cf. § 12-13.

[9] Esta era una apelación propia de Apolo, padre de Asclepio.

que un novio que ahora mismo haya sido incinerado y más acreedor de coronas que de lamentos; qué situación más extraña a la flor de tu juventud promoviste pues, antes de que llegase el momento de cantarte un himno nupcial, llegó la ocasión de entonar tu canto fúnebre. ¡Oh, el más bello semblante! ¡Oh voz, creada para los griegos en común, que ha desaparecido cuando sólo pronunciaba el prefacio causando tan gran alegría cuanta pena genera ahora! Se me ocurre añadir aquel verso de Píndaro: las estrellas, los ríos y las olas del mar [10] lloran tu muerte inoportuna. ¡La segunda desgracia: tal joven yace después de tal templo [11]! ¡Este añadido, cómo ha sido para nosotros la segunda desgracia! ¡Oh destino trágico que, mostrando recientemente salas de consejos [12] y discursos, celo y alegría, ha terminado el drama con brevedad adelantándose a todo! ¡Desgracia común para los dioses de la oratoria y para los infernales! 13

¿Qué responderé entonces a los decretos de consolación [13]? 14 ¿Quizás que Eteoneo se ha marchado junto a los dioses? ¡El más inteligente de los niños, tal libro te envío, disfruta ahora de tales palabras! Pero en verdad, como en una tragedia, en medio

---

[10] Píndaro, frag. 136.

[11] Esta lectura se debe a una enmienda de B. Keil, «Kyzikenisches», *Hermes* 32 (1897), 497, quien sustituía «jóvenes» por «templo» haciendo así equivalentes la muerte del niño con la destrucción del gran templo de Cícico por un terremoto, y que más tarde fue reconstruido por la provincia; cfr. Introducción a XXVII. La calamidad posiblemente aconteció en 161.

[12] En este pasaje, como lugares comunes para las exhibiciones retóricas.

[13] Estos decretos fueron entendidos como decretos de consolación por B. Keil. Por contra, C. Behr, *The Complete Works...*, vol. II, pág. 393, n. 13, piensa en decretos ofrecidos en alabanza del joven y ofrece como paralelo LI 56. Esta última comparación no tiene mucho sentido pues las circunstancias que se narran son absolutamente diferentes.

de mis lamentos me parece oír con claridad una voz que proviene de algún dios colgado de la grúa de la escena [14], una voz que transforma el lamento en palabras de buen agüero diciendo así: «Cesad, hombres, el niño o, mejor, el hombre, no es digno de piedad. No es justo compadecerse del camino que ha emprendido; ha sufrido su destino mortal tan felizmente como cualquiera. Puesto que ni el Cocito ni el Aqueronte [15] lo cogieron, ni lo ocultará la tumba que habrá de recibirlo, sino que famoso, eterno, ya sobrevive para siempre como un héroe [16], asociado a Cícico, honrado por Apolo patrio [17], por las mismas razones que se honra a Amiclas, Narciso [18] y Jacinto [19] y cualquier otro que pudiera existir y que poseyese, además de una bella apariencia, una virtud superior a la humana. Además, éste debe ser honrado con honores diversos y escoltado de manera diferente, puesto que es demasiado grande para lágrimas y no ha partido para fundar su colonia sin el hado divino. Sin duda alguna, la muerte se presenta como el límite común para todos, pero el hecho de acabar nues-

[14] Era el recurso teatral del *Deus ex machina.*

[15] Ríos infernales.

[16] En ocasiones, alguien que ha muerto de manera intempestiva y no ha descendido a los infiernos es convertido en héroe (*IGRR* IV 1377).

[17] Apolo es el fundador de Cícico, XXVII 5.

[18] El nacimiento de Narciso había sido anunciado por Apolo. Al enamorarse de sí mismo y mirarse en las aguas se convirtió en la planta que lleva su nombre; cf. Ovidio, *Metamorfosis* III 341-510.

[19] Jacinto, otro amado de Apolo, muere en una accidente mientras jugaba al lanzamiento de disco con el dios. De su sangre derramada brotó la flor, Ovidio, *Metamorfosis* X 162-219. Los casos de Narciso y Jacinto son de los pocos que en la mitología implicaban abiertamente relaciones homosexuales; cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, págs. 449 y 458-459. Amiclas, padre de Jacinto, héroe epónimo de la aldea espartana e hijo a su vez Lacedemón y de Esparta, figura en la lista de Arístides posiblemente por error del sofista.

tras vidas con buen nombre creyéndonos a nosotros mismos dignos de los mejores premios es algo irreprochable tanto para los dioses como para los hombres; y es algo que no les pertenece a todos sino que sólo se le concede a algunos pocos. Toda vida de un hombre es breve, y en el re- 17 cuento global no resulta digna de mucho. Pero si alguien te nombrase a Argantonio[20], a Titono[21] y a Néstor de Pilos, como alguien que subsistió tres generaciones[22], al reunir todos sus años vividos, encontrarás que constituyen una porción de la eternidad más pequeña de lo que se dice. No se debe amar la vida ni medir la felicidad con este baremo, si se poseyó el mayor número de cosas posibles o si se disfrutó de una larga vejez, tal y como los hombres acostumbran a disfrutar, sino que se debe pensar que disfrutó de lo mejor quien acabó la parte de vida que se le había concedido con los mejores bienes y quien terminó su drama como un poeta, mientras todavía el público deseaba escucharlo y verlo. Así éste marcha feliz y envidiado por todos, 18 tanto jóvenes como ancianos, tras disfrutar de esta porción de la vida por la que únicamente se desea vivir, desconocedor de los males, inexperto en las dificultades, famoso, ejercitado en la retórica, en los estudios y en elogios[23], enviado desde su querida madre, y amiga, junto a la madre originaria. Pero si a alguien le parece que insuficientemente ha disfrutado de la fama, es necesario que ahora lo suplamos honrándolo como a un héroe, ⟨ausente absolutamente la en-

---

[20] Rey mítico de Tartesos, famoso por su longevidad; cf. Heródoto, I 163 y Anacreonte, frag. 16 Page.

[21] A éste le fue concedida la inmortalidad, pero no la eterna juventud, por lo que siempre continuó envejeciendo; cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica,* pág. 338.

[22] Cf. Homero, *Ilíada* I 250; *Odisea* III 245.

vidia⟩, presentes con seguridad en este momento los elogios».

19 Debe parecer que hemos oído estas palabras de los dioses y que, actuando así, consideramos que participamos más de la verdad y que hacemos lo que le resulta agradable. Sería hermoso también entonar una canción de mesa, como Harmodio, diciendo no has muerto; él vive, más que ningún otro, en medio de los que le conocieron, tanto ciudadanos como extranjeros. Tú has vivido como en una celebración mistérica y has muerto mejor que como lo permite la naturaleza humana. Tú eres gloria tanto para tus amigos como para tu familia y tu ciudad, tú, que tienes el primer puesto de virtud entre los de tu edad. Estas son las palabras que nosotros te dedicamos; lo demás corresponde a la ciudad.

---

[23] La expresión resulta ambigua. El sentido natural sería experimentado en los elogios que recibía por sus progresos en la oratoria y en los otros estudios. No obstante, también cabe interpretarlo como ejercitado en un género retórico específico, los elogios.

XXXII

EPITAFIO DE ALEJANDRO

INTRODUCCIÓN

Cuando Aristides entraba en la adolescencia, el ambiente cultural de Misia se le quedaba pequeño. Era necesario, si se quería que el joven tuviera una madurez brillante, enviarlo a estudiar fuera. Para esta segunda etapa de su formación se escogió como mentor la persona más competente de aquel tiempo, Alejandro de Cotieo [1]. Este gramático fue una de las mayores autoridades en la materia, y su fama fue tanta que llegó a ser requerido por el emperador Antonino Pío para la educación de sus dos hijos, Marco Aurelio y Lucio Vero [2].

Nuestro sofista sacó un enorme provecho de su maestro. De él aprendió la admiración que sentía por el glorioso pasado de Grecia. El gramático le inculcó el entusiasmo por la cultura clásica y el gusto por la vieja lengua ática que por aquella fechas conocía un segundo momento de esplendor. En el análisis detenido de los autores antiguos, tarea fundamental del gramático, el sofista encontró la fuente de donde sacar citas y referencias para adornar sus discur-

[1] Cf. A. Boulanger, *Aelius Aristide...*, págs. 114-116; C. Behr, *Aelius Aristides...*, págs. 10-11; J. M. Cortés, *Elio Aristides...*, págs. 8-11.

[2] A. Birley, *Marco Aurelio*, Milán, Rusconi, 1990, págs. 46-47.

sos. Así, aquellos autores que merecieron un mayor interés por parte de Alejandro, Homero, Esopo, Píndaro y Platón, constituyen la cantera de Aristides.

Para la vida y obra de Alejandro la fuente principal es este discurso fúnebre que se ofrece como consolación a la ciudad de Cotieo en forma de carta[3]. No obstante, el retrato que de él se hace coincide con las breves palabras que Marco Aurelio le dedica en sus meditaciones: «De Alejandro, el gramático, aprendí el abstenerme de criticar, el no censurar con invectivas a quienes hubiesen proferido un barbarismo, un solecismo o algo chocante...»[4].

Aristides, en este homenaje póstumo que le rinde, quiere acercar la figura del gramático a la del evérgeta, el benefactor de la comunidad. Los hombres dedicados a la cultura no sólo son un adorno para las ciudades sino que les ofrecen beneficios tangibles. Alejandro, gracias a la vinculación con la casa imperial, se convirtió en fuente permanente de mercedes. También utilizó su patrimonio, como lo haría cualquier otro aristócrata, en mejorar urbanísticamente su ciudad. Pero su contribución más importante fue que gracias a su actividad intelectual consiguió que su ciudad pasara a ocupar una posición propia en la comunidad de los griegos, es decir, en el mundo civilizado; y así, de un ámbito casi marginal, Frigia, Cotieo pasó a convertirse en metrópoli cultural de la Hélade. Su última empresa, la creación de una gran biblioteca en la ciudad, para la que esperaba contar con la colaboración de sus discípulos, estaba destinada a realzar aún más el nombre de la patria, y a convertirla en lugar de destino de los jóvenes estudiosos.

[3] Cf. A. Boulanger, *Aelius Aristide...*, págs. 319-322.

[4] Marco Aurelio, *Meditaciones* I 10.

Es absolutamente imposible intentar fijar la fecha de la obra. A. Boulanger lo sitúa entre 146 y 153, aunque entiende que su propuesta sólo es una mera conjetura [5]. En cambio C. Behr lo fecha en el año 150 puesto que no cita el segundo viaje a Roma que según él tuvo lugar el año 155 [6]. Pero como en realidad este segundo viaje nunca existió [7], no hay elementos, ni externos ni internos, que ayuden a solucionar la cuestión.

La obra se puede dividir en las siguientes secciones:

1-4: Proemio.
5-13: Actividad intelectual de Alejandro.
14-21: Su carácter.
22-27: Honores que se merece.
28-36: Elogio de su persona.
37-38: La familia de Alejandro.
39-41: Relación con Aristides. Peroración.

La edición utilizada ha sido la de B. Keil.

	Edición de B. Keil	Lectura adoptada
39	οὗτοι δ' ἦσαν οὐχ ἧττον † φιλοῦντα ἐφίλουν	οὗτοι δ' ἦσαν οὐχ ἧττον φιλοῦντος [ἐφίλουν], Keil en aparato

[5] A. Boulanger, *Aelius Aristide...*, pág. 162.

[6] C. Behr, *Aelius Aristides...*, pág. 76.

[7] R. Klein, «Zur Datierun der Romrede des Aelius Aristides», *Historia* 20 (1981), 337-350.

XXXII. EPITAFIO DE ALEJANDRO

Aristides saluda al Consejo y al Pueblo de Cotieo[1]: 1

Era natural que desde toda Grecia aquellos que se hubiesen sentido afligidos por esta desgracia y honrasen a este hombre como el primero de entre los griegos se dirigieran a vosotros. En efecto, mientras estoy escribiendo esta carta y me coloco entre aquellos que consideran que lo que ha ocurrido les afecta directamente, me parece que no me estoy mezclando en asuntos ajenos. Pues este varón, a mi 2 parecer, no carecía de nada de lo que entre los hombres se considera como un atributo bueno y apropiado, ni de nada de lo que provoca placer en los niños y es respetable en los ancianos. Pero yo, puesto que he sido criado y educado por él y he compartido con celo todo cuanto la fortuna ofreció después, puedo llamarlo ayo, maestro, padre, compañero, todo. Sin embargo, lo más importante para nosotros era que podíamos sentirnos igualmente orgullosos el uno del otro: yo, puesto que me ufano de haberlo tenido como maestro, él, puesto que consideraba como parte de su propia

[1] Aunque normalmente se identifica la ciudad citada por Aristides con Cotieo, la lectura no es la misma: *Kotyaeon* en el epitafio frente a *Kotiaeon* de las inscripciones.

3 gloria mi carrera. Mientras me fue posible escribirle, yo lo hice y, por medio de la correspondencia, surgió entre nosotros una cortés disputa sobre la retórica. Pero, ya que le es absolutamente imposible seguir discutiendo y no llegó a tener entre aquellas manos, tan queridas para mí, lo último que le había escrito, sólo nos queda escribiros colocando el hogar de la ciudad en lugar del suyo. Me parece que de esta forma Alejandro gozará de una doble honra: por una parte, ya que se recuerda de él lo que conviene, por otra, ya que os convierto en mis amigos por su intermedio. Y también parece que podría haceros una doble gracia: al confiar públicamente en vosotros y al recordar a un hombre al que tenéis en la mayor consideración, y creo que no sólo vosotros, sino que también todos aquellos que de algún modo se
4 cuentan entre los griegos. Me ocurre que en la memoria encuentro todas sus buenas cualidades, pero que soy incapaz de expresarlas de palabra. Pues todas juntas se presentan, pero es imposible dar detalle de cada una de ellas, y me parece que no sería conveniente ni siquiera intentarlo. Pero si sólo hablase de una parte de ellas, me temo que mejor sería guardar silencio.

5 Aquél cambió el único y primer principio de todos en los elogios. Pues tanto distaba de ser estimado por formar parte de una familia, como por ejemplo refugiándose en un pueblo o en una ciudad, que, aunque vuestro pueblo es el más antiguo [2] y a su vez vuestra ciudad, según se dice, es la más antigua de todo el pueblo frigio, éste aportó su propia gloria tanto a la ciudad como a todo el pueblo en su conjunto; y ante los demás griegos el ser conciudadanos

[2] Cf. Heródoto, II 2, donde se relata un curioso experimento para averiguar cuál era el pueblo más antiguo, que resultó ser el frigio.

suyos constituye para vosotros un motivo de orgullo no pequeño.

6 Se dice que tuvo los mejores maestros, pero con claridad superó a todos como si fueran niños. En el transcurso de su vida, habiendo entrado en contacto con todos los más afamados profesores, de los más ancianos se convirtió en discípulo, de los de su edad, de unos en maestro, de otros en colega. Y habrá otros que digan qué clase de discípulos producía, pero ninguno de aquellos a los que educó fue mejor que él. 7 Ciertamente, algunos, cuando aspiran a grandes cosas, olvidan las pequeñas, pero en cambio éste, tras empezar con las más breves, avanzó hasta las más perfectas, como también se ajusta a la ley el iniciarse primero en los misterios menores, según se dice[3]. Otros han investigado al máximo los vestigios y principios o, mejor, incluso han agotado su vida en estos asuntos. De éstos, algunos no llegaron a ver las razones por las que vale la pena investigar tales temas, y otros no lo consiguieron, según parece. Pero éste, en cambio, lo investigó desde el principio de forma metódica, sin dejar jamás fuera nada digno de estudio, fuera lo que fuese. Y además se convirtió en una suerte de tesoro común para los griegos, pues era posible aprender de él lo que se quisiera respecto a la educación, como si se sacara de una fuente.

8 Pero su mayor logro y lo que resulta más digno de señalarse es aquello que yo mismo en cierta ocasión, mientras estábamos conversando, le dije. Pues aunque, como digo, completó todos los estudios y en ninguno de ellos

[3] Cf. PLATÓN, *Gorgias* 497 C. Los Misterios Menores, que tenían lugar en el mes ateniense de Antesterión, eran una celebración preliminar de los Grandes Misterios Eleusinios celebrados en el mes de Boedromión.

gozaba de menor competencia que aquellos que se dedican en exclusiva a uno solo, no se atribuyó el más altanero de los títulos [4] sino que se mantuvo en el primero [5]. No despojó a los demás de sus clases sino que era notorio que cooperaba con cada uno de ellos y que con ellos se engrandecía siempre, en la medida de los posible. Ciertamente los demás llegan a ser más importantes por medio de sus artes, pero éste, en cambio, aumentó por su parte la importancia de su propio arte. Pues por muchas razones la exaltó, de manera que la gramática recibió su magnificencia de Alejandro. A los demás les basta con ser superiores en sus respectivas materias, pero éste simplemente aparecía ocupando el primer puesto en la totalidad de este arte. De los otros que entonces se encargaron de la educación, unos parecían estar bien dotados para la crítica pero no llegaron a ser nadie en el uso de la palabra, otros consiguieron hablar pero no se dedicaron mucho a la ciencia y, por último, algunos han cultivado un saber enciclopédico pero, precisamente por este tipo de sabiduría, están ciegos para los asuntos más importantes y renuncian a lo mejor; en cambio éste es el único hombre que lo ha reunido todo [6].

[4] Posiblemente el título que Aristides refiere sea el de sofista. No obstante, y a pesar de lo que C. Behr, *Aelius Aristides....* pág. 106 piensa, esta palabra no siempre tuvo en nuestro autor un sentido peyorativo, A. J. Festugière, «Sur les Discours Sacrés d'Aelius Aristide» *Rev. Étud. Gr.* 82 (1969) págs. 148-149.

[5] Gramático. Cf. Marco Aurelio, *Meditaciones* I 10 e *Historia Augusta*, *Vida de Marco* II 3.

[6] La tarea de gramático con respecto a los autores antiguos que estudiaba se dividía en cuatro fases: la crítica del texto, *diórthōsis*, labor básica para que alumnos y profesor contasen con un texto uniforme y corregido; la lectura, *anágnōsis,* que suponía un estudio intenso del texto, dividiendo

Y, aunque estaba tan vinculado con la elocuencia, no se volvió nunca hacia obras históricas y otras de este carácter, sino que escogió el cumplimiento de su deber con los antiguos autores griegos [7]. ¿Cómo esta actitud no va a estar acorde con su despreocupada liberalidad para quienes asistían a sus lecciones, gracias a la que los saciaba inmediatamente de conocimientos, y proporcionaba contactos y recursos a quienes veía necesitados de medios de subsistencia? Así, éste es el único hombre que aparece como educador y esparcidor de muchísimos discípulos, y como quien ha llegado a ser para los griegos un fundador en el sentido estricto del término [8]. Es posible incluso comparar su actividad con las metrópolis: estableció a muchos en diferentes lugares de la tierra en su propio provecho y también en el de aquellos que se valieron de ellos. Únicamente él demostró que de hecho Hesiodo mentía cuando escribió que el aedo odia al aedo [9]. Éste era como el padre común de quienes practicaban el mismo arte y todos tenían depositadas mayores esperanzas en él que cada uno en sí mismo. Fue el único que no despreció al plebeyo y que era admirado en el más alto grado entre los diestros en su arte, y el único que sobresalió por la multitud y perfección de sus

---

las palabras, acentuado, midiendo, buscando una lectura expresiva; la explicación del texto, *exēgēsis*, la parte fundamental de la tarea, consistente en una explicación literaria y otra literal (aquí entraba en juego la erudición); el juicio, *krísis*, fundamentalmente de orden moral. La declamación en principio no formó parte de las tareas del gramático pero ya en el cambio de era se empezó a enseñar en la escuela secundaria. H. I. Marrou, *Historia de la educación en la Antigüedad,* págs. 218-225.

[7] La interpretación y la trasmisión de los antiguos escritos.

[8] Los fundadores de colonias se convirtieron en los mejores difusores de la cultura griega.

[9] Hesíodo, *Trabajos y Días* 26.

12 testimonios. Para quienes se dedican a la oratoria era motivo de orgullo haber estudiado con él y para los otros hombres famosos e ilustres era causa de distinción, en lugar de alguna otra cosa, manifestar que se habían servido de él. Así era bienvenido por todos y, cuando no estaba ejerciendo su profesión, podría estar o bien entre los hombres poderosos del estado o bien en casa del propio emperador [10].

13 En verdad, también las sesiones de retórica junto a los emperadores las desarrolló como si hubiese utilizado cierto itinerario; pues, tras haber ocupado el primer puesto en todo el mundo griego y tras ofrecer innumerables pruebas de su valía, llegó de esta manera hasta las habitaciones y oídos del emperador [11]. Y después, cuando el siguiente emperador lo recibió de manos del primero, lo consideró como otro ornato para la casa imperial.

14 Además no es una tarea insignificante contar cuánta prudencia y moderación desplegó cuando se encontró en tal situación de tanto poder y autoridad, ya que no sólo ocupó el puesto de maestro sino también el de ayo de los niños. Se comportó de la misma manera que durante sus anti-
15 guas clases. Pues se afirma que nunca por sus disertaciones se convirtió en el responsable de ningún enfado para nadie, sino que siempre fue la causa de algún beneficio tanto para sus propios discípulos como para sus preceptores [12]. Pues también Alejandro fue, para la mayoría de éstos, la

[10] Antonino Pío. Sirvió como instructor de Marco Aurelio y de Lucio Vero.

[11] Es posible que Alejandro llegara a Roma en torno a 139.

[12] Estos *paidagōgoí* («pedagogos»), que aquí hemos traducido por preceptores, eran esclavos encargados de acompañar a los niños a la escuela, aunque desde su posición de vigilancia se convirtió en el supervisor de la educación del niño; cf. H. I. MARROU, *Historia de la educación...*, págs. 191-192.

única causa de que fuesen liberados y de que recibieran otros honores, especialmente, creo, porque convirtió a los niños bajo el cuidado de estos esclavos en estudiantes de tal clase que también éstos, quienes les acompañaban y compartían la entrada en sus clases, eran estimados entre los entendidos en la materia. Y en segundo lugar, también, porque él mismo pedía abiertamente para los preceptores esta clase de favores, en lugar de los que se acostumbran. De manera semejante se comportó en los asuntos imperiales. Pues nunca molestó a nadie sino que vivió haciendo el bien tanto a sus parientes y amigos como a su patria y a otras ciudades.

16 Y aunque hizo el bien en incontables ocasiones a innumerables personas, nunca reclamó a nadie el pago de su beneficencia, mientras que no se avergonzaba de cobrar por la enseñanza de su arte [13]. Pues le parecía que era ventajoso que los jóvenes se atreviesen a gastar dinero en sus estudios; y esto era así para quien podía. Puesto que no sólo no molestaba a quienes carecían de recursos económicos sino que también los dotaba de su propio bolsillo. 17 Y por tanto no fue de tan gran utilidad por su arte y sus lecciones pero inferior a otros en los negocios y el gobierno. Vosotros podríais saberlo mejor que nadie; de uno de vosotros yo oí decir que casi toda la ciudad la había restaurado de nuevo para vosotros. Así, su actividad no fue sólo la retórica. 18 Y más digno que los edificios es la prudencia y la justicia que le servían de guía de cuanto consideraba conve-

[13] Desde la disputa entre los primeros sofistas y Platón, el cobrar por las lecciones impartidas era una cuestión que no se había resuelto, especialmente en los niveles superiores de la educación. El propio Aristides no había conseguido una postura coherente a este respecto.

niente decir y hacer, y el hecho de que nunca se apartara de la necesidad y que los honores que os proporcionaba tuviesen sentido. Pero ni siquiera en esto fue beneficioso sin que le costara dinero, sino que vuestros mayores adornos 19 os sirven de indicio de su liberalidad. Yo considero que, incluso si nada nunca hubiese gastado en vosotros, podría con razón ser considerado vuestro benefactor por todo lo demás que dijo e hizo en vuestro favor. Pero si no hubiese dicho o hecho nada, sino sólo hubiese ofrecido tantas cosas de su parte, debería ser celebrado oportunamente entre los 20 primeros miembros de la comunidad. Y además, si él no hubiese sido útil para vosotros públicamente, ni por medio de su dinero ni de sus otras realizaciones, ciertamente os proporcionaría orgullo el hecho de que hubiese ocupado tamaña posición entre los griegos: pues su reputación es también un bien común de la ciudad. Es importante tanto para una ciudad como para un pueblo engendrar un individuo que ocupe el primer puesto. Y vosotros habéis disfrutado 21 de su fortuna de manera especial frente a los demás. La patria no recibió nombre por nadie; pero como los demás son conocidos por el patronímico o por otras cosas, de la misma manera aquel era conocido por su nombre seguido inmediatamente por el de la ciudad. Por otra parte, también en los libros que había corregido dejó su signo distintivo, puesto que el nombre de la patria constituía un añadido habitual al nombre de Alejandro, de manera que, cuantas veces se le recuerde, tantas veces vosotros seréis tenidos en consideración. Vuestra ciudad se presenta bajo la fachada de metrópoli para la antigua Grecia [14].

[14] Por su labor de recopilación, edición y explicación de los autores antiguos.

22 A cambio de todo ello justamente adornáis su tumba, tributáis todos los honores al varón como jefe y fundador de vuestra ciudad, y decretáis lo mismo que decretasteis en honor de los primeros que fundaron vuestra ciudad[15]. ¡Qué poco me consuelan estos razonamientos cuando los oigo, hundido como estoy en la desgracia!; y es por éstos especialmente que procedí a escribir la presente carta en la que admiro vuestra determinación. 23 Sería vergonzoso que, si los anfipolitanos creen conveniente ofrecer sacrificios a Brásidas como héroe y fundador de la ciudad porque los liberó de los atenienses[16], vosotros no honraseis en calidad de fundador común para todos los griegos, como yo digo, a éste, quien os colocó a vosotros entre los restantes griegos y quien nunca sirvió de causa de ningún mal para nadie, sino que pasó por la vida ayudando a todos de palabra y de obra, empezando por vosotros mismos, su patria. 24 Además si a los esmirnotas les produce honra el haber engendrado a Homero, a los parios Arquíloco, a los beocios Hesíodo, a los de Ceos Simónides, Estesícoro a los himeros, a los tebanos Píndaro, a los mitilenos Safo y Alceo, y así sucesivamente —pues callo ahora Atenas—, es conveniente que vosotros os sintáis muy orgullosos de quien ha preparado las obras de todos éstos y se ha dedicado a enseñarlas. 25 Pues creo que si alguno de los dioses hubiera concedido a éstos la resurrección mientras Alejandro todavía vivía, tras reunir a los colegas del hoy difunto en un mismo lugar, hubiesen ordenado que aprendiesen de Alejandro lo que se debía

---

[15] Los fundadores de la ciudad son desconocidos. No obstante en las monedas acuñadas en la misma se cita a Hércules y a Telefo.

[16] El general espartano murió defendiendo Anfípolis de los atenienses en 422 a. C. Tucídides, V 11, cuenta los honores que se le tributaron como héroe y fundador de la ciudad.

pensar y decir sobre ellos mismos. Yo me reía de los que convierten en su guía a Platón y sólo filosofan sobre éste, mientras que éste, en mi opinión, fue más agradable al propio Platón que cualquier otro. Tanto superó a los otros con sus poetas, historiadores, y con todas las flores que, según
26 se dice, las estaciones hacen brotar [17]. Además, no es conveniente que os pase inadvertido, ni a vosotros ni a la posteridad, el hecho de que los escritos que dejó son hermosos y mejores que los de todos sus congéneres, pero que, al mismo tiempo, son unas pálidas imágenes de su educación e inteligencia. Tan superior era en sus conversaciones que me inspiró esta reflexión sobre Platón [18]: que lo que se encontraba en los libros parecía ser un mero juego de niños frente al trato directo con los hombres sabios, de manera que no se crea que por medio de su escritos se contemplará todo lo que Alejandro fue, aunque su tratado homérico [19] es suficiente también como gloria de su arte de muchas maneras.
27 Me parece que su obra sobre Esopo fue también aguda y sabia [20], pero infantil al compararla con la educación de Alejandro. Puesto que ¿qué parte de la sabiduría de Alejandro constituye su conocimiento de Esopo? La tierra produjo unos segundos frutos tan superiores a los primeros [21].

[17] Cf. Jenofonte, *Anábasis* I 4, 10; *Cinegético* V 34; E. Aristides, XXVI 11 y XLIV 16.

[18] Platón, *Fedro* 277 E y ss.

[19] Su título era *Exegético*.

[20] Se desconoce por completo el carácter de esta obra, aunque quizás se tratase de una prosificación y explicación de las fábulas. De este tipo de obras han sobrevivido algunos ejemplos que datan de los dos primeros siglos de nuetra era; cf. A. Lesky, *Geschichte der Griechischen Literatur = Historia de la literatura griega* [trad. J. Díaz, B. Romero], Madrid, Gredos, 1969, págs. 180-182. Algunas fuentes antiguas (Suida, s.v. *Aísopos*) afirmaban que Esopo era también oriundo de Cotieo.

[21] Cf. E. Aristides, XX 23. Este es uno de sus refranes favoritos.

También es maravilloso que parezca que únicamente a él la divinidad se lo concedió todo proporcionadamente: su cuerpo era el más hermoso, el más fuerte, el más sano y el más imponente. En efecto, a mi parecer, nadie hubo tan lozano y hermoso como aquél, entrado ya en la vejez. Su alma era la más cortés [22] y participaba de todo lo hermoso; su educación era excelente; su fama concorde con su mérito y los honores que recibió de manos de particulares o de los emperadores eran proporcionales al rango de cada uno. Que su patrimonio siempre aumentase, que los trabajos alternasen con periodos de vacación, y que los límites de su vida fuesen amplios es lo que se podría llamar la conjunción de todos los posibles deseos, y el que la justicia haya sido vista en compañía de la fortuna. Y en verdad, parecía una de esas cosas imposibles hasta ahora que un sólo individuo fuera capaz de tenerlo todo; pero éste es el único hombre que se ha dado a conocer disfrutando, si no de todos, al menos de la mayoría de estos dones. 28

Esto podría comprenderse a través del análisis de un único aspecto de su vida, su relación con los emperadores, y de la comparación con la relación que Aristóteles mantuvo con Filipo y Alejandro. De la misma manera que la relación de Aristóteles no estuvo libre de culpa a la vista de los griegos sino que parecía que se había asociado con los rivales y enemigos comunes de la raza, la de Alejandro con los emperadores estuvo acompañada de buena fama además de poder. Pues ésta no se estableció ni con gente de ánimo hostil ni con los enemigos de los griegos, sino con sus benefactores, y no estaba unida al mal común de sus 29

[22] La benignidad de su carácter también es alabada por MARCO AURELIO, *Meditaciones* I 10.

congéneres, sino que, además de no ser contraria a los griegos, también sirvió de ayuda, si en algo pudo, a cualquier griego que se encontrase en una situación apurada y, públi-
30 camente, actuando de patrón de todos. Con respecto a la relación que a su vez unió a Platón y a Dionisio[23], siendo este Dionisio quizás quien después fue bien visto en Corinto[24] —pero callo esto—; pero lo que quiero decir sobre esta relación es que es posible llamarla noble pero no afortunada. Pero en cambio para Alejandro se dieron ambas circunstancias, el querer lo mejor siempre y el conseguirlo. En efecto, tampoco es fácil discernir por cuál de los dos linajes este hombre es más honrado, si por los romanos o por los griegos; tan digno se presentó a sí mismo ante los gobernantes.

31 ¿Entre qué clase de hombres no es justo que no haya razón de él, tanto en el pasado como ahora? ¿Quiénes habitan tan en los confines del mundo? ¿Quiénes son tan insensibles a la belleza? ¿Quién no llorará cuando le llegue la noticia? Pues aunque su muerte haya sido oportuna por su edad, sin embargo, no es oportuno para los griegos ver-
32 se despojados de un hombre de esta calidad. En verdad ahora toda la poesía, y también toda la prosa, se ha marchitado; todo se ha quedado solo puesto que ya no tiene a su intérprete y defensor. Su arte está viudo y para muchos forzosamente se ha reducido a su mínima expresión. Lo que Aristófanes[25] dice sobre Esquilo, que reinó la oscuri-

---

[23] La visión de Aristides sobre la relación entre Platón y Dionisio II de Siracusa se encuentra expuesta en III 369-377.

[24] Un proverbio referido a las inseguridades de la vida. Escolio a DEMÓSTENES, XX 162 y CICERÓN, *Cartas a Ático* IX 9, 1.

[25] ARISTÓFANES, frag. 643 K.

dad una vez que murió, también vale la pena decirlo ahora sobre éste con respecto a la educación.

33 ¡Oh, el más bello semblante! ¡El más venerado de los griegos! ¡Tú, que has sido admirado a lo largo de toda tu vida! Deseado por quienes se habían encontrado contigo, mientras que los demás deseaban un encuentro contigo. Incluso en el final, del que tuvimos noticia, dichoso tú, que no te consumiste en medio de enfermedades ni fuiste maltratado por dolores sino que, tras haber pasado el día en tus ocupaciones habituales, como si hubieses sido llamado por la divinidad, entregaste el alma sobre un libro y pusiste fin a tu vida conforme a tu sobrenombre [26] y como quienes elaboran algo con perfección: tras recorrer todo el camino de tu vida hasta el final y tras cuidarte de tus obligaciones hasta el límite de tu capacidad. 34 Si las palabras de Píndaro [27], de Platón [28], y de todos los autores que han sido estudiados por Alejandro, son verdaderas y entre quienes están en el Hades se dan también algunas formas de disputas dialécticas, en verdad, ahora es probable que los coros de poetas se dispongan en torno a él, empezando por Homero y estrechando sus diestras, como también los coros de historiadores, prosistas y todos los demás, cada uno de ellos llamándolo y animándolo a vivir con él, adornándolo con cintas, ciñéndoselas, y no con juicio o disputa contra otro [29], sino desde la primera aclamación. Y creo que en muchos años no descenderá una cabeza apta para discutir con él sino que la cátedra le pertenece de manera perpetua [30], como el mejor heraldo e intérprete de los griegos que fue.

---

[26] Es decir, como un gramático.

[27] Píndaro, frags. 129-130.

[28] Platón, *Apología* 40E-41C.

[29] Alusión a Aristófanes, *Las ranas* 785.

[30] Cf. Aristófanes, *Las ranas* 761 y 1515.

35 Que ninguno de vosotros se indigne si, en medio de un escrito que estaba dirigido a vosotros, con franqueza pronuncié estas palabras, puesto que la razón de esta carta también es el deseo de oír y de hablar sobre él. Ni tampoco es reprochable enfadarse con este hombre incluso si, siendo tan mayor, ha muerto. Pues es conveniente no tener adhesión de manera especial a las cosas más nuevas sino a las más importantes. En segundo lugar, la pérdida es tanto mayor cuanto mayor y más raro placer es ver a un hombre de tan avanzada edad obrando así en favor de todos, y en todas las circunstancias preservando su estado de salud, 36 memoria, inteligencia, alegría y sus otras cualidades. Pues es más razonable haber sentido la preocupación, mientras vivió, de que alguna vez partiese y haberlo mirado, mientras fue posible, como alguien digno de estima, que una vez que ha muerto hacer cálculos sobre su edad. Pero no hay ningún temor a que ninguno de vosotros, de quienes escucho que hacéis y decís todo por él, censure esta actitud. Ahora en mi escrito, voy a dirigir el interés hacia vosotros; pero lo que resta será breve.

37 Pues yo os digo que honréis a aquél justamente con todos los honores y que, recordando a su familia, actuéis de la manera más correcta y llevéis a cabo lo más concorde con vuestra intención, al considerar a la mujer de Alejandro como algo sagrado y como la porción que se os ha entregado por alguna divinidad benéfica, si me es lícito decirlo, al considerar a sus parientes como su más bello recuerdo, al estimar con el máximo respeto a sus hijos mayores, al criar al más joven con el mejor ánimo posible y al 38 actuar como su tutor públicamente. A este niño le ha sobrevenido una desgracia, y no la más liviana. Pues, aunque su padre educó a la mayoría de los griegos y llegó incluso

a educar a los hijos de los que ya había educado, no alcanzó para hacerlo con su propio hijo, sino que el hijo del común maestro del mundo griego necesita de otro maestro. Pero vosotros remediaréis esta desgracia y cualquier dificultad que surja de la situación que se está dando, protegiéndolo en calidad de padres y, para abreviar, considerando el hogar de Alejandro como vuestro hogar público. Me era forzoso ha- 39 cer esta exhortación. Pues como también dije al principio de esta carta[31], o como queráis llamar a este escrito, de muchas maneras sus asuntos me importaban, puesto que también recogí frutos sobresalientes de la amistad que mantuve con él: no eran estos frutos menos propios de quien quiere como un amigo. Además de en otras ocasiones, lo demostró también por lo que hizo cuando estuve enfermo en Roma[32], convirtiéndose para mí en todo aquello que significaba curación, y fue, junto con los dioses, la principal causa de que fuese preservado del peligro hasta llegar a casa.

¿Y qué se podría decir de sus últimas acciones? Su lla- 40 mamiento también me afligió, pues innumerables veces, tanto él mismo en persona como más tarde por medio de cartas, me pidió que os confiase algunos de mis escritos además de otros libros, prometiéndome que ocuparían el primer lugar[33]. Pero yo todavía no he podido atender su pe-

[31] Cf. § 2.

[32] Durante su viaje a Roma en el año 143 todas sus espectativas de triunfo quedaron frustradas por el inicio de la enfermedad que lo tuvo postrado durante muchos años; cf. XLVIII 60-70. Es interesante resaltar que el sofista sólo cita el auxilio que Alejandro le prestó con respecto a su salud y no habla para nada de su posible labor como introductor de su discípulo en la corte imperial. Por ello el sueño de XLVII 23 no debe ser considerado más como el reflejo de un deseo frustrado.

[33] Alejandro estaba fundando la biblioteca pública de su ciudad natal, y para ello recurrió a sus discípulos. El primer lugar prometido debe referirse a la catalogación de los fondos.

tición porque deseaba pasarles revista. Por ello Alejandro ni registró nuestros libros ni conoce la mayoría de ellos. Pero no sé si el juicio que siempre tuvo sobre nuestros discursos era superior a la envidia, pero siempre tuvo un juicio más que exagerado. Todo esto hace que lo recuerde y que no considere lo que ha ocurrido como una desgracia insignificante, y además que no me dé la impresión de que me estoy entrometiendo en asuntos ajenos cuando ahora os

41 hablo. Yo quisiera tener mejor salud, además de por otras razones, para que vosotros pudierais serviros de mí [34], puesto que yo considero que quienes estaban vinculados con él igualmente lo están conmigo mismo.

---

[34] De nuevo Aristides se excusa en su salud para evitar una posible función pública.

XXXIII

CONTRA LOS QUE ME ACUSAN POR NO DECLAMAR

INTRODUCCIÓN

Contra los que me acusan por no declamar fue una obra que Aristides utilizó como *propemptikós,* es decir, como discurso de despedida. Si la llegada de una amigo, que permanece en el anonimato [1], no fue aprovechada por el sofista para saludarlo, su nueva partida le ofrece una segunda oportunidad que no está dispuesto a desaprovechar. Sin embargo la obra con la que le obsequió no concuerda con lo que en los cánones se considera un *propemptikós* [2]; apenas los dos primeros parágrafos están dedicados al asunto. Da la impresión que Aristides tenía preparada esta obra y no encontraba la ocasión de enviarla [3]: un hecho fortuito se la ofreció.

[1] C. BEHR, *Aelius Aristides...*, pág. 102, n. 22c, piensa que el discurso estaba dirigido al adivino Coro que aparece en XLVII 54. La única razón que da es la referencia a Calcante y Mopso en § 14. El argumento es muy débil.

[2] La definición de este tipo de discurso se puede encontrar en MENANDRO EL RÉTOR, 395-399. Cf. B. KEIL, *Aelii Aristidis quae supersunt omnia,* vol. II pág. 227 y A. BOULANGER, *Aelius Aristide...*, pág. 157.

[3] Aristides no está presente en el momento de presentación del discurso puesto que no sabe si sus enemigos están o no presentes; cf. § 3. Con toda probabilidad estaba refugiado en Misia.

El resto de la obra está dedicada a un asunto muy diferente. Aristides había sido acusado de descuidar su profesión y de no hacer suficientes exhibiciones de su arte en la ciudad (§ 4). La defensa del sofista consiste, como era costumbre en él, en invertir los argumentos. Así, sus acusadores aparecerán como los acusados mientras que su reputación se mantiene a salvo. Establece la premisa de que se puede hacer un doble uso de todo arte: el uso del que tiene el arte como profesión y la forma de utilizarla que tienen los usuarios. La obligación del artista es perfeccionarse, mientras que el segundo debe recurrir a él cuando lo necesite. Así, puesto que él no ha abandonado la oratoria, sino más bien al contrario, puesto que ésta lo es todo para él (§ 20), son sus conciudadanos los que ha incumplido sus obligaciones por no recurrir al sofista con más frecuencia. Estos, en vez de asistir a sus exhibiciones y disfrutar de su presencia, se han dedicado a los placeres mundanos, los baños, los muchachos, los caballos, causando la decadencia de la educación y la cultura griega.

La datación de la obra, como prácticamente todas las de Aristides, sigue estando en discusión. Dentro de la misma sólo se ofrece una referencia segura: la indicación de que el tema ya fue tratado durante el tiempo de la plaga [4]. A la vista de ello A. Boulanger lo fechaba entre 165 y 178 [5]. C. Behr ha intentado una mayor precisión. Establece que fue compuesto entre el primer viaje a Cícico y la presentación

[4] Cf. § 6. Esta plaga, traída por los ejércitos del Emperador Lucio Vero tras su victoria sobre los partos, afectó prácticamente al Oriente romano en el año 165, y constituye una de las pocas fechas seguras de la vida del sofista; cf. C. Behr, *Aelius Aristides...*, págs. 96-100.

[5] A. Boulanger, *Aelius Aristide...*, pág. 162.

de XXIII a principios de 167 [6]. Después de haber estado en la inauguración del templo de Adriano, el sofista habría partido hacia Laneo, su finca en Misia, y desde allí contestó a los ataques por su reticencia a presentarse en público.

No obstante, quizás convendría, por varias razones, retrasar aún más la fecha, y llevarlo al periodo que va de 171 a 175. Es difícil entender un ataque contra Aristides por no declamar en público cuando está iniciando el periodo de mayor gloria de su carrera, aquel que va del año 165 al 170. Entre los dos grandes discursos de este periodo, XXVII y XXIII, existe un muy breve espacio de tiempo [7], insuficiente para explicar el nacimiento de una sensación de inactividad prolongada. Si el discurso se compuso en 166, como pretende C. Behr, desde que se recuperó de la enfermedad sólo tuvo la ocasión de hacer una única presentación pública, mientras que en § 22 se refiere a fiestas y reuniones en plural en las que dice no haber criticado nunca a su ciudad. En LI 18, donde se recuerda la partida de Cícico y la llegada a Laneo, no se hace mención alguna a la existencia de ningún tipo de problemas que el retiro cause o pueda causar. Es cierto que existe una gran similitud entre la oposición al baño en § 25 y la consideración de estos placeres como propios de cerdos (§ 31), y la declaración de intenciones de XLVII 19 [8], pero como el propio autor afirma está recuperando argumentos que ya fueron expuestos en aquellas fechas. Por último es evidente que XXXIII y LI

---

[6] C. Behr, *Aelius Aristides...*, pág. 102 n. 22c y *The Complete Works...* vol. II, pág. 369, n. 1.

[7] No llega a seis meses el tiempo que separa a XXVII, pronunciado a finales de 166, y XXIII, presentado a principios de 167.

[8] Esta cita corresponde al «Diario» (XLVII 5-58), una sección dentro de los *Discursos Sagrados* que fue compuesta durante la peste.

comparten la misma preocupación por la fama [9], tanto por la pasada como por la futura. Por todo ello el discurso encaja mejor en los sucesos acaecidos tras su segundo viaje a Cícico, cuando decide retirarse a Misia y vive allí posiblemente hasta 175.

Como es habitual, la edición que se ha utilizado ha sido la de B. Keil, de la que nos hemos separado en muy pocos pasajes, admitiendo sugerencias de G. Canter o de C. Behr.

	Edición de B. Keil	Lectura Adoptada
14	ἢ λόγον † καταλπόυτων	ἢ κατά γε λόγου ὄυτων, Keil en aparato
17	χρῆσθαι διδασκάλοις... καὶ	χρῆσθαι διδασκάλοις ⟨τοῖς ἀρίστοις⟩ καὶ, Keil en aparato
18	ἀεὶ τοὺς... ἀνεῖχεν	ἀεὶ τοὺς ⟨ἀκάτους⟩ ἀνεῖχεν, Behr.
24	ὦ δυσέρωτες, † ὑμεῖς, † οὐ φιλεῖτε	δυσέρωτες ὑμεῖς, † οἳ φιλεῖτε, Canter

[9] Compárese lo que se dice de la fama en XXXIII 19, 21-22 y LI 56 ss. Cf. J. M. Cortés, *Elio Aristides...*, págs. 148-154.

XXXIII. CONTRA LOS QUE ME ACUSAN POR NO DECLAMAR

En efecto no he quedado frustrado en ambas ocasiones[1], pues aun cuando provoca alegría recibir y saludar al que llega de una estancia en el extranjero y, especialmente, si está nuevamente de vuelta gracias a nuestros votos, podría ser también algo agradable verlo partir acompañado de un cántico. Pero tú llegas tras habernos ofrecido esta segunda oportunidad. Y la aceptamos en efecto puesto que la oportunidad así se presenta. Dice Píndaro, cuando dios ha mostrado el comienzo, derecha es la senda[2] para tomar lo que se ofrece. Así pues, que Asclepio, nuestro director, y Zeus, dueño de moverlo todo, te concedan navegar con viento absolutamente favorable y en buenas circunstancias, y que se me notifique que tu segunda tentativa ha sido mejor; y que a nosotros nos concedan luchar por nuestros intereses con viento favorable y sobrepasar a todos los griegos «con remo espumoso»[3] tanto cuanto sea posible. Está bien

1 §§ 1-2 constituyen un primer prefacio por medio del que Aristides aprovecha para saludar a un amigo, desconocido para nosotros, en su partida ya que no pudo hacerlo a su llegada.

2 Píndaro, frag. 108.

3 Eurípides, *Ifigenia entre los tauros* 407.

así. Me voy en busca de otro proemio a la manera de Estesícoro [4].

3 Sé que, de alguna manera, debo luchar contra una sombra [5], puesto que no se han presentado aquéllos contra quienes van dirigidas mis palabras, de manera que viene a suceder casi como si mis palabras fuesen en vano, pero a la vez es muy evidente que se van a pronunciar recta y convenientemente. Pues desde este preciso instante está claro, de alguna manera, que la culpa no ha sido nuestra, ni ahora ni en ningún otro momento si los dioses me permiten decirlo, sino de su constante indiferencia ante todo. Consideraremos el asunto como si se tratara de una declaración jurada preparada para un juicio, o de un escrito de acusa- 4 ción. Dicen que cometo injusticia al no componer declamaciones constantemente, pues todo podría estar en mis manos y bajo mi autoridad; y podría ser así, se añade por todos de manera unánime: «si él hubiese querido» o «si tal vez quisiera». Tal es la acusación.

5 En efecto, si buscáis escuchar un discurso grato, como si me encontrase declamando en el marco de una fiesta, desviáis. Pero si soportáis escucharme mientras digo la verdad, creo que no parecerá que soy completamente merecedor de censura. Desde luego, ni se celebra ahora festival alguno, ni se da la circunstancia de una presencia masiva de extranjeros, ante quienes mal toleréis ser refutados —pues hablo contra aquellos hombres como si estuvieran presentes—, sino que mi franco discurso se va a presentar

[4] Estesícoro, frag. 46 Bergk.

[5] Cf. E. Aristides, XXIII 63.

ante menos personas que las que en Leneo[6] se reúnen. En 6 efecto, estos temas ya los traté con vosotros antes, cuando la plaga estaba en su plenitud y Dios me ordenó escapar[7]; lo que voy a decir también participa de la misma determinación, para que sepáis que yo, ni en las más peligrosas circunstancias, tengo por digno mostrarme indiferente, sino que hay otras personas que se preocupan menos por la oratoria.

Antes yo no sabía para qué podría servir alguna vez el 7 dicho «los ladrones acusan», pero ahora creo que lo entiendo. Pues, cuando aquellos a quienes les convenía asistir a las declamaciones y lecturas, después de haberlas dejado pasar, afirman en tono de reproche que no hay nadie que declame, ¿cómo no están imputando sus faltas a los demás, de la misma manera que si algunos con lo ojos cerrados, brillando el sol con fuerza, dijesen que no se veía nada? Pero creo que estas actitudes son propias de quienes se engañan a sí mismos, pero creen que lo hacen con los demás. Si queréis, escuchad cómo es conveniente y necesario pensar sobre estos temas.

Yo considero que las artes y las profesiones pertenecen 8 enteramente a quienes las practican en vista a que se dedican a ellas, pero que por encima de esto de ningún modo les concierne, sino que de toda arte hay un doble uso, el de quien practica el oficio y el de quienes se benefician de él.

---

[6] El festival de Leneo, en el que se presentaban obras de teatro, parece que tenía lugar en el mes de Gamelión, durante el invierno cuando los extranjeros estaban ausentes; cf. J. D. MIKALSON, *The Sacred and Civil Calendar of the Athenian Year*, Princeton, 1978, págs. 109-110.

[7] Se refiere a la epidemia traída de Partia por los ejércitos de Lucio Vero en el año 165; cf. J. F. GILLIAM, «The plague under Marcus Aurelius», *Amer. Journ. Phil.* 82 (1961), 43-78; E. ARISTIDES, LI 1-10.

Cuando uno ha descuidado sus tareas propias, él es el responsable conforme a lo dicho, pues el que ha querido hacer uso de este arte no ha podido. Pero cuando uno trabaja su arte como mejor puede, pero los usuarios se mantienen apartados, no creo que el que ha hecho lo que debe sea el responsable, sino los que no han hecho uso de su arte.
9 ¿Qué debe hacer el buen médico? Preparar sus fármacos, sus manos, su ciencia. En absoluto es propio de su arte mandar que se haga uso de estas cosas, sino que el enfermo debe ir o enviar a por él. Pero si el médico requiriese al que necesita ser curado o, por Zeus, el piloto a aquellos que necesitan navegar, el juez a los demandantes, el general a los soldados, o el rétor a quienes le escuchen, todo el asun-
10 to iría contracorriente. No sólo en los asuntos importantes y que tanto están relacionados con la gloria, sino que, también con respecto a las artes de los industriales, en ninguna parte se piensa que los obreros deban buscar a quienes los necesitan requiriendo que se sirvan de ellos mismos, sino que los que tienen necesidad de construir buscan a los carpinteros, y no los carpinteros a aquéllos. El campesino irá ante las puertas del herrero cuando necesite de un azadón o de alguna otra cosa de éstas, y a su vez aquél, el herrero, es el que se mueve cuando tiene necesidad de trigo. ¿Has visto alguna vez a un barbero acercándose a alguien y diciéndole, «Querido caballero, permíteme pelarte, cortarte las uñas o afeitarte, pues este es mi arte»? En cambio creo que, si alguien ostenta la púrpura o alguna otra dignidad, éste es el que va a casa del barbero o lo manda llamar cuando lo necesita. ¿Qué necesidad hay de hacer un catálogo más amplio de profesiones? Pues encontraremos que
11 esto es así prácticamente con todo, podría decirse. En consecuencia, ¿estos obreros manuales, que no podrían consi-

derar conveniente sentirse más orgullosos que nadie —y yo creo que ni siquiera igualmente orgullosos que los demás— pero que practican un arte que sirve a muchas personas, éstos deberán esperar a quienes los necesiten y no tendrán que humillarse pasando por encima de su dignidad, y en cambio estos otros, quienes profesan la ciencia más bella y liberal gracias a la que todos los asuntos, tanto los grandes como los pequeños, los bellos como los otros, se someten a examen y a prueba, éstos no deberán imitar a aquellos primeros, si no lo hacen en nada, y no deberán pensar que la dedicación a la oratoria y su práctica es lo que les concierne, mientras que el hacer uso de aquellos primeros o de ellos mismos corresponde a los otros? Y como parece, si el 12 zapatero y el tejedor, abandonando sus establecimientos, van dando vueltas reuniendo a los clientes, no sólo no cumplirán con sus obligaciones sino que también echarán a perder sus respectivas artes. Pero ¿si el rétor, abandonando sus discursos, se dedicase a reunir audiencia, habría tomado así la mejor decisión sobre su profesión? No, sino que así, y muy especialmente, como yo podría decir, destruirá sus posibilidades. Y además, si en todas partes abandonar 13 el puesto que a uno le corresponde es vergonzoso y va contra las leyes, el rétor abandonaría especialmente su puesto si, al cuidar de su audiencia, rebajase la calidad de la parte de la dignidad de la retórica que le corresponde. Conside- 14 ra si te parece que es algo bueno y coherente que quienes están dispuestos a casarse se sienten ante las puertas de las casas de las muchachas haciendo la corte a ellas mismas, a sus padres o algún otro miembro de la familia, pero que quienes dicen ser amantes de la oratoria, despreocupándose de ella, presten atención al rétor mismo e intenten convencerlo de alguna manera para que los incluya en su com-

pañía, y después lo acusen y digan que aquél no los quería. Y ¿qué Calcante[8] o Mopso[9], por los dioses, te podría profetizar que esto iba a ser así? Pues tú mismo no intentaste 15 obrar así. Y además, no es posible decir que quienes practican otras ciencias o artes conocen perfectamente la decisión que se debe tomar sobre el uso de las mismas, mientras que los que están comprometidos con la oratoria son los únicos de todos, o los que principalmente, lo ignoran. Por contra, lo más bello, grande y verdadero que se puede decir de la oratoria es que, mientras nada impide a los que trabajan en alguna otra cosa ser un entendido en su arte y a la vez ignorar la decisión tomada sobre su uso, la oratoria, aparte de sus otras virtudes, también proporciona el saber cómo debe emplearse[10]. Y es así con toda la razón pues, ciertamente, a quienes tienen la función de juzgar a los otros no les conviene ser ignorantes de ellos mismos.

Continuemos. Establecidas estas premisas, considere- 16 mos mi situación y, si encontráis que cometo negligencia o que considero más importante cualquier otro asunto que mi dedicación a la retórica, y me refiero tanto ahora como al pasado, o mejor, que he renunciado completamente a la supremacía de mi afecto y celo por ella, acusadme y repren-

[8] Adivino legendario vinculado con la guerra de Troya. Profetizó que la ciudad no podría ser tomada si no participaba Aquiles en la guerra y el número de años que ésta duraría; cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, págs. 344 y 415.

[9] Otro adivino que fue la causa de la muerte de Calcante. Éste sabía que habría de morir si encontraba un adivino mejor que él mismo, y Mopso lo superó al adivinar el número exacto de higos de una higuera; cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, págs. 435-436.

[10] El mismo argumento aparece en E. Aristides, II 362 ss. enmarcado en la lucha dialéctica contra Platón.

dedme cuanto queráis. Pero si encontráis que quizás no estoy falto de burla, como si en efecto este objeto fuese un discurso, y más aún, que nunca he trabajado nada salvo cuanto a los dioses concierne, y que nuestro trabajo se ha ejecutado y se ha llevado a cabo, sea dicho con el permiso de ellos, con el máximo cuidado según nuestras fuerzas, pero que nunca me he trabajado inútilmente; si se pone de manifiesto que esto es así, cubrid vuestras cabezas de vergüenza por estas dos causas: por no haber tenido el valor para hacer uso de mí y, además, por haber imitado a las mujeres, de las que se dice que, cuando hacen algo desagradable, atribuyen a sus maridos sus propios pecados y males.

17 Examinadlo como si se tratara de una rendición de cuentas, investigándolo desde el principio lo más brevemente posible. Pues a mí Dios me otorgó, siendo todavía joven, tener ⟨los mejores⟩ maestros [11], y las primeras palabras que aquéllos me dirigieron fueron que yo llegaría a ser el primero. 18 Empezando desde aquel instante hasta ahora, siempre he vivido dedicando mi tiempo a los estudios y discursos, siempre que no me lo ha impedido las exigencias de la salud o los periodos que trajeron desgracias superiores a mi elección [12]. Pero incluso en esas circunstancias hemos sobrevivido como cierto Odiseo [13], cogiéndome

[11] Entre los maestros de Aristides se cuentan Alejandro de Cotieo como gramático, y entre los que le enseñaron retórica están hombres tan famosos como Polemón, Tiberio Claudio Aristocles y Herodes Ático; cf. A. Boulanger, *Aelius Aristide...*, págs. 114-119; C. Behr, *Aelius Aristides...*, págs. 10-12.

[12] Durante el primer año de su enfermedad, tras la vuelta de Roma, abandonó la práctica de la oratoria, L 14.

[13] La historia aparece en el libro V de la *Odisea*. No es la única vez que se considera Odiseo, cf. XLVIII 42.

de la almadía, puesto que no hemos navegado nosotros en solitario, sino que lo hemos hecho bajo el más grande y humanitario de los pilotos [14], quien siempre ha mantenido a 19 flote nuestros ⟨barcos⟩ para que no se hundiesen. Somos el único de los griegos que conocemos que, no por razón de riqueza, de fama, de honor, de matrimonio, de poder, ni de ningún otro añadido, nos hemos dedicado a la oratoria, sino que, considerándonos sus puros amantes, hemos gozado 20 de los honores convenientes por obra de la oratoria. Para unos la compañía de jovencitos es grata, para otros bañarse lo más posible, para otros beber en abundancia, a otros los caballos y los perros les dejan fuera de sí. Y, por Zeus, algunos, tras consagrarse al juego, renuncian a la retórica, y otros lo hacen atendiendo a algunos otros asuntos. Para mí, la retórica contiene todos los títulos y todos los poderes, pues la hemos convertido en los hijos, los padres, los trabajos y los descansos, en todo. E invoco a Afrodita con este propósito; la oratoria me divierte, me ocupa, con ella me alegro y a ella amo, su puertas frecuento constantemente y, pudiendo decir otras muchas cosas más sobre ella, las paso por alto para no parecer cargante.

21 Sin embargo, con respecto a la fama esta decisión tomé: aceptarla y apreciarla cuando se presente, pues de otra forma podría ser alguien completamente estúpido. Pero decidí también no trabajar para ella fuera de la propia oratoria y de la rectitud en la vida que ésta exige. Si alguien, a la vista de todo esto, quiere maravillarse, que lo haga, y si 22 no, que se vaya a paseo. He llevado a cabo muchas representaciones en público de las que tengo conciencia; y no las consideréis empezando desde antiguo sino, si queréis, sólo las de estos tiempos presentes. Pues, ¿en qué fiesta o

[14] Asclepio.

en qué reunión nosotros dejamos de honrar a la ciudad en público? Y no lo hice por necesidad de fama. Pues, hablando con el permiso de los dioses, tan grande ha llegado a ser que no necesito competir para adquirirla, sino que con seguridad puedo callar para mantener la que tengo. Y además, a aquellos que se esfuerzan en oír mis lecciones en privado no me ofrezco sólo desarrollando algún ejercicio, sino que también les señalo convenientemente en qué puntos creo que algo podría mejorarse [15]. 23

Bien. Tales son nuestras actitudes y otras semejantes a ellas. Pero considerad también las vuestras [16] a su vez con relación a las mías. Vosotros, locos enamorados, quienes ante todo me amáis de esta manera y habéis creído que soy la cima de los helenos, e incluso lo gritáis en los gimnasios y en el ágora, habéis sufrido lo mismo que los hijos de los hombres famosos —no diré nada muy amargo, tened confianza—. A éstos les basta con tener estos padres, pero ellos viven en la molicie la mayor parte de sus asuntos. A vosotros os basta con que yo esté presente y declame, pero consideráis que comparecer y participar en la sesión es una cosa propia exclusivamente de extranjeros. Y así, en vez de ir a las lecturas, la mayoría de vosotros gastáis vuestro tiempo en torno a los baños, y después os maravilláis si os perdéis a algunos de los oradores. Pero, creo, vosotros mismos no queréis deciros la verdad, es decir, que no es posible que los amantes de las piedras, ni los adictos a los baños, ni los que honran lo que no es necesario, entiendan las disputas de la retórica, sino que vuestras faltas me las atri- 24 25

[15] Aristides ha defendido la doble vertiente de la actividad de un orador, la pública, con las declamaciones en el marco de la ciudad, y la privada, con la enseñanza de su arte.

[16] Lo que es una defensa se convierte en acusación.

buís a mí y me maldecís con el elogio, diciendo «pues si quisiera» y otras cosas tales, como si yo ahora estuviese
26 adormecido evidentemente. Y en verdad, como dice Homero [17], una palabra responde a otra, y cuanto hayáis dicho, tal es necesario que esperéis oír a cambio, pero que un rétor, que dice serlo y que recibe una acusación no conveniente, no se sirva de sus propios instrumentos es la mayor desgracia.

27 Mientras los dioses sean propicios, yo negaré con fuerza que tema los enfrentamientos retóricos, pero he temido a mis terribles rivales. ¿A quiénes me refiero? A éstos que se ungen con grasa y llevan ramas de palmera [18], y que no convocan a las declamaciones de los rétores, por Zeus, como yo también vi una vez que me ocurría en esa Cos meropia [19] y en Cnido. Pero, ¿sabéis qué hacen? Ensalzan las piscinas y el verso «viniendo aquí detén el navío» [20], y estas cosas son las que recomiendan y procuran a los que de-
28 sembarcan. Cuando de un lado entra el rétor para competir, y del otro lado vuestro florido mariposón [21] llega prometiendo tales cosas, naturalmente sucede, creo, que éste al-

---

[17] HOMERO, *Ilíada* XX 250.

[18] A modo de sombrilla o abanico; cf. C. BEHR, *Aelius Aristides...*, pág. 14, n. 40. Evidentemente se trata de un hábito afeminado.

[19] Cos fue fundada por Mérope, cf. XXXVIII 11.

[20] Este verso forma parte de la canción de las sirenas; cf. HOMERO, *Odisea* XII 184-185.

[21] La expresión de Aristides es oscura. B. KEIL, *Aelii Aristides quae supersunt omnia*, pág. 234, la entendía referida al tipo de orador que solía recorrer las ciudades buscando el éxito. Sería, por tanto, el conflicto entre dos tipos de oratoria. A. BOULANGER, *Aelius Aristide...*, pág. 269, n. 2 piensa, con mejor sentido, que la lucha se establece entre los partidarios de la oratoria y quienes la detestan. Estos individuos serían los portadores de palma de § 27, con lo que se justifica el adjetivo de florido.

canza la victoria y que ningún anciano ni joven está dispuesto fácilmente a comportarse con moderación. Éstas son las cosas que zancadillean a los oradores, éstas, como una nube o una noche sin luna, oscurecen todos los beneficios de la educación. Y además los despreciables sofistas 29 os convencen de que incluso para Homero lo más importante fue haber sido hijo del río Meles [22]. Entonces todo el mundo se lanza con afán hacia el padre del poeta para filosofar allí [23], y por medio de sus actitudes no podéis considerar si lo que dicen es mayoritariamente verdad, porque ni el propio Homero se contentó con vivir junto a las riberas de su padre y nadar con los peces como si hubiesen sido sus hermanos, tal y como el mito relata, sino que vivió una vida tan miserable que está claro que muchas veces se complacía si tenía abundancia de lo necesario. Aceptó baños improvisados y por el beneficio para los cuerpos cansados, como dice Platón [24], pero no se permitió vivir con mayores lujos [25]. Esta corrupción indescriptible es la que ha 30 provocado en todos la máxima indiferencia con respecto a todos los temas. Pues todos, al temer la posibilidad de morir prematuramente, se destruyen a sí mismos esperando, puesto que consideran como ganancia todo lo que es vergonzoso, pero tratan como un perjuicio y como fruto de la

[22] Río de las afueras de Esmirna. Sobre el nacimiento de Homero, cf. Ps. Plutarco, *Vida de Homero* I 3; C. J. Cadoux, *Ancient Smyrna...*, pág. 74.

[23] Es evidente la ironía de Aristides al sustituir «bañarse» por «filosofar».

[24] Platón, *Leyes* VI 761c.

[25] La imagen cínica de Homero se remonta a Antístenes y también fue utilizada por Dión de Prusa, LIII 9; L. Gil, «El cinismo y la remodelación de los arquetipos culturales griegos», *Rev. Univ. Compl.* (1980/1) págs. 46-47.

infelicidad todo cuanto es beneficioso, como si por haber corrompido tanto el alma como el cuerpo no pudieran par-
31 tir para los infiernos por no quedar sitio para él allí. Pero creo que sucede todo lo contrario cuando tal mal se ha instalado: disfrutar de lo mejor de la vida mientras sea posible, para que, si estamos en la parte que se salva, seamos salvados por medio de los mayores bienes, los estudios y la oratoria, y para que no rodemos noche tras noche y día tras día unidos a la armonía del cerdo; pero si no somos salvados, que sea ganancia todo cuanto hemos recibido por ade-
32 lantado[26]. Por los dioses, ¿es ventajoso bañarse en vida, algo que por supuesto te espera cuando hayas muerto, pero es enojoso mientras se vive, tanto siendo tú el que habla como escuchando a otros, disfrutar de la retórica de la que la necesidad te apartará tras la muerte? ¿Y la compañía de una prostituta es el máximo de los placeres, pero la de un hombre, el primero de los griegos, por breve que sea, se convierte en una maldición? ¿Y debéis dar gusto al estómago, del que provienen la mayoría de las enfermedades, pero debéis entender todo cuanto concierne a la retórica como simple habladuría y sombra insignificante, mis buenos ciudadanos, vosotros, que educáis al mundo civilizado antes que a voso-
33 tros mismos? Pero como creéis conveniente que yo haya querido hablar, así os exhorto a hacer que yo quiera hablar, pero si no, que cada uno de nosotros cumpla con su obligación. Pues yo, ni aun así, dejaré de hablar, mientras Dios sea propicio, pero vosotros seréis siempre unos ignorantes.

34 A este escrito, si queréis, llamadlo defensa, o si queréis, una censura nacida del afecto que siento por vosotros, o, si

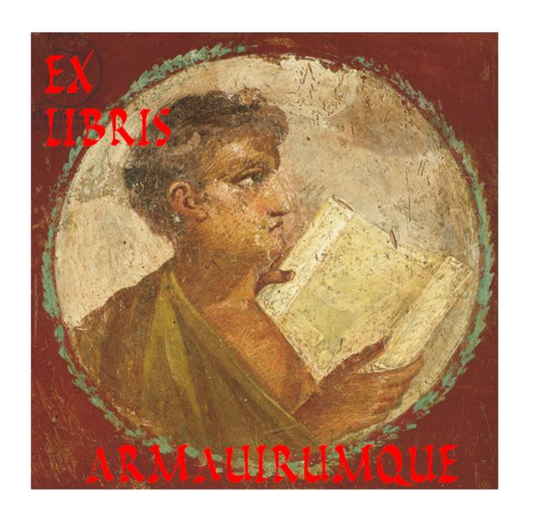
[26] Estos conceptos parecen que reflejan la doctrina eleusina; cf. C. Behr, *Aelius Aristides...*, pág. 110.

queréis también, ambas cosas, pero ciertamente se dice en él la verdad y lo que conviene oír a todos. «En efecto esta actitud debe terminarse, como dijo Demóstenes [27], o no acusar tan fácilmente a Hipólito y Belerofonte [28]».

---

[27] DEMÓSTENES, X 76.

[28] Beleforonte es acusado falsamente por Estenebea, esposa del rey Preto de Tirinto que lo había acogido cuando fue desterredo de Corinto, de haber abusado de ella. Por eso el rey planeó la perdición de Belerofonte; cf. A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica*, págs. 303-306.



XXXIV

CONTRA QUIENES PROFANAN LOS MISTERIOS DE LA ORATORIA

INTRODUCCIÓN

Este discurso constituye un nuevo ejemplo del enfrentamiento permanente que mantiene Aristides con otros compañeros de profesión. Y quizás sea también la obra en la que trata con mayor dureza a sus competidores. Partiendo de uno de los símiles preferidos del sofista, por el que entendía que la oratoria era algo semejante a las celebraciones religiosas y mistéricas, es decir, una forma de vida que exige decoro, silencio con respecto a sus fundamentos y dedicación absoluta, llama a sus oponentes profanadores. El verbo *exorcheîsthai*, que constituye la parte esencial del título, *Katà tôn exorchouménōn*, viene a significar «divulgar los secretos o los misterios religiosos por medio de una pantomima bailada», y por tanto «profanar». Aristides aplica la denominación de profanadores a todos aquellos que en aras de conseguir un mayor éxito entre las masas no les importa perjudicar la pureza del estilo aticista y se lanzan a toda clase de concesiones vulgares. Así, se propone demostrar que el auténtico favor del público no se consigue por estos medios sino exclusivamente ofreciendo obras de máxima calidad, como las suyas. Pues ya sea que la masa depende en sus opiniones de la élite intelectual, ya sea que la masa sola es capaz de descubrir la auténtica calidad, el

buen orador triunfa siempre mientras que los demás sólo contribuyen al deterioro del máximo arte. El enfado del sofista va aumentando a lo largo del discurso, y acaba pidiendo una dura sanción contra estos profanadores: la exclusión de todas las ceremonias y la prohibición de hablar en público.

La investigación actual no ha conseguido ponerse de acuerdo en lo que se refiere a la fecha y a la ocasión en la que el discurso fue pronunciado. B. Keil, opinión que sigue A. Boulanger, vinculaba estrechamente el discurso XXXIV con el XXVIII [1]. La razón estriba en que en XXVIII 18 Aristides habla de un discurso pronunciado «ayer» de temática similar; éste podría ser el XXXIV. Además, en XXVIII 19, el sofista se veía dispensado de citar el Himno homérico a Apolo Délfico, puesto que cree que su recuerdo está vivo en la memoria del auditorio. Este himno es citado por extenso en XXXIV 35. Por tanto la fecha de XXXIV dependería de XXVIII.

Por contra, C. Behr, partiendo de una sugerencia de U. Wilamowitz, piensa que no existe relación alguna entre el discurso XXVIII y el XXXIV, y que éste ha de fecharse mucho más tarde, allá por el 170 d. C. [2] Las razones que esgrime nacen de la subscripción del discurso. En ésta se dice que la obra fue presentada en una reunión del Consejo Provincial de Asia celebrada en Esmirna, y que obtuvo un gran éxito. El estudioso identifica esta ocasión con la que narra en LI 38-41. Según relata en este pasaje de su autobiografía, en torno al año 170 recibió orden de Asclepio

[1] Cf. B. Keil, *Aelii Aristidis quae supersunt omnia*, vol. II, pág. 147; A. Boulanger, *Aelius Aristide...*, págs. 143 y 265-270.

[2] Cf. U. Wilamowitz, «Der Rhetor Aristeides», pág. 444; C. Behr, *Aelius Aristides...*, págs. 53 y 106-107.

para que se presentara en el Salón del Consejo de Esmirna para declamar allí. Una vez en el lugar, se encontró con un rival que exigió el derecho a tomar la palabra el primero. Este estuvo declamando hasta entrado el mediodía. Una vez terminada su plática, Aristides tomó la palabra y desarrolló un discurso contra los sofistas, por el que obtuvo un gran éxito. No obstante, la hipótesis de identificar esta obra con XXXIV encuentra un grave obstáculo: la propia subscripción. Según ésta, el discurso se presentó en una asamblea provincial, mientras que la historia relatada en ese pasaje de los *Discursos Sagrados* de ninguna manera hace referencia a una ocasión de este tipo. Allí sólo se entiende que la presencia de Aristides en el Consejo constituye una de las sesiones habituales de trabajo de los sofistas que, como era normal, se solían desarrollar en aquel lugar, además de en el teatro o la asamblea. Por todo ello es preferible mantener la opción de B. Keil y A. Boulanger y situar la obra entre los años 145 y 152[3].

El discurso se puede estructurar en las siguientes partes:

1-18:	Los oradores que culpan a la audiencia de su escasa calidad recurren a una excusa muy débil.
19-37:	El mejor estilo es el más efectivo.
38-47:	El carácter de la audiencia.
48-62:	Intentar agradar a la audiencia sólo lleva a la degradación de la oratoria.
63:	Peroración.

Se ha seguido la edición de B. Keil a la que se le han introducido algunas variantes según C. Behr[4].

---

[3] Véase la introducción a XXVIII. Cf. J. M. Cortés, *Elio Aristides*, págs. 75-76

[4] C. Behr, *Aelius Aristides. The Complete Works...* vol. II, pág. 459.

	Edición de B. Keil	Lectura Adoptada
5	ἀλλ᾽ οὐ... Πλάτων καὶ Πίνδαρος	⟨ἄλλοι δὲ τινες ἴσως τούτοις συμφήσουσιν⟩ ἀλλ᾽ οὐ Πλάτων καί Πίνδαρος, Behr
35	Τίς ἄριστος ἐπῶν ποιητής Ὅμηρος.	Τίς ἄριστος ἐπῶν ποιητής [Ὅμηρος], Behr
40	τήν δύναμιν τοῦ πείθειν † οὖσαν ἔκτηνται.	τήν δύναμιν τοῦ πείθειν ⟨τὴν⟩ οὖσαν ἔκτηνται, Behr

XXXIV. CONTRA QUIENES PROFANAN LOS MISTERIOS DE LA ORATORIA

Para empezar mi discurso de manera elogiosa diré que son amables quienes atribuyen a la audiencia sus propios méritos retóricos, y quienes afirman que se apartan de la proporción y de la rectitud con este propósito, para poder así resultar lo más agradables posible. Y en verdad, si cuando piden indulgencia se sirven de esta excusa, ¿cómo se creen dignos de ser elogiados? Pues el elogio y la indulgencia son dos cosas diferentes, y cuando ni ellos mismos se elogian, sería difícil que con razón puedan ser elogiados por los demás. Pero si, por el contrario, no hay nada inconveniente en esta actitud, sino que es correcta, ¿por qué es necesario atribuir la responsabilidad a la mayoría y refugiarse en esta excusa? ¿Acaso no pueden presentar como correcta su conducta? Pero creo que algunos son hábiles y «golpean dos veces» [1], para que, siempre que pasen desapercibidos, puedan salir vencedores de esta forma; pero para que, en el caso de que tú los descubrieses, ellos puedan tener un refugio y puedan decir que ellos no desconocían cuál era la mejor manera, pero que cometieron esta equi-

1 2

[1] Sófocles, *Electra* 1415.

vocación a causa de los demás. Ésta es la primera y la gran condena que ellos hacen recaer sobre sí por su exceso de 3 sabiduría. Pues yo también desearía especialmente ser estimado por todos los demás, pero, antes, desearía que el principio de mi estima estuviese en mi hogar, que me convenciese de que soy el primero, que no sufriese lo que le ocurrió al perro de la fábula[2], que, mientras consigo la dignidad fuera, no destruyese la que me conviene tener de mí mismo, y que no me anticipase a la hora de convencerme de que soy malo, antes de que confirmar de manos de los demás mi convencimiento de que soy un importante orador. Pero me parece que están tan lejos de defenderse cuando dicen estas cosas, que hacen que los cargos contra ellos sean dos en lugar de uno sólo: el primero, que muestran públicamente esta actitud sobre el arte de la oratoria, y el segundo, que lo hacen por este motivo, por creer que así van 4 a ser mejor considerados. Y en verdad, cuando procuran seducirnos como si nosotros creyésemos de inmediato en la trama que ellos han montado y no tuviésemos conciencia de la verdad, dan una nueva muestra de ignorancia, la tercera, si no piensan que han sido descubiertos. Pero en rea5 lidad, creo, el asunto es así. Nadie, voluntariamente, abandona lo mejor. ⟨Otros quizás estén de acuerdo con ellos⟩, pero no Platón y Píndaro, hombres sabios en otros muchos aspectos, y de cierto también no menos en lo que se refiere a este asunto. Uno de ellos dice así: nadie voluntariamente busca su desgracia[3]. Y de nuevo, partiendo de la historia de Erifile dice: ¡Oh, cómo es engañado el pensar

[2] Esopo, fáb. 233 Halm.

[3] Píndaro, frag. 226.

de los seres efímeros, no lo sabe![4]. Y el otro por todas partes en su obra indudablemente determina y demuestra que los errores son involuntarios y que nadie es malvado voluntariamente[5]. No nos dejemos convencer por éstos de 6 que, aunque poseían mejores cualidades, a pesar de ello las han repudiado voluntariamente y a cambio nos ofrecen lo peor. Seguramente, si tuvieran oro, no aceptarían plomo en su lugar, ni siquiera si todos los hombres les aplaudieran. Ni aceptarían zahína en lugar de trigo, ni en lugar de vino mosto, y éste ya podrido, y creo que tampoco una estera de caña en lugar de una fina y elegante túnica, ni tampoco oler de un odre pudiendo hacerlo de un perfume. Estos son los 7 argumentos de aquellos hombres que intentan paliar su inferioridad y su fracaso, hombres que no están dispuestos a decir lo que es justo y verdadero, que ni conocen el camino correcto ni pueden seguirlo, y que dicen que actúan así por hacerle un favor a su audiencia, como si aquellos actores, los que han sido expulsados de la escena y son incapaces de concluir el drama conforme a su naturaleza, dijesen a los espectadores que lo hacían así para agradarles, y recibiesen pitos y abucheos de estos mismos espectadores, en lugar del favor esperado. Alguien podría decir: «¿no es verdad que vosotros también los habéis recibido de vuestra audiencia?» Pero no discutamos esto todavía.

Pero ¿qué impide a los mendigos que visten harapos 8 decir que en casa tienen otros mantos mejores, pero que se visten así para salir a la calle? ¿No es verdad que el poeta, el que un poco más arriba recordé, dijo que los mejores

[4] Píndaro, frag. 182.

[5] Platón, *Protágoras* 345 E.

9 vuelcan sus mejores galas fuera? [6] De esta manera, si hablan de sus discursos como si fueran los mejores, ¿qué necesidad hay de inculpar a la masa de oyentes si son ellos los que desean este tipo de discursos? Pero si reconocen que han cometido un error, están haciendo lo contrario de lo que es conveniente. Pues era mucho más razonable que estos reflexionaran sobre el modo en que podrían declamar mejor en beneficio de quienes vayan a ser sus oyentes y asistentes a la sesión a que, guardando en secreto sus buenas cualidades, hagan una demostración de las malas, y
10 además preparándola a propósito. Sin embargo no marchamos en las procesiones llevando nuestras peores galas, sino que, incluso si no tuviéramos nada en casa, lo pediríamos prestado para presentarnos con los más bellos mantos, aparejos, caballos y todo cuanto la procesión necesitase.
11 De manera que cuando dicen que estas cualidades las han importado y las han adquirido para ellos mismos, y que voluntariamente se apartan de las formas del antiguo estilo, es necesario preguntarles si su nuevo estilo es acaso mejor o peor. Pues si dicen que es mejor, ¿cómo no están cegados si, después de abandonar el estilo propio y más digno, van detrás de uno que es a la vez peor y en nada conveniente? Pero si dijesen que es peor, no cabe decir que voluntariamente han abandonado sus mejores cualidades, puesto que nunca las han tenido ni las han visto. Pues esto no es una defensa por aquello en lo que han errado, sino el reconocimiento de que incluso habrían sido peores oradores si hu-
12 biesen cesado de hacerlo. De buena gana les preguntaría si, en el caso de que a su audiencia le agradara verlos, por Zeus, con los ojos, con las manos, o con cualquier otra par-

[6] PÍNDARO, *Pítica* III 83.

te del cuerpo lisiada, decididamente lo llevarían a cabo, o si no entregarían ninguna parte de su cuerpo para divertimiento de los demás, mientras que no consideran como perjuicio alguno el destruir la mejor parte de su alma. Cuando 13 los escucho decir estas cosas, no rechazo la idea de que los cojos se atrevan a decir que no han alcanzado este estado de fortuna involuntariamente, sino que voluntariamente perdieron las piernas para hacerse lo más agradables posible a quienes los mirasen. No sé quién está tan perdidamente enamorado, pero asumamos, si quieres, que todos. ¿Pero quién es tan infeliz que escoja voluntariamente ser infeliz? ¿O quién se maltrataría a sí mismo para conseguir el favor de otro? Pues, en tanto que nosotros vemos que se 14 aspira a hacer el bien porque es posible esperar que a cambio de éste se recibirá a su vez otro beneficio, verdaderamente, de alguna manera, todo el mundo debería vacilar a la hora de maltratar absolutamente sus propios asuntos para así resultar agradable. De seguro, sería propio de una completa falta de sentido considerar como malvados a aquellos amigos que no quisieran compensar una buena acción, pero también sería una completa locura cometer tal exageración que uno llegue a tratarse a sí mismo de la peor manera antes de que quienes nos utilizan realizasen una buena obra, y despojarse a sí mismo de las mejores propiedades, antes de que estuviese claro qué agradecimiento se sacará de la buena voluntad. Pues no podrían referir el 15 ejemplo de Zopiro y el del cefaleno[7], el primero de los cuales, después de mutilarse la nariz y las orejas, entró en Babilonia[8], mientras que el segundo, desfigurándose por me-

[7] Ulises.

[8] HERÓDOTO, III 153 y ss.

dio de golpes, se ocultó en Troya, la ciudad de amplias avenidas[9], aspirando el primero a tomar Babilonia, el segundo
16 Troya. En primer lugar porque los premios no son equivalentes, dominar a los enemigos y cosquillear las orejas de algunos; en segundo lugar, porque exactamente lo contrario es lo que se deduce de estos ejemplos. Pues si aquellos hombres supieron soportar tanto sufrimiento que no perdonaron a sus propios cuerpos, sino que aguantaron los más extremos dolores y trabajos para no abandonar nada de lo que se habían propuesto desde el principio, éstos otros en cambio, aunque les es posible sin problemas y sin fatigas mantener su decisión, prefieren acobardarse. ¿Cómo no sufrirían cualquier mal justamente? Pues creo que lo que aquéllos se hicieron a sí mismos, éstos lo deberían sufrir de manos de los demás, por su insulto y ultraje a la oratoria. ¿Realmente éstos, que hacen —para no decir sufren— ahora todo lo posible por abandonar su posición, podrían imitar a la perfección a aquéllos con el fin de no abandonarla?
17 Pero además, tanto Odiseo como Zopiro arrostraron estas dificultades puesto que quizás no tenían otra posibilidad de conquistar a sus enemigos. Pero ¿qué dirán éstos? ¿Quizás que no es posible guiar y persuadir a los hombres con los mejores y más justos argumentos? Esta afirmación no sólo es falsa sino también vergonzosa. ¿O quizás que, aunque es posible guiar a los hombres de esta manera, ellos lo prefieren mejor así? Así pues se atribuyen una extraordinaria
18 vergüenza. De nuevo recuperaremos sus argumentos. «No es posible persuadir a los hombres de otra manera que de ésta». Concedámoslo en favor de la argumentación, si parece apropiado. Y bueno, si por una parte se encuentra la

[9] Homero, *Odisea* IV 244 ss.

mejor manera de componer un discurso y por otra la capacidad de persuadir, ¿por qué se debe rechazar esta mejor manera si, aunque no persuadamos, hacemos lo mejor? Pero si persuadir y la mejor manera de componer un discurso son la misma cosa, y si persuadir es lo mejor, de esta manera es posible persuadir; pero si sólo es posible persuadir de esta manera, ésta es la mejor manera. ¿Por qué entonces hacen la distinción y colocan separados la mejor manera de componer un discurso de los errores que ellos cometen a causa de los demás? Pues a mí me parece que claramente están borrachos cuando recurren a estos argumentos sobre la oratoria.

Y así, que ellos no dicen la verdad ni algo que se le parezca mucho, sino que, cuando alguien quiera persuadir a los hombres y tenerlos completamente sometidos, se ha de ir, en la medida de sus posibilidades, y se debe mostrar preferencia hacia la mejor, la más firme, la absolutamente incorruptible e irreprochable vía, se demuestra tanto por un largo razonamiento como por uno muy breve. Digo breve puesto que éste es muy evidente, y más largo puesto que podría demostrarse con innumerables testimonios y ejemplos. En primer lugar, si se quiere, tomaremos en consideración a aquellos que se enfrentan en la guerra, ¿de cuál de los dos modos mejor se mantendrían a salvo, derrotarían a sus oponentes y los someterían: utilizando armas fuertes, robustas e impenetrables, o llevando una espada de estaño, una coraza hecha de cortezas, una lanza de madera de higuera, y un yelmo y un escudo de materiales parecidos a éstos? Pues yo creo que la perfección a la hora de confeccionar las armas, el que hayan sido construidas lo mejor posible desde el principio y con los mejores materiales, y el que resistan durante la batalla, son elementos importan-

tes tanto para la seguridad como para la reputación, la victoria y todo aquello que pudiera asignarse a esta clase de cosas, de aquellos que las tienen y hacen uso de ellas. Pero cuando se han roto, fracturado o quebrantado de alguna otra manera, o incluso cuando desde el principio no tienen consistencia y son inservibles, éstos exponen sus cuerpos a la suerte y ni a los más valerosos les sería posible saber qué hacer. Esto, el propio Homero lo testimonia. Pues aquellos de sus héroes a los que se les ha roto la punta de la lanza no están dispuestos a permanecer firmes en su puesto, y aún menos cuando se les han roto las lanzas completamente, sino que se retiran, abandonando la batalla, para tomar 22 armas más resistentes [10]. Otra vez, si quieres, ¿de cuál de las dos maneras mejor combaten, cuando guardan las filas, se mantienen unidos, se respetan mutuamente lo más que pueden y cumplen con lealtad las órdenes, o cuando desprecian todo esto, se dejan vencer por lo que parece ser momentáneamente agradable, arrojan el escudo tan pronto como suena la primera trompeta y juzgan como una simple habladuría y frivolidad las ordenanzas, su puesto, y el orden? Homero no permite decir a quienes se consagran convenientemente a la batalla nada vergonzoso. Y lo que me sorprende es que, si para los guerreros es vergonzoso decir lo que no es noble, no sea peor que los oradores digan algo vergonzoso.

23 Continuemos. Consideremos a quienes participan en las competiciones atléticas que se premian con coronas, como por ejemplo, Dorieo el rodio, Glauco el caristio, Milón y Polidamante, y todos de los que existen estatuas en bronce. ¿Quizás quienes organizan las competiciones en honor a

[10] Véase, p. ej., HOMERO, *Ilíada* XIII 159-168.

Zeus Olímpico ciñen las coronas a quienes viven hundidos en la molicie, se emborrachan y giran como las bailarinas, o a quienes dan muestras de una sorprendente perseverancia y fuerza tanto de alma como de cuerpo, cualidades que procuran los mayores y más firmes placeres tanto a aquellos que las poseen como a quienes las reconocen? Por 24 Zeus, ¿acaso no son los mejores caballos, los más extraordinarios y los que más agradan a quienes los contemplan, aquellos que han acabado la carrera con el mejor ánimo y suficiencia posible, sin salirse de la pista, y conservando completamente su propia excelencia y naturaleza? Así pues, en relación con su propia utilidad lo mejor resulta ser idéntico a lo más placentero.

Por otro lado la belleza de los cuerpos tiene el mismo 25 carácter, y si mencionas a Ganimedes, Pélope, o a cualquier otro, junto con su porción de fortuna atrae a quienes le miran. Y con mucha razón. Puesto que es necesario, creo, que la belleza tenga gracia, y que el amor dependa de esta gracia. Pues uno debe desear aquello por lo que resulta atractivo. De aquí que se niegue que se sienta amor por las cosas vergonzosas [11], y que los poetas digan que incluso los dioses aman lo bello [12]. En efecto, así también, la be- 26 lleza de las palabras, junto con toda su naturaleza, puede hacer esto, es decir, encantar a la audiencia, de manera que no se deben pronunciar las peores palabras en aras de la persuasión, sino que se debe intentar hablar lo más bellamente posible, para que así seamos de la mayor persuasión posible. Pues, de la misma manera que los mejores encan-

[11] Platón, *Banquete* 203 A.

[12] Píndaro, *Olímpica* I. De aquí están tomados los ejemplos de Ganimedes y Pélope.

tamientos son por naturaleza más propensos a persuadir, así las mejores palabras son por naturaleza más propensas 27 a convencer. Pero el pensar que hay algo de utilidad o dotado de cierta gracia en estas perversiones es lo mismo que si dijéramos que quienes han enfermado de consunción [13], quienes sufren de hidropesía o han sido moteados por algún herpes o por la lepra, están dotados de la mejor apariencia posible en sus cuerpos y tienen muchos admiradores —aunque, para empezar, nadie aceptaría encontrarse con ellos—, y nos convenciésemos de que quienes han sido honrados con una excelente salud y aspecto son inferiores a éstos. Sin embargo, así, la fuentes de los ríos fluirían hacia arriba [14].

28 Ciertamente, esto no sólo es verdad para la belleza de los cuerpos sino también para la de las imágenes y estatuas; ¿cuáles subyugan más a aquellos que se las encuentran? ¿Acaso no las más bellas y magníficas, y las que han alcanzado la cima de la perfección en esta materia? El Zeus Olímpico, la Atenea que está en Atenas, me refiero a la elefantina, pero si quieres también la broncínea, y, por Zeus, si se quiere, la Lemnia [15]; todas estas estatuas representan, para el artista, la cumbre de la virtud, para los es- 29 pectadores, la cumbre del placer. Lo mismo podrías decir, creo, sobre las pinturas de Apeles [16], y de cualquier otro si

[13] Esta fue una de las enfermedades de Aristides; cf. XLIX 11; C. Behr, *Aelius Aristides...*, págs. 107 y 165.

[14] Eurípides, *Las suplicantes* 520-521.

[15] Todas son obras de Fidias y suponen el punto culminante de su obra.

[16] Pintor de cámara de Alejandro Magno. Se le atribuye el motivo que inspira el famoso mosaico de *Alejandro vencedor de Darío en la batalla de Iso.*

estuvieses dispuesto a admirarlo: la línea, preservada en su oportuna proporción, todo lo preservó.

¡Así sea! ¿Qué templos son aquellos que cuando los 30 miramos más nos alegramos, nos turbamos de admiración, y los dejamos con el mayor disgusto posible de todos? ¿Acaso no son aquéllos los más grandes, los más venerables, y los que además han alcanzado el máximo grado de armonía? ¿Qué clase de barco es deseable y proporciona la 31 mayor despreocupación posible y el mayor placer a quienes van embarcados? ¿Acaso el que está echado a perder, está roto y se hunde por el agua que hay en la sentina? ¿O precisamente el contrario, el que es el más perfecto y absolutamente impermeable, y el que ha sido fabricado desde el origen para surcar las olas? En consecuencia, en los otros 32 temas, el que ha preservado su proporción atrae y convence al mayor número de personas posible; pero con respecto a la oratoria [17], ¿qué diremos, por los dioses?

Y en verdad si la palabra se hubiese inventado por al- 33 guna otra causa y no para persuadir, quizás cabría alguna discusión. Pero cuando está bien claro que toda la capacidad de la fuerza mental se ha dispuesto sobre este único objetivo, es forzoso indudablemente que una de estas dos proposiciones sea verdad: o bien la palabra no es correcta ni suficiente, o bien al mismo tiempo es la mejor y domina la audiencia. Así pues, no es necesario corromper la oratoria en aras a ejercer el dominio, sino que como las máquinas de asalto que están destinadas por naturaleza a asaltar ciudades, incluso si ninguno de los enemigos conoce de qué materiales y de qué modo ha sido construida, así

[17] Un juego de palabras. *Lógos* significa tanto «proporción» como «oratoria».

también un discurso bien compuesto cumple su tarea, incluso si se encontrase con la audiencia más carente de ins-
34 trucción. Yo me sorprendo de que nadie diga sobre el vino, el trigo, el aceite, la miel, la carne, las golosinas, la leche, los perfumes, el agua, la madera y las piedras, que son más agradables cuando están corruptos que cuando no lo están, pero que se diga, con respecto a las palabras, que las más puras e incontaminadas son menos placenteras que las corruptas —nadie podría decirlo—. Y las palabras mismas revelan que esto no se dice por buscar la paradoja sino que es imposible de otra manera.

35 ¿Quién es el mejor poeta épico? [Homero]. ¿Quién agrada al mayor número de hombres posible y los satisface en el mayor grado? ¿O también lo previó sobre él mismo? Pues cuando hablaba a las mujeres de Delos y terminó su himno dijo, por si alguien os preguntase:

Muchachas, ¿quién es este hombre, el más agradable de
[los aedos,
que viene aquí con frecuencia y por quién más os alegráis?
todas vosotras habéis contestado de manera adecuada,
un hombre ciego, él vive en la escarpada Quíos[18].

36 Y a su vez, ¿quiénes son los más distinguidos en la tragedia, y por decirlo de alguna manera, vencen con todos los votos[19]? Pues yo creo que los mejores son Sófocles, Esquilo y Eurípides. Pues no diré quién de éstos es el me-
37 jor, sino que sobresalen sobre todos los restantes. De los oradores que han existido hasta nuestros días, ¿quién es el

[18] *Himno homérico* III 169-172. Estos versos son referidos en XXVIII 19, sustentado así la idea de la relación entre ambos discursos.

[19] En los concursos.

más famoso, el más admirado y el que posee el mayor renombre entre la mayoría? El que más sobresale por la belleza de sus discursos [20]. Todos los hombres que gozan de una gran reputación por sus obras me sirven de testigos.

«Sí por Zeus, se podría decir, pero la mayoría se acomodó a la opinión de unos pocos expertos que al principio dieron su voto». Yo no estoy en desacuerdo con esta opinión. Pero también está bien claro que, en efecto, tanto entre las minorías selectas como entre la masa, lo mejor debe recibir estimación, y tanta más cuanto más perfecto sea. Además si tanta es la autoridad de los más expertos que son ellos, gracias a sus juicios, quienes hacen que los otros sean tenidos en buena estimación, ¿cómo no es de todas maneras la pericia poderosa? O ¿por qué es necesario que uno, rechazando prestar atención a los expertos, busque agradar a la masa, que depende de los expertos y no de sí misma? Pues de aquella primera manera nosotros seremos juzgados y admirados por ambos, pero de esta otra forma prácticamente por ninguno de los dos, si realmente el juicio de la mayoría no tiene autoridad ninguna. ¿Pero qué digo yo? Que la mayoría presta atención a los mejores, pero que admira lo que es mejor directamente por su propio juicio como por alguna suerte divina. Pues también sería absolutamente ridículo si conocieran a los mejores oradores por medio de otros mejores críticos, pero ellos por sí mismos ignoraran a los mejores oradores, y que si juzgan a su vez que los críticos de aquellos oradores son mejores que ellos mismos, no admiren desde el principio a quienes se muestran como los mejores oradores, a quienes han conseguido junto con el conocimiento también la auténtica fuer-

38 39 40

[20] Demóstenes, el orador por antonomasia.

za de la persuasión. Nadie hay que niegue que esto es así.
41 Y en verdad, si no fuera posible convencer a ambos grupos juntos, creo que sería lo más preferible que aquellos que se creen dignos de estar entre los mejores convencieran al grupo de los mejores. Pero cuando desde el principio es posible, o bien subyugar a éstos, los expertos, y a aquéllos, el pueblo, o bien captar al pueblo por el intermedio de los crí-
42 ticos, siempre triunfa lo mejor. Y también tenemos como testigos de esto a los poetas, quienes dicen que los mejores y más sólidos oradores son más admirados y celebrados entre las masas[21]. ¿Y qué necesidad hay de enumerar a los antiguos poetas y oradores? ¿Quiénes son —y que un dios benévolo guíe mis palabras— los que una vez levantaron en las reuniones oratorias un alboroto mayor que el que nosotros levantamos aquí? ¿O quién, sea dicho con el permiso de los dioses —¡que esta expresión guíe mi franqueza!— alcanzó mejor a ambos linajes, me refiero tanto a los peritos en la materia como a aquellos a los que llamamos la multitud, quienes, incluso sin la existencia de ninguna norma que los obligue a ello, dan su voto bajo juramento? Omito lo demás. Pero, por cierto, mirad lo que ahora decís
43 sobre estas afirmaciones. ¿Hay algo que nosotros hayamos dicho alguna vez para conseguir el favor de la audiencia? Ni un gruñido; y en verdad hemos dicho muchas cosas y diversas. Pues nosotros aseguramos —lo que es hablar con mucho comedimiento— que somos los únicos de los que nos dedicamos al arte de la oratoria que, después de haber reunido en una sola potencia todo cuanto es y se considera bueno en materia retórica, lo hemos puesto de manifiesto con excelsitud. Así soy yo. Y yo no diría que no he hecho nada para captar

[21] HOMERO, *Odisea* VIII 170 ss. HESÍODO, *Teogonía* 80 ss.

el favor del público, ni nada para no captarlo, y en lugar de esto me he entregado con justicia a lo que conviene. Además, 44 después de haber observado, tanto por estos mismos asuntos que traigo entre manos como por mis propios discursos, que hablar de la mejor manera no queda sin recompensa, ¿estaré de acuerdo en que se acuse falsamente a la mayoría con estas garrulerías, porque son ignorantes a causa de toda esta misma palabrería? No mientras me conozca.

Pero si algunos, diciendo que han escogido un estilo que 45 está por encima de la capacidad de la mayoría, no tienen éxito sino que se extinguen antes de que alguien vea su luz, esto no constituye ningún argumento contra los discursos más venerables, o en una palabra, los mejores. Pues sufren este fracaso por la ausencia de las más importantes cualidades, ya que no han dotado a sus discursos ni de suficiente ingenio ni adorno. Pues si fuesen perfectos en armonía, también a ellos les pertenecería lo que se dice que pertenece a Orfeo, y persuadirían a todos. Ahora, el mito, en su exageración, atribuye a aquel la capacidad de atraer los árboles y las piedras, pero éstos, en cambio, son como los árboles y las piedras puesto que no conmueven a nadie. Pero 46 nosotros no nos hemos propuesto considerar cuántas maneras existen de fracasar en la oratoria, ni si unos y otros han cosechado fracasos, sino que nunca el mal ha levantado un trofeo sobre la virtud. Y no nos avergonzaríamos si lo dijéramos en cada asunto en particular. Ciertamente, yo 47 descubrí una vez a uno de éstos de los que se arrojan a la masa mientras acometen lo contrario de lo que se habían propuesto. Pues cantando con voz modulada [22] para hacer-

[22] Esta práctica censurable aparece en FILÓSTRATO, *Vida de los sofistas* 492, 513; DIÓN DE PRUSA, XXXII 49; LUCIANO, *El maestro de retórica* 15, 19-20.

se agradable, buscaba siempre el mismo final en cada una de las frases como si se tratara de una canción. Pero sus oyentes y seguidores tan encantados y poseídos quedaron por la canción que, cuando llegaba a la frase, en medio de risas tomaban la palabra, pero no para responder como el eco sino para adelantarse. Y por cierto, el director del coro estaba satisfecho por marchar por detrás. Pero añadieron también algo así «por causa de esta danza indecente»[23], de manera que fue lamentable el acontecimiento de aquel concierto a dos voces, la del sofista y la de sus compañeros que lo espantaron. Tales son los premios que obtienen de manos de los dioses de la oratoria los que valoran lo mejor 48 que hay en ella, y tales otros los que la corrompen. En efecto, se comportan de la misma manera que si algún afeminado o algún eunuco, en lugar de censurar el defecto de su cuerpo y de su fortuna, dijese que ha llegado a ser así gracias a la providencia divina. Pero, mi querido amigo, ni dices la verdad ni te estás comportando en absoluto 49 con prudencia si dices que prefieres esto. Y ahora, con estos argumentos, yo corro el peligro de ser más bondadoso con ellos de lo que lo son ellos consigo mismos. Pues yo los presento como si involuntariamente y por algún infortunio sufrieran esta desgracia, pero ellos dicen que adrede utilizan tales aderezos. Pero las leyes establecen que quienes delinquen voluntariamente paguen una multa que duplique a la que pagan quienes causan daño involuntariamente.

50 Me parece que soy absolutamente incapaz de comprender qué es lo que dicen. Me parece que dicen que voluntariamente han cedido y, a la inversa, que no voluntariamente, sino que involuntariamente han cedido. Pues cuando se

[23] ARISTÓFANES, *Nubes* 555.

refieren a la audiencia y dicen que en ella está la causa, me da la impresión de que están diciendo que han errado involuntariamente. Pero cuando dicen que saben que nada de lo que dicen es de buena calidad, pero que prefieren decirlo para seducir los espíritus, me da la impresión de que están reconociendo que voluntariamente yerran, como aquellos personajes de las tragedias que dicen que saben que han obrado mal pero que no pueden dominarse[24]. Tales son los 51 acertijos. Sin embargo Cratino[25] dice indudablemente que quien agrada a sus amigos con dones vergonzantes, él mismo es de perversa condición. Pero si éstos disponen de la muchedumbre como de amigos, se comportan como lo haría esta. De manera que si se complacen con las mismas cosas, ellos se agradan a sí mismos no menos que a quienes les escuchan. Y al contrario, si no los consideran amigos, ¿a cambio de qué les hacen este favor? Pues ya sea porque consideran que el público los ama, ya sea porque ellos son los que aman al público, no se pueden escapar a la vergüenza. También en este punto hablan de manera enigmática. Pues dicen que la mayoría los adora, pero en verdad son ellos los que se presentan como adoradores de las masas si se comportan desenfrenadamente para dar satisfacción a las multitud.

Además, si en nada velan por el público, ¿en virtud de 52 qué razón dirán que lo complacen? Pero si velan por él, ¿de cuál de las dos maneras serían mejores, educándolos y mostrándoles la verdadera senda de la oratoria o, en cambio, heredando las miserias del público? Como si alguien 53 que dijese que es médico y que debe prescribir a sus enfer-

[24] Eurípides, *Medea* 1078-1080.

[25] Poeta cómico del s. v; frag. 322 K.

mos los mejores remedios, sirviese a los deseos de sus pacientes y limitase su arte a captar su favor. Así tú harás perecer a tus enfermos, pero tú mismo perecerás entre jueces que sepan tomar la decisión correcta, puesto que la naturaleza así también dispuso[26] que el general conduzca a los soldados y no que los acompañe, y, de igual manera, que el director dirija el coro, el piloto a los marineros, el carretero el carruaje, y el médico a aquellos que lo necesitan. Entonces, cuando os es posible hacer que vosotros mismos seáis mejores y que aquellos que asisten a la sesión también se perfeccionen, vosotros os comportáis de la peor manera y preferís convertir a vuestro público en peor aún de lo que
54 es. En verdad, dirigir es conseguir algo hablando tal y como se es y como se ha elegido ser, mientras que cambiar la forma del discurso para parecer que se dice algo determinado más es ser dirigido que dirigir. De manera que si no puedes hacerlo mejor que esto, eres un fracasado por dos razones, tanto por lo que dices como por lo que no puedes decir. Pero si, aunque te es posible ejercer la dirección de la manera conveniente, has escogido esta otra, ¿cómo no tienes la razón turbada? O ¿qué belleza hay en tus discursos, una vez que has tomado esta decisión con respecto a ellos?

55 Ten en consideración también aquel otro argumento: a los oradores, filósofos y a todos los que se encargan de la enseñanza de las artes liberales no les conviene, creo, deleitar a la masas de la misma manera que aquellos serviles danzarines[27], mimos y prestidigitadores. Éstos tienen ab-

---

[26] Cf. Aristides, II 191 ss.; XXIV 35; XXVIII 123-125.

[27] Aristides había compuesto una diatriba contra los danzarines que desgraciadamente no se ha conservado; de ella se desconoce hasta el título exacto. No obstante, es posible reconstruir el plan y la fisonomía de la

soluta indulgencia tanto para hacer como para decir cualquier cosa, pero nosotros, si imitamos sus defectos, ¿cómo nos convendrá esta actitud? Puesto que no parece que la 56 misma actitud convenga a una mujer libre y a una prostituta, y todavía menos que la misma actitud convenga a los hombres y a las mujeres, ciertamente no diremos que conviene la misma actitud a los hombres y a las prostitutas. Pues bien, vosotros, cuando os colocáis entre las tañedoras de liras y ensuciáis en público las ceremonias de las Musas, ¿acaso discutiríais en justicia sobre vuestro honor o seríais enterrados vivos a la manera persa [28]? Consideremos 57 también otra posibilidad, que los pueblos, ni aman de todo corazón, ni tienen afición a estos espectáculos, a los que son especialmente adictos como se podría decir. ¿Acaso hay alguien que no se crea mejor que cualquier bailarín? O ¿quién permitiría al mimo hablar fuera de la escena? Pero ellos son excitados en el momento. Y tan pronto como termina el espectáculo se ríen de ellos, o, mejor aún, durante el mismo espectáculo se complacen como si algunos estuviesen bromeando. Pero ninguna broma, creo, es más honrosa que los asuntos importantes; así aquello que causa risa dista tanto de estar alguna vez por delante de los asuntos importantes. Pero cuando consideramos muy importante 58 tener buena reputación para el recuerdo de la posteridad, a aquellos cuya reputación muere día a día y por momentos ¿dónde se podría colocarlos? «Por Zeus, pero también Hér- 59

---

obra gracias a la refutación que compuso LIBANIO, *En defensa de los danzarines*. De las numerosas citas textuales que hace se deduce la similitud de argumentos con XXIX y con lo que a continuación se expone en este mismo discurso.

[28] Cf. HERÓDOTO, VII 114.

cules bailó entre los lidios»[29]. Pero éstos también refieren aquel otro cuento sobre Hércules, que mató a su mujer y a sus hijos, puesto en una situación que no es lícito mencionar[30]. ¿Qué persona sensata lo creería[31]? Pero si tú enteramente las crees, contéstame, por el mismísimo Hércules, si por esta misma razón con placer echarías a perder tus cualidades. Pero dirás que no. Yo no puedo afirmar si Hércules bailó entre los lidios. Pero si lo hizo, lo hizo un solo día, como diversión y, quizás, burlándose al mismo tiempo de los lidios, y yo añadiría como cuarto argumento que no fue peor mientras bailaba, sino que fue quien era. Yo conozco también algunas danzas laconias y otras trágicas a las que llaman, creo, «emmelías»[32] —pues la danza en sí misma no es vergonzosa, pero se debe huir absolutamente de lo que sí lo es[33]—. Pero vosotros iniciáis vuestro baile bur-

60

[29] Durante su esclavitud al servicio de Ónfale. Estando al servicio de la reina también se travistió en mujer; cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, págs. 245-246.

[30] Normalmente se sitúa este hecho antes de haber empezado la ejecución de los doce trabajos. Hércules, enloquecido por medio de la acción de Hera, que lo odia, mata a los hijos que ha engendrado en Mégara y a dos de su hermano Ificles. Cuando recobró la lucidez, fue purificado por Tespio y marchó a Delfos a preguntar dónde debía vivir; cf. Apolodoro, *Biblioteca mitológica* II 4, 12; A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica* pág. 214.

[31] Aristides, en línea con la corriente estoica, busca la racionalización de los mitos eliminando aquellos hechos que no pueden encajar con la idea de divinidad. Sobre la interpretación racionalista de Hércules, cf. XL 8; A. Boulanger, *Aelius Aristide...*, págs. 197-198.

[32] Una suerte de danza grave y mesurada.

[33] Aristides sólo estaba en contra de las formas modernas de danza y del estilo de los danzarines contemporáneos, con sus largas melenas, sus costumbres inmoderadas, la obscenidad de sus gestos, las actitudes afeminadas, el estruendo de sus danzas; cf. A. Boulanger, *Aelius Aristide...*, pág. 297.

lesco sin estar entre los lidios, ni como una excepción en vuestras vidas, ni en broma, ni estando sanos de espíritu, sino ante todos los hombres todos los días, algo que no es posible elogiar ni siquiera en Ónfale, para no mencionar a Hércules. ¿Y a quiénes podría convenir este género? ¿Quizás a los que se dedican a la oratoria política y epidíctica? Pero ciertamente ellos podrían llegar a sufrir una metamorfosis contraria a la del tesalio Ceneo [34], convirtiéndose de hombres en mujeres. Pero ¿y a los que se dedican a la dialéctica? Resultarías divertido, escurridizo amigo, exhortando en este tipo de canción a la prudencia, el valor y la constancia, mientras tú mismo no soportas mantenerte en el orden de las palabras, como si Sardanápalo [35], a la vez que pasaba el hilo del ovillo con la lanzadera, cantase poemas para exhortar a la batalla. ¿Pero ésta es la manera que conviene a los gobernantes? ¿Y a los que reinan? ¿Y a los que en general gozan de alguna autoridad? Tampoco es propia de ninguna de las edades de la vida. ¿Quizás para los más jóvenes? Parecería que se están prostituyendo, si se adhiriesen a esta práctica. ¿Entonces a los hombres adultos? Pero parecería que no confirman su denominación. ¿Quizás a los más ancianos? Este es el momento más inoportuno para tamaña vergüenza. Entonces queda para las mujeres, y de éstas las más libertinas, con las que es conveniente comparar a estos oradores. Y aunque las imitan, quedan muy por debajo de ellas. Yo me sorprendo, di-

61

62

[34] Cénade era una bellísima joven, hija del rey lápita Elato, que fue violada por Posidón. Este, a cambio, le ofreció cualquier cosa que pidiera, y la joven solicitó el cambio de sexo y la invulnerabilidad.

[35] El último rey asirio, considerado por los griegos estereotipo de afeminamiento; cf. Diodoro, II 23 ss.

ce Demóstenes [36], si para aquellos que falsifican moneda está establecida la pena de muerte, mientras que concederemos la posibilidad de hablar con libertad a quienes componen discursos engañosos y falsos, o, en primer lugar, el que les esté permitido simplemente hablar. Y siempre que alguien tropieza con un vocablo, inmediatamente se le tacha de necio, pero si alguien pervierte todo el orden establecido con su manera de pensar y actuar, ¿no lo tendríamos que expulsar muy lejos de todos los festivales [37]? 63 Además mi consejo no sólo se refiere a la retórica sino también a todo el decoro y buen orden, y a si es necesario, o bien permanecer dentro de las leyes, o bien hacer lo que se quiera en aras de un momentáneo placer. Pues cuando prevalecen estas cosas que yo digo, prevalece la ley y el orden, por medio de los que no sólo las ciudades, sino también toda la tierra y el cielo están organizados y se mantienen a salvo. Pero todo aquello que éstos desfiguran resulta aborrecible para todas las cosas divinas y humanas.

SUBSCRIPCIÓN: Contra quienes parodian la oratoria, en la reunión de la asamblea de Asia en Esmirna. Fue admirado por encima de todos.

---

[36] DEMÓSTENES, XX 167.

[37] Así se hacía con los atletas que no ofrecían el nivel mínimo, XXVI 77. Pero también una indicación del peligro real que podían suponer los malos oradores para la tranquila vida de los griegos, XXIII 1.

XXXV

DISCURSO AL EMPERADOR

INTRODUCCIÓN

Si de todo el *corpus* aristideo existe algún discurso que con seguridad pueda ser rechazado como obra de Elio Aristides, éste es sin duda el *Discurso al Emperador.* Desde la edición de B. Keil la obra es considerada hija de una autor anónimo, tanto por motivos estilísticos como históricos [1]. Lo que era un mero apunte en la edición, el estudioso alemán lo desarrolló posteriormente en un artículo que no deja lugar a dudas [2]. No obstante, y a pesar de la calidad del discurso, muy inferior a la que Aristides acostumbra, hay que resaltar que existen numerosas similitudes estilísticas, que han llevado a pensar que el autor de XXXV era un admirador y un imitador de la obra del sofista de Esmirna.

La obra ha sido una de las que ha generado un debate más intenso entre la investigación, que ha intentado fijar con exactitud el autor, el emperador al que va destinado y la fecha en la que fue compuesto. Se han ofertado opciones

---

[1] B. Keil, *Aelii Aristidis quae supersunt omnia...*, vol. II pág. 253.

[2] B. Keil, «Eine Kaiserrede», *Nachrichten Philologisch-Historische Klasse. Akademie der Wissenschaften zu Göttingen* (1905), 391-428. Su opinión fue plenamente aceptada por A. Boulanger, *Aelius Aristides ...*, págs. 382-384.

para todos los gustos. Los emperadores propuestos como beneficiados han ido desde Antonino Pío [3] hasta Galieno [4], pasando por Marco Aurelio [5], Macrino [6], Filipo el Árabe y Decio [7]. Se ha intentado, por otra parte, reconocer como autores al propio Aristides [8], a Nicágoras [9], un sofista ateniense de época de Filóstrato, a Calínico de Petra [10], un rétor de mediados del s. III, o sencillamente se ha querido ver en la obra un simple ejercicio escolástico no dirigido a emperador alguno [11].

A pesar de que se han presentado todo tipo de opciones, la que más sólidas bases presenta es la que intenta identificar al emperador elogiado con Filipo el Árabe (244-249) [12].

---

[3] C. P. JONES, «Aelius Aristides Εἰς βασιλέα», *Journal of Roman Studies* 62 (1972), 134-152.

[4] A. VON DOMAZEWSKI, «Die Rede des Aristides Εἰς βασιλέα», *Philologus* 65 (1906), 344-356.

[5] W. SCHMID, «Die Lebensgeschichte des Rhetors Aristides», *Rheinisches Museum* 48 (1893), 83; L. DELATTE, *Les traités de la royauté d'Ecphante, Diotogène et Sthénidas,* París, 1942, pág. 152.

[6] B. KEIL, «Eine Kaiserrede», 391-428.

[7] S. MAZZARINO, *L'Impero Romano*, Vol. II, Roma, 1980, pág. 524.

[8] C. P. JONES, «Aelius Aristides Εἰς βασιλέα», 134-152.

[9] E. GROAG, «Die Kaiserrede des Pseudo-Aristides», *Wiener Studien* 40 (1918), 41-45.

[10] A. VON DOMAZEWSKI, «Die Rede des Aristides Εἰς βασιλέα», 344-356.

[11] S. A. STERTZ, «Pseudo-Aristides Εἰς βασιλέα», *Classical Quarterly* 29 (1979), 172-197.

[12] E. GROAG, «Die Kaiserrede des Pseudo-Aristides», 20-45; L. L. HOWE, *The Pretorian Prefecto form Commodus to Diocletian A. D.* 180-305, Chicago, 1942, pág. 49; L. J. SWIFT, «The anonymus Encomion of Philip the Arab», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 7 (1966), 267-289; J. M. YORK, «The Image of Philip the Arab», *Historia* 21 (1972), 320-332; G. ALFÖLDY, «The Crisis of the Third Century as seen by Contemporaries», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 15 (1974), 87-111; J. H. OLIVER,

Éste es el que mejor se adecua a los rasgos con los que se describe al emperador en el encomio. Veámoslo:

a) Patria y origen familiar oscuro (§ 5): Filipo nació en Arabia, en el seno de una familia ecuestre.

b) Actividad en favor del Imperio, incluso antes de acceder al trono (§ 5): Filipo ocupó el cargo de Prefecto del Pretorio durante el gobierno de Gordiano III.

c) Subida al trono por aclamación popular (§ 5): Gordiano III muere durante la campaña pártica y el ejército proclamó emperador a Filipo.

d) Tiranía de los gobiernos anteriores (§ 7-13): Gobiernos tiránicos de Maximino el Tracio y Gordiano III.

e) Un inicio de reinado clemente (§ 8-9): Filipo al inicio de su reinado proclamó la reinstauración de la Libertas, y decretó una amnistía.

f) Reformas en la administración imperial (§§ 16-18 y 21): muchas de las que aquí se enuncian son reconocidas como obra de Filipo, especialmente la eliminación de los espías.

g) Guerra contra los germanos (§ 35): Filipo obtiene dos victorias en el Danubio, en los años 246 y 247, por las que recibió las apelaciones de Germánico y Cárpico Máximo.

h) Guerra con los reinos orientales y paz por medios diplomáticos (§ 32 y 35): Filipo firmó una paz con los partos por la que recibió la apelación de Pártico y Pérsico Máximo.

«The Piety of Commodus and Caracalla and the Εἰς βασιλέα»; *Greek, Roman and Byzantine Studies* 19 (1978), 386-388. L. DE BLOIS, «The Third Century Crisis and the Greek Elite in the Roman Empire», *Historia* 33 (1984) 358-377. Esta identificación ha sido puesta recientemente en duda por C. BEHR, «Studies on the Biography of Aelius Aristides», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* 34, 2 (1994), 1219-1223.

i) Asociación de su hijo al trono (§ 37): Filipo asoció al trono en 247 a su hijo Filipo II.

En cualquier caso, sea cual sea la identidad del emperador encomiado, hay que entender que la obra de este sofista anónimo constituye un catálogo de las virtudes que el buen emperador debía poseer; a través de ella se define la imagen ideal del óptimo gobernante en el S. III d.C.

La obra puede organizarse de la siguiente manera:

1-4: proemio.
5-15: circunstancias de la ascensión al trono.
16-20: virtudes imperiales: justicia.
21-26: virtudes imperiales: filantropía.
27-29: virtudes imperiales: autocontrol.
30-37: virtudes imperiales: valor e inteligencia.
38-39: peroración.

	Edición de B. Keil	Lectura Adoptada
18	ἐπιστῆμην τὴν ἀπὸ τῶν νόμων ἐμπειρίαν προσειληφώς	ἐπιστήμην ⟨καὶ⟩ τὴν ἀπὸ τῶν νόμων ἐμπειρίαν προσειληφώς, Cortés
24	ἀποίσεσθαι [βασιλεύς]	ἀποίσεσθαι βασιλεύς ⟨εἶναι⟩, Resikius
28	οὐδὲ ἐλεῶν.... ἐκεῖνοι	οὐδὲ ἐλεῶν. ἐκεῖνοι, Behr
30	χαλεπῶν δὲ καὶ φοβερῶν, εἰ μὴ τοσαῦτα λαμβάνοιεν καὶ ἔτι πλείω [τῶν διδομένων αὐτοῖς]	χαλεπῶν δὲ καὶ φοβερῶν, εἴ μή τοσαῦτα λαμβάνοιεν καὶ ἔτι πλείω [τῶν διδομένων αὐτοῖς], ⟨γιγνομένων τῶν στρατιωτῶν⟩, Keil en aparato

XXXV. DISCURSO AL EMPERADOR

1 Pero a mí me parece que una buena cosa durante una fiesta o una celebración religiosa[1] es recordar y hablar sobre el divino y humanitario emperador. Pues no hay temor de que, una vez que nos hemos propuesto elogiarlo, a continuación nos falten las palabras, sino, por el contrario, de que tales sean la buenas cualidades del emperador que nadie sea capaz de hablar sobre ellas de manera digna. Pero yo, impulsado por su benévola y humanitaria fortuna en lo que a otros aspectos concierne, también me he atrevido con un discurso sobre él. 2 Por eso precisamente, tras suprimir todo lo que los demás tienen por costumbre recordar y alegar cuando están componiendo su preámbulo, es decir, unos, la grandeza de las acciones[2], otros, el escaso tiempo disponible para el discurso, y sin ni siquiera invocar a las Musas, como hacen algunos poetas, ni a ninguna otra ayuda exterior, me voy a dedicar al elogio del emperador; y no lo voy a hacer por presunción, ni porque desprecie la empresa, sino porque veo que, quienes al principio suavizan el asunto y de alguna manera se excusan, son precisamente

[1] Quizás las Eleusinas referidas en § 37.

[2] Cf. ARISTIDES, XXVI 2; ISÓCRATES, IV 13.

los que están mostrando desprecio por los asuntos sobre los que han compuesto su discurso. Pues cuando así hablan, me parece que no dan a entender otra cosa que, ya que están hablando de improviso, si con más tiempo se hubiesen ocupado del asunto y lo hubiesen preparado, hubiesen podido ofrecer un discurso equiparable a la grandeza de las acciones. Y al otorgarse a sí mismos la capacidad de hablar de los más grandes asuntos y al anunciarlo públicamente, se están otorgando a ellos mismos el más excelso de los
3 elogios. Pero yo veo que ni hay tiempo suficiente ni palabra digna del emperador, y que nadie será capaz de realizar un encomio de su persona a plena satisfacción. Sin embargo no debo amedrentarme, sino que debo intentar hablar en
4 la medida de mis fuerzas[3]. Pues cuando sacrificamos a los dioses, no lo hacemos, creo, viéndolo como un justo pago, sino que les mostramos nuestro agradecimiento en cuanto podemos. Por eso precisamente no es necesario vacilar cuando se tiene la intención de elogiar al emperador, sino que hay que emprender el elogio con confianza. Quizás para aquél nuestras palabras serán escasas, pero para nosotros no será poco lo que se diga[4].

5 Lo primero y lo más importante que cabe decir sobre él es que era digno de la realeza aun antes de que se pusiera al frente del Imperio. Pues hay otros emperadores que obtuvieron el mando por medio de otros, o que lo heredaron de sus predecesores[5], los primeros poniendo por delante de la justicia la fuerza, los segundos, como si mantuviesen la descendencia y la sucesión de cierta familia, así obtuvieron la

[3] Cf. PLATÓN, *República* 374 E; ISÓCRATES, IX 11.

[4] Cf. E. ARISTIDES, I 49.

[5] Cf. ISÓCRATES, IX 35.

realeza. Pero éste en cambio, sin haberlo exigido ni pedido, sino porque todos le suplicaron que lo fuese, se entregó a sí mismo a quienes lo necesitaban y llamaban; desde hacía tiempo por su virtud se le debía esta distinción [6]. Muchos 6 disputaron con aquellos otros la dignidad real; pero con éste no lo hace nadie. Y en verdad, ya sea que crean que deben aceptarlo por el miedo que le tienen, ya sea por respeto al más poderoso, o ya sea, como dije, por su superior y justísimo ingenio, ¿cómo no está claro por todos estos argumentos quién debe ser el emperador [7]? Y no obstante, 7 con respecto a nuestro emperador, es posible, por medio de aquellos que reinaron antes que él, juzgar en cuánto francamente aventajó a los demás en estas circunstancias desde el principio. Pues aquellos entraron en estas funciones acompañados de guerras y de muchas muertes, dando muerte a muchos de los que estaban en filas y convirtiéndose para otros muchos en causas de irremediables desgracias, de tal manera que muchas ciudades sumisas fueron desoladas, muchos campos quedaron devastados, muchas vidas fueron malgastadas, de manera que no todo les vino a su-

[6] El emperador que aquí se elogia no accedió al trono ni por herecia, ya fuese como hijo carnal ya como adoptado (por eso el texto dice «como si mantuviesen la descendencia»), sino por aclamación. En el caso de que se tratara de Filipo el Árabe, éste efectivamente fue proclamado por los soldados tras la muerte de Gordiano III durante una expedición contra el reino persa en 243; cf. X. Loriot, «Les premières années de la grande crise du IIIe siècle», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* II, 2 págs. 770-774.

[7] Es evidente que existía toda una disputa sobre la legitimidad del emperador. Si se trata de Filipo la versión contraria a su legitimidad, por la manera de acceder al poder, ha quedado ampliamente reflejada en la historiografía, desde la *Historia Augusta* hasta Eutropio, Festo, San Jerónimo, etc.; cf. X. Loraux, «Les premières années...», págs. 770-771.

ceder con justicia, y ni siquiera podrían decir de ellos mis-
8 mos que esto fue así. Pero en cambio éste se puso al frente de estos asuntos de manera tan justa y conveniente que, ni mientras se estaba imponiendo ni tampoco al principio de su reinado, necesitó de ningún asesinato. Nadie sufrió violencia alguna, como es natural en los tiempos de cambio y reorganización, ni se llevó a cabo ninguna de aquellas muchas cosas que acostumbran a suceder, y que además son forzosas que lo hagan, en tales circunstancias. Ni los hombres, ni las ciudades, ni las provincias sufrieron nada funesto o terrible. Sino que tanto interés habían puesto los dioses en él, para que con justicia y piedad se pusiera al frente del gobierno, que atribuyeron a los otros lo que era obra de la locura y la indolencia, pero reservaron para él lo que era obra de la justicia, de la filantropía y de la restan-
9 te piedad [8]. Y así, tampoco cuando tuvo el poder hizo nada sombrío, y no imitó ni deseó nada de aquéllos; no actuó como algunos otros de los que habían reinado antes que él, quienes temían a algunos de los que ocupaban puestos de alta responsabilidad, y tras acusarlos de conspiración, los condenaron, a unos al exilio, a otros a la pena capital; no cambió su carácter; pero tan lejos está de todas estas prácticas y tanto dista de querer ser causa de sacrificios y muertes, que incluso algunos de los que en su contra habían maquinado, cosa que se había demostrado con toda claridad, sobreviven y permanecen vivos gracias a su benevolencia [9].
10 Y esto no sólo es prueba de su mansedumbre, ni de su comportamiento justo para con todos, ni de que su disposición para con algunos hombres ilustres y poderosos no es la en-

[8] Isócrates, IX 23.

[9] Filipo al comienzo de su reinado concedió una amnistía; cf. Dión Casio, *Historia de Roma* LV 16, 5-6 y Herodiano, *Historia* VI 1, 6-7.

vidia, sino también de que no sintió espanto por el imperio, de que no se mostró turbado ante las circunstancias, y de que no está fácilmente inclinado hacia la cólera y la ira[10], sino de que hace uso de un juicio firme e inamovible ante todos. De manera conveniente, pues quien ha comprendido 11 lo que es necesario, quien ha sido bien educado, quien no ha descuidado ningún bien ni es ignorante de ellos, sino que ha adornado su espíritu con toda clase de virtudes, es natural que se mantenga ajeno a todo pecado.

El emperador que ha recibido esta clase de educación, que participa de todas las virtudes[11], de las que unas le per- 12 tenecían por naturaleza y otras le han sido añadidas por la educación, y no mediocremente como en algunos otros, sino cada una de ellas en el más alto grado, fue de gran provecho para la monarquía, incluso antes de acceder a ella[12]. Pues únicamente en él, o en él entre algunos otros pocos empe- 13 radores, se dio esta cualidad de forma eminente. ¿Cuál es esta cualidad? Aquellos otros emperadores antes de acceder al trono sólo se habían ocupado de sus asuntos particulares y, cuando llegaron al mando, en ese momento empezaron a preocuparse del Imperio. Pero en cambio éste estaba tan consagrado a la monarquía que, cuando ocupó el primer puesto, como efectivamente lo ocupó aunque el futuro era incierto, y vio que la mayor parte de los asuntos de la realeza no eran administrados ni adecuada ni justamente, sino que había nacido en ella mucha arrogancia, soberbia y libertinaje, no permitió que se incrementasen ni que fueran

[10] Cf. PLATÓN, *Téteto* 144 A.

[11] Cf. ISÓCRATES, IX 23.

[12] Si se trata de Filipo, el autor podría estar haciendo referencia al cargo de prefecto del pretorio, que desempeñó antes de acceder a la púrpura imperial.

más lejos, sino que, como si estuviera curando las partes supuradas y enfermas de un cuerpo grande pero que no goza de buena salud [13], o como si reprimiese el carácter agreste e indócil de un caballo salvaje y enérgico [14], en ocasiones llevándolo desmontado, pero más frecuentemente reprimiendo y cortando sus continuos, irreflexivos y violentos impulsos, actuó y previó aquello que era provecho-
14 so para él. Tal era antes de ser emperador. Pero cuando la Providencia, que todo lo gobierna y ordena, sentó en el trono imperial al más justo y santo de los emperadores, ¿cuál se podría decir que fue la primera y mayor ventaja de la que disfrutamos por medio de su buena fortuna y de la providencia? Cuando todo estaba perturbado y se estaba transformando, podría decirse, en otra tierra, y cuando el Imperio se tambaleaba como si estuviera en medio de una gran tormenta o terremoto, e iba a ser llevado a continuación, como un barco a punto de hundirse, a los confines de la tierra, donde también antes algunos de los que estuvieron en los puestos de dirección o fueron emperadores lo extraviaron, y entonces, como en el laberinto, encontrándose con numerosas y penosas dificultades finalmente ellos mismos sucumbieron, pues se les había cerrado el camino de regreso y no podían retornar; éste, al ver la situación, no permitió, como un piloto inexperto [15], que el Imperio fuera arrastrado a la deriva ni que corriese peligro alguno, sino

---

[13] Ésta es una de la metáforas políticas más usadas en la literatura antigua, el gobernante como médico; cf. Platón, *República* 567c; Séneca, *Sobre la clemencia* I 2; 1-2; Dión Casio, *Historia de Roma* LV 17, 1; E. Aristides, XXIII 61.

[14] Platón, *Fedro* 254 A.

[15] Sobre el gobernante como piloto, cf. Plutarco, *Preceptos políticos* 767e; Dión de Prusa, I 29.

que, como si fuera el más experimentado de los emperadores y sobresaliese en inteligencia, en primer lugar lo contuvo y frenó su impulso, y después, conduciéndolo, lo llevó a puerto. Y ahora está anclado en el puerto más seguro, 15 como un barco varado tras una gran tormenta. Éste así guía y cuida de lo que concierne al Imperio, de la manera que es preciso que lo haga quien honra la piedad y la justicia, además de la prudencia, la continencia, la cordura y todas las demás virtudes [16]. Pues comenzó, como conviene, por la piedad, pero también pasó sucesivamente por las otras virtudes. Pues ¿quién ha ofrecido tantos y tan grandes ejemplos de justicia como ha ofrecido este emperador? ¿Quien los ha ofrecido de filantropía? ¿Y quién de las restantes virtudes?

16 En primer lugar vamos a considerar su justicia en los asuntos financieros. Pues cuando el presupuesto que se había dispuesto para la administración se superó y se prescribieron mayores impuestos, y ni siquiera éstos fueron suficientes sino que las tesorerías estaban vacías en todas partes, y constantemente aumentaba el miedo por el futuro, no tuvo necesidad de mayores recursos, ni buscó otros nuevos, ni se corrompió por causa del dinero, sino que moderó y aligeró la carga impositiva, convirtiéndose en este aspecto, no sólo en el más justo, sino en el más humanitario de los emperadores. Y tal fue su comportamiento en materia financiera.

[16] Se catalogan las principales virtudes imperiales; desde aquellas cuatro virtudes cardinales de Augusto, valor, clemencia, justicia y piedad, a todas la que con el tiempo se habían ido añadiendo; cf. M. P. CHARLESWORTH, «The Virtues of the Roman Emperor», *Proceed. British Acad.* 23 (1937), 105-134.

17 ¿Quién podría elogiar dignamente su justicia y humanidad en los tribunales? ¿Qué Radamantis o qué Éaco [17] se mantuvo tan justo en todos los juicios? O mejor; la justicia no siempre, ni de todas maneras, resulta benévola, pero éste conoce a la perfección la justicia, como si él mismo fuera el legislador y su descubridor, y aunque nunca ha hecho nada fuera de la justicia, sin embargo confirma su benevolencia por medio de ésta, de manera que la más perfecta justicia tiene el mismo valor que la más genuina benevo-
18 lencia. La razón de esto es que ha captado el concepto de justicia sin mirar a otros intérpretes, sino que él mismo, puesto que posee, gracias a su educación, noción de lo que verdaderamente es honesto y bueno, y habiendo adquirido experiencia en leyes de manera que no ignora ningún escrito sobre el asunto, así dicta sus sentencias sobre todos
19 los temas. No hay nadie que se haya marchado de su lado sin obtener justicia, ni que haya censurado las sentencias dictadas por él, ni el que había puesto en marcha el proceso cuando fue derrotado ni el demandado cuando resultó condenado, sino que ambos se marchan aceptando la resolución y prosternándose, y tanto el derrotado como el vencedor tienen la misma opinión sobre los asuntos resueltos. Cuando sucede que algunos son merecedores de castigo, éstos no consideran que el hecho de sufrirlo y de pagar la pena sea algo terrible sino que estiman como una ganancia no sufrir además una pena mayor. Pues las penas a las que son condenados los culpables no tienen para él el valor de un acto nacido del odio sino de un acto pensado para la educación, principalmente, y si de algún modo es posible,

[17] Radamantis es hijo de Zeus y Europa. Éaco es hijo también de Zeus y Egina. Ambos hermanastros son los jueces del infierno junto con Minos. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, págs. 93-94.

de los culpables mismos, pero si no, de los que han escuchado la sentencia. Por otra parte si el ser un devoto de lo 20 griego es algo bueno y conveniente para un emperador [18], éste es también un elogio que le conviene [19]. Pues el emperador es tan amante de lo griego y tanto de esta cualidad le rodea que, aunque la cultura griega había sido olvidada y despreciada, aunque le fueron retirados los honores que sobre ella recaían, y aunque todo lo griego fue relegado a la nada, el emperador no lo descuidó sino que añadió también otros honores a aquellos ya existentes. Y tales fueron sus actitudes en lo que se refiere a la justicia.

¿Qué humanidad es mayor y más notoria que ésta? Cuan- 21 do todos los súbditos estaban acobardados y esclavizados por el miedo, ya que muchos informantes [20] entraban y acechaban en todas las ciudades por si alguien decía algo, y cuando no se podía pensar ni decir nada libremente ya que se había abolido la prudente y justa libertad de expresión, y todos temblaban ante su propia sombra, gracias a su humanidad puso fin a aquel miedo y liberó todos los espíritus, entregándoles a cambio la libertad completa e íntegra. Lo que sigue es lo más importante de la humanidad del em- 22 perador y supera a cualquier otro ejemplo. Aunque el em-

[18] El filohelenismo se convirtió en una actitud conveniente para los emperadores tras Adriano. Con anterioridad estaba mal visto y podía ser peligroso: piénsese en el caso de Nerón.

[19] Uno de los testimonios más evidentes del filohelenismo de Filipo es la serie acuñada en Esmirna donde el emperador aparece representado como Alejandro concibiendo en sueño de fundación de la ciudad. Éste le es inspirado por las dos Némesis; cf. K. W. Harl, *Civic Coins and Civic Politics in the Roman East, A. D. 180-275,* Los Angeles, Univ. of California Press, 1987, lám. 9, núm. 2.

[20] Estos espías al servicio imperial recibían el nombre de *frumentarii.*

perador es tan joven[21], se ha distinguido de todos los otros emperadores en mansedumbre y equidad, de tal manera que resulta escaso llamarle cosas como «padre» o «pastor de naciones» y todas las otras cosas que los poetas han di-
23 cho cuando han cantado a los soberanos[22]. ¿Qué forma de equidad ha descuidado? ¿Su suerte de humanidad no es la más accesible a todos los súbditos y a los que con él se encuentran por cualquier motivo? ¿Y la dulzura de su apariencia, como benévola, y la moderación de su verbo, y el hecho de que no sea necesario hacer nada para tener acceso a él[23], sino que él tome la iniciativa, como si estuviera dentro de un recinto sagrado, de acercarse a quienes, incluso en ínfimo grado, tienen alguna buena intención, cómo no están mas allá de la mansedumbre y la humanidad?
24 Pues no considera que por no dejarse ver y por ser una persona de difícil acceso consiga la reputación de ser un gran y maravilloso emperador, y de tal valor como nunca nadie lo fue, sino que considera que de esta otra manera podría hacer más firme su título de emperador: si presenta un interés y una humanidad accesibles a todos los que puedan necesitarla, puesto que cree que es necesario que aquel que de verdad es emperador se asemeje al emperador del universo tanto en generosidad como en buena disposición para con todos los seres a los que gobierna[24], y no que antes

[21] Si se entiende literalmente, constituye uno de los principales obstáculos para la identificacion con Filipo.

[22] Platón, *República* 55, 1c; cf. Jenofonte, *Agesialo* VII 3.

[23] La accesibilidad es una de las virtudes del gobernante; Plinio, *Panegírico* 24, 3 y 47, 3.

[24] Éste es otro de los grandes tópicos de la retórica política: los gobernantes deben imitar a los dioses y los gobernados a sus jefes; cf. E. Aristides, XXIII 79 y XXVII 35.

de acceder al trono manifieste un carácter virtuoso y comedido pero que, una vez que ha sido establecido en el trono, sea severo y violento con aquellos a los que gobierna. Pues éste no es el carácter de una monarquía virtuosa, sino que es la prueba más clara del gobierno de la insensatez y del desenfreno. Así fue el general de los lacedemonios que 25 condujo a los griegos en su lucha contra los bárbaros, y me estoy refiriendo a Pausanias, el hijo de Cleómbroto [25], quien, mientras estaba en la ciudad, era capaz de comportarse con moderación, pero cuando hizo su campaña naval hacia el Helesponto, se olvidó de los que estaban en su patria, se olvidó de él mismo, y se asemejó a cualquier otro antes que a un espartano, puesto que era severo y violento con los aliados, desenfrenado y soberbio en el modo de vida, tiránico en las maneras. Pero este emperador ha demos- 26 trado que es posible ser la misma persona hasta el fin, tanto cuando era un ciudadano privado como siendo emperador, puesto que se presentó a sí mismo de tal manera antes de acceder al trono que con justicia se le creía digno de éste, y porque una vez que fue emperador hizo uso de la misma prudencia y de las mismas maneras, sin apartarse de sí mismo ni admirar el libertinaje, sino eligiendo una vida serena, aborreciendo la soberbia y la injusticia, ofreciéndose a sí mismo como ejemplo de templanza, de manera que aquellos que hasta entonces habían sido insolentes y soberbios mudaron su carácter a la vista de su templanza, depusieron su avidez de riquezas, y adoptaron una actitud más moderada.

Y en verdad sabemos que el emperador no ha sido de- 27 rrotado por ninguno de los placeres que dominan a los

[25] Cf. E. Aristides, XXVI 45.

hombres [26]. Pues se mantuvo tan apartado de ellos, ya desde su nacimiento, que, si existe alguna otra forma de continencia celebrada entre los hombres, me parece que únicamente es creíble la que a él se le atribuye. ¿Pues quién es tan moderado en su apetito? ¿Quién es tan moderado en sus instintos carnales? ¿Y en los demás placeres? Pues, como dije un poco más arriba, no posee la virtud a medias, ni como algunos otros emperadores que, aunque parecían estar dotados convenientemente de valor y humanidad, se manifestaban absolutamente incontinentes ante los placeres y pasiones. Por ejemplo Homero, cuando realizaba el encomio del general de los aqueos, Agamenón, dijo: *ambas cosas, buen rey y esforzado guerrero* [27]. Pero este mismo rey aparece en la misma obra dominado por Criseida, pero amando a Briseida, que es propiedad de Aquiles, y convirtiéndose por este deseo en causa de muchos y grandes males para los aqueos. Además, Aquiles, el hijo de Tetis y Peleo, era tan intemperante en los placeres y de tan escaso carácter que, cuando Briseida se alejó de su lado y pasó algún tiempo junto a Agamenón, inmediatamente se sintió tan afectado que lloró mirando *el vinoso mar* [28] y llamando a su madre, como un jovenzuelo que ha sufrido lo mismo de manos de otro muchacho. Cuando su madre vino, le expuso el motivo de sus llantos y le ordenó que suplicase a Zeus para que, tras convertirse en aliado de los troyanos, causara grandes desgracias a los griegos. Tras esto, aunque veía que muchos aqueos caían en cada ocasión a manos de los troyanos y de Héctor, y aunque alguno de sus compa-

28

[26] Jenofonte, *Agesilao* 11, 9.

[27] Homero, *Ilíada* III 179.

[28] Homero, *Ilíada* I 350.

ñeros y amigos habían muerto, no cambió de opinión ni sintió compasión. En efecto aquellos reyes tuvieron una 29 gran carencia de virtud, pero nuestro emperador es *ambas cosas, buen rey y esforzado guerrero*. Pues quien tanto ha desdeñado los placeres que no ha sido sometido por ninguno de ellos, ¿cómo no va a ser valeroso ante cualquier peligro, prudente y firme? Pues murallas que parecieron acaso ser inexpugnables las tomaron hombres que eran de clase inferior[29]; y yo he visto a muchos de los que sin duda se contaban entre los mejores hombres dominados por los placeres. ¿Pues quién es tan valeroso que fácilmente pudiera soportar el buen temple de su vida y la frugalidad de su modo de vida?

Además, a muchos le ha llegado a ocurrir que eran va- 30 lerosos ante el enemigo pero que eran dominados por sus propios soldados[30]. Pero éste tan fácilmente los controló y los mantuvo en su sitio que, aunque los donativos que recibían habían sido numerosos e ilimitados puesto que ⟨los soldados se volvían⟩ crueles y temibles si no recibían estos donativos e incluso más, no sólo no hizo crecer sus deseos sino que, fijando los límites de lo que convenía pagarles, los convirtió en soldados mejor dispuestos para los trabajos y el entrenamiento de sus cuerpos, sin permitirles de ningún modo que se consagraran a la obtención de donativos, sino haciendo que las maniobras militares fueran algo ordinario para ellos, y sin permitirles que vivieran en la molicie y la lujuria, sin concederles ninguna oportunidad para este deseo. Después de haber hecho esto, socorrió las

[29] JENOFONTE, *Agesialao* VIII 8; DIÓN, III 125.

[30] La anarquía militar constituyó uno de los principales problemas del s. III; cf. M. ROSTOVTZEFF, *Historia social y económica del Imperio Romano*, Madrid, Espasa-Calpe, 1937, págs. 327-383.

necesidades de aquellos a los que gobernaba, se cuidó del buen orden de los ejércitos, e hizo que los ingresos estatales de dinero fueran más estables. No podría haber un ejemplo mejor de valor y prudencia que todos estos logros.

31 Y en verdad se podría considerar, con razón, que estas acciones son testimonio de su sagacidad y sabiduría. Pues hacer que la gente esté dispuesta a contentarse con la presente situación utilizando la fuerza y obligándolos es haber hecho que actúen así por miedo y no por la superioridad de la determinación tomada. Pero no se hubiera podido, creo, tan fácilmente, convencer a quienes estaban tan insaciablemente inclinados al dinero y a recibir donativos para que se comportaran con comedimiento, si no estuviera por encima 32 de todos en entendimiento y elocuencia. Muchas otras muestras de prudencia ofreció durante su reinado. La mejor y más digna es la prudencia y la sagacidad ante las guerras porque, viendo que aquellos que en las guerras parecen ser terribles y batalladores son los que creen que es necesario vencer por medio de la lucha pero no por la capacidad de tomar la mejor decisión, no los imitó ni los emuló, en la creencia de que era necesario usar las armas contra los iguales —pues es honroso vencer a tales individuos en valor— pero que contra los bárbaros era necesario usar la capacidad de 33 tomar la decisión más conveniente [31]. Pues él sabe, creo, que aquél, el que condujo contra los griegos innumerables miriadas de hombres y al que ni la tierra ni el mar eran capaces de poner freno [32], fue derrotado suficientemente por

[31] Si se trata de Filipo el Árabe, el panegirista estaría elogiando la paz que firmó con los persas tras la muerte en batalla de Gordiano III en 244; cf. X. Loriot, «Les premières années de la grande crise...», págs. 774-775.

[32] El rey persa Jerjes. Las dimensiones pretendidamente universales del Imperio Persa también se recuerdan en XXVI 10.

la inteligencia de un único hombre [33]. Pues donde es posible vencer por tomar la mejor decisión ¿qué necesidad hay en ese caso de correr peligros? Además, incluso los hombres de peor condición obtienen con frecuencia victorias en batallas, pero el ser capaz de dominar por medio de la razón y de la sabiduría sólo es propio de los que saben hacer uso del buen consejo. Además, cuando triunfan aquellos que quieren demostrar su valor en cualquier ocasión y con cualquier pretexto, es que todo les ha ido bien, pero cuando son derrotados se arrojan a ellos mismos y a sus amigos a las mayores desgracias. Pero aquellos otros que conocen las necesidades y según éstas hacen sus cálculos, cuando todo les va bien, no menos triunfan en aquello que se habían propuesto, pero cuando fracasan a nada perjudican [34]. Y nuestro emperador, que lo ha comprendido, no cree que sea necesario imitar a aquellos hombres insensatos y temerarios, sino que está seguro ante los bárbaros gracias a su capacidad de tomar la decisión correcta. Y además, ni siquiera en batalla o en el manejo de las armas los enemigos le hicieron ningún reproche [35], sino que les demostró que no sólo es capaz de someterlos por su inteligencia y su educación sino también por su valor. Puesto que los celtas, que son el pueblo más numeroso y más sanguinario de los que habitan bajo el sol, después de haberse atrevido a numerosas y variadas audacias, ahora se arrodillan ante nuestro señor, pues han reconocido que es mejor guardar la paz y hacer lo que se les ordena que gue-

[33] Temístocles; cf. ARISTIDES, I 139.

[34] ISÓCRATES, IX 28.

[35] JENOFONTE, *Agesilao* VI 5.

rrear [36]. *** sólo resta el nombre del pueblo [37]. Y todo cuanto está más allá del Eufrates y del Tigris, en dirección a levante, aunque estuvo revuelto, ahora ha sido disciplina-
36 do y ha aprendido a reconocer a sus señores. Y todo el continente está tranquilo [38]; tanto la tierra como el mar coronan a su protector; los griegos y los bárbaros expresan un mismo pensamiento; el Imperio, como si fuera una nave o una muralla, ha sido reparado y fortificado, y ha recobrado con seguridad su bienestar [39]. ¿A qué coraje no ha superado todo esto? o ¿qué podría ser mejor y mas conveniente que es-
37 ta situación? ¿No es posible a todo el mundo ⟨marchar⟩ a donde quiera? ¿Y no están todos los puertos de todos los lugares en activo? ¿No ofrecen la misma seguridad las montañas a quienes las recorren que las ciudades a quienes las habitan? ¿La belleza no llena todos los campos? ¿No se ha hecho desaparecer todo el miedo de todas las circunstancias? ¿Qué vados de ríos es imposible cruzar? ¿Qué estrechos marinos están cerrados? Ahora también los festivales son más gozosos y las fiestas religiosas más queridas para los dioses; ahora también el fuego de Deméter es más brillante y sagrado [40].

---

[36] Es posible que estos celtas no sean otros que los germanos derrotados por Filipo en 246. Tras su victoria adoptó el nombre de Germánico Máximo.

[37] Debía refererise a un tercer pueblo distinto de los celtas, citados antes, y los persas, citados a contiuación; cf. C. Behr, *The Complete Works,* vol. II, pág. 402, n. 46, propone como pueblo a los carpios, puesto que otro de los títulos de Filipo fue el de *Carpius Maximus*; cf. L. J. Swift «The Anonymous Encomium...», pág. 288.

[38] Los §§ 36-37 están compuestos a imitación de XXVI 99-100.

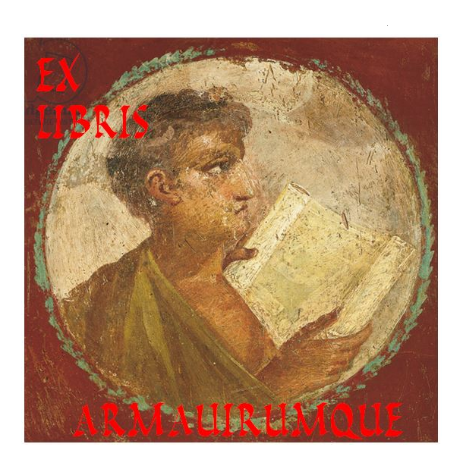
[39] Para la comparación entre el Imperio y la muralla, cf. Aristides, XXVI 82-84.

[40] Cf. § 1.

¡Oh, luz de la felicidad humana! Ahora todos los hombres parecen haber encontrado la verdadera felicidad. ¡Oh tú, que has aventajado a todos los emperadores, a los sabios en sabiduría, a los valientes en valor, en piedad a aquellos que en esta virtud se distinguían, en fortuna a los más afortunados [41]! A cambio de tantos bienes no podría salir de nuestras manos un agradecimiento digno de ti ni por medio de nuestros elogios ni de ningún otro honor. ¡Y tú, noble niño hijo de nobles [42], que puedas seguir las huellas de tu padre! ¡Que se me permita decirlo, pues en breves palabras es lo mejor que se puede decir! 38 39

[41] El orador está jugando con los títulos de *Pius* y *Felix;* cf. J. H. OLIVER, «The Piety of Commodus...», pág. 387.

[42] Filipo II, hijo de Filipo I, fue nombrado Augusto en 247. Este epíteto equivale a la forma latina Nobilisimo César que servía para designar oficialmente desde Septimio Severo al heredero al trono; cf. E. GROAG, «Die Kaiserrede....», pág. 42.



ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL